
PETAWICA:
CABELLO
DE
FUEGO
A. J. GARCÍA

PETA WICA: CABELLO DE FUEGO

A. J. García

COPYRIGHT

Esta obra ha sido publicada por su autor para su distribución y puesta a disposición del público, y es este el que asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual conforme al Código Penal vigente.

ASIN: B0DF92XXH9
Independently published

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS / All Rights Reserved
© A. J. García

www.ajgarciaescritor.com
www.amazon.com/author/ajgarcia
www.facebook.com/ajgarciaescritor
www.youtube.com/c/ajgarciaescritor
www.instagram.com/ajgarciaescritor

Primera Edición: Agosto 2024
V20240826

La única manera de amar u odiar a una persona es conociéndola
Ishbel

EL ESCENARIO

En 1867, la región de Montana, Estados Unidos, era un crisol de tensiones y oportunidades donde convergían diversos actores con intereses conflictivos. La fiebre del oro había atraído a miles de buscadores de fortuna a la región, convirtiendo los arroyos y ríos en escenarios de frenética actividad minera. La capital emergente, Helena, se veía inundada por una marea de prospectores, comerciantes y aventureros, creando una atmósfera de efervescencia y especulación.

La prosperidad de los colonos blancos venía acompañada de tensiones con las tribus nativas, en particular los sioux, cuyo territorio ancestral se veía amenazado por la expansión de los asentamientos blancos y la explotación de los recursos naturales. La presencia de caravanas de la Ruta de Oregón trajo también consigo a forajidos que buscaban escapar de la ley, añadiendo peligro e incertidumbre a la región.

Líderes sioux como Toro Sentado y Caballo Loco luchaban por preservar la soberanía de sus tierras y su forma de vida tradicional frente a la presión cada vez mayor de los colonos blancos. Los conflictos exacerbaban las tensiones entre las dos comunidades, amenazando con desencadenar enfrentamientos.

En medio de este panorama, surgieron historias que se fueron convirtiendo en leyendas, y que sólo los actores o testigos pueden confirmar, esta es una de ellas.

1

EL PRIMER ENCUENTRO

MONTANA, NOVIEMBRE DE 1867

Nadé con todas mis fuerzas siendo arrastrada por la corriente, cuyos golpes, irónicamente, fueron los que salvaron mi vida.

El ocaso estaba cayendo en las montañas junto con el ánimo de Ishbel. Su cuerpo no sólo resentía las inclemencias del frío, sino también el cansancio de su lucha por sobrevivir. Todo su ser había sido maltratado durante su huida, pero en particular, su hombro izquierdo, en el cual había sentido un piquete antes de escapar de la masacre. Apenas percibía una ligera sensación en sus pies, aunque sabía que seguían ahí. Se movía más por el espíritu que la caracterizaba que por lo que físicamente podía lograr.

Ishbel volteó hacia atrás, el río había quedado a unos metros. Maldijo su abuso y la manera en que la había escupido en ese lugar solitario; aunque también agradeció que fuera el medio que la puso a salvo. Se esforzó por poner sus pensamientos en orden, fue muy difícil. Repentinamente, se dio cuenta de que no recordaba mucho, y que también estaba perdiendo la consciencia. Los sucesos, antes de entrar a aquel cauce, eran confusos.

—No voy a morir aquí —se dijo a sí misma a pesar del tiritar de sus dientes y caminó como pudo hacia tierra firme.

Sus ojos verdes se alzaron observando la magnitud del bosque y la noche que amenazaba con sorprenderla. El lugar le era desconocido y no sabía qué dirección tomar o qué tan lejos estaba Helena, la ciudad a donde se dirigía. Las imágenes en su mente eran como hojas que flotaban en el viento, y que, poco a poco, se alejaban de ella.



Repentinamente, sus condiciones comenzaron a reflejar las consecuencias de su desventura, haciéndola caer de rodillas sobre aquella mezcla de vegetación y hielo. Su cuerpo estaba llegando al límite.

«Así es como se siente morir», pensó desfalleciendo sin encontrar en la razón una salida a su problema.

Jadeando, se dio permiso de dejarse caer de espaldas para pensar, sin considerar que luego sería difícil levantarse. Tocó la superficie bajo sus manos, era una delgada capa de nieve que cubría como un rocío congelado casi todo lo que la rodeaba, pero ya no pudo sentir la diferencia de temperatura al contacto con su piel. No tenía más fuerzas. El eco del bosque la acompañaba como lo haría el silencio de una tumba, estaba a punto de darse por vencida.

Repentinamente, un sonido la hizo reaccionar para alzar la vista forzadamente, sólo para encontrar algo que podía empeorar su situación, la extraña silueta de algo… o alguien, que se levantaba a dos metros del suelo no muy lejos de ella. Las pisadas del individuo avanzaban lentamente horadando la superficie blanda y dejando como marca sus enormes huellas. Se trataba de un nativo americano quien sostenía un rifle en sus manos como si fuera un bebé; su torso no se movió durante todo el trayecto, sólo sus piernas se articularon hasta Ishbel. Su duro rostro pareció juzgarla en ese segundo.



Ella esperó a que esa figura dijera algo, o que, por lo menos, acabara rápido con su sufrimiento. Cerró los ojos rindiéndose y no supo más de sí.

LA CABAÑA, DÍAS DESPUÉS

El primer indicio de consciencia llegó, y con él, la primera imagen de sí misma: inerte y tendida sobre aquel campo helado. Se encontraba fuera de su cuerpo, observándose, sin dolor. El silencio era sepulcral, como un aviso de que todo había acabado. Fue apenas un instante, pero fue un instante terrorífico. La visión le provocó un sobresalto que hizo que abriera los ojos.

> Sentí que mi corazón quería salirse de mi pecho, pero ni siquiera el miedo del que ahora era presa fue capaz de darme las fuerzas para levantarme. Estaba exhausta y mi cuerpo no me respondía.

Ishbel comenzó a percibir las sensaciones del ambiente. Ya no era víctima del frío, pero sí de un abrumador letargo. La oscuridad de su entorno fue disminuyendo mientras su vista se acostumbraba, hasta poder distinguir en dónde se encontraba.

A corta distancia, pudo reconocer una vieja cómoda de madera y un quinqué que reposaba sobre esta, pero estaba apagado, como si la intención fuera dejarla descansar. Se hallaba acostada en una cama, ahora lo confirmaba, y sobre sí, había una especie de manta con un extraño aroma, no precisamente el más agradable. El tejido era extraño y abultado, como la piel de un animal. No recordaba haber visto algo así antes.

«¿Dónde estoy?», fue la inevitable pregunta que se hizo.

No se atrevió a mover otra cosa que no fueran sus ojos, como si temiera ser descubierta. La única señal de que alguien la acompañaba era el reflejo de una luz que venía de una abertura en la pared, quizás el enlace a otra habitación. Esta desconocida atmósfera que la rodeaba no le inspiraba confianza. Era una recámara, sin duda alguna, pero, ¿de quién?

No sabía si entrar en pánico o agradecer lo que estaba ocurriendo; pero no tuvo tiempo de meditarlo, un par de voces masculinas la pusieron en alerta.

—… Tendré que recordártelo otra vez —reclamó un sujeto con un peculiar acento americano —. ¿Por qué la trajiste?

—*Wanagi* —respondió otro hombre con una voz profunda y una pronunciación extraña—, te lo voy a repetir: no podía dejarla a su suerte…

Ese intercambio de ideas sonaba más bien a una discusión, e Ishbel se percató que era por ella. Su primer pensamiento fue de angustia al desconocer a dónde había ido a parar; su siguiente instinto fue ponerse en pie y buscar una salida, aunque aún desconocía qué es lo que había más allá de esas paredes.

Al intentar incorporarse, descubrió que estaba casi desnuda debajo de toda su protección. Vestía una camisa holgada, no precisamente un camisón de dormir, era más bien una camisa de hombre, y, era todo lo que llevaba puesto. Reaccionó volviendo a cobijarse y tuvo que hacerse preguntas desagradables. Sus ojos agrandados correspondían con la expresión total de su rostro.

«¿Qué hago?», pensó víctima de su desnudez, que no era sólo física.

—… ¡No puede viajar ahora Math! —continuó la discusión el que hablaba como americano.

—*Wanagi*, tampoco podía hacerlo cuando la encontré. Lo único que resta es esperar a que pase el invierno.

—O que despierte… Sí es que lo hace. ¡¿Te das cuenta del problema?! ¡Y ni siquiera sabemos quién es!

—Eso, *Wanagi*, podrías preguntárselo.

—Apenas abra los ojos lo voy a hacer…

La *conversación* concluyó, pero eso no necesariamente implicó algo bueno para Ishbel, quien sintió su corazón palpitar con más fuerza al escuchar los pasos de sus *captores* acercarse. Su primera reacción fue fingir que seguía inconsciente.

En esa condición, manteniendo los ojos cerrados, intentó calcular dónde se encontraban sólo con su sentido del oído. Tenía la duda de si se habían aprovechado de ella antes de recostarla. No encontró una respuesta inmediata en su cuerpo, sólo la repentina sensación del dolor en su hombro y su cabeza. En esos momentos se dio cuenta de que la habían atendido y vendado. Experimentaba una mejoría notable en su lesión, lo que la confundió aún más.

Sus cohabitantes entraron a la habitación deteniendo su camino a un lado de la cama. Si Ishbel hubiera tenido los ojos abiertos hubiera percibido a ese par de figuras amenazantes a contraluz del umbral de la puerta. Se mantuvieron en silencio, observándola.

> No sé cómo pude mantener la calma. Sabía que estaban junto a mí y temía lo peor; pero debía continuar con mi actuación si quería saber cuáles eran sus verdaderas intenciones. Me asustaba no tener un plan de contingencia.

—¿Crees que se recupere? —soltó *Wanagi* repentinamente, Ishbel lo identificó como el americano.

Math hizo un gesto gracioso, lo cual no era muy común en su inexpresividad, levantó las cejas en señal de duda y se dirigió al pie de la cama arrodillándose para destapar las piernas de Ishbel y examinarlas.

—¡Hey! —exclamó ella reaccionando al sentirse invadida. Levantando medio cuerpo sin dejar de cubrir su pecho.

—¡Vaya! —dijo *Wanagi*—, parece que nuestra invitada despertó.

—Y pronto podrá caminar —aseguró Math volviendo a cubrirla—. Sus pies están bien.

Math se incorporó entonces dejando ver su sobresaliente estatura. La imagen de aquel hombre revolvió los recuerdos de Ishbel, quien lo identificó de inmediato.

—¿Usted? —se preguntó—… Usted estaba en el bosque.

—Parece que *Peta wica* me recuerda —dijo Math.

—Ya le diste un nombre —intervino *Wanagi*, descontento.

—Me pareció lo correcto —señaló observando a su amigo.

—¡No me llamo *Peta.*… lo que sea! Mi nombre es Ishbel —corrigió ella.

—Ishbel —repitió *Wanagi*—, bien, vamos progresando.

—¡¿Quiénes son ustedes?! —reclamó con autoridad.

—Mi nombre es… John —respondió *Wanagi*.

—¿Sólo John? —cuestionó ella exigiendo saber más.

—Sí… *sólo Ishbel* —le regresó el comentario de mala gana para complementar luego—: y mi amigo aquí presente es *Matȟó wówaŋyaŋke*, aunque le puede decir: Math, él es quien la salvó.

> Lo que sentí en ese momento fue confuso. Mi primera impresión no había sido tan mala después de esas primeras palabras, aunque todavía tenía dudas de lo que esos dos querían de mí.

Ishbel guardó silencio, pensativa, mientras sus ojos se clavaban por turnos en ambos. Se hizo para atrás en la cama tanto como pudo preguntándose qué podía esperar ahora. El comportamiento de sus ayudadores no había ido más allá del mal genio de John. Aceptó en un principio, que ninguno tenía interés en hacerle daño. Su sentido de la decencia le dictó su siguiente frase dirigiéndose a Math:

—… Gracias por salvarme.

Este hizo un gesto dándose por enterado y minimizando al mismo tiempo su acción. Después, Ishbel se dirigió a John:

—¿Puedo saber dónde estoy?

—En las montañas de Montana —respondió él—. Muy lejos de la civilización.

—¿Qué piensan hacer conmigo? —temió preguntar.

—¿Hacer? —John observó a Math dibujando una sonrisa que la tachaba como una tonta, y cruzando los brazos, explicó—: Bueno, lo estábamos discutiendo cuando despertó, aunque lo hacemos desde hace tiempo.

—¿Desde hace tiempo? —repitió ella.

—Sí, lleva varios días convaleciente, pero, me da la impresión de que ya se ha recuperado.

—¿Varios días?

—Si se pone a repetir todo lo que digo no avanzaremos mucho —señaló impaciente.

Consideró inapropiado ese último comentario, pero en lugar de discutir, Ishbel manifestó su inquietud inmediata:

—¿Dónde está mi ropa?

Esa pregunta hizo que John, cínicamente, riera un poco. Su mente comenzó a comprender lo que ella estaba pensando. Buscó la mirada de su amigo, pero este mantuvo su semblante serio e imparcial, así que, aclaró:

—Su ropa estaba mojada y fría cuando llegó. Tuvimos que quitársela para… atenderla. Tuvo suerte, Ishbel, si hubiera estado un poco más a la intemperie no lo hubiera logrado.

—Bueno —dijo envalentonada—. Ya estoy bien ahora. ¿Pueden darme algo para ponerme que no sea una camisa de hombre?



—Disculpe si no tenía algo más… apropiado que darle —contestó irónicamente John al escuchar su tono—. Esto no es un hotel…

—¡Qué grosero es usted! —reclamó molesta interrumpiéndolo.

—Soy lo que soy… señorita; y si quiere ponerse el vestido con el que llegó ya está en condiciones para que lo vuelva a usar.

—¿Puede dármelo?

—Apenas concluyamos con lo que estamos haciendo en la cocina lo haré —dijo manteniendo su molestia y sin ceder.

—¿Tardarán mucho?, porque quiero irme de aquí lo antes posible.

—No podrá hacerlo —advirtió Math.

—¿A qué se refiere? —interrogó dirigiéndose a él.

—A que no podrá hacerlo —reiteró—. No hay otro lugar a dónde pueda llegar con este clima.

> Percibí cómo mi rostro reaccionaba e intenté leer en Math su sinceridad, era como mirar una piedra. Pensé en que aquello podía ser un ardid para mantenerme encerrada, pero, ¿con qué propósito?

Ishbel los observó con desencanto. No le convenía iniciar una discusión en esas condiciones, así que calmó su alma y pensó en una contrapropuesta, pero antes de mencionarla, John dijo:

—Math está en lo cierto, él nunca miente. No duraría una noche afuera.

Ella lo escuchó perfectamente, y en lugar de ver la parte positiva de la advertencia, Ishbel se concentró en el fondo de la misma.

—¿Quieren decir que ninguno de los dos me acompañaría? —apeló a su caballerosidad.

John pujó un poco antes de aclarar:

—Aunque quisiera acompañarla…, que no lo deseo, ni siquiera yo soy tan estúpido como para pasar una noche a la intemperie; además, nadie le está pidiendo que se vaya.

—¿Y usted? —Ishbel se dirigió a Math—. ¿Usted podría acompañarme?

—*Mathĥó wówaŋyaŋke* no hace cosas estúpidas tampoco —respondió con la naturalidad que su experiencia le daba.

Habiendo hecho los cuestionamientos pertinentes, Ishbel permaneció cubierta con aquella manta lo más alejado posible de aquellos dos de acuerdo con lo que su posición le permitía.

Ahora conocía su situación. Su única opción era creer en lo que le decían. Los tres cruzaron sus miradas como si las palabras se hubieran acabado, hasta que John rompió la tensión:

—Aunque ya despertó, le aconsejaría que no se levantara de golpe. Lleva mucho tiempo así, y en su estado, debe encontrarse débil. —Hizo una pausa para agregar—: Iré a ver cómo va la cena y vendré por usted. Le hará bien comer algo.

«¿Ahora es amable?», pensó Ishbel, pero en lugar de comentarlo, sólo se atrevió a mirarlo en silencio.

—… Me aseguraré de que los caballos estén bien —complementó Math, cuya única intención era salir de ahí.

Ishbel se quedó sola y llena de dudas, no sólo aquellas en las que era partícipe, sino también otras nuevas. Su última experiencia fue casi haber muerto congelada, y ahora esto, habitar una cabaña con dos desconocidos. Hizo a un lado lo que sabía que no podía cambiar para hacerse preguntas sobre el misterio que representaban sus… *anfitriones*:

«¿Qué hace un americano con un indio en medio de la nada?».

Frunció el ceño al pensarlo, aunque no era el asunto más importante por resolver. Ishbel era una mujer de acción, y a veces, poco paciente, así que determinó que quedarse quieta no era una opción, a pesar de lo que John acababa de decirle. Necesitaba salir de la cama, pero tampoco quería caminar por ahí en sus condiciones; sin embargo, su terquedad regularmente superaba a su cordura, así que, se atavió con lo que tenía a mano cruzando lo único que le habían dejado sobre sus hombros y procurando ocultar su cuerpo de la mejor manera. Su hombro y su cabeza se quejaron ante el esfuerzo. Se tuvo que sentar en la orilla de la cama para equilibrarse antes de poner un pie en el piso de madera.

—Está frío —murmuró.

Pero era una pequeña incomodidad que no la detendría, así que siguió adelante confirmando que no se encontraba bien del todo. No obstante, fue más importante hacer su voluntad que seguir las instrucciones de John.

Comenzó su caminar dirigiéndose a la salida, a lo único que la enlazaba con la siguiente habitación, un marco que no contaba con una puerta. Más allá de este, las temblorosas sombras que se dibujaban en la pared inmediata a su izquierda, indicaban que había una fuente de luz.

La siguiente área era rectangular, más extensa y mucho más sencilla de distinguir en todos sus detalles debido a la iluminación: los muros estaban hechos de grandes troncos apilados horizontalmente y recubiertos de musgo en sus uniones; en la parte media de la pared más larga, justo frente a ella, había una puerta y dos grandes ventanas, una a cada lado, que parecían ser los ojos de la casa, era el único medio para acceder el exterior; el techo, igualmente, se había construido con largos troncos que descansaban en las vigas. Mirar por las ventanas a esa hora de la noche sólo le confirmaba a Ishbel la soledad que la rodeaba.

El sonido del viento se colaba con un suave silbido rítmico por el borde inferior de la única salida. Su sensación en aquel momento no fue el de sentirse prisionera, ya que ninguno de sus vigilantes le estaba poniendo atención, era como si no les preocupara que ella se escapara. Math no se encontraba a la vista.

Apenas saliendo de su alcoba, Ishbel se recargó en el borde de la pared con su brazo derecho desde donde observó el resto de las comodidades: una alacena, una mesa pequeña para cuatro personas, algunas sillas, una chimenea, y al fondo, la figura de John, quien, a contraluz, manipulaba un par de ollas encima de una estufa de leña encendida.

Concentrada en esa visión, Ishbel notó algo más a la distancia: su vestido, el cual estaba colgado en la pared cerca de la única fuente de calor funcionando y de una escondida entrada a

una habitación diferente. El hallazgo la estimuló para seguir con su idea de no quedarse quieta, así que prosiguió, sin percatarse, que cada paso que daba la obligaba a acercarse más a la pared debido a la falta de equilibrio. Los objetos a su alrededor empezaron a dar vueltas en su cabeza cuando profirió el primer sonido solicitando ayuda.

—Pero…, ¡¿qué hace levantada?! —dijo molesto John y corrió a socorrerla.

Alcanzó a detener su inminente caída al sostenerla entre sus brazos.

—No… me lleve adentro —pidió Ishbel todavía mareada.

La situación le provocó molestia en un principio al dueño de la cabaña, pero luego, el rostro semiinconsciente y necio de su inquilina lo hizo sonreír pensando en que ya había tenido suficiente castigo como para, además, restregarle su desobediencia.

—Está bien —aceptó él—. La llevaré junto a la estufa. Ahí estará caliente.

Envuelta en aquellas pieles, John le acercó una silla para sentarla, y una vez que lo logró, le preguntó:

—¿Puede sostenerse?

—Sí —aseguró ella aferrándose al brazo del mueble.

Sus pies seguían desnudos, y eso fue lo primero que él notó, así que, tomó una vasija en donde calentaba agua, se inclinó y la puso en el piso para que ella pudiera sumergirlos.

—No era lo que tenía pensado, pero servirá. —Le sonrió él por fin.

—Gracias —dijo experimentando el bienestar de aquella acción.

—Tendré que buscar otra para la cena —señaló incorporándose y se movió hacia el lado izquierdo de la caldera donde sustrajo una vasija de la alacena.

Ishbel se tomaba la cabeza, sus condiciones no eran las mejores. Preguntó:

—¿Por qué me siento así?

—Debe ser por el tiempo que lleva acostada —respondió él dándole la espalda—, además, sufrió algunos golpes, permaneció en el frío y perdió mucha sangre… Lo que me extraña es que no se esté quejando.

—No soy ese tipo de persona, John.

—¿No? —dijo dudando y un tanto como reproche.

—No…

Fue en ese momento que Ishbel recapacitó en el tema. Se dio cuenta de que no tenía recuerdos de lo ocurrido antes de su encuentro con Math en el bosque, pero no mencionó nada inmediatamente. En lugar de eso, comenzó a examinar a John.

> Verlo actuar de una manera hacendosa, incluso hasta amable, me pareció extraño. Era como si estuviera hablando con una persona diferente. Fue un momento silencioso de ambos, él estaba ataviado y yo pensativa. Fue hasta entonces que noté que… el hombre era atractivo.
>
> John era un sujeto fuerte de cuarenta y tantos, bien parecido, su vello facial abundante iba muy de acuerdo con un montañés, aunque sus ojos cafés ocultaban un misterio, uno que decía que tenía un pasado. Vestía pantalón de tirantes y una camisa que tendía al blanco.

Habiendo realizado sus propias conjeturas y una vez que sintió que su malestar había pasado, Ishbel intentó iniciar una conversación relacionada con los acontecimientos que la habían llevado hasta ahí:

—Su… amigo, Math, ¿le dijo lo que me pasó antes de que me encontrara?

—¿Usted no lo recuerda? —cuestionó intrigado.

—No.

—Pues creo que, si Math lo supiera, me lo hubiera dicho.

—… Mis recuerdos no son claros —expuso—, no sé quién me atacó o con quién estaba —

preguntó deduciendo luego—, ¿no es esta una región de indios?

—Así es —giró para verla de frente—… ¿Qué insinúa?

—… Bueno, yo… supongo que…

—No suponga nada —advirtió—. No todos los indios odian a los blancos, aunque deberían. —Comenzó a trabajar de nuevo en la cena—. Esta, señorita… Ishbel, es una región de pies negros, cuervos, sioux, cabezas planas y otros. Math pertenece a los sioux.

—No sé mucho sobre lo que pasa aquí —se excusó—, y no sé de dónde me vienen estas ideas.

—No crea todo lo que escucha. El oeste es… salvaje y no tiene palabra…

Detuvo su siguiente frase para no ahondar más en ese asunto.

Ishbel hizo un gesto queriendo comprender, consideró entonces que quien podía decirle más no estaba presente, así que preguntó:

—… ¿Dónde está Math?

—No debe de tardar, fue a asegurar los caballos…

La charla volvió a entrar en una larga pausa. El silencio resultó algo incómodo mientras ambos se mantenían ensimismados y sus pensamientos privados les daban respuestas muy personales. Ishbel comenzó a echar fuera su desconfianza, y aunque la situación no le agradaba, no podía hacer mucho por cambiarla. Tal vez otra dama, en condiciones similares, hubiera tomado otra postura, pero no Ishbel, quien era una mujer valiente, independiente y que no se asustaba con facilidad. Por su parte, John, sentía que Ishbel violaba el espacio en el que vivía y eso lo mantenía a la defensiva; esos minutos le dieron tiempo para recapacitar.

—Disculpe usted si fui grosero —dijo él repentinamente, y sin mirarla, se justificó—: La verdad es que no estoy acostumbrado a recibir visitas y… no soy muy hábil para… socializar.

Ella sonrió, no lo esperaba y le alegró escucharlo.

—Lo comprendo —señaló aceptando el gesto—. También creo que no fue el único en equivocarse; pero, podríamos olvidarlo y empezar de nuevo. —Hizo una pausa observando lo que seguía colgado en la pared—… Y una buena opción para empezar de nuevo sería que me diera mi vestido.

John, un poco distraído aún, reaccionó y giró sus ojos para localizarlo. Dejó lo que estaba haciendo y fue por él para entregárselo.

—Está casi completo, salvo por algunas pequeñas… rasgaduras.

—No se preocupe, lo comprendo —lo colocó en su regazo—; además, no voy a encontrar una tienda por aquí. Lo único que quiero es usar algo más… femenino.

—Permítame llevarla a la cama —soltó tratando de ser atento.

Una mirada pudorosa fue la respuesta por parte de Ishbel, quien mantenía todavía una línea moral que no quería traspasar.

—Perdón —dijo John—, no fue mi intención decirlo así.

—Comprendo lo que quiso decir; sin embargo, sí requiero de su ayuda para ir a la habitación y… ya veré cómo me las arreglo para vestirme.

Acercándose a ella, John se detuvo apenas enfrente, Ishbel seguía sentada. Fue evidente que le costó entender cómo debía *ayudarla.*

—Sólo deme su mano —pidió ella.

—No creo que sea la mejor manera. Puede terminar tropezándose con todo lo que se echó encima —señaló refiriéndose a la manta gruesa que traía de la cama.

Sin darle oportunidad de oponerse, John buscó un espacio para cargarla, y sin más, la asió desde las piernas con un brazo y por la espalda con el otro. La sostuvo en vilo, sus piernas debajo de las rodillas quedaron colgando al descubierto, pero ninguno le dio importancia. Se miraron

extrañamente antes de dirigirse a la recámara.

> No quisiera describir lo que me hizo sentir en ese momento. John tenía algo especial, algo que ya había percibido, y que, tal vez, una dama, no debería ni siquiera de pensar.
> Me sostuvo en sus brazos con gran fortaleza. No recuerdo ni siquiera si le estaba sonriendo, creo que él lo hizo. Tampoco sé si las extrañas sensaciones que me atacaron en ese instante eran o no, parte del malestar propio de mi convalecencia.

El viaje terminó en el filo de la cama, donde Ishbel pudo sentarse. Cuando John la soltó, sus rostros quedaron apenas a la distancia de un aliento. Se trató de un momento tenso, hasta que John se separó para decir con voz nerviosa:

—Le traeré un par de botas… Le quedarán grandes, pero, las necesitará.

—… Sí… gracias.

MINUTOS DESPUÉS

La obligación de John esa noche era preparar la cena, cuando hubo concluido, la puerta se abrió dejando entrar por unos instantes el remanente del otoño, y junto con él, al gran Math.

—¿Todo en orden? —interrogó John volteando a verlo.

—Sí, *Wanagi*. Todo en orden. ¿Cómo está *Peta wica*?

—… Puedes constatarlo tú mismo —dijo al verla entrar a la habitación.

John estaba atento a su caminar, pero en esta ocasión, los pasos de Ishbel fueron equilibrados, hasta llegar hasta ellos.

—¡Oh! *Peta wica* está de pie, es bueno verla así —aprobó Math.

—Gracias.

Ishbel regresó a la silla donde había estado hace poco y preguntó con ganas de reiniciar las cosas:

—¿Qué significa *Peta.*… eso?

—*Peta wica* —explicó Math—, significa: Cabello de fuego.

El apelativo no le pareció tan mal a la nueva huésped.

—¿Cabello de fuego? —repitió ella.

—Sí.

—Entonces qué significa Math… —interrumpió sus siguientes palabras pidiendo su ayuda.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* significa: Oso que habla.

Ishbel demostró una sorpresa positiva por primera vez, así que continuó:

—Pero a John le dice: ¿*Wanagi*?

—Sí, significa: Fantasma.

—¿Fantasma?

—Es una larga historia —interrumpió John, y con la intención de cambiar el giro de la plática, se sentó frente a ella y pidió a su amigo que hiciera lo mismo—… Ahora que está aquí Math, creo que podemos enfocarnos en usted, quizás él pueda ayudarle, pero primero, nos gustaría saber qué es lo que recuerda.

Ishbel se recargó en su silla dispuesta a cooperar, pero su memoria no la ayudaba. Quiso comenzar desde el principio sin mucho éxito.

—No estoy muy segura, son sólo… imágenes borrosas —señaló frunciendo el ceño con impotencia.

—Tiene que haber algo de lo que esté segura.

—Sé que iba a una ciudad llamada Helena.

Math y John se miraron como si pudieran comunicarse algo con los ojos, luego, el americano explicó:

—Es la comunidad más cercana, aunque muy lejos de este rumbo.

—¿Sí? —cuestionó ella.

—Sí —confirmó y luego se dirigió a su amigo—. Math, ¿dónde la encontraste exactamente?

—Río abajo —respondió Math—… Pero *Matȟó wówaŋyaŋke* cree que la corriente la arrastró.

—Eso quiere decir que seguían el sendero hacia la ciudad —afirmó John, pensativo—, pero eso, sigue estando muy lejos… ¿Cuánto tiempo estuvo en el agua?

Observaron a Ishbel, ella se encogió de hombros antes de responder:

—Lo último que recuerdo es su rostro en el bosque. —Miró a Math.

—¿Notaste algo que nos pueda servir? —interrogó John a Math un poco desesperado.

—No, pero es común que las caravanas crucen por ese sendero.

—¿Quién crees que lo hizo?

—Sucedió durante el día, y la herida de *Peta wica* fue hecha por una bala.

—Eso sólo nos dice que pudo ser cualquiera —señaló John sarcásticamente.

—*Wanagi* tiene razón.

Lo que habían descubierto no satisfizo a ninguno de los tres, aunque Ishbel fue la más decepcionada. Al percatarse de que ya no podrían avanzar, John volvió su mirada a la cocina de leña y dijo:

—Sé que resolveremos esto Ishbel, pero ahora, lo mejor es que recupere su energía con una buena cena.

John se puso en pie, acomodó la mesa pequeña donde pudieron sentarse los tres y llevó platos y vasos metálicos. La cena consistió en carne guisada con patatas. Los ojos de Ishbel se agrandaron al desconocer su procedencia, pero su apetito no le iba a permitir resistirse. Esa primera sensación en su garganta fue gratificante.

—Está… delicioso —tuvo que admitir mientras cerraba los ojos—. ¿Qué es?

—Liebre —respondió John con naturalidad.

Por alguna extraña razón, Ishbel dejó de masticar. Era como si le hubieran servido una comida prohibida. Un pequeño malestar pasajero la invadió, pero pronto pudo superarlo. Tal vez ya había comido algo semejante, sólo que no lo recordaba; además, se moría de hambre.

Luego de algunos bocados, Ishbel quiso iniciar otra charla:

—¿Por qué se quedan en un lugar como este tan… lejos de todo?

Ellos se miraron sin responder, Ishbel había interrumpido la quietud de ese momento, pero como no les quitaba la mirada de encima, las cejas de Oso que habla le pidieron a John hablar.

—En realidad —dijo el americano—, yo vivo en esta cabaña y Math me visita de vez en cuando… Esta vez permaneció aquí porque usted necesitaba atención.

—¡Oh! —exclamó Ishbel—. Perdone si interrumpí su rutina señor Math.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* camina por el bosque sin rumbo fijo; aunque debo agradecer al Gran Espíritu que la haya encontrado antes de seguir a las montañas.

—Él es así —indicó John—, un poco, solitario.

—¿Y usted no? —reviró Ishbel—. Vivir en esta cabaña sin compañía, ¿no es solitario y… peligroso?

—Para la mayoría de los blancos sí. Muchos se han perdido en estas tierras por la locura de la fiebre del oro o han encontrado su suerte al intentar conseguir pieles.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—No lo suficiente. —Perdió su mirada y levantó la cabeza como si recordara. Luego propuso —: Creo que nos hará bien un poco de café.

—¿No tiene algo más fuerte? —pidió Ishbel como acto reflejo.

El rostro serio de Math se transformó sorpresivamente, luego bromeó con John en su dialecto:

—*Peta wica waŋ líla wíyáŋka kiŋ lená óta škaŋ škáŋ kiŋ lécha šni* (Cabello de fuego no es como otras mujeres blancas que conozco).

John rio sin reserva pensando en que todo quedaría ahí, pero Ishbel exigió:

—¡¿Qué le dijo?!

—Math mencionó que… usted no es como las otras mujeres blancas que conoce.

—¿No? —se dirigió al nativo—. ¿Conoce a muchas?

—A veces *Matȟó wówaŋyaŋke* comercia por provisiones. A veces habla con blancas. Ellas son… muy diferentes a usted.

—¿Así lo cree? Hemos hablado muy poco como para que sepa lo suficiente de mí.

—En una cacería, una huella es todo lo que un cazador necesita para saber quién es su presa; así, *Matȟó wówaŋyaŋke* no necesita saber mucho de alguien para entender quién es esa persona.

Ishbel asintió sonriendo al entender la analogía. De alguna manera, el uso de las palabras de Math le pareció hermoso. Fue como si hubiera tocado una fibra sensible de su alma. Siguió su juego:

—Sí, es posible que las mujeres de por aquí no sean como las de donde yo vengo.

—¿Y de dónde viene señorita Ishbel? —cuestionó John trayendo una tetera y tres tazas.

—… No… lo sé; pero seguramente de algún lugar muy diferente a este.

—¿Qué es un lugar sin el espíritu de quienes lo habitan? —filosofó Math—. Nada. Uno no pertenece a un lugar, hace que el lugar le pertenezca.

Esta vez, un gesto afirmativo por parte de John confirmó las palabras de su amigo mientras servía el café. Entonces dijo:

—Él tiene razón. Yo llegué a este lugar y… me apropié de él.

—¿Cómo sucedió?

—*Wanagi* —explicó Math—, fue llamado así desde el momento en que se ganó el derecho a esta tierra.

—¿El derecho a esta tierra?

—El gran jefe *Wakíŋyaŋ ate* (Padre del trueno) se lo concedió, como también su respeto.

—Sí, eso fue hace tiempo —rememoró John y lamentó luego—. Aunque no sabemos lo que pasará ahora con… este nuevo país.

Ishbel giró su rostro por completo hacia John. No comprendía su dicho.

—¿A qué se refiere?

—Muchos colonos están llegando —explicó—, el hombre blanco se está apoderando de todo y… relegando a los verdaderos dueños a… un rincón despreciable —sonó molesto—. Yo no pido mucho, sólo quiero un sitio para estar en paz, y aunque lo he conseguido, no sé cuánto más pueda permanecer aquí antes de que… alguien se moleste.

> Hablaba con pasión, eso era loable. Lo hacía girando sus ojos como si buscara inspiración en su interior. John era sensible, aunque trataba de no mostrarlo.
> En aquel momento de silencio, cuando los tres nos quedamos callados, traje a la mesa mi más grande inquietud.

—John —dijo Ishbel—, no quisiera insistir en lo mismo, pero, ¿cuándo podré irme de aquí? Quisiera… regresar a la civilización lo antes posible.

Esta vez, la reacción de aquellos dos fue diferente, llenaron de seriedad sus rostros como si no

quisieran hablar, pero el dueño de la cabaña entendió que debía ser honesto.

—Señorita Ishbel… perdón si no fui claro anteriormente. —Apuntó hacia la ventana—. La temporada está iniciando y pasarán algunos meses antes de que las cosas cambien.

Los ojos verdes de Ishbel se agrandaron conforme su ceño se iba frunciendo, expresó su sentir desde lo más profundo de su ser:

—¡¿Me está diciendo que tengo que esperar todo el invierno?!

—Me temo que sí.

—Pero…, ¡yo no puedo quedarme aquí tanto tiempo!

—¿Tiene algo qué hacer en Helena?

—Supongo que sí. Para algo me dirigía hacia allá.

—Pues…, aunque quisiera ayudarla, está fuera de mis posibilidades.

Clavó su mirada en los ojos cafés de John. Sus sentimientos, que se habían apaciguado, volvieron a exaltarse. Deseaba estrangularlo, apuñalarlo y muchas otras perversidades; pero su siguiente frase tuvo que esperar al atestiguar una terrorífica figura en la ventana…

2
CONFESIONES

LA CABAÑA

En principio había sido una sombra sin forma del otro lado del cristal, quise culpar a mi imaginación y a mi estado de salud; pero el sonoro gruñido que escuché después, hizo que mi piel se erizara dejándome sin habla.

John y Math se miraron sin inmutarse, era como si conocieran el origen de ese sonido. Ninguno de los dos se alarmó, ni siquiera después de que la puerta principal se tambaleó.

—*Kóla* —dijo Math con toda tranquilidad.

—Sí, debe ser él —afirmó John.

El dueño de la cabaña se puso en pie dejando la reunión sin tomar en cuenta el pavor que experimentaba su huésped. Se colocó su abrigo, el cual colgaba de un gancho cerca de la puerta, y se preparó a salir.

Ishbel aún no vencía su asombro cuando lo vio retirarse. Sus manos habían apretado ya la orilla de su asiento mientras sus sentidos exaltados la obligaban a permanecer en alerta. Sus ojos, esforzándose para no cerrarse, querían detener la temeridad de John, pero su boca no pudo pronunciar palabra. Pensó que el sitio más seguro era donde estaba y que cualquier cosa que estuviera afuera podía entrar si se abría esa puerta.

John continuó con su plan y salió sin ninguna defensa más que su confianza. Ahora estaba en el exterior.

—No se preocupe —dijo un Math completamente tranquilo—, sólo se trata de *Kóla*.

—¿*Kóla*? —repitió ella—. ¿Quién es *Kóla*?

—El amigo de John.

—Pero…, yo vi algo y…

—Sí, es un espíritu que vive en la montaña.

Ishbel ensanchó sus ojos sin comprender. Math lo notó, así que propuso:

—Venga conmigo y lo entenderá.

Ambos se pusieron de pie, él iría por delante. A Ishbel le costó trabajo dar ese primer paso, hasta que lo hizo. Se acercaron a la ventana, donde las cejas de él daban con el borde superior del marco y el semblante sorprendido de ella presenció algo que cambiaría por siempre su forma de apreciar la naturaleza de aquel sitio.

Ishbel no había tenido la oportunidad de asomarse por los ojos de la casa, donde, después de un pórtico de unos tres metros de ancho, el color blanco de la montaña empezaba a reclamar su territorio. La noche estrellada servía de fondo frente a un bosque de coníferas que parecían entresacar de aquel manto negro un pedazo para sí. Había luna llena, lo que ayudó a ver la escena de un John acercándose a una criatura enorme apenas a unos pasos del establo.

Tengo que decir que me impactó. El observar la majestuosidad de ese animal, y que ahora se mostraba tan dócil, me dejó

sin palabras.



—¿Qué haces aquí amigo? —preguntó John apretándose dentro de su gruesa vestimenta—. ¿No deberías estar hibernando ya?

Kóla, el inesperado visitante, mantuvo recostado su cuerpo sobre la nieve meneando graciosamente su gran cabeza peluda mientras manifestaba su alegría por ver a John. Toda la fiereza que un animal de esa envergadura podía manifestar se escondía tras sus juguetonas acciones.

El semblante de Ishbel exteriorizo el giro de ciento ochenta grados que habían dado sus sentimientos. Sus reservas cambiaron por admiración, y por una extraña… conexión a lo que estaba ocurriendo.

—No estoy segura, pero, creo que nunca había visto algo así —comentó hipnotizada.

—¿Un oso amable? —preguntó Math.

—No, un oso.

Él pujó en lugar de sonreír y luego se retiró dejándola como único testigo.

El oso grizzli seguía con John como si lo provocara para que siguiera jugando, gruñía y se meneaba alrededor de él; pero John sabía que era su tiempo y que debía de partir.

—¡Vamos amigo! —exclamó el americano—. Ya es tu tiempo. Te veré en la primavera.

Finalmente, los intentos del animal se detuvieron para agrandar luego su hocico como si lanzara un bostezo. Un último gruñido y largas palmadas fueron la despedida.

> No pude dejar de ver lo que hacía ni de preguntarme cómo lo había logrado. Cómo era posible que un animal salvaje lo tratara de esa manera. Era como si John perteneciera a ese lugar, o más bien, como ya me lo habían hecho saber, como si él se hubiera apropiado del mismo.
> Lo empezaba a entender, o quizás, como yo no tenía nada a qué aferrarme, lo envidiaba.

La puerta se abrió de vuelta dejando entrar a John. Math estaba distraído manteniendo el fuego en la caldera, en tanto, Ishbel comenzó a verlo con otros ojos. Quería hacerle muchas preguntas, pero no encontró las palabras adecuadas al principio. John notó su mirada e intuyó lo que pensaba, pero no se dirigió a ella primero, sino a Math:

—Vino a despedirse.

—Lo sé, *Wanagi* —respondió su amigo—. Se le ha hecho un poco tarde para resguardarse.

—Sí, pero lo conoces. —Se quitó el abrigo y lo colgó para pedirle a Ishbel—: No debería estar tanto tiempo en la ventana. Acérquese al fuego.

Ella quería una explicación, pero parecía que esta no llegaría a no ser que la pidiera.

—¿Puede decirme qué fue eso? —preguntó intrigada.

—Eso, señorita Ishbel, es *Kóla*, un oso que… siempre está cerca —comentó enigmáticamente.

—De eso me di cuenta. —Se aproximó manteniéndose en pie—. Lo que quiero saber es cómo logró que un animal salvaje lo tratara así.

—¡Ah! Bueno, *Kóla* vivió algún tiempo conmigo, me encargué de él desde muy pequeño; aunque, cuando maduró, comenzó a… aislarse; ahora nos sorprende de vez en cuando, aunque sé que siempre está al pendiente de mí. —Desvió la mirada para explicar—: Él, quedó a mi resguardo cuando su madre fue… asesinada por un cazador furtivo.

—¿Asesinada? —cuestionó pareciéndole un término extraño.

—Sí, lo hacen por su piel o… a veces por hambre; aunque seguramente fueron cazadores blancos. Los indios no suelen asesinar osas que todavía tienen crías.

No era la primera vez que se refería a su propia gente con despecho e Ishbel era muy sensible para detectar esas cosas. Paseó lentamente hasta sentarse de nuevo e interrogó:

—John, ¿usted odia a los de su raza?

—¿A qué se refiere? —Se sirvió más café.

—Su estadía aquí, lejos de todo, su amistad con Math, sin ofender. —Miró al nativo—. Y ahora ese oso… Es como si usted quisiera estar lejos de un ambiente de blancos.

Los tres estaban en la mesa. Math sorbió su café al mismo tiempo que lo hacía John con una fortuita coordinación, cruzaron sus miradas como si se comunicaran un secreto, pero no se inmutaron por las deducciones de Ishbel. John era más emocional que su amigo, a quien pocas cosas lo perturbaban; sin embargo, fue Math el primero en hablar en su propia lengua dando un mensaje que John entendió a la perfección:

—*Peta wica waŋží kȟolápi šni… tókȟa ečhúŋ šni* (Cabello de fuego es una mujer que no se guarda nada… sin ofender).

John no pudo evitar reír, aunque sabía la reacción que podía provocar.

—¡¿Qué fue lo que le dijo?! —cuestionó Ishbel molesta por la impotencia de no saber el significado.

John, regresando a la compostura, explicó:

—Math dice que usted no se guarda nada…, sin ofender —regresó sarcásticamente el comentario que Ishbel le había hecho.

Ante la mirada de la inquilina, Math levantó su taza como si brindara con ella y bebió. Ishbel no sabía si lo que aquellos dos le decían era cierto. Se sentía en desventaja cada vez que se comunicaban de esa forma. Exigió:

—Caballeros. ¿Podrían hacerme el favor de hablar en mi presencia en términos que les pueda entender?

Ambos asintieron arqueando las cejas como si el acuerdo hubiera sido cerrado, aunque Ishbel no estaba segura si lo habían dicho en serio. Bebieron de nueva cuenta disfrutando de ese calor en sus cuerpos y después, John tomó la palabra:

—… Y respondiendo su pregunta. No tengo nada contra nuestra raza, sino contra la maldad del ser humano. Vivo en esta cabaña para aislarme de la gente porque soy feliz en este lugar y también soy feliz por la buena compañía, ya sea humana o… animal —señaló refiriéndose a *Kóla*—. No me importa de qué color sea la piel de las personas. He visto cosas terribles en mi

vida, señorita Ishbel, y el color de la piel no ha sido determinante para los que las han ejecutado.

—Gracias por responder honestamente —señaló Ishbel—, y aunque no lo parezca, lo comprendo.

Esa explicación le dio un poco más de información acerca de su hospedador. Parecía un hombre culto, al menos uno que había estudiado. No podía decir mucho acerca Math, quien, físicamente, imponía respeto; aunque su manera de actuar era pasiva, tranquila y a veces hasta graciosa, decidió atacar por ese lado.

—Y Math… ¿Qué puede decirme de usted?

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó él.

—Algo más personal como… ¿Por qué le llaman Oso que habla?, pero antes de que me conteste… John, me debe algo más fuerte para mi café.

El americano sonrió asintiendo y dejó la mesa para buscar en la alacena la recurrente petición, dejando a Ishbel en manos de Math por un momento; entonces, las palabras, que usualmente salían con facilidad de su boca, se esfumaron ante la pujanza de Ishbel.

Math no había respondido el cuestionamiento, era como si esperara el regreso de John para auxiliarlo. Extendió su taza para pedir un poco apenas se sentó; pero John le sirvió primero a Ishbel, luego lo hizo con su amigo, y al final, se sirvió él. Después, John, haciendo referencia al alcohol, dijo:

—Se supone que esta dotación debería de durar todo el invierno, pero, ¡qué diablos!

> Un evidente regocijo se apoderó de nosotros como si hubiera una razón para eso, en realidad, no la había. Creo que todos estábamos pensando en cosas distintas, y aquellos dos, no se veían con ganas de compartir mucho acerca de sí mismos.

Ishbel se percató de que el incidente fue aprovechado para que se dieran valor. Esa noche parecía dar entrada a ciertas confesiones, y ella era la más interesada en conseguirlas.

—¿Sucede algo Math? ¿No quiere responderme lo que le pregunté? —insistió la invitada.

El semblante bronceado de aquel hombre perdió un poco de la paz que usualmente manifestaba, era como si ese cuestionamiento lo incomodara, e Ishbel lo notó; pero desconocía la razón.

—¿Pregunté algo indebido? —dijo Ishbel por fin.

—No es fácil de entender para ustedes —respondió Math por fin.

—¿Para nosotros?

—Para ustedes los blancos… Su modo de vivir es muy distinto al nuestro. *Matȟó wówaŋyaŋke* no escogió esta vida, ni tampoco ser repudiado por su propio pueblo.

Ishbel ladeo su cabeza y se inclinó sobre la mesa. Observó directo a los ojos a su interlocutor. Hablaba con acertijos y sentía que estaba pisando un terreno peligroso, aun así, continuó:

—No lo comprendo.

—Hay cosas que nos marcan para siempre. *Matȟó wówaŋyaŋke* fue marcado por su nombre. A veces, los nombres funcionan bien, como con *Wanagi*; a veces funciona mal, como con *Matȟó wówaŋyaŋke*.

Ishbel no estaba enterada de lo importante que era el tema para él, quería entenderlo.

—De modo que… su nombre, ¿es algún tipo de… insulto?

—Señorita Ishbel —intervino John—. Mi amigo es también… un hombre solitario. Su pueblo no es un lugar donde él pueda regresar a vivir con tranquilidad. Es por eso que ha preferido vivir por separado.

El silencio se apoderó del ambiente por unos segundos. El misterio que envolvía a aquel personaje hacía que la curiosidad de Ishbel aumentara. De pronto, sintió empatía por su salvador,

y lejos de querer molestarlo, se interesó por él.

—¿Quiere decir que no puede volver a su… tribu? —interrogó Ishbel.

—Quiero decir que Math no es bien recibido por los suyos —reveló John—; aunque tampoco por alguien más; pero sabe que aquí siempre es bienvenido. Las costumbres de los sioux son muy diferentes a las nuestras, como también las de las demás tribus de esta región. La… presencia y conducta de Math es algo… inusual entre su pueblo. Creen que él debería de comportarse más como uno de ellos y menos como… uno de nosotros.

La víctima de esa conversación alzó su taza nuevamente en señal de brindis, pero también indicando que ya no quería hablar del tema. Lo que había dicho su amigo había sido la mejor respuesta.

Para Ishbel fue imposible comprender la totalidad del hecho sin un contexto más detallado. ¿Qué tenía que ver su nombre con la historia de su vida? Para ella eran dos eventos separados, además, Oso que habla no era un título denigrante. ¿O sí?

—A mí me parece un buen nombre —comentó ella en apoyo—, y entiendo, por lo que le he escuchado decir, que es como un gran Oso sabio.

Math volvió a levantar su taza y brindó por ello. John e Ishbel lo acompañaron en el acto como si fueran grandes amigos. Después de ese nuevo sorbo y garraspera, la charla prosiguió:

—¿Y usted señorita Ishbel? —reviró John—. ¿Va a decirnos de dónde viene?

Ella bajó la mirada sabiendo que era su turno. En realidad, después de esos primeros tragos, estaba ansiosa por compartir.

—Me encantaría, pero no lo recuerdo.

Para entonces, Math había caído un poco en el ensimismamiento; mas no así John, quien, clavando sus ojos en Ishbel, cambió repentinamente la tendencia de la conversación:

—¿No lo recuerda o no quiere decírnoslo? —inquirió en otro tono.

Ella no era una mujer que se dejara amedrentar, y sólo necesitaba una pequeña chispa para encender la mecha. Dejó de sonreír y miró con seriedad a John para reafirmar:

—No lo recuerdo.

—Tal vez pueda ayudarle un poco con eso. —La observó como lo haría un juez—. Su acento es… irlandés sin lugar a dudas. Lo que confirmaría su aspecto físico.

—¿Irlandés? —repitió repasando su entonación y lo creyó posible—. Sí, hay una diferencia en la manera que hablamos, pero, ¿cómo puede ser tan preciso?

—He recorrido este país de un extremo al otro. He conocido a muchos inmigrantes y… estoy casi seguro de lo que digo.

—Créame que me gustaría saber más de mí misma. Esta pérdida de memoria me está matando.

—También he visto cosas así antes. Sucede con los traumas por… situaciones estresantes o… golpes en la cabeza. Confío en que se recuperara.

—Sí… eso espero también.

Su voz se apagó junto con su mirada en la llama del quinqué en medio de la mesa. El invierno apenas iniciaba y ninguno de ellos iba a ayudarla a salir de ahí. Tenía que hacerse a la idea de que iba a permanecer encerrada por meses.

Pero Ishbel tampoco era de las personas que se concentraba en sufrir más de una vez un problema, así que hizo ese pensamiento a un lado, y, utilizando la lógica, procuró alargar aquel interrogatorio.

—John —dijo dirigiéndose a él—. Usted no tiene pérdida de memoria, ¿cierto?

Él sonrió entreviendo hacia dónde se dirigía. Respondió:

—No, y creo que nunca la he tenido.

—Entonces puede responderme, ¿tiene más familia lejos de aquí?

—Nadie que yo sepa.

—Pero, ¿tiene un apellido?

—Sí —hizo un gesto dejando la taza sobre la mesa como si fuera una barrera y se echó para atrás en la silla.

—¿Puedo saber cuál es?

—Eso es algo que ni siquiera Math conoce… y le tengo más confianza a él que a usted —estableció con sinceridad.

Su compañero hizo una seña con el rostro, afirmándolo.

—Entiendo que no me tenga confianza —aseguró Ishbel—; pero estoy encerrada aquí con ustedes. No voy a salir a decírselo a nadie, y aunque pudiera hacerlo, no creo que saber su nombre completo sea un delito.

—Créame, por ahora, usted ya sabe todo lo que necesita saber de mí. —Sonrió cínicamente.

Ishbel dibujó una mueca de inconformidad sabiendo que no lo iba a sacar de ahí. Ninguno de los dos quiso ser completamente sincero con ella, así lo sentía; era como si le ocultaran algo o la creyeran una tonta que no comprendería las razones por las que dos hombres se *ocultaban* en una montaña, aunque, tal vez esa era la respuesta. Volvió a preocuparse.

La afonía volvió a apoderarse del ambiente, como sucedió cuando se conocieron. La tensión subió de tono con cada respiración, demostrando la variabilidad en el carácter de John y la innegable voluntad de Ishbel. En medio de todo eso, Math se mantuvo al margen enfocando sus ojos en uno y otro, hasta que el dueño de la cabaña acabó su bebida de un golpe para levantarse diciendo:

—Creo que ha sido suficiente charla por hoy.

—Sí, al menos estamos de acuerdo en eso —reviró Ishbel.

Sus miradas volvieron a cruzarse como si se retaran a un duelo, hasta que John dio las próximas instrucciones:

—Usted, señorita Ishbel tiene su habitación…

—¿La que no tiene puerta? —preguntó sarcásticamente.

—Es la única con una cama. No se había necesitado otra… hasta hoy.

—Y usted y Math, ¿dónde dormirán? —intrigó.

—Nos las arreglaremos. Usted preocúpese por descansar en su… primer día de consciencia. Hay muchas cosas por hacer mañana.

La respuesta no satisfizo su curiosidad, pero no era adecuado hacer más grande una discusión que ya había ganado. Hasta donde podía observar, el único lugar cómodo, era el que ella poseería. Bajó la mirada a la mesa y terminó su café. Esperaba que la mezcla de este con el alcohol la ayudara a relajarse; aunque, lo más probable, es que pasaría una larga noche.

MÁS TARDE

El silencio era, irónicamente perturbador en la recámara. Hasta el viento se había hecho cómplice de esa tranquilidad acallando su voz. Ishbel ni siquiera podía oírlos roncar, suponiendo que lo hacían. Hubiera preferido escucharlos, al menos así sabría que seguían alejados de su habitación.

La manta le cubría hasta la cabeza y también se había preocupado por atorarla debajo de su cuerpo, eso le daría más tiempo en caso de que lo necesitara. Se lamentó en ese momento de no tener un arma a la mano y no había tenido cuidado en observar si ellos tenían una, seguramente era así.

«No la necesitarían para someterme», concluyó muy nerviosa, «intenta dormir o tu noche será eterna».

Finalmente, el cansancio y el estado de su cuerpo hicieron el resto. Tampoco se dio cuenta de cuándo sucedió, simplemente cerró los ojos por un momento, y, cuando volvió a abrirlos, la oscuridad natural se había ido. El reflejo del invierno entraba por la ventana de la habitación principal asomándose en el piso. La mañana la saludaba.

Ishbel se sintió mejor que el día anterior al salir de nuevo al punto de reunión. Observó la espalda de John como la primera vez, cocinaba algo que olía delicioso en la cocina de leña, pero no vio por ningún lado a Math.

—¡Buenos días! —saludó más tranquila acercándose, pero aún a la defensiva.

—¡Buenos días! —respondió él observándola sobre el hombro—… ¿Tiene apetito?

—Un poco —señaló con reserva.

—Tome asiento, le serviré el desayuno.

¿El John amable había vuelto? Eso le pareció en primera instancia. Sobándose su brazo afectado, llegó hasta la mesa mientras su anfitrión manipulaba los huevos en el aceite del sartén.

—Espero que le gusten estrellados —comentó él—. No puedo evitar que la yema se rompa.

—No soy tan exigente.

«¿No?», pensó él sarcásticamente, pero en completo silencio.

Acto seguido, John regresó con un par que le sirvió junto con un poco de frijoles.

—Gracias —dijo Ishbel.

—Es lo menos que puedo hacer —complementó él e hizo lo propio para acompañarla—… Después de todo, sé que su estancia en un lugar como este no es lo que usted hubiera esperado en su… visita a Montana.

—Ella asintió y comenzó a comer.

Después de un par de bocados, los ojos de John se posaron en Ishbel. Le preguntó:

—¿Cómo se siente?

—Mucho mejor que ayer.

—¿Su hombro cómo está?

—Me duele, aunque no es algo que no pueda soportar.

—Tengo que revisarlo. Lo haré después de desayunar. Ese vendaje tiene que ser cambiado. Math me dejó un poco de hierbas y de esos… ungüentos que usa para tratar las heridas. Sabiduría sioux.

El comentario hizo que Ishbel alzara la cabeza. Tuvo que preguntar:

—¿Le dejó? —interrogó intrigada—. ¿Dónde está él?

—Se fue.

—¡¿Se fue?!

—Sí —respondió John con toda naturalidad y continuó comiendo.

3
SOLOS

LA CABAÑA

Él continuó en lo suyo mientras Ishbel lo miraba atónita. Por un momento creyó que seguía soñando o que había escuchado erróneamente.

—Ustedes me dijeron que no podíamos salir de aquí —reclamó molesta.

John, todavía masticando, alzó la vista para contemplar el desencajado rostro de Ishbel. Sus facciones se habían atorado en ese gesto como si fuera un papel arrugado.

—No, señorita Ishbel. Nosotros no dijimos que no podíamos salir, dijimos que no podíamos pasar una noche fuera de esta cabaña sin arriesgar nuestras vidas.

—Pero… Math…

—Él regresó a su campamento. Math no vive aquí. Me visitó por su causa; aunque, a veces, aparece sorpresivamente.

—Entonces, él…

—Se retiró temprano montaña abajo. Tuvo que hacerlo para llegar antes de que la noche lo sorprendiera. Usted estaba dormida. No hubiera sido correcto despertarla; aunque, me pidió que lo disculpara…

> Mi rostro seguía tenso, manifestaba así mi enojo y no quería ocultarlo. Me sentía engañada, a pesar de que las razones parecían válidas. ¿Por qué Math no lo había mencionado la noche anterior? ¿Tenía algo contra ella o era otra de sus raras costumbres? Lo que más me atemorizaba era que John hubiera tenido que ver con su decisión.

—… Y no se haga ideas —complementó John—. El campamento de Math queda hacia el lado opuesto de Helena. Eso la hubiera alejado más de su destino, y, si esta cabaña le parece poco civilizada, no soportaría unas horas en su tipi.

La lógica y las prácticas operaban de acuerdo con lo que John creía, así era. Estas eran leyes ajenas a Ishbel; pero su sentido común las consideraba equivocadas. No tuvo tiempo de asimilar esta nueva situación cuando John impuso otra regla:

—Tengo que decirle otra cosa —la observó seriamente como lo haría un militar—… En vista de que tendremos que hacernos compañía todo el invierno, y ya que ahora se encuentra sana, es necesario que pague de alguna manera su estancia…

Fue en ese instante que Ishbel se sintió en peligro, elaborando en su mente una idea compleja del porqué Math los había dejado. Todo parecía corresponder con un siniestro plan, el siniestro plan de John para quedarse a solas con ella.

No acababa de meditar en eso cuando encontró la mirada penetrante de su celador al otro lado de la pequeña mesa. No era la misma que le había mostrado antes, ni siquiera era violenta, era distinta, quizás el espejo de un alma lujuriosa. ¿No enloquecería un hombre al estar tanto tiempo solo en la montaña?

De pronto perdió el apetito quedándose congelada con ambas manos sobre la mesa. Sus ojos escudriñaron su entorno buscando algo con qué defenderse. No quería mover otro músculo, temía que John se levantara repentinamente percibiendo que había descubierto sus intenciones. Estaba a su merced.

—… Hay mucho trabajo que hacer por aquí —continuó John explicando su plan—, podría empezar ayudándome con los alimentos. ¿Sabe cocinar y cuidar de una estufa encendida?

—… ¡Eh! —exclamó abriendo sus enormes ojos verdes.

—Supongo que eso no lo ha olvidado.

—… Creo que… puedo hacerlo —respondió titubeante.

—Debo contar nuestras provisiones y ver con lo que contamos. Normalmente me preparo para no pasar hambre en el invierno, pero, no esperaba visitas, así que, tendré que dividir todo por la mitad. —Concluyó con una mueca.

—… Sí…, entiendo… Estoy en la mejor disposición de ayudar.

—Bien —sonrió—, es bueno que estemos de acuerdo. —Continuó comiendo.

> Mi alma volvió al cuerpo al entender lo que John realmente deseaba de mí. También me reprendí a mí misma por dejar que mi imaginación inventara historias de terror; sin embargo, no pude reponerme inmediatamente de la impresión.

Un poco después, y dándose cuenta de que Ishbel casi no había probado bocado, John preguntó:

—¿No le gustó el desayuno?

—… Sí…, sólo que… creo que no me apetece.

—Reconsidérelo —advirtió—. A veces es difícil alimentarse por estos rumbos. Hay que comer siempre que haya oportunidad. Lo necesita para mantener las fuerzas.

Pero Ishbel sólo espolvoreaba esporádicamente su comida, en tanto John, concluía con la suya; y en un rápido movimiento, hizo su plato a un lado para ponerse en pie:

—Olvidé que debo revisarla —recordó acercándose a ella.

Ella también lo había dejado pasar. Probablemente se había acostumbrado ya a su curación, tanto, que había olvidado que la tenía. John se detuvo a corta distancia manteniéndose de pie mientras ella permanecía sentada. Le pidió permiso con la mirada para seguir adelante. Ishbel asintió haciendo su cabeza a un lado como si se avergonzara por ver.

—Podría hacerlo yo —señaló John—, pero prefiero que lo haga usted.

Ishbel desabotonó su vestido y lo bajó desde su hombro izquierdo para descubrir el lugar de su lesión. John se acercó por la espalda, lejos de la visión de su paciente, retiró el vendaje con cuidado, como si estuviera acariciándola. El hecho sucedió de una manera muy diferente a lo que ella había imaginado. A pesar de que le había dado varios motivos para considerarlo un hombre hosco, el experimentar el cuidado con el que la trató la hizo creer que nadie con malas intenciones podía hacer algo semejante. Mantuvo sus ojos cerrados todo el tiempo, fue como recordar algo o… a alguien; mas, su memoria no había vuelto aún.

—Se ve bien —aseguró él sin volver a cubrir la herida—; y creo que ya no necesitará más de esto ni de otra curación. —Puso la venda sobre la mesa—. Puede… cubrirse Ishbel.

John se retiró entonces dejando que ella abotonara de nueva cuenta su vestido mientras el prosiguió con sus actividades teniendo en mente ya la próxima tarea del día.

Ishbel hizo movimientos con su hombro experimentando esa nueva libertad. Giró su mirada para observar la espalda de John mientras él recogía algunas cosas. No pudo evitar pensar en el misterio que él representaba. John era hermético, pero eso era precisamente lo que lo hacía más atractivo. No podía dejar las cosas así.

—¿Tiene conocimientos de medicina? —interrogó Ishbel repentinamente.

—Los suficientes para saber cómo atender una herida como esa. —Esculcaba el mueble junto a la cocina.

—¿Puedo saber dónde aprendió?

—… En el camino de la vida señorita Ishbel. En el camino de la vida.

Ella sonrió al fracasar en su primer intento. John no le dio más información, aunque sabía que tenía mucho tiempo por delante para conseguirla, sí, todo un invierno.

—Lo bueno de todo —reiteró John—, es que sanó perfectamente.

—Sí, y no tengo cómo agradecerles lo que hicieron por mí.

Él volteó a verla entonces y dijo:

—Math es un hombre de buen corazón. No podía dejarla en el bosque a su suerte.

—¿Y usted no lo es?

—No me atrevería a opinar sobre mí mismo, preferiría que otros lo hicieran. —Hizo una pausa, pensativo—… Aunque, sería mucho mejor que nadie opinara.

Se acercó percatándose de que ella llevaba puestas las botas de invierno que le había dado el día anterior.

—¿Cómo las sintió? —interrogó apuntando a ellas.

—Bien. —Extendió las piernas un poco—. Tuve que rellenarlas, pero, me acostumbraré.

—Las necesitará, créame. Los pies son todo un problema en estas condiciones. No querrá ver lo que puede pasar si se enfrían demasiado.

—Tendré cuidado, se lo aseguro.

Él asintió creyéndole y luego agregó:

—Esto se trata de ponernos de acuerdo y todo saldrá bien —aseguró con autoridad—. Llegado el momento, usted podrá regresar a la civilización y yo… bueno, recuperaré mi vida.

> No sé si era yo, pero su sinceridad a veces me molestaba. Era como si me culpara por haber aparecido en sus terrenos, como si fuera algo menos que una persona que necesitó ayuda. Bueno, yo no podía cambiar el pasado, aunque a veces lo deseaba.

—Termine su comida —ordenó John dejando escapar cierto tono.

Ishbel lo notó, pero no le respondió de la misma forma, no con palabras, sino clavando su mirada en él. John rehuyó el encuentro, observó por la ventana manteniéndose en pie, acomodó una gran bolsa de cuero en su hombro, su rifle y advirtió:

—Debo aprovechar para salir a revisar las trampas antes de que el clima empeore. No están muy lejos.

—¿Trampas? —preguntó ella intrigada.

—Sí, los animales pequeños suelen caer. No puedo dejarlas solas por mucho tiempo. Algún depredador puede ganarnos la presa.

—¿Me quedaré sola?

—Sí, por unas horas; pero no se preocupe, estará segura en la cabaña…, y, si quiere matar el tiempo, podría asear un poco la cocina.

—No se preocupe, lo haré. No quiero ser una carga para usted.

Intercambiaron un par de gestos satisfactorios como si no quisieran despedirse, luego John dijo:

—Tras esa puerta —indicó la del fondo de la habitación al lado de la cocina de hierro—, encontrará lo que necesita y… la letrina está detrás de la cabaña. Se lo menciono por si… tiene que ir. Dejé un abrigo al lado de la puerta. —lo señaló, aunque su presencia era obvia—. Puede tomarlo, y, no se quite las botas por ningún motivo.

—Está bien —agradeció.

—Le hará bien estar en movimiento. —Se alejó creyendo haberle dado todas las instrucciones necesarias, pero luego, le hizo otra pregunta—: ¿Sabe disparar un arma?

Ishbel no respondió, no lo recordaba, así que sólo se encogió de hombros.

—Hablaremos de eso cuando vuelva —señaló John y retiró la traba para salir—. Colóquela cuando salga —ordenó haciéndola acercarse.

La puerta se cerró, después, la aldaba cayó y su sonido la hizo sentirse como prisionera. Se acercó a la ventana. La separación con él se hizo más grande con cada paso que John daba hacia el interior de la montaña. Atravesó una ligera capa de nieve y pasó entre la bomba de agua y el establo. Ishbel se quedó ahí, recargada contra la barrera transparente que la aislaba del mundo exterior y del… *peligro.* Cerró los ojos pensativa. Se encontraba sola en medio de un silencio que sólo era perturbado por la madera quemándose en la cocina. La figura de John se fue haciendo más pequeña al llegar a la pendiente hasta que su cabeza se perdió por la inclinación del terreno.

Volteó a ver hacia el interior bufando y colocando sus manos en la cintura. Tenía una extraña sensación que no podía identificar, pero era una especie de comodidad, como si la situación hubiera dejado de irritarla.

—Es hora de ser útil —dijo para sí.

Agitó su cabello entremetiendo sus dedos en él. Aquello parecía la peor parte de un matrimonio, pero, al menos, empezó a descartar sus peores temores acerca de John.

Observó la puerta casi en la esquina de la habitación al lado de la estufa de leña, la que John le había señalado. La había visto antes, aunque, no sabía hacia dónde la conduciría. Al no encontrar rastros del lugar donde John había dormido, supuso que lo había hecho atrás de esa puerta. Se dirigió hacia ella y la abrió encontrándose una sorpresa.

—Esto no es lo que esperaba.

Era una habitación que tenía de todo: instrumentos de limpieza, jabones, agua en barriles, cubetas; además de comida enlatada, conservas y otros alimentos; algo de ropa, mantas de piel y abrigos; una tina de baño donde fácilmente entraría una persona y algunas cajas que funcionaban como almacenes de… *algo*. John tenía el equivalente a una pequeña tienda del oeste bien surtida.

—Es un hombre previsor —comentó Ishbel sarcásticamente.

> Ser testigo de todo eso incrementó mi curiosidad por John. ¿Qué clase de hombre se preparaba para el fin del mundo de esa manera? Al menos me alegraba que me hubiera tenido confianza para permitirme entrar. Esperaba que fuera un avance.

Caminó hacia el interior emocionándose por descubrir ese nuevo universo. Sus ojos no sabían dónde posarse, hasta que escuchó el crujir de la madera debajo del tapete colocado en el centro. Se detuvo sobre este generando una primera impresión al meditar sobre sus detalles, seguramente su amigo Math había tenido que ver con esta adquisición. Estaba tejido con motivos tradicionales, y aunque no conocía la cultura sioux, sabía que era algo que los blancos no habían elaborado.

Había un espejo de medio cuerpo colgado en la pared, tal vez el único en toda la casa. Se observó reconociéndose y sintiéndose afortunada, al menos no fue la imagen de una extraña. Su cabellera pelirroja estaba descuidada, así como su persona. Sí, era la apariencia de una mujer irlandesa de unos treinta años, tal y como lo había dicho John, aunque no estaba segura de que su recuerdo de una mujer irlandesa fuera real.

—No creo que haya dormido aquí —meditó en voz baja como si alguien pudiera escucharla— … Se percibe cierto… encierro. Yo no me sentiría a gusto.

Tocó todo lo que pudo superficialmente recorriendo el perímetro de aquella bodega. Ese escondrijo podía darle más indicios sobre lo que quería: saber quién era John; pero no se detuvo a examinar detenidamente algo en específico. Estaba consciente de que tenía una labor pendiente. Suspiró, y unos segundos después, se dispuso a hacer lo que tenía que hacer. Con cuidado, se hizo de todo lo que necesitaba para enfocarse en lo que le había pedido John y salió de ahí.

Regresando a la habitación principal, lo primero que notó fueron las huellas de la cena y el desayuno, requerían de su atención inmediata, así que empezaría por ahí antes de pensar en otra cosa. Tomó una cubeta de madera en la cual vertió agua y jabón y se acuclilló sobre el piso para introducir los cubiertos.

En esa posición, comenzó a cavilar nuevamente. Era la primera ocasión que se sentía libre de hacerlo, sin nadie que estuviera cerca para perturbar sus pensamientos. Habían sido tantas cosas las que le habían ocurrido que no encontraba como irlas conectando en una historia coherente.

> No podía evitar pensar en el futuro, más, cuando ni siquiera conocía mi pasado. Era una forma de intentar poner mis pies en algún lugar firme. Era obvio que no había llegado sola hasta ahí. ¿Qué les había sucedido a las personas que venían conmigo? ¿Alguien me estaba esperando en Helena? ¿Por qué sólo recuerdo que ese era mi destino? Si los que venían conmigo no fueron afortunados, tal vez todos pensarían que también había muerto.

Lamentó su condición actual golpeando la superficie del agua con la palma. Un poco del líquido frío y el jabón llegaron hasta su rostro haciéndola arrepentirse.

—Mala idea —se dijo.

Los minutos transcurrieron hasta que terminó de limpiar todo lo que estaba en su campo visual, incluyendo su recámara. Ese había sido un buen tiempo para estar consigo misma. La paciencia debía de aflorar ahora. El invierno apenas comenzaba, y, su única compañía sería el misterioso John.

«Es un tipo extraño y al que no logro entender», pensó, «aunque ni siquiera sé si soy buena para entender a alguien».

—¡¿Por qué no puedo recordar nada?! —gritó con todas sus fuerzas en medio de aquel silencio.

Mirando hacia el alto techo cerró los ojos diciendo una plegaria. Su amnesia era algo que no podía controlar y tampoco sabía cuánto duraría, o, tal vez, permanecería así para siempre. Su respuesta estaba en Helena, la ciudad hacia donde se dirigía. Su mejor apuesta era que alguien ahí pudiera ayudarla.

De pronto, recapituló su aventura comenzando por su encuentro con Oso que habla. Trató de forzar sus recuerdos sin éxito. Meditó en muchas cosas, a veces desvariando, a veces creyendo que las imágenes que aparecían eran reales. No estaba segura. Resopló decepcionada e impotente.

Después de esa pequeña retrospectiva, se puso en pie nuevamente para dirigirse al armario, era lo único que no había revisado. Aquel espacio parecía ser el que John catalogaba como de uso inmediato. Había cosas ahí que podía utilizar para preparar alguna receta, lo cual le dijo que sabía cómo preparar algunos alimentos.

—Al menos no he olvidado eso —murmuró de nuevo.

Continuó levantando cada elemento hasta que encontró un revólver en la parte posterior, lo que hizo que sus ojos se ensancharan. Su cuerpo se detuvo dudando en tomarlo, pero, finalmente lo hizo.

El metal en sus manos no provocó ninguna reacción negativa, fue como si el objeto le fuera familiar. Extendió su brazo sosteniéndolo hacia el interior de la cabaña y simuló un disparo. Ella

misma se sorprendió por tener ese conocimiento, aunque si había llegado hasta ese punto hacia el oeste, era lógico pensar que sabía cómo defenderse. Lo dejó en donde lo había encontrado y continuó esculcando hasta que, en la parte inferior, casi al terminar su búsqueda, encontró una biblia. Lo supo porque pudo leer su portada antes de abrirla.

Sosteniendo su hallazgo frente a sus ojos, sonrió acariciando la cubierta. Se alegró de enterarse que era capaz de leer. Cerró la alacena y caminó hasta la mesa, donde se sentó y comenzó su lectura.

LA MONTAÑA

Había sido un poco pesado recorrer el camino a pie. John así lo había decidido desde un principio, era una forma de tardarse más en volver. Era el primer tiempo a solas desde hacía días y necesitaba extenderlo.

La presencia de Ishbel no sólo había traído un conflicto a la casa, sino también, había levantado una inquietud que el americano ignoraba que tenía. John era un hombre solitario por decisión propia, así le gustaba que fuera y así lo había planeado para el resto de sus días. Pensaba en esto cuando estaba por concluir su recorrido.

—¿Son las últimas y no hay nada? —dijo John de mala gana al darse cuenta de que sus trampas estaban vacías. Las arrojó al suelo.

Alzó su rostro jadeante testificando el vaho que ahora ocupaba su visión frontal. Los alrededores mantenían el natural silencio de la temporada. El cielo blanquecino parecía fundirse con las copas de los árboles en esa zona, y sólo el relieve de su corteza hacía la diferencia para que un caminante pudiera guiarse.

—Creo que hoy no es mi día de suerte. —Volteó hacia atrás, miró el camino andado y calculó —: No estoy lejos de la cabaña para regresar, pero es temprano, tal vez deba seguir un poco más.

Tomó nuevos bríos y continuó, conocía su territorio y sabía que era posible caminar sin hundirse en la nieve. Los vestigios de vegetación que alimentaban a sus presas no durarían mucho, lo que provocaría que estas especies descendieran de la montaña. Sin embargo, los días todavía eran buenos para encontrar alimento fresco.

Su actual actividad no era parte de su rutina en esa temporada, regularmente, sus necesidades estaban cubiertas para ese día del año; sólo que ahora, con la presencia de Ishbel, sabía que debía redoblar su esfuerzo. John no era un hombre exigente consigo mismo, podía vivir con restricciones; sin embargo, experimentaba ahora una extraña obligación como proveedor, una sensación que no podía explicarse.

Y sin darle la importancia que debía, de pronto se dio cuenta de que había estado pensando en ella durante cada minuto fuera de la cabaña, lo cual no era muy común en él, puesto que siempre estaba enfocado en su objetivo, como todo buen estratega.

—Pero tenías que traerla Math —se quejó mientras escalaba una pequeña colina—. Yo pude haber tenido un buen invierno, como siempre…

Siguió en ese tenor mientras subía, ese sería su último intento antes de regresar. Llegó a un pequeño claro en el bosque, uno que probablemente tendría un poco de vegetación baja, un lugar perfecto para sus planes.

Se acomodó en la frontera, tenía espacio abierto al frente, se agachó manteniéndose oculto tras un montículo. Era un día perfecto, sin viento y con el tronco de los árboles al fondo sirviéndole

como contraste. Podía pasar horas ahí sin ser descubierto, lo sabía, pero no era su deseo, sólo quería esperar un poco para ver si esta vez tenía suerte, de otra manera se daría por vencido.

Su destino le sonrió poco después cuando una manada de ciervos apareció, fue casi un encuentro sincronizado. Los observó dejándolos avanzar. No había por qué desesperarse.

Con la tranquilidad que el momento ameritaba, preparó su Winchester 1866 en el más absoluto silencio. Sus próximas presas se alimentaban sin imaginar que eran observadas. John apoyó su rifle en el hombro y la superficie alta frente a él, estaba casi de rodillas. Su mira dudó mientras seleccionaba a uno u otro espécimen, había más de una familia ahí, así que se decidió por el más grande.

«Debe de pesar como ciento cuarenta kilos», pensó John para sí. «Agradezco tu entrega amigo… será rápido».

Pero antes de que su dedo jalara el gatillo, la percusión de otra arma alborotó la escena. Aquel hermoso ejemplar cayó en medio del infierno que se desató entre los suyos. La manada huyó sin permitirle otro disparo.

—¡Qué demonios! —exclamó John entre dientes dirigiendo su atención a sus alrededores.

Había otro tirador, pero este no era visible, y John no podía asegurar que era un amigo. Permaneció apuntando su cañón al claro. El responsable tenía que aparecer tarde o temprano. Seguramente el invasor suponía que estaba cazaba solo. Lo sorprendería.

Sus ojos lo divisaron, y a la distancia, distinguió quién era. Lo tuvo a su alcance, al alcance de un jalón de gatillo; pero eso no era lo correcto, eso no iba con la ley de la montaña, así que se puso en pie confiando en las buenas costumbres y avanzó para hacerse notar.

La silueta de John se hizo visible a los ojos del otro cazador, caminaba conociendo su estatus y sus derechos. Se encontraron cerca de la presa. Ambos blandían sus armas, no como amenaza, sino como una señal de que podían protegerse. Sus miradas se cruzaron y la línea recta entre los dos se hizo cada vez más corta, hasta que coincidieron en el mismo espacio.



—*Wambli sapa* —dijo John, lo que significaba: Águila calva.

—*Wanagi* —respondió el nativo cuya cabellera tenía un gran lunar blanco en su parte superior.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó molesto.

—*Wanagi* pregunta cosas tontas —respondió con dureza, puesto que la respuesta era obvia.

—Sí, ya vi que estás cazando. Lo que quiero saber es qué haces en mi tierra.

—¿De quién es realmente la tierra? ¿Del que la toma o del que dice que es suya?

John no tenía ganas de discutir. Estaba consciente del resultado de un intercambio de opiniones semejante. El que tenía enfrente era miembro de la tribu de los sioux y un antiguo enemigo, uno que no se había conformado con lo que Padre del trueno había determinado. Para él, la presencia de John en la montaña era inaceptable, pero no tenía el poder para cambiar eso… aún.

—¿*Wanagi* quiere pelear por este ciervo? —preguntó tentándolo.

La experiencia de John lo invitó a no responder de inmediato. Le molestaba lo que había pasado, pero, no era prudente enfrentarlo en esas condiciones. Rodeó la situación.

—¿En serio quieres hacer esto?

—Si *Wanagi* tiene otra propuesta, *Wambli sapa* escucha.

—Sabes que te he vencido antes.

Entonces, el nuevo personaje alzó su vista al cielo y tomó aire, luego filosofó:

—La tierra de mi pueblo es caliente por un tiempo y por un tiempo es fría, a veces hay luz y a veces hay tinieblas. Todos los días son diferentes. *Wanagi* venció una vez, pero hoy puede ser día de *Wambli sapa*. ¿*Wanagi* tiene miedo de perder?

«Lo que no tengo es tiempo», pensó John manteniendo una sonrisa nerviosa.

—Te propongo algo ya que estás en mi territorio. Tú cazaste al ciervo, es tu derecho tenerlo; pero, por haberlo hecho donde no debías, me llevaré una parte, así tú saldrás de aquí completo y también yo.

La valentía de Águila calva asintió. Aquel blanco le había hecho una propuesta que le pareció justa. Este oponente era hábil y él lo sabía; pero no podía irse de ahí sin nada o… derrotado. Respondió:

—*Wanagi* habla con razón. Compartiremos.

Ambos asintieron extendiendo cada uno su brazo derecho por el frente para ondularlo de lado a lado, era la señal para llegar a un acuerdo.

Águila calva se agachó, puso su rifle a un lado, y antes de dar la espalda a John, pidió:

—*Wanagi* podría ponerse enfrente de *Wambli sapa*.

—… Claro —aceptó John para murmurar luego—: Siempre tan desconfiado.

Con el ciervo mediando entre los dos, colocaron la rodilla en el suelo para tomar el cuerpo. Águila calva sustrajo un amenazador cuchillo tipo Bowie de unos treinta centímetros y lo levantó entre los dos para preguntar:

—¿Qué parte quiere *Wanagi*?

John, pensativo, sabía por qué Águila calva estaba ahí y el tamaño de familia que debía de alimentar. Consideró que no necesitaba tanto para sólo un par de personas, además, sería como un gesto de buena voluntad, así que puso su dedo sobre la coyuntura de la pierna trasera y dijo:

—Esta.

Su *amigo* comprendió y empezó a cortar, pero no lo haría en silencio.

—¿Qué hace *Wanagi* en estos días lejos de su cabaña?

La respuesta lo tomó por sorpresa. Él estaba consciente de los términos del acuerdo que le permitían permanecer en la montaña y lo que significaría que alguien que no lo quería ahí se enterara de lo que ocurría en casa. Respondió tratando de ser parco:

—… Perdí algunas provisiones y… decidí salir… a reponerlas.

—¿Deja *Wanagi* su cocina encendida?

John no supo si le estaba diciendo eso porque había notado la presencia de Ishbel o porque intentaba confundirlo. Temió que su secreto se supiera, lo cual no sería benéfico ni para él, ni para Ishbel.

—No, no lo hago —contestó con aplomo—, aunque a veces algo de las cenizas mantienen la humareda… ¿Creíste que me quedaba en la cabaña sin salir durante meses?

—*Wambli sapa* lo creía —señaló con honestidad, o tal vez con cinismo—, por eso está aquí.

—En estos días ya debieron haber descendido a su campamento de invierno, ¿o me equivoco? —reviró.

Águila calva hizo una mueca sabiendo que lo había descubierto, pero, lejos de molestarse, aplaudió su desparpajo. En realidad, lo que John más deseaba era que dejara de hacerle preguntas.

Un último tirón y la porción correspondiente le fue entregada al americano.

—¿Dónde está el caballo de *Wanagi*? —interrogó el nativo.

—No lo traje. Vine a ver las trampas y… subí para ver si tenía suerte.

—El mío está cerca. ¿*Wanagi* quiere que lo acompañe a la cabaña? Lleva una gran carga.

—No, ocúpate de tu presa. Te llevas la mejor parte y… te tomará tiempo arrastrarla hasta los tuyos. Yo me las arreglaré.

—Si *Wanagi* así lo desea.

Nuevamente, hicieron la señal de acuerdo extendiendo su brazo derecho por el frente y se retiraron dando pasos hacia atrás sin darse la espalda. John no dejó de sonreír sosteniendo la pesada pierna de aquel ciervo montada en su hombro y fingiendo que no le costaba trabajo cargarla. Cuando estuvo a una distancia prudente, giró y atravesó los límites del claro.

«¿Desde cuándo te preocupas por ayudarme?», se preguntó John sin poder quitarse esa mala idea de la cabeza. «Sabe algo».

Ahora tenía otro problema entre manos. La cabaña no estaba lejos, pero tendría que darse prisa para llegar, ya que temía que Águila calva tuviera planes muy diferentes a los que le había comunicado.

«Debo apresurarme», concluyó.

4
EN PELIGRO

LA CABAÑA

Había acelerado el paso tratando de ganarle tiempo a Águila calva, y aunque después de voltear varias veces hacia atrás no había encontrado rastro de él, tenía el presentimiento de que venía siguiéndolo. No se tomó siquiera un tiempo para descansar, no hasta que la cabaña estuvo a la vista y el arrastre de aquella pierna de ciervo había hecho mella en su estamina.

Jadeante, se detuvo al pie de la última colina, dándose una pausa en su loca carrera. Desde ese punto pudo contemplar la vista digna de un cuadro de pintura. Su hogar descansaba en la cúspide de la pendiente, que era a su vez, la parte más baja de otra. Había pensado en ubicarla en ese punto desde el principio para evitar los vientos que soplaban en invierno y también para tener ventaja sobre cualquiera que pudiera acercarse. Todo esto le había funcionado muy bien hasta ahora.

Manteniendo su ácido humor, dijo observando el humo visible que provenía de la caldera.

—Al menos mi casa sigue en una pieza. Buen trabajo Ishbel.

Pero su preocupación no había terminado. Después de ese corto descanso, prosiguió hasta la puerta jalando su pesada carga.



Habían transcurrido unas horas desde su separación, aunque eso había sido suficiente para que la luz del sol se empezara a esconder. Aquel silencio la había mantenido absorta en su lectura sin

que pudiera calcular cuánto tiempo llevaba perdida en unas líneas que le parecían familiares; fue entonces que otro tema saltó a su vista en medio de su ensimismamiento: adoraba leer.

Un par de golpes la hicieron alzar la vista para volver a la realidad.

—¿John? —dijo sintiéndose un poco tonta después.

—¡Sí! —contestó alarmado.

Ishbel lo notó, poniéndose en pie con la premura que el tono requería. Quitó la aldaba y le permitió entrar. John casi la hizo a un lado dejando caer el *botín* al suelo provocando un gesto negativo en ella, tanto por esa actitud como por la impresión de lo que la presa le provocaba.

—¡¿Qué es eso?! —exclamó ella.

John no respondió de inmediato, se volteó y trabó la puerta como si alguien lo persiguiera; luego, se dirigió a las ventanas sin responder para cerrar los protectores internos dejándolos casi en total oscuridad.

—¡¿Qué está pasando?! —interrogó Ishbel y exigió luego—: ¡John!

Él se acercó a la rendija que la unión de la madera en un ojo de la cabaña le permitía usar para observar hacia el exterior.

—¡John! —volvió a clamar.

Fue hasta entonces que el dueño del lugar extendió su mano y le hizo una seña para que permaneciera en silencio. Ishbel comprendió que estaban en una situación precaria, pero no dejó de insistir:

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Creo que hay alguien afuera.

—¿Alguien?

—Se lo explicaré si guarda silencio.

Pasaron algunos minutos hasta que la oscuridad de la noche se asomó. John se sintió por fin satisfecho.

—… Parece que seguimos solos —señaló después de caminar nervioso por todos lados.

—¿Ahora puede decirme qué es lo que ocurre?

John no había considerado contarle nada, en realidad, no había considerado muchas cosas. Ahora se sentía responsable por el bienestar de su inquilina, y, por lo tanto, debía ceder un poco en la comunicación que debían de tener.

Le pidió que se sentara mientras se deshacía de su abrigo y todo lo que le estorbaba. Encendió un quinqué, que lejos de lograr un ambiente romántico, inició una situación opuesta.

Estaban frente a frente en la única mesa del lugar. Con la mirada perdida, John señaló:

—Debo enterarla de algo para que usted tome las precauciones pertinentes…

«Va a darme por fin algo de información», pensó Ishbel complacida.

—… Como ya se lo comenté, esta es una tierra en disputa, y, mi presencia aquí no es del agrado de todos.

—¿A quién se refiere?

—A los verdaderos dueños de esta región… ¡No sé cómo explicárselo! —exclamó con un poco de desesperación.

—No soy una estúpida, John. Su reacción me indica que estamos en peligro; aunque todavía no sé si se debe a un algo o un alguien.

—Quizás a muchos *alguiens*.

—Vaya directo al grano.

—Bien. —La miró a los ojos—… Llegué aquí hace unos años, y aunque ya conocía la cultura de las tribus de Montana, cada clan es diferente. Me gané su confianza poco a poco al comerciar

con ellos. No era el primer blanco que veían, pero quizás sí fui uno de los pocos que los trató con respeto. —Hizo un paréntesis para ponerla en antecedentes—. ¿Ha escuchado hablar de *Tatanka Iyotanka*?

—John —lo miró con desencanto—, no recuerdo muchas cosas de mi propia vida. ¿Qué le hace pensar que recordaría un nombre como ese?

—Tal vez lo haya escuchado de otra forma: Toro sentado.

Ishbel hizo una mueca como si hubieran acariciado su memoria, pero negó con la cabeza.

—Es un gran líder sioux que lleva años en guerra contra el ejército americano, una guerra en la que los nativos tienen toda la razón, aunque también tienen todas las de perder. Nosotros nos hemos expandido como una plaga en sus tierras y… uno entiende el porqué desconfían de las intenciones de cada blanco que pone un pie en este lugar.

—No entiendo qué tiene que ver esa… lucha con lo que pasa.

—Me costó trabajo establecerme aquí —prosiguió—, pero debo reconocer que Math me abrió las puertas a lo que tengo… y a lo que soy ahora. Él permitió que mi voz fuera escuchada por *Wakíŋyaŋ ate* (Padre del trueno), el clan sioux más cercano a esta región. Él aprobó mi estadía después de pasar un proceso de… *aceptación*; aunque eso también implicó seguir sus leyes.

—¿Sus leyes? ¿Qué clase de leyes?

—… La del más fuerte señorita Ishbel, la del más fuerte. —Observó hacia un lado reviviendo esos días en su mente—. Peleé por cada centímetro de esta colina. Nunca creyeron que un blanco pudiera derrotar a un indio en su… juego; pero mi deseo de permanecer aquí fue más fuerte que el de morir…, y aquí estoy.

Los ojos de John se entornaron dando a conocer un lado sensible que Ishbel ignoraba que tenía. El relato lo afectaba emocionalmente, pero tenía aún muchos espacios vacíos. Si de ella dependiera, lo hubiera obligado a rellenarlos en ese mismo instante.

—Debió ser muy difícil —empatizó Ishbel.

—Lo fue, y habiéndola puesto en antecedentes, debo ir al grano.

—Lo escucho.

—El derecho a permanecer en este lugar incluye a… una sola persona, a mí. —La miró con una evidente preocupación—. nunca imaginé que alguien más, además de Math, visitaría esta cabaña. No sé cómo vayan a tomar algo así.

Los ojos de Ishbel se desorbitaron en un instante, apenas se había sentido segura cuando John volvía a perturbarla con esa confesión.

—¿Quiere decir que pueden… molestarse por mi presencia?

—No lo sé…, pero, es posible. Los sioux no suelen ser flexibles en asuntos como este, pero son razonables si se les habla de un modo adecuado. Tendré que pensar en algo por si ese caso… ocurre.

Una serie de imágenes poco agradables comenzaron a circular por la cabeza de Ishbel. No sabía de dónde las había sacado, no sabía cómo es que tenía ese conocimiento; sin embargo, lo que era un hecho, es que le ocasionaban terror.

—¡Debemos irnos de aquí! —exclamó alarmada poniéndose en pie.

—¡Cálmese! —respondió John alzando la voz, y continuando con dureza, sentenció—: Y tome asiento.

Ella obedeció lentamente sin despegar sus manos de la mesa y sin quitarle la mirada de encima. La cordura parecía haber vuelto a los ojos de John, quien explicó:

—Ellos no acostumbran andar por estos rumbos en el invierno, de hecho, no acostumbran hacerlo en ninguna época, no desde que me hice responsable de esta montaña.

—¿Y por qué entró aterrado hace un momento? —cuestionó sagazmente.

El asintió dibujando una media sonrisa concediéndole ese punto, y dijo:

—Porque me topé con un viejo conocido, un miembro de la tribu: *Wambli sapa*, cuyo nombre significa: Águila calva. Él y yo no somos exactamente… amigos, y por lo que pude deducir, él creía que yo permanecía resguardado en la cabaña todo el tiempo, y yo, que no pisaba mi territorio en estos días.

—Eso quiere decir que pueden estar merodeándonos.

—Yo más bien creo que fue un incidente aislado, una… coincidencia. —Fingió estar calmado —. El invierno está por comenzar, ellos lo saben, trataron de alargar su… recolección de provisiones, al igual que yo.

La explicación le pareció incompleta a Ishbel. Desvió la mirada encontrándose con la parte que le había tocado a John en el reparto del ciervo y tuvo que preguntar:

—¿Águila calva tuvo que ver con eso? —preguntó señalando la pierna en el piso.

—Sí, se me adelantó y se llevó lo mejor, lo cual me pareció justo, él fue el que hizo el disparo. No quise provocar una discusión, todo lo que deseaba era regresar y… esperar que no sospechara que usted se encontraba aquí.

Ishbel se cruzó de brazos y se echó para atrás en su silla. No estaba conforme. Se sentía engañada –otra vez–.

—¿Por qué no me lo dijo desde un principio?

—Decírselo no hubiera cambiado las cosas. Seguiríamos aquí, haciéndonos compañía todo el invierno, y creo que, la hubiera puesto más nerviosa.

—¿Nerviosa? Créame que ya lo estoy… ¿Y cuál es su plan ahora?

—Mantenernos alertas y… —observó la Biblia en la mesa—… orar a Dios porque ellos permanezcan lejos. Cuando sea oportuno, bajaremos a Helena, así evitaremos que sepan que estuvo aquí…

Pero ella no iba a quedarse conforme con eso, apenas iba a contestar cuando, un ruido en el exterior los distrajo, era el relinchar de los caballos en el establo.

Los ojos de John se ensancharon como si supiera lo que estaba ocurriendo. Se puso en pie dejando esa conversación y abrió uno de los protectores para observar.

—¡Lobos! —exclamó asustado mientras recuperaba su rifle.

EL ESTABLO

Apenas a unos metros, al lado derecho de la cabaña en dirección a la pendiente, se encontraba una construcción que servía de refugio a los animales propiedad de John. En medio de una oscuridad que empezaba a adueñarse de la escena, el brillo de muchos pares de ojos resaltaba entre la penumbra, era una manada, no pequeña. La puerta que podía darles acceso a su *cena* estaba comprometida ante el movimiento de las patas de los depredadores, los cuales querían entrar cavando desde la base poseídos por una sensación casi esquizofrénica.

El intento inquietó a los habitantes de la cuadra, haciéndolos relinchar y mugir desordenadamente. Si se les permitía continuar, los lobos lograrían su cometido.

John se armó de valor y salió sintiendo el golpe de una noche que comenzaba a enfriar. Llevaba un quinqué en una mano y su Winchester en la otra. La oscuridad fue un obstáculo, los lobos tenían ventaja por su número y sus características propias, pero eso no lo detuvo. Alzó su

arma con ambas manos, debiendo depositar en el suelo la luz, la cual se sostuvo encendida apenas entre la nieve.

La primera percusión los asustó haciéndolos desbalagarse en todas direcciones como una gota de agua que se estrella. Se alejaron de la entrada del cobertizo y John pensó que era el momento de atacar, así que siguió avanzando y haciendo disparos; pero ellos se movían con rapidez arropados por la naturaleza.

El objetivo de aquel hombre no era matarlos; sin embargo, lo haría si no se alejaban. Se quedó parado unos segundos más a unos dos metros de la puerta del establo apuntando su arma hacia cualquier sonido en la vegetación, ya fuera real o imaginario. No hizo otro disparo, ya que no estaba seguro de si todavía había un blanco.

Con el corazón y la respiración acelerada, se abrochó el abrigo que se había puesto a toda prisa antes de salir, bajó el arma y aguzó la mirada. El bosque estaba en silencio. Regresó su atención a la puerta asegurándose de que estuviera bien cerrada y se quedó pensativo junto a esta.

«¿Por qué llegaron tan lejos?», se preguntó en silencio. «Nunca habían hecho algo así». Una repentina idea lo agobió.

Caminó un poco, pero no hacia la cabaña, sino acercándose más al bosque, a la senda que siguió cuando regresó de su cacería. Se agachó encontrando sus propias huellas.

—¡Fui yo! —se reclamó molesto.

Existía todavía un rastro en la nieve, un rastro que no cualquier persona notaría, pero sí el olfato de un animal de esa especie, era la marca de la pierna de ciervo que había dejado una escueta marca roja. Entendió entonces por qué estaban tan extasiados y por qué encontraron el aroma de sus animales, suculento.

—Olvidaste tus propias reglas —lamentó.

Se distrajo un momento, y eso fue suficiente para no escuchar el repentino avance de uno de los lobos, el cual lo sorprendió desde su lado izquierdo. Su rifle no fue lo suficientemente ágil como para acertar a tiempo, el disparo salió al aire sin herir a la bestia ni hacerla retroceder. John fue tomado por encima del hombro cerca del cuello, al menos había podido evitar una mordida fatal desde un inicio; sin embargo, en medio de la lucha, se dio cuenta de que lo peor aún estaba por venir.

Los dos se intrincaron en una lucha con distintos motivos: el lobo buscaba alimentarse, sin importar cuál fuera su fuente; mientras que John buscaba sobrevivir.

La cabaña estaba lejos y John ya no tenía el control de la situación. Su arma se había salido de sus manos, así que buscó algo en el interior de su abrigo, su seguro de vida en situaciones así, una afilada navaja tipo Bowie, esta vez, no podía dejarla caer.

Forcejeó sintiendo los dientes de su enemigo perforar el grueso abrigo hasta llegar a su piel y su carne haciéndolo gritar. Luchó tratando de no ser arrastrado hacia el bosque, sabía que eso sería su fin, y aquellas poderosas mandíbulas lo llevaban poco a poco más lejos de su único refugio.

«¡La tengo!», pensó apretando el mango del cuchillo y comenzó a tirar golpes al aire puesto que no tenía una manera certera de atinar al cuerpo del lobo en movimiento, hasta que pudo escuchar un quejido cuando la hoja penetró a su enemigo –fue soltado–.



La oscuridad ya se había apoderado de la escena. John estaba aún en el suelo, y ahora, su herida había quedado sin presión provocando que sangrara. No se pudo apoyar en ese brazo al intentar ponerse en pie. Su única arma también había caído, quizás clavada en su atacante. Todo era muy confuso y su instinto de supervivencia le gritaba que se diera prisa. Fue tarde para cuando pudo distinguir su entorno, el resto de la manada se había acercado, haciéndolo gritar aterrorizado.

Fue derribado, y sin nada con qué defenderse, sólo le quedó soltar golpes con sus pies, esperanzado en alejarlos. Lo rodearon. Ese segundo fue catastrófico en el ánimo de John, estaba convencido de que sería su fin.

El próximo en quejarse no fue él, sino uno de sus atacantes, y no por sus golpes, sino por el impacto de una bala, seguida de otra percusión y otra más, las cuales también fueron acompañadas por un grito lleno de adrenalina, se trataba de Ishbel, quien avanzaba con pistola en mano y una gran puntería, manifestando en su semblante la seguridad que se requería en un momento así.

Quizás un par de ellos cayeron, pero seguían muy cerca de John, fue entonces que Ishbel jugó su última carta arrojando el quinqué que tenía en la otra mano. La flama se extendió muy cerca de las piernas de John, alcanzándolo; sin embargo, había logrado su objetivo haciendo que los animales se retiraran.

—¡Vamos! —exclamó ella yendo por él.

John, reaccionando al dolor, alcanzó a apagar su ropa antes de ser socorrido. Se puso en pie cómplice de su adrenalina.

Se unieron como uno solo dirigiéndose en sentido contrario a toda prisa, olvidando el dolor, las diferencias y sus heridas. Lo hicieron en tres piernas mientras ella cruzaba el brazo de John por su espalda. No miraron hacia atrás y ninguno lo dijo, pero los dos rogaron porque los lobos se distrajeran lo suficiente como para no prestarles atención. Entraron en la cabaña.

John cayó pesadamente sobre la primera silla disponible, oprimiendo su herida con la mano derecha, sangraba. Su rostro se fue hacia atrás sosteniéndose apenas del mueble. Fue hasta ese momento que Ishbel se dio cuenta de lo que había sido capaz de hacer, lo que la distrajo un momento.

—Presiónela —ordenó un afectado John.

Ella actuó como pudo bajando apenas el abrigo para descubrir el problema. Por instinto, llevó sus manos hacia el punto en cuestión, apretándolo y haciendo que el semblante de John lo lamentara.

—¡Esto no funciona! —advirtió Ishbel.

—Traiga… vendas y algo de whisky… en la alacena.

Pero Ishbel, fiel a su carácter, no planeaba dar esos pasos. Se dirigió al borde de su falda y arrancó un girón para colocarlo en el trapecio.

—¡Traiga el whisky! —insistió él.

—¡Piensa tomar ahora!

—¡Lo quiero para limpiar la herida! —explicó—. No será suficiente presionarla… Hay que… cerrarla.

—¡¿Y cómo hago eso?! —reclamó exaltada.

—El atizador… en la caldera, pero antes, límpielo con el whisky.

Era obvio que John intentaba ahorrar palabras, así que sus ojos dirigieron a Ishbel. El mensaje era claro, y aunque suponía que nunca lo había hecho, ella intuyó cómo debía de actuar.

—Un par de minutos bastarán —indicó él sosteniendo todavía el vendaje improvisado. Ishbel usó el alcohol para el instrumento y le entregó la botella—… Colóquelo hasta el fondo.

John usó la bebida para derramarla sobre su lesión; y ante el primer descuido de su compañera, dio también un gran trago. Ella lo observó de reojo haciendo un gesto de disgusto, pero no le reclamó esta vez. Observó la puertecilla de la caldera, pero no pudo quedarse junto al atizador hasta que terminara de calentarse, en cambio, volteó hacia atrás observando el desastre que había en la habitación, el botín de John seguía en el suelo, ensuciándolo todo junto con los restos de aquella batalla. Se quitó por fin el abrigo y lo hizo a un lado. Esos segundos la hicieron considerar la situación en su más amplio concepto.

—¿Volverán? —interrogó volteando a verlo.

—No lo sé… nunca habían hecho algo así.

—¿Y los caballos?

—Esperemos que estén bien…, pero, si regresan, procure hacerlos correr sin acercarse.

—Sí…, eso haré.

Se meneó nerviosa dejando que los segundos transcurrieran.

—Tuvo suerte —soltó Ishbel.

—Creo que Dios todavía no quiere llevarme.

—Pues si sigue tentándolo, puede que cambie de opinión. Fue una torpeza haberse acercado a esos animales así.

—… Tiene razón —aceptó—… Es irónico, ¿no? Ahora dependo de usted.

Ella intentó sonreír, no fue fácil. Le alegraba que se mantuviera positivo en tal situación. Se dirigió de nuevo a la ventana. La llama que había provocado seguía apenas viva sobre la nieve, y hasta donde podía ver, no había rastro de los lobos, ni siquiera de aquellos a los cuales había herido.

—Se fueron —dijo.

—Esperemos que no vuelvan. —Hizo una pausa para dar más peso a sus próximas palabras—… Actuó valientemente… Ishbel.

—Ni siquiera sé cómo lo hice —confesó sin quitar su vista del exterior.

—Con muy buena puntería. ¿Dónde aprendió a disparar?

—Quisiera recordarlo.

—Al menos sé que se puede defender.

Ishbel giró su rostro hacia él, se cruzó de brazos y respondió:

—… Creí que eso ya había quedado claro desde un principio.

Esta vez, el que sonrió con dificultad fue John, quien regresó su mirada a la mesa, donde descansaba el buen libro.

—¿Es creyente? —interrogó él.

—Creo que sí —argumentó sin estar segura y reviró—: ¿Usted?

—También lo soy. Nadie estaría tan loco como para vivir aquí sin serlo.

—Buen momento para hacerse el gracioso —desestimó—, pero al menos ahora sabemos que tenemos eso en común.

John asintió empatizando y advirtió:

—Ya debe de estar listo.

Lentamente, y manteniendo la posición de sus brazos, Ishbel avanzó hasta la caldera dudando en tomar el atizador.

—Hágalo —pidió John.

Fue entonces que el valor pareció desaparecer del alma de Ishbel.

—No tema —animó él—. Tiene que hacerlo o… no pasaré de esta noche.

Esas fueron las palabras que finalmente la llevaron a ejecutar el plan. Tomó con prisa aquel metal sustrayéndolo de su guarida, su punta incandescente se levantó por el frente de su rosto. Se acercó hasta él sosteniéndolo con ambas manos. Necesitaba instrucciones.

—Debe ser por los dos lados —explicó él intuyéndolo—, uno al frente y otro por detrás.

—No puedo estar segura de eso —comentó ella.

—Créame, debe de ser así.

—¿Qué quiere que haga?

—Tendrá que *cerrarla*, use lo largo de la punta y… procure hacerlo de un solo golpe —advirtió—. Intentaré no moverme.

John lo dijo con tanta naturalidad que creyó que Ishbel se contagiaría de ese optimismo, pero no fue así. Definitivamente aquello era algo que ella nunca había hecho, y temía equivocarse.

—Lo hará bien —empujó John observando la desconfianza en sus ojos.

Mordiendo lo único que tenía a su alcance, aquel grueso abrigo, John volteó su rostro hacia un lado, descubrió la herida, la cual seguía fluyendo; finalmente, tensó la piel en su cuello esperando el inminente dolor. Ella asintió considerando las consecuencias de arrepentirse y empezó a contar:

—1, 2…

No llegó hasta el tres, sorprendiendo a John, quien apretó con sus dientes la piel en su boca mientras ahogaba su grito.

Ese par de segundos fueron traumatizantes para ambos, pero había funcionado, al menos en su parte delantera. La boca de John todavía salivaba mientras su rostro seguía gesticulando; no habían terminado.

—Ahora atrás —pidió casi haciendo crujir sus dientes.

Ishbel obedeció repitiendo la operación en el lado opuesto con el mismo resultado. La consciencia de John no pudo más, así que dejó caer su cabeza hacia el frente. Su cuerpo había quedado sin fuerza.

—¿John? —preguntó ella, sosteniendo aún aquel hierro.

Parecía que había dejado de respirar, no se movía, y si no tenía cuidado, su cuerpo caería de esa silla. Corrió dejando la barra sobre la parte superior de la cocina y regresó para colocarse

frente a él. Lo tomó con las dos manos, notó que seguía con ella.

—¿John? ¡¿John?! —alzó la voz.

Él respondió apenas, había vuelto en sí, por lo que le preguntó:

—¿Cómo se siente?

—Como si hubiera ido y regresado del infierno… ¿Lo logró?

—Sí, ha dejado de sangrar.

—Parece que lo está disfrutando —bromeó y se enderezó en la silla para confirmar el estado de su curación. Agregó—: Creo que lo que hizo será suficiente; pero, le molestaría ponerme un poco del ungüento de Math, el que está en la alacena y… sujetar mi brazo.

Ishbel obedeció yendo por el pedido. La medicina la encontró en un tarro metálico, su contenido no tenía el aroma más agradable.

—¿Qué es esto? —interrogó con curiosidad.

—No querrá saberlo —indicó John.

Volvió con la sustancia, se paró frente a él esperando instrucciones.

—Yo diría que lo untara en mi herida —explicó John un tanto sarcástico.

La sustancia era similar a una pasta espesa de un color entre el verde y el marrón. Ishbel utilizó dos dedos para tomar un poco, era fría y algo pegajosa. Dejó el tarro en la mesa y dijo:

—Creo que le dolerá.

—No más de lo que me dolió hace un momento. Adelante… sólo tiene que cubrirla y luego vendarme…

Fue una experiencia nueva para Ishbel, quien procuró hacer bien su trabajo. La pasta se adhirió a su piel como si hubiera resanado la hendidura entre dos troncos. Luego, Ishbel siguió las instrucciones para cubrir el hombro, amarrando la venda desde la axila siguiendo por el deltoides, y como toque final, extendió otro tramo soportado en el cuello para sostener el brazo.

Poco después de varios resoplidos, John intentó ponerse en pie, pero no lo logró solo.

—Lo mejor es que se recueste —propuso Ishbel—. Ahora le toca usar la cama. Lo ayudaré.

—¿Mi propia cama? Se lo agradezco —comentó sarcásticamente.

Llegaron hasta la recámara, el mueble estaba tendido. John pudo observarlo desde la entrada.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que la vi así.

El apunte le pareció gracioso a Ishbel, aunque no era momento para bromear.

—Lo único bueno de esto —señaló ella—, es que usted conserva su buen humor.

Avanzaron un poco más, John giró para sentarse en el borde y empezó a quitarse lo que le estorbaba comenzando con el abrigo.

—Creo que debería de quitarse la camisa y el pantalón —propuso Ishbel.

Él la miró un poco extrañado y buscó su rostro como esperando recibir más información.

—Están sucias —aclaró ella sin morbo.

John finalmente accedió, pero lo hizo lentamente, como esperando que ella no notara lo que escondía tras su ropa.

—¿Ahora siente vergüenza? —expresó Ishbel con desencanto mientras lo ayudaba a desabotonar la camisa—. No la sintió cuando me hizo lo mismo.

Él la observó y le permitió actuar, dejó que lo desnudara, aunque sintió que no sólo lo hacía físicamente.

La primera imagen del torso de John al abrir la camisa resaltó entre las sombras, los ojos de Ishbel tuvieron que observar dos veces para confirmarlo.

—¿Qué… le sucedió?

—¿Esto? —dijo él señalando las marcas de la batalla en su cuerpo—. Es sólo el resultado de

una vida difícil.

—… De acuerdo. ¡Hagámoslo! —exclamó tras un segundo de asombro ayudándolo a darse la vuelta, le sacó las mangas.

Las cicatrices de John seguían en su mente, no podía olvidarlas, pero no volvió a mencionarlas. Desconocía lo que su anfitrión sentía por esas huellas, así que prosiguió ayudándolo hasta dejarlo tendido en cama.

—… Creo que… no me siento bien —confesó por fin entrecerrando los ojos.

Ishbel se percató de que toda esa charlatanería y su buen humor era sólo una manera de no aceptar su malestar. El trauma y la pérdida del vital líquido lo habían vencido.

—Usted descanse —dijo ella—. Volveré más tarde a revisarlo.

Salió de la habitación como si fuera toda una experta en el tema de cómo cuidar pacientes, pero su semblante se transformó al regresar a la habitación grande. Lejos de la vista de John se meció los cabellos.

—¡¿Ahora qué hago?! —murmuró para sí observando el desorden—… ¿Debería iniciar limpiando aquí?

MÁS TARDE

El silencio de John fue un buen indicio, al menos había dejado a Ishbel trabajar en paz. La cabaña se veía diferente después de su intervención, incluso se había dado tiempo para comenzar a preparar la cena.

—Espero que esto le guste —comentó para sí misma meneando su receta en el cazo sobre la estufa, pero se corrigió casi inmediatamente—… Tendrá que conformarse.

Se limpió las manos en lo que quedaba de su maltrecho vestido, verlo era lamentarse. Pensó que no podría pasar todo el invierno en esas condiciones, también pensó que le hacía falta un buen baño –y tenía razón–.

Detuvo por fin su autocompasión pensando en hacer algo útil. Acomodar lo que ya no necesitaba en la bodega era un buen principio. No le gustaba ver tantas cosas afuera, aunque quizás, al día siguiente tendría que volver a usarlas.

Se dirigió a la puerta en la esquina llevando consigo cómo alumbrarse en una mano y algunos de los utensilios de limpieza en la otra. Una vez adentro, se acercó como pudo a los primeros estantes sin encontrar lugar para colocar su luz. Tuvo que dejarla en el piso para proseguir.

Equilibrándose, fue acomodando lo correspondiente a ese *primer viaje*. Al terminar, tomó su cintura viendo su obra y no pudo evitar observar de reojo la tina de baño.

—Tengo una cita contigo —aseguró.

Se agachó un poco para tomar el quinqué, lo que hizo que uno de sus pies se apoyara con más fuerza sobre el tapete en el centro de la habitación. El silencio fue un aliado que permitió que un sorpresivo rechinido la hiciera reaccionar.

Víctima de su curiosidad y de pie en esa posición, volvió a apoyarse en el mismo punto con más fuerza. No era una experta en construcción, al menos pensaba que no; sin embargo, sí ponía atención a los detalles.

Se colocó con los dos pies juntos y dio un pequeño salto, luego otro más grande. Mantuvo la luz baja acercándola al tejido como si este pudiera hablar.

—Aquí hay algo —murmuró acuclillándose.

Y como toda una investigadora, puso su rostro al nivel del piso y levantó por fin la orilla del grueso tapete para encontrar *madera hueca* debajo de este; al acercar más la luz, notó una rendija que se extendía dibujando un rectángulo, y un poco más allá, una bisagra y una aldaba que se perdía en el relieve en un extremo. Nada impedía que la trampilla fuera levantada para poder entrar.

—¿Una puerta? —dijo observándola de pie mientras sus emociones la hacían hacerse preguntas.

> Me quedé petrificada observando mi hallazgo. Estaba cansada de tantos secretos. ¿Qué hacía eso ahí?, y lo más importante: ¿escondía John algo ahí abajo?

5
LA CARTA

LA CABAÑA

Ishbel retiró por completo el tapete, contempló desde arriba y en toda su magnitud aquel rectángulo y dudó en continuar. No encontraba una razón para que John le hubiera ocultado algo así, o quizás sólo estaba viendo un problema donde no lo había.

> No era la idea de lo que me iba a encontrar lo que me asustaba, sino el porqué. Esperaba estar equivocada y que esa puerta condujera a algo sin importancia, algo tan insignificante que no terminara cambiando la visión que ahora tenía de él.

Ishbel se agachó decidida a desentrañar el misterio. Jaló aquel pequeño aro de hierro para deshacerse del obstáculo hasta llevar la trampilla al otro lado con todo el sigilo que le fue posible. Dejó al descubierto una especie de entrada vertical hacia algo tan oscuro que semejaba el corazón de la montaña. Sus ojos no podían ver más allá de medio metro en la profundidad.

Sostuvo el quinqué delante de ella para iluminar aquel espacio y descubrió una escalera que llegaba hasta el suelo, eran tal vez tres metros. La base conectaba con un túnel que parecía haber sido robado de la misma roca. Volvió a dudar en seguir ese camino, pero su curiosidad era más fuerte que su prudencia.

—No vas a detenerte ahora —dijo alentándose y empezó a descender.

Con sumo cuidado se giró para dar la espalda al túnel. Usar aquellas botas no hizo sencillo el descenso, y menos cuando tenía que usar una mano para sostener la luz. Escalón por escalón, no fue necesario apresurarse.

Una vez abajo, sintió la superficie dura con ambos pies: era tierra y piedra. Volteó de inmediato alumbrando su entorno, se percató de que, el túnel se ensanchaba un par de metros, y más allá, el punto de fuga se perdía en lo que era una bóveda interminable.

—¿Hacia dónde conduce esto? —preguntó en voz baja como si pudiera ser escuchada.

La sensación de encierro la rodeaba, era abrumadora. No tuvo tiempo de imaginarse cuál era la función de ese escondrijo natural, pero, sospechaba que John lo utilizaba con algún fin.

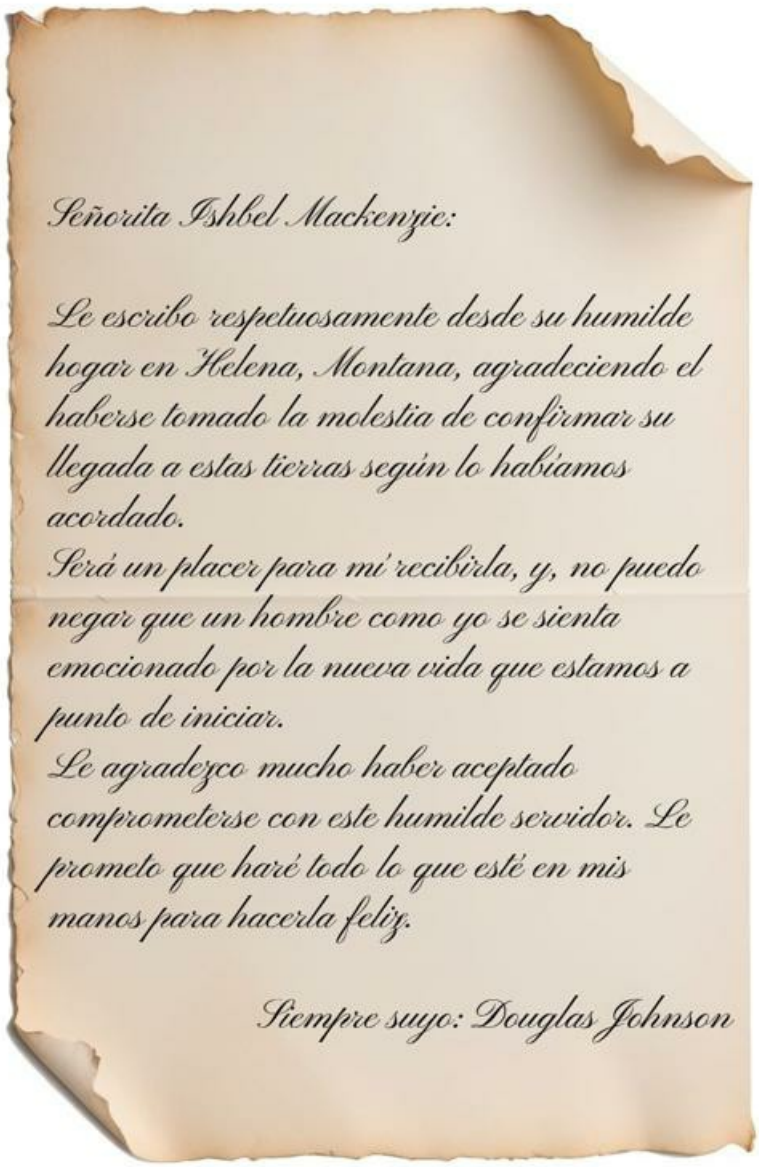
No se quedó quieta, aunque temía que su mismo espíritu multiplicara cada uno de sus pasos hasta llegar a un lejano y desagradable final.

Avanzó tan sólo unos metros, cuando, llegó a algo que no era parte de la formación rocosa. La llama que la acompañaba, alzándola frente a su rostro, la ayudó a ver lo que había descubierto.

Había un estante de madera incrustado en la pared, el cual contenía un baúl. El misterio se hacía más grande. Se acercó y lo abrió, su contenido la hizo sorprenderse: se trataba de un arsenal mucho mayor que el que estaba arriba, pólvora, municiones y algunas armas; así como también un uniforme militar cuyo azul marino estaba ya desteñido, lo que hizo que se preguntara si John había estado en la milicia. Encontró también una bolsa de piel pequeña que no parecía

encajar con todo lo demás, ese objeto le llamó la atención, porque era más ad hoc a lo que una dama utilizaría. Lo abrió.

Sus ojos se ensancharon ante la luz trémula que iluminó el par de elementos que contenía, el primero era una carta doblada por la mitad, una carta que alguien había escrito hacía unos meses, y no iba a esperar a subir para leerla.



Señorita Ishbel Mackenzie:

Le escribo respetuosamente desde su humilde hogar en Helena, Montana, agradeciendo el haberse tomado la molestia de confirmar su llegada a estas tierras según lo habíamos acordado.
Será un placer para mí recibirla, y, no puedo negar que un hombre como yo se sienta emocionado por la nueva vida que estamos a punto de iniciar.
Le agradezco mucho haber aceptado comprometerse con este humilde servidor. Le prometo que haré todo lo que esté en mis manos para hacerla feliz.

Siempre suyo: Douglas Johnson

El impacto fue tal que tuvo que leerla nuevamente, puesto que sintió que era como estar indagando en la vida de otra persona. Su rostro desencajado no podía creerlo, sus ojos pisaron aquel papel con pasos que se arrastraban deseando borrar esas líneas. La persona a quien estaba dirigida esa carta, ¿era ella? No supo cuál de sus emociones la poseyeron primero: ira, decepción, incertidumbre, o quizás todas juntas. Esa bolsa de piel era suya, tenía que serlo. Seguramente John la había escondido ahí desde un principio. ¿Por qué no se la había entregado? ¿Por qué no le había dicho antes quién era?

Se encontraba aún en shock cuando revisó el segundo objeto, el cual era una especie de libro con la gran mayoría de sus hojas en blanco.

—¿Un diario? —murmuró.

Con la poca iluminación que contaba y los ánimos al borde del precipicio, no tuvo la paciencia para empezar a examinarlo. Lo cerró y guardó todo. Sus puños apretados desearon entonces golpear la pared, o más bien, al miserable que estaba en cama allá arriba. No iba a dejar que tal situación se quedara así, por lo que se apresuró a subir.

LA RECÁMARA

Envuelto en un velo de inconsciencia, John dormía placenteramente tratando de recuperarse sin imaginar lo que estaba por ocurrir. El silencio a su alrededor era alentador, parecía una noche pacífica; pero esta, pronto fue sacudida por los pasos presurosos de Ishbel entrando a la habitación. El ruido fue bastante evidente, y paró justo al lado de la cama –por muy poco–. John, ajeno al descubrimiento de Ishbel, casi esbozó una sonrisa presa de algún buen sueño, seguía dormido, lo que hizo que ella se enfureciera más.

—¡Despierte! —gritó Ishbel sin ninguna consideración.

Él, volvió de su estado abriendo apenas los párpados para observar la figura de Ishbel a contraluz de pie junto a él; y a pesar de no poder detallar su semblante, sí percibió el tono molesto de su voz.

—¿Sucede algo? —preguntó inocentemente.

Lo miró tratando de no manifestar todo su odio en un solo *golpe*. Muy en su interior quería pensar que todo eso tenía una explicación lógica –no la había–. Alzó la bolsa de piel frente a él y le dijo:

—¿Qué es esto?

John agrandó sus ojos sintiéndose desnudo ante la evidencia, sabía de lo que se trataba y ya no podía ocultarlo; aunque pensó que tal vez eso era lo mejor.

—Lo encontró —se limitó a decir como si fuera una nimiedad.

—¡Sí! ¡Lo encontré! También el túnel que hay debajo de la cabaña.

—Obviamente —trató de alzar su tronco—… ¿Y qué quiere que le diga?

—¿Por qué lo ocultó?

Él estaba consciente de que había actuado mal, y también, que tenía todas las de perder. Su estado de salud tampoco ayudaba, pero tenía sus razones para ser tan hermético y no las iba a comunicar.

—… Soy un hombre solitario en una cabaña en las montañas —justificó—. Mi naturaleza y… mi experiencia, me han hecho algo desconfiado.

—¿Cree que una dama que cayó accidentalmente aquí representa un peligro para usted?

John tenía varias respuestas para esa pregunta, la mayoría eran poco alentadoras después de ver lo que Ishbel era capaz de hacer con un arma, así que concluyó:

—Usted dígamelo.

Ishbel resopló bajando la bolsa y señaló:

—Creo que le he demostrado ya que soy lo suficientemente confiable. ¡Le salvé la vida!

—Lo cual agradezco. Estamos a mano.

Ishbel buscó un lugar dónde sentarse, pero esa habitación no contaba con algo que pudiera

servirle. Se paseó como un animal enjaulado por varios segundos inventando en su mente muchos tipos de insultos que no profirió. No iba a dejarlo solo hasta soltar lo último que tenía en el alma, así que, sabiendo que se molestaría, hizo un lugar en la orilla de la cama para verlo de lado y continuó:

—¿Hasta cuándo pretendía ocultármelo?

—No lo sé… Fue mi primera reacción cuando usted llegó aquí. Todavía no lo decidía.

—¿Leyó la carta?

—Sí.

—¿Sabe entonces que alguien me espera en Helena?

—Sí.

—¿Así supo que era irlandesa?

—Con la carta o sin ella, lo hubiera sabido.

—¿Qué más sabe de mí?

—Todo lo que su bolsa me dijo. Ahora ambos sabemos lo mismo… A menos que lo de su pérdida de memoria no sea real.

—¿Cree que miento?

—… Ahora estoy seguro de que me dice la verdad.

—Había algo más, un diario. Todavía no lo leo, pero supongo que habla de mí.

—Así es —respondió con total desfachatez.

> Desvié la mirada hasta entonces, bajé la cabeza y volví a resoplar exhalando mis malos pensamientos. Me di cuenta de cómo era mi carácter y mis reacciones frente a un engaño, pero también de que era capaz de perdonar con rapidez en pos de lograr una mejor situación, lo cual no fue algo que me alegró en ese momento.

No, el camino desde el túnel hasta la recámara no le había servido para calmarse, pero saber que lo había acorralado y vencido en su propio juego, sí. Ahora sentía tener todas las cartas de la baraja para apostar. Ishbel resopló dándose cuenta de que no podía mantener esa discusión eternamente, no podía salir simplemente de ahí y dejar de ver a John, aunque lo deseaba. Ahora que lo había desarmado tenía todo el derecho a saber más y a buscar su propio beneficio.

—¿Qué haremos ahora? —interrogó Ishbel.

—Lo que pretendíamos hacer desde un principio —estableció John—, sobrevivir al invierno.

—Me refiero a nosotros. No será fácil para mí verlo de la misma manera. ¿Qué confianza o… cariño le puedo tener ahora?

—No pretendo que me… aprecie, Ishbel, sólo que me soporte. Tendremos que sabernos soportar para pasar los próximos meses en paz. El invierno encrudecerá y… habrá días en que no podamos ni salir. Me tomará algún tiempo reponerme, así que, usted tendrá que encargarse de lo que se tenga que hacer.

—¿Encargarme? Yo nunca me he encargado de un lugar en… estas condiciones.

—Eso no lo sé, pero hasta el día de hoy me ha demostrado lo contrario. Confío en que tiene la capacidad, tendrá que hacerlo, o ambos moriremos aquí lejos de todo.

No le respondió de inmediato, no quería hacerlo, su sentido común le hacía ahora dudar de él; pero también sabía que, por lo menos debía mantener una relación cordial si no quería que un infierno se desatara.

—La cena debe de estar lista —comentó ella poniéndose en pie y colocando aquella *guerra* en pausa.

—… Ishbel —la detuvo antes de que abandonara la recámara—. Se que hice mal al encubrir lo que sabía de usted. No hay algo que pueda alegar en mi defensa. No hay excusa… Perdóneme.

—… No se preocupe John. —Lo observó por encima del hombro—. Creo entenderlo, quizás

en su posición tampoco hubiera confiado en una extraña…

«Por supuesto que había sido sarcástica, esto todavía no terminaba», pensó Ishbel.

HABITACIÓN PRINCIPAL

Ella permaneció callada la mayor parte del tiempo durante la cena, sólo había producido monosílabos o dicho lo indispensable; por su parte, John, también se había mantenido en silencio, era evidente que tenía prisa por *abandonar* aquella incomodidad, seguramente sabía que Ishbel tenía todavía mucho qué decir.

El sonido de sus cubiertos golpeando el metal del fondo del plato resonaba en medio de un ambiente tenebroso, y no sólo era por la oscuridad. Esa situación puso a John más nervioso que lo que lo hubiera hecho un interrogatorio.

—¿Usted fue militar? —soltó Ishbel por fin.

—¿Militar? —repitió casi atragantándose.

—Sí, militar. Vi el uniforme que tiene allá abajo.

—… Sí, lo fui —respondió bajando la vista, y como si fuera posible, hizo menos ruido aún.

—¿Por el norte?

—Usted notó el uniforme, creo que ya lo sabe.

—¿Lo considera un pecado?

—… No, fue… una ocupación como cualquier otra.

—Tiene razón, es por eso que no entiendo por qué no me lo dijo…, y, ¿por qué tiene tantas armas allá abajo? ¿Piensa iniciar una guerra?

El comentario no se escuchó tan fuera de lugar conociendo lo que Ishbel ya sabía acerca de los indios.

—Son… cosas que pude juntar durante mi servicio.

—Espero que sea así y no esté pensando cambiarse de bando.

—No lo había considerado, aunque ahora que lo menciona, si tuviera que escoger uno, escogería a los indios.

Ishbel lo observó, examinándolo, John retiró la vista, no tenía deseos de hablar de esos temas y ella lo notó; sin embargo, siguió indagando.

—¿Tiene un apellido John?

Ishbel lo observó masticar lentamente ese último bocado, estaba pensativo. Se había negado a darle esa respuesta desde el principio, pero ahora sabía que le debía algo, así que lo aprovechó.

—Usted ya conoce el mío —apuntó Ishbel—, y sabe mucho más de mí misma que yo. Me parece justo que…

—Sherman —interrumpió—… Mi apellido es Sherman.

—No fue tan difícil, ¿verdad? Y dígame, John, ¿por qué un militar como usted se refugia en un lugar como este?

Se puso en pie con dificultad y sin responder esto último, dijo:

—¡Buenas noches, Ishbel!

—Déjeme ayudarlo.

—¡No! Puedo hacerlo solo —aseguró dándole la espalda y agregó—: ¿Puedo pedirle que apague la caldera antes de dormir? No es seguro que se quede encendida.

—… Sí, no se preocupe.

—Hay mantas y lo que necesite en la bodega para… improvisar una cama; pero, creo que eso usted ya lo sabe.

Ishbel lo vio alejarse, escapando así de esa pequeña trifulca. Había mucho más pendiente en esa conversación, pero, ahora le daría tiempo para reponerse. Ella estaba consciente de que a ningún hombre le gustaba perder contra una mujer, y John no era la excepción.

> Seguramente esa noche me costó más a mí conciliar el sueño que a él. No sólo había sido el engaño lo que me mantenía despierta, sino también la situación con los lobos, los cuales no volvieron a aparecer; y había una cosa más, mi diario. Aproveché el estar sola para leerlo.

Sentada en la mesa frente a una trémula luz, acarició la tapa dura que representaba el gran misterio de Ishbel, un misterio que no sabía si quería descubrir. Había esperado hasta ese momento, luego de reclamarle a John y después de haber hecho a un lado todas las distracciones. Estaba ahí, pensativa y con el temor de encontrarse con algo que no le gustara, pero también hambrienta de respuestas. Lo abrió.

Las primeras palabras hablaban de una fecha y un lugar, había pisado por primera vez ese país en la costa este la primavera de 1867, para iniciar el recorrido que los americanos llamaban la Ruta de Oregon. Sus notas también decían que deberían de estar llegando a Helena para el Día de acción de gracias de ese mismo año.

Alzó su vista, pensativa, algo la distrajo de su lectura, fue el peculiar silbido que ya había escuchado la noche anterior; este se introducía por el más mínimo orificio de la cabaña como si anunciara… un cambio. Aunque, siendo positivos, si se deseaba, se le podía encontrar un ritmo.

—Es como si la montaña cantara —comentó inspirándose y regresó a lo suyo.

Sus apuntes le dijeron dónde había estado y supo hacia dónde se dirigía sin ninguna duda, aunque eso era algo que ya recordaba. Siguió hurgando entre las líneas. De pronto, se interesó en saber más sobre Douglas Johnson, su prometido, el hombre de la carta y a quien simplemente, no recordaba.

Encontró también detalles de lo atribulado de su viaje y de cómo había atravesado regiones que ni siquiera tenían un nombre, nada tan distinto a lo que ya estaba viviendo, bueno, así era el oeste americano. La última nota, antes de encontrar muchas páginas en blanco, le indicaba la fecha cuando ya no pudo escribir más. Eso era algo que le daba algo de información, pero que no resolvía su problema.

Hojeó hasta el final su diario y lo agitó levantándolo por el lomo como exigiéndole a la verdad que saltara de ahí, y sucedió. Una fotografía cayó sobre la mesa y la imagen monocromática de un hombre quedó al descubierto.

Se quedó inmóvil por algunos instantes y luego hizo suavemente su diario a un lado para tomar el nuevo objeto, lo acercó a la luz para descubrir a alguien que llamó su atención desde el primer momento.

—¿Este es Douglas? Es atractivo —se atrevió a decir.

> De pronto me di cuenta de algo que me sacudió, Douglas era parecido a John en varias formas, su cabello, su vello facial, hasta me atrevería a decir que en su complexión… ¿Es por eso que me parece atractivo?
> Me reprimí a mí misma por sólo pensarlo.

—Al menos Douglas viste como un caballero —comentó haciendo esa estúpida idea a un lado.

A pesar de todo, Ishbel no lo reconoció, era un extraño. Tampoco encontró nada en el bolso que le contara un poco más acerca de su historia antes de tocar América, era como si hubiera vuelto a nacer ese día. Consideró entonces la loca idea de no esperar a que terminara el invierno para salir de ahí. Helena era el lugar que tenía todas las respuestas. Tampoco sabía si el señor

Johnson la seguiría esperando, y suponiendo que las cosas hubieran sucedido como Math lo suponía –ahora lo dudaba–, entonces su prometido ya sabría que el grupo con el que venía había… sido atacado.

—¿Estará buscándome? —murmuró.

> Sí, existía esa posibilidad, y no era pequeña. Douglas parecía una persona con recursos, quizás ahora estaba cerca, quizás alguien llegaría un día a la cabaña y podría salir de ese infierno.

Hurgó en el fondo del bolso al escuchar que algo hizo ruido al levantarlo. Encontró una plumilla, lo cual alimentó su ánimo; mas, este se apagó rápidamente cuando no encontró un tintero.

Puso todo sobre la mesa experimentando la sensación de que esas cosas le pertenecían, que eran parte de ella, aunque había algo en su interior que le decía que algo no encajaba. Empezó a recapitular en su mente lo que había escrito, sonaba emocionada por el viaje, pero en ningún momento mencionó el destino que le esperaba en Helena o el compromiso o algo relacionado con Douglas, de no ser por la carta, ella no lo sabría.

«¿Alguien que está a punto de casarse no debería de estar… ilusionada?», pensó.

Se dio cuenta de que era perspicaz y que le gustaban las cosas claras. Había algo en esa aventura que no la dejaba convencida, reconocer que le generaba dudas le incomodaba. Douglas Johnson no era más que una imagen. ¿Era posible que se hubiera comprometido sin conocerlo? Sabía que era algo común en esos tiempos, aunque la idea no le agradaba. ¿Qué es lo que la había llevado a hacer una cosa así? Estaba consciente de que era una mujer mayor, pero no creía que eso fuera suficiente para tomar malas decisiones, al menos no era algo propio de ella.

La confusión la aprisionó haciéndola dar vueltas a distintas ideas por un buen tiempo. Aprovechó para apagar la caldera, echó un vistazo al exterior y recogió lo que había que recoger antes de pensar en ir a la cama, y fue hasta entonces que se percató de que no la había preparado.

—Y John ni siquiera se preocupó por ayudarme a tenderla —murmuró molesta—. ¡Vaya caballero!

Pero Ishbel sabía dónde conseguir todo lo que necesitaba, así que fue a la bodega.

Al cruzar esa puerta, el ambiente frío la sorprendió haciendo que se frotara los brazos con las manos. La temperatura había descendido por el avance de la noche y la ausencia del calor de la caldera. Tomó lo que necesitaba, y quizás algo más, y salió de ahí.

Se acomodó en el suelo colocando una gruesa capa para no dormir en una superficie dura. Pegó su tendido a la pared que la separaba de la recámara y antes de introducirse a su refugio, dejó la cabaña a oscuras para moverse a tientas. Las gruesas capas sobre ella pesaban y eran algo, sofocantes, pero era la mejor manera de mantenerse caliente.

Enconchada en su posición, Ishbel meditó sobre los dichos de Math y John. Le habían dicho la verdad acerca de la montaña. Era imposible sobrevivir en ella en esas condiciones.

Cerró los ojos y durmió.

6
LABORES

LA CABAÑA

Estaba sumida en un profundo sueño, tan apacible como peligroso, hasta que el blanco del invierno golpeó su rostro haciéndola despertar. John estaba frente a las ventanas dejando que el sol y el viento circulara por la cabaña.

—¿Por qué las abre? —preguntó levantando el torso, pero sin dejar de cubrirse.

—Porque alguien tiene que hacerlo —señaló gruñonamente esforzándose con su brazo sano—. El aire en la mañana es el más… *benévolo*. La cabaña debe de ventilarse regularmente.

Ishbel cruzó los brazos sobre el pecho llevando cada una de sus manos al hombro contrario mientras se sentaba debajo de las mantas. Sus ojos entrecerrados le reclamaban a John su acción. Fue un despertar incómodo. Verlo de pie con tanto ánimo la obligó a preguntar:

—¿Ya se siente bien?

—No del todo —volteó a verla—; pero alguien tiene que encargarse de las obligaciones de este lugar.

—Yo puedo hacerlo. —Se puso de pie todavía enrollada en su cobija—. Sólo dígame qué debo de hacer.

Ella lo vio sonreír, pero no lo hacía con gusto, era más bien una sonrisa burlona, o quizás sarcástica. John se acercó hasta la mesa manteniendo su brazo inmóvil con aquel improvisado cabestrillo y preguntó:

—¿Qué tan buena es para seguir instrucciones?

—Pruébeme.

—Entonces siéntese y le explicaré…

> Comenzamos con las tareas propias de la casa, cómo lo era mantener limpia y funcional la caldera de leña; continuamos con las que tenían que ver con el cuidado de los alimentos, que era un tema primordial, John tenía conservas y antes de mi llegada había ahumado y secado una buena cantidad de carne, a excepción de la pierna de ciervo, en la cual íbamos a trabajar de una manera especial posteriormente. Luego de una rápida explicación, salimos con dirección al establo.

Ishbel había testificado muchas de las cosas que hacía John; y de no ser porque lo había visto, no hubiera creído lo complicado que era permanecer en la montaña. El primer día se había preguntado por qué a John le atraía ese tipo de complejidad, pero, conforme lo había experimentado, empezó a apreciar esa… magia.

Mientras Ishbel lo escuchaba, John no se cansaba de repetir y repetir cada una de las labores. Ella estaba tranquila y segura de que lo había comprendido; pero él era muy insistente, lo que la llevó a preguntar:

—¿Cómo resolvía situaciones así antes? Cuando… no tenía compañía.

Fue entonces que John detuvo su caminar para mirarla, acomodó un poco su cabeza fingiendo

una molestia en su brazo inmóvil para pensar. Respondió:

—… No necesitaba resolverlas. No me había sucedido algo así en todo el tiempo que tengo en la montaña… Fue hasta que usted llegó que empezó mi… mala suerte.

—¡¿Mala suerte?! —exclamó intentando no reír—. ¿Cree que fue mala suerte? De no ser por mí hubiera sido comida para los lobos.

John desvió su atención hacia un lado como si no la hubiera escuchado, justo al lugar donde se había desarrollado la batalla esa noche. Ambos iban armados por precaución, aunque no había indicios de que la jauría estuviera cerca.

Ishbel notó su ensimismamiento y tuvo que cuestionar:

—¿Ocurre algo?

—No, aparentemente no.

Pero ella no se quedó sólo con esa respuesta, se acercó al área desviándose un poco del camino para hacer notar:

—Parece que mi puntería no fue tan buena. No veo ningún cuerpo por aquí.

—Está equivocada. —Alzó la mano apuntando hacia el bosque haciendo énfasis en el terreno declinado—. ¿Observa eso? —Identificó una senda tímidamente matizada de rojo en la nieve— … Se llevaron a sus muertos. Es un comportamiento extraño. Estaban hambrientos…

—Quiere decir que se los llevaron para…

—Comérselos, Ishbel, para comérselos —completó—. Y no sé si saciarse los mantendrá alejados. Ya saben que estamos aquí.

> Escuché la preocupación en su voz lo que terminó por contagiarme; pero no podíamos enfocarnos en lo que no podíamos controlar, así que sólo nos restaba mantenernos alertas.

Continuaron hasta la cuadra dando la espalda a la escena. Ishbel no conocía lo que había detrás de esa puerta. Su sorpresa fue mayúscula al cruzarla.

—¡Una vaca! —exclamó Ishbel.

—Así es, la compré en Helena, y está lista para ser ordeñada.

Ella se acercó llevada un poco por su espíritu infantil. Fue como haber destapado algo de su pasado, aunque no supo qué. La tocó sin temor y recibió su voz de agradecimiento. Al lado de esta, había un par de caballos y otros utensilios y herramientas propias del lugar. Ishbel alzó la cabeza extasiada con todas las cosas nuevas que estaba experimentando.

La construcción se elevaba muy por encima de las cabezas de los animales y su extensión era mucho más de lo que tres especímenes podían necesitar. Ese espacio era necesario para almacenar el alimento para el invierno y mantenerlos aislados. El sitio estaba prácticamente a oscuras, lo que mantenía a sus habitantes en continua paz.

John caminó entonces para saludar a sus animales y pidiéndole a Ishbel que se acercara, indicó:

—Este es *Wíiyukča*, que significa: Viento…

El animal era de un intenso color café y saludó a John efusivamente, como si tuviera años de no haberlo visto. Ishbel se aproximó con naturalidad, y como si supiera lo que tenía que hacer, lo acarició amablemente recibiendo una respuesta semejante.

John, notando el naciente vínculo, dijo sorprendido:

—Viento no es tonto. Él sabe distinguir muy bien las intenciones de las personas.

—¿Acaso me está diciendo que… Viento me considera una buena persona? —preguntó presuntuosamente.

—… Bueno, a veces los animales también se equivocan —bromeó.

Ishbel lo escuchó, pero entendió perfectamente su mofa, así que sólo le dirigió una sonrisa cómplice. Aquel fue un momento en que los dos compartieron algo que los conectaba. Dejaron a un lado las diferencias y se dedicaron a apreciar lo que estaban recibiendo.

Pero la presentación no había acabado. Detrás del primer ejemplar, había un segundo, el cual se movía nervioso en el fondo de la caballeriza.

—*¡Sápa!* (¡Negro!) —llamó él.

Su color era como el de la noche, con una hermosura eclipsante. Ambos estaban libres de sus monturas, pero esa libertad se limitaba al espacio que compartían. Negro era más reservado, se acercó de manera diferente a la de Viento, manteniendo su distancia ante la presencia de Ishbel.

—*Sápa* es tímido —dijo John.

—¿Tímido o desconfiado como su dueño? —bromeó ella.

John entendió su humor y le regresó el gesto de hace rato.

Una valla los separaba y Negro no dejó que las manos de Ishbel lo tocaran, lo que la hizo decepcionarse un poco.

—Tendrán tiempo para acostumbrarse —animó John.

> La experiencia, más allá de ser una enseñanza, se convirtió en una sensación de bienestar que no había tenido en toda mi estancia. Me sentía extrañamente conectada a ese ambiente, como si algo en mi interior me indicara un sentido de pertenencia.

Frente a aquellos dos magníficos especímenes, Ishbel se vio en la necesidad de seguir indagando:

—¿De dónde sacó esos nombres?

—Son un regalo de mis… *amigos* nativos. Me los entregaron broncos y los domé.

—¿Un regalo de Math?

—No, fue parte del trato por estar aquí, un presente de… respeto; aunque eso sucedió hace tiempo. —Suspiró.

—Tengo que reconocer que me sorprende lo que ha logrado en este lugar.

John dibujó una mueca sin un claro fin mientras terminaba de acariciar a Viento, luego, enfocándose, expresó:

—Pero vinimos aquí para enseñarle a mantener esto en pie, así que empezaremos explicándole cómo darle de comer a los caballos y luego iremos con Roxie.

—¿Roxie?

—La vaca.

Ishbel escuchó con gran disposición, aunque hubo partes que no le agradaron, como el mantener limpia el área donde los animales defecaban; y según John, era necesario atender esa necesidad a diario para evitar… acumulamientos. Ellos debían permanecer resguardados la mayor parte del tiempo, pero estaban acostumbrados a hacerlo, era como si comprendieran que era por su bien.

La inquilina entendió las tareas que John realizaba todas las mañanas desde muy temprano, las cuales, además de la limpieza, incluían también hacerlos aflojar sus músculos con un corto paseo por los alrededores. Las primeras horas del día eran las mejores para esta actividad.

—Los animales son excepcionales —explicó John con cierto brillo en los ojos—. Se preparan con tiempo para el invierno, mudan su pelo para que crezca más grueso, se alimentan más para poder soportar la falta de forraje. No debemos de ir contra su naturaleza. Lo que ve aquí —señaló una enorme montaña de heno—, es lo que comerán el tiempo que permanezcamos encerrados. No puede darles una cantidad mayor a la que le estamos dando ahora.

—¿No pasarán hambre? —preguntó Ishbel haciendo un cálculo erróneo en su mente.

—Como se lo acabo de mencionar, ellos se adaptan y se preparan mejor que nosotros para las épocas duras. Tenemos mucho que aprenderles.

El segundo acto incluyó a Roxie, con ella el trato fue mucho más sencillo, pero también requirió de una acción inmediata y urgente: ordeñarla.

Ishbel, sin que John se lo mencionara, tomó el banquillo correcto para colocarse junto a ella. Escuchó luego sus instrucciones una sola vez para empezar a deslizar el apretón de sus dedos por el pezón con la técnica adecuada.

—Parece que ya ha hecho esto antes —comentó John.

—¡Sí! —respondió emocionada y más sorprendida que él.

La gran sonrisa en el rostro de Ishbel volteó a ver a John dejando que sus manos actuaran mecánicamente en la ubre. Con esto, ambos confirmaron que no necesitaba ayuda.

Roxie cooperó muy bien, lo que les produjo una gran cantidad de leche para ese día, mucho más de lo que dos personas requerirían, pero el plan de John no incluía sólo obtener ese preciado líquido. Se acercó y acarició su lomo para decir:

—Te hacía falta. Sí, lo sé, pero ya todo está bien.

Un prolongado mugido fue la señal de agradecimiento. Ishbel se levantó luego para apoyar a John. Sacudió sus manos e imitó su actuar, conectando muy bien con su nueva amiga.

Ishbel y John cruzaron sus miradas mientras sus manos tocaban por turnos el lomo del animal. Sonrieron disfrutando del momento. Fue como si nunca antes hubieran tenido una diferencia.

—¿Y… cuántas veces tendremos que hacer esto? —preguntó Ishbel repentinamente.

—Esta será parte de la rutina diaria.

—¿Y qué vamos a hacer con tanta leche?

—Sabremos qué hacer con ella, no se preocupe. —Apuntó su dedo hacia una mantequera.

Ella puso sus ojos en aquel objeto, que no era más que una cubeta alargada de la cual sobresalía una barra de madera. Y como sucedió con el trato con los animales, el nombre del instrumento y su utilidad, apareció en su mente.

—Con eso podemos…

—Hacer mantequilla —completó Ishbel.

—Así es —felicitó—. ¿Sabe manejarla?

—No estoy segura, pero, usarla puede que me ayude a recordar.

—Entonces intentaremos eso después, y también, prepararemos algo de queso fresco en la cocina.

—¡Perfecto! —exclamó con buen ánimo—. ¿Qué puedo hacer ahora?

John dibujó un gesto gracioso que sólo él comprendió.

LA LETRINA, MÁS TARDE

La siguiente tarea no fue tan gratificante para Ishbel: deshacerse de las heces en la letrina. El desagradable aroma se hizo presente apenas destapó el pozo y a pesar de la atenuante del clima. La carga era llevada desde el establo en una carretilla de madera hasta la parte posterior de la cabaña.

Una vez que Ishbel terminó de palear, se detuvo un momento a contemplar el panorama mientras recuperaba la respiración. El sitio se encontraba en una depresión alejada algunos metros de la cabaña. No podía ver la base de la misma desde su punto de observación. El

inmenso silencio del bosque la invitaba a meditar; aunque, en realidad, lo que quería era regresar a un lugar más cálido. Dudaba que John se diera tiempo para hacer todo lo que estaba haciendo todos los días. Sonrió pensando en que se estaba aprovechando de ella, pero agradeció que lo hiciera, puesto que disfrutaba esas actividades, y, además, la mantenían ocupada.

—La vida es buena —dijo cerrando los ojos.

Repentinamente, un sonido rompió su trance, fue como si algo o… alguien, se moviera entre los árboles. Giró su cuerpo empuñando su arma.

> No sé cuántas malas ideas cruzaron por mi mente. Me quedé quieta mientras mis ojos giraban por mi entorno. El ruido no se repitió, por lo que pensé que podía tratarse de algo propio del bosque. Si disparaba sé que John vendría a ayudarme; pero luego qué explicación iba a darle. Tomé la carretilla como si nada hubiera sucedido y empecé a caminar de vuelta, pero manteniendo el arma cerca de mi mano.

Cuando Ishbel cruzó la puerta encontró a John junto a la cocina, preparaba algo de café y pan, y en una de las hornillas, tenía algunas cubetas donde calentaba agua.

—¿Le apetecería un baño? —preguntó él.

La respuesta natural de Ishbel hubiera sido que sí, sobre todo después de realizar su último trabajo; pero, luego recordó las condiciones en las que estaban y la falta de privacidad del lugar. Enmudeció mientras lo consideraba.

—También necesita un cambio de ropa —propuso él—. Ese vestido no es muy adecuado para este clima.

—Pensé que no tenía algo… adecuado que prestarme —dijo un poco como reclamo.

—Eso creí, pero, digamos que, entre tantas cosas, no había considerado algo.

—Espero que sea algo… femenino.

—Sí, tengo algo que puede serle útil.

Volvió a dejarla callada, sobre todo porque no tenía idea de cuál podría ser la solución que proponía; sin embargo, por darse un baño, valía la pena arriesgarse.

John volteó a verla y la miró como si leyera su mente. Dibujó un gesto de incredulidad y dijo:

—Tiene esa mirada.

—¿Cuál mirada?

—Esa que dice que cree que quiero aprovecharme de usted. ¿No cree que ya lo hubiera intentado?

Ella resopló sin responder, imaginando al mismo tiempo esa sensación del agua caliente sobre su cuerpo, la misma que la empujaba a hacer a un lado cualquier desconfianza.

—Puede usar la bodega, es la única habitación con puerta, si lo que tiene es… miedo.

—¿Miedo? —dijo ella en tono burlón—. No, por supuesto que no tengo miedo.

—Entonces, adelante, el agua está lista.

No fue difícil convencerla puesto que ella necesitaba esa experiencia; además, tenía que dejar en claro que no era una persona temerosa, aceptó.

—¿Va a entrar o no? —preguntó él con insistencia después de unos segundos—. Si no se decide, lo haré yo.

Esta vez, Ishbel levantó su ceja como señal afirmativa, para encaminarse luego hacia la puerta, la cual cruzó dejándola abierta. De pie, comenzó a examinar las condiciones: la tina estaba vacía, pero lista para usarse. Ya se había imaginado estar dentro de ella varias veces, ahora podría disfrutarlo. John apareció entonces con una cubeta grande que cargaba con su brazo sano.

—Permítame —dijo acercándose con esfuerzo.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Ishbel sabiendo que no podría hacerlo solo.

—No…

Ella se cruzó de brazos ante la *solvencia* de John, permaneció así durante la operación, a pesar del trabajo que le implicó vaciar el contenido. Después, él, con una sonrisa, volteó a verla como creyendo que había triunfado. Ishbel le regresó el gesto, aunque consideró que debió ser más humilde y aceptar su asistencia.

John se retiró de nuevo para buscar más recipientes dejándola observar la suavidad del agua y sintiendo el vapor que empezaba a minar su ser. Le urgía sumergirse; pero John tuvo que repetir el movimiento una vez más para lograr un nivel óptimo.

—Está listo —aseguró con una sonrisa de satisfacción.

—Gracias, ahora…, ¿puede dejarme sola?

—Espere un poco. —Fue por una silla y la introdujo diciendo—: Aquí puede colocar su ropa. —Se dirigió al estante y le llevó una toalla, jabón y cepillo—… Ahora sí puedo dejarla sola.

—Gracias —dijo Ishbel apurándolo con la mirada.

Esperó a que la puerta se cerrara antes de empezar a desnudarse. El ambiente frío en la cabaña la apresuró a hacerlo. La ropa terminó en el mueble a sus espaldas mientras su propia piel le exigía dar ese primer paso.

La primera sensación al cruzar la superficie del agua con sus pies fue muy agradable, se fue sumergiendo poco a poco hasta casi cubrirse por completo. Su cuerpo estaba sucio y maloliente, así que, después de ese momento de relajación, tomó el jabón y lo utilizó en su piel hasta que el líquido se volvió blanquecino. Cerró los ojos y se tendió cuan larga era. Aspiró con fuerza como deseando dormir, como deseando que ese momento no terminara.

La quietud a su alrededor fue gratificante, al fin tenía algo de paz; sin embargo, esta no duró mucho. El rechinido de la puerta hizo que abriera sus párpados de golpe.

—¿Puedo pasar? —preguntó John asomándose.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡¿Qué hace aquí?!

Por un momento se maldijo a sí misma al creer que no tendría que vivir una situación semejante.

—… Disculpe, pero, no le había traído la ropa que le iba a prestar.

Ishbel se encorvó hacia el frente cubriéndose el cuerpo con los brazos. Todavía estaba sumergida en el agua. Su espalda daba directo a la puerta, así que no podía ver donde estaba John. Torció su cabeza para observar sobre su hombro. Se sintió en desventaja y furiosa.

—¿Le parece este un buen momento?

—No, pero acabo de encontrarla… Es curioso, no recordaba que estaba en la recámara.

Antes de que Ishbel pudiera hacer otro alegato, lo escuchó entrar por completo, sus pasos avanzaban hacia ella. Apretó más su cuerpo y sus piernas de modo que sus rodillas se pegaron a su pecho. Su espalda estaba desnuda frente a él cuando se detuvo.

—Me llevaré su ropa sucia si no le importa… y le dejaré la limpia sobre la silla —señaló él con toda naturalidad—. Es ropa de mujer, aunque no exactamente de la que usted usaría; sin embargo, sé que le servirá.

Ishbel trató de luchar contra ese sentimiento de invasión y abuso. John se tomaba demasiadas libertades cuando quería y era como si no le importara, como si entre él y ella no hubiera una… diferencia. No era un caballero. Al final, John, algo molesto por las reacciones de Ishbel, se atrevió a agregar:

—¡No entiendo por qué se cubre! Recuerde que la he visto desnuda antes… y… no tiene nada que otras mujeres no tengan.

Su expresión sonó como un desdén, lo que hizo que Ishbel agrandara sus ojos y su boca, no podía creer que él le hubiera dicho tal cosa.

John estaba de pie junto a la tina, como si la estuviera retando, pero Ishbel estaba en shock, ahora no sólo por la invasión a su intimidad, sino por lo que acababa de decirle. Era como si cada vez que empezaba a comportarse, se empeñara en regresar a su estado salvaje.

> Creo que nunca fui una mujer pudorosa, y no me importaba ir más allá de lo que las reglas de una sociedad dictaban. Por encima de eso estaba mi orgullo, aunque para hacerlo valer tuviera que hacer cosas que las reglas y costumbres prohibieran.
> John estaba ahí, indebidamente; pero lo que no podía dejar pasar es que me comparara con alguien más. Tenía muy claro lo que yo valía, aunque ni siquiera recordara quien era, e iba a demostrárselo.

Ishbel se dejó llevar por la mala emoción del momento, estaba dispuesta a callarle la boca a aquel hombre. Se puso de pie sobre la tina manteniendo sólo parte de sus piernas en el interior y a nada de rozar con él. El jabón apenas cubría su cuerpo con una delgada capa. Su piel era visible a la luz de la temblorosa flama de la lámpara. En esa posición y sin despegar sus ojos de los de él, lo desafió:

—Entonces, ¿esto es algo que otras mujeres tienen?

Ambos se quedaron inmóviles, perturbados por la gran tensión sexual que se desbordó en ese pequeño espacio. Él era intrigante, salvaje y callado en muchas formas. Ishbel sentía que su comportamiento la trastornaba, pero también era un hombre deseable y varonil que sacaba la peor parte de ella –o quizás sólo era una excusa–. Fue en ese momento que se percató de que sus palabras la habían herido, lo cual significaba que no le era indiferente.

Con voz temblorosa y tragando saliva, John dio un paso hacia atrás:

—… Creo que… ya tiene todo lo que necesita…, pero estoy a un grito de distancia si necesita algo. Apresúrese, yo también me merezco un baño.

Salió de la habitación, dejándola nuevamente sola. Pasaron algunos segundos después de que la puerta se azotó para que reaccionara, regresando luego a su refugio bajo el agua.

Una vez adentro, el semblante de Ishbel dibujó una pequeña sonrisa, como si lo que acababa de hacer le hubiera significado una victoria. Continuó con su aseo.

John se paró frente a la mesa de la habitación principal apoyándose en su brazo sano, resopló sintiendo que sus piernas temblaban. Alzó la cabeza como si fuera víctima de un gran dolor. En realidad, estaba reprimiéndose a sí mismo.

«¿Por qué lo hice?», se reclamó. «¿No podía esperar a que terminara para darle la ropa? Y lo más estúpido fue haberle dicho lo que le dije… Ishbel es una buena mujer, sí, algo molesta, pero buena; y yo… yo no soy alguien que pueda darle un buen futuro, no como el tal Douglas…».

Se sentó en una silla frotándose los ojos y tratando de calmar su ser. Sabía que había estado a punto de cometer una estupidez.

Pasaron algunos minutos antes de que Ishbel reapareciera por la puerta. John seguía en la mesa, pero ahora disfrutaba de un buen café, pan tostado y mantequilla. Lo hacía en completa paz, como si fuera el único habitante de la cabaña.

Ishbel pasó al lado de la cocina vistiendo lo que John le había entregado: un traje sioux, un vestido largo hecho de un tejido grueso color beige y azul con detalles típicos y ribeteado con tiras en las holgadas mangas y la bastilla. Caminó hasta estar paralela a la mesa en silencio.

John la observó sin poder olvidar la imagen que ella le había mostrado voluntariamente, mantuvo su opinión en secreto y terminó su comida para alzar la cabeza luego. Sus miradas se cruzaron, pero ninguno quiso mencionar el episodio. Fue como si no hubiera ocurrido.

—Le quedó bien —dijo él finalmente.

—Sí…, es… bonito. ¿A quién le pertenecía?

—Tendría que hacer memoria para recordar cómo lo obtuve. ¿Le molestaría si se lo digo después de tomar mi baño?

—… No.

—Perdone que no la pude esperar. —Se puso en pie—. Hoy sólo tengo café, pan y mantequilla.

—¿Mantequilla? Eso es algo que me apetece.

—Sé que le gustará, es la que nos proporciona Roxie —señaló la mantequera detrás de él, cerca de la alacena.

—Tendré que aprender a hacerla.

—Sí, usar un solo brazo es algo cansado —se acercó—. ¿Podría ayudarme a quitarme la venda?

—Sí…, claro.

John se quitó la camisa, lo que volvió a levantar la tensión entre ellos. Ishbel tragó saliva al tiempo que sus movimientos se entorpecían para ponerse de acuerdo con él. Ambos soltaron risitas nerviosas hasta que ella pudo retirar el último lienzo.

—Tendrá que ponérmela de nuevo cuando salga —advirtió John.

—Lo sé.

—… Ahora, si me permite, es mi turno…

Ella asintió.

Y manteniendo su papel silencioso, Ishbel no le quitó la vista de encima mientras él la saludaba con su espalda desnuda frente a la caldera. Lo vio retirarse llevando una nueva cubeta con agua caliente de la hornilla hasta entrar a la bodega. Había actuado inconscientemente, pero confirmaba que se sentía afectada de alguna manera al detectar un extraño calor en su cuerpo, culpó al baño por eso y se sentó a la mesa dispuesta a probar las delicias de ese día.

> Tomé ese tiempo a solas para agradecer lo afortunado que éramos. John contaba con todos los recursos que cualquier persona quisiera tener: agua de pozo que extraíamos con una bomba, una vaca, comida en abundancia y… hasta mantequilla. ¿Cuántas personas podían decir que tenían todo eso? Quizás por esa razón vivía alejado de la civilización. Realmente no necesitaba de nada ni de nadie.
>
> Sonreí al empatizar con esa idea. Esa vida que llevaba no era mala y las tareas no eran tan diferentes aquí arriba como deberían de ser abajo. Pensé en que podía ser bueno experimentar por mi cuenta algo así. No obstante, yo tenía un compromiso que cumplir, y aunque tendría que esperar para hacerlo, era mi obligación. ¿Qué pensaría Douglas si le propusiera vivir en un sitio como este? Trataba de imaginarme con él. Una razón muy fuerte nos había llevado a comprometernos, aunque yo no recordaba cuál. Fue hasta ese momento de lucidez que me castigué a mí misma pensando en lo que había hecho, mostrarme desnuda ante John no había sido una acción digna, aunque se la mereciera. Me había dejado llevar por mis impulsos, y no era la primera vez.

—Espero que Douglas no se entere nunca —murmuró preocupada.

Alzó la vista observando la puerta, John estaba muy silencioso, lo que la provocó a pensar muchas cosas locas, y sentarse sin hacer nada no era una opción. Le dio vuelta una y otra vez al cuchillo de la mantequilla sobre la mesa hasta que, llevada por la *curiosidad* –o quizás por otra razón–, se acercó sigilosamente a lo que los separaba. Pegó su oído a la superficie y cerró los ojos, no hacía ruido. ¿Se encontraría bien?

Ishbel se detuvo ahí, pensativa. ¿Era el temor o las ganas de desquitarse las que la estaban conduciendo a cometer una locura? Apoyada por la soledad de esa cabaña, dio el siguiente paso introduciéndose lentamente a la habitación.

El ambiente húmedo se percibió apenas cruzó el umbral. Lo localizó rápidamente. La tina se encontraba en la misma posición y John le daba la espalda con su cabeza y brazos colgando por la borda. No se movía, pero su primera impresión era que se encontraba dormido. Ishbel entró

totalmente entrecerrando la puerta mientras su decencia le indicaba que se retirara; sin embargo, sus otras percepciones fueron más fuertes.

Pudo haber dado la media vuelta y John nunca hubiera sabido que estuvo ahí, pero continuó tentando cada vez más a la suerte. Sus bajos instintos comenzaron a sudar debajo de su nueva vestimenta haciéndola dar pequeños pasos. Ishbel percibió que su espíritu aventurero le llevaba a hacer cosas así. Sabía que no era lo correcto, pero no tenía deseos de contenerse. Se sentía atraído por John; aunque no sabía lo que este pensaba. Era un movimiento arriesgado, y también, algo que podía llegar a decepcionarla.

—¿John? —murmuró como si no quisiera ser escuchada. No hubo respuesta, así que repitió con más fuerza—… ¡John!

Él por fin movió la cabeza, despertando. Entreabriendo los ojos se percató de que estaba acompañado en medio de todo ese jabón en el agua.

—¿Ishbel? —dijo extrañado y bromeó luego sabiendo que la molestaría—: ¿Es ese sueño otra vez?

—¡¿Sueño?! ¡¿De qué diablos está hablando?!

—Nada, nada. ¿Qué pasa? —preguntó con naturalidad.

Ishbel no respondió, en cambio, se colocó junto a la tina, tal y como él lo había hecho. Trataba de intimidarlo; sin embargo, él no se mostró molesto. La observó sin negarle la mirada.

—Es que… pensé que… algo le había ocurrido —se excusó Ishbel.

—¿Ocurrirme? —Sonrió atrapándola en su mentira—. No, sólo quería algo de paz…

John conservó su posición como si no le molestara ser observado. Ishbel se mordió el labio tachándose como una tonta por haber llegado hasta ahí y no dar el siguiente paso. No podía quitarle los ojos de encima y sabía que se había dado cuenta. Sus palabras se terminaron. Lo que inicio como un tipo de… *venganza*, terminó convirtiéndola en una niña sin respuestas.

John sonrió pícaramente entrecerrando un ojo por el jabón. Ishbel quería retirarse, pero sus pies no la obedecieron.

—No voy a pararme desnudo si es lo que está esperando —comentó él groseramente.

Y ese fue el incentivo que necesitaba. Ishbel cerró sus labios y se largó.

DIAS DESPUÉS

Ninguno de los dos volvió a mencionar lo ocurrido en la bodega; aunque algo cambió entre ellos, y el que logró manejarlo mejor fue John, lo cual molestó a Ishbel, ya que no sabía qué es lo que estaba pensando ni tampoco quiso preguntárselo directamente.

Los cuestionamientos personales se confundieron con el ir y venir de sus obligaciones. Él actuaba con sus acostumbrados altibajos y ella tenía que hacer muchas suposiciones. Afortunadamente, el trabajo en la cabaña era el distractor perfecto que los mantenía ocupados.

Esa mañana, Ishbel salió de la letrina sintiendo un gran alivio, su siguiente pensamiento fue regresar a la cabaña; pero antes, se detuvo un momento disfrutando de esa sensación de bienestar. Observó la pequeña pendiente y comenzó a caminar.

El clima era igual que los días pasados, así como la blancura de la naturaleza y el silencio del bosque. Si se ponía atención, podían escucharse los efectos del invierno cayendo de lo más alto de los árboles hasta llegar al suelo; lo cual era irónico, ya que algo tan fatídico representaba un asunto especial para ella: sentirse libre.

Se concentraba en esto, cuando, después de avanzar un poco, un sonido rítmico y fuera de lugar la hizo voltear a sus espaldas. Su primer pensamiento fue creer que se trataba de algún animal salvaje presto a atacarlo, eso la hizo reaccionar; pero no, eran pasos, pasos apresurados de alguien a quien no conocía, y quien se acercaba cargando algo entre las manos para intentar darle un golpe.

7
PLUMA AL VIENTO

TRAS LA CABAÑA

Para cuando Ishbel se dio cuenta, ya la tenía encima. Forcejaba con una mujer nativa que la había atacado con gran agresividad. El instrumento con el que pretendía hacerle daño había caído a un lado al fallar en su intento. Se habían tomado de las manos mientras gritaban sin sentido, hasta que la mujer vociferó algo en su idioma:



—¡*Niyá kte lo!* (¡Voy a matarte!).

Ishbel no había entendido una palabra, pero no hacía falta, era evidente que sus intenciones eran fatales. El instinto de supervivencia la mantuvo apenas a flote. Se encontraba en desventaja, así que comenzó a gritar esperando que John la escuchara.

De alguna manera, Ishbel se impulsó con sus piernas y le dio vuelta a la situación, ahora ella estaba sobre su atacante, a quien ya tenía en el suelo, liberó una mano y logro golpearla con fuerza en el rostro.

—¡Te bastó eso perra! —gritó Ishbel como poseída.

La mujer se quedó sorprendida por la reacción de la mujer blanca, lo que hizo que se detuviera. Cruzaron sus miradas como si tal acto hubiera otorgado a Ishbel algo de respeto.

Pero la lucha no terminó ahí, no hasta que el brazo de un repuesto John tomó a Ishbel por la cintura desde atrás para levantarla, entonces se colocó entre las dos como un réferi.

Todavía con la sangre hirviendo, Ishbel siguió tirando golpes; pero se calmó un poco después pensando que la intervención de John era para poner en su lugar a esa mujer, estaba equivocada. John, en cambio, le dirigió una dura mirada a Ishbel y le ordenó con su índice que se mantuviera a raya:

—Quédese ahí.

Ishbel se quedó confundida, pero obedeció manteniéndose a distancia. John seguía sosteniendo a la intrusa con una mano, y cuando controló a la irlandesa, se dirigió a la extraña mujer, la conocía.

Comenzaron a alzar la voz en su dialecto:

—*¡¿Tokíča Hé?! ¡¿Táku eháŋni nitókiye hé?!* (¡¿Quién es esa?! ¡¿Por qué está contigo?!) —reclamó la joven.

—*Tȟašúŋke tȟokáȟe* (No es tu asunto) —estableció John.

La discusión continuó mientras Ishbel los miraba haciendo las peores suposiciones. Sabía que aquella demanda tenía que ver con ella y que la nativa tenía algún tipo de acuerdo con John. Poco después, él decidió que lo mejor era seguir esa charla en el interior de la cabaña.

Sentada a la mesa cruzada de brazos, Ishbel continuó como espectadora, pero sin perder detalle de los gestos de aquellos dos. La mujer no podía tener más de veinte años, era hermosa y usaba un vestido similar al de Ishbel, el mismo que se jalaba a la altura del pecho mientras la señalaba con el dedo. No parecía importarle que Ishbel se diera cuenta.

—… *¿Tȟašína iyóhapi wíiyaka tȟáŋka ečáwa?* (¿Por qué está usando mi ropa?).

—*¡Tȟašíya šni tȟaŋkawa wíiyakša!* (¡Porque yo se la di!).

—*¡Hečha kiŋ ečhúŋpi šni tȟa wíiyakša kin héčha wíiyaye ská hehíčhiyapi waŋblí!* (¡La había dejado aquí por si la ocupaba no para que se la dieras a una prostituta!).

—*¡Tókȟa kátȟa wíiyaye ská nín!* (¡No es una prostituta!).

—*¡¿Tȟokáta iyéya wíiyA hé?!* (¡¿Qué hace aquí entonces?!).

Rascándose la cabeza, John midió el predicamento en el que estaba metido. Desvió la mirada provocando un silencio que tensó de nuevo el ambiente.

Observando su vestimenta y entendiendo aquellos gestos, Ishbel comprendió que lo que estaba usando le pertenecía a aquella mujer. Por eso estaba molesta. No fue difícil deducir que había una historia entre ellos, lo cual la hizo volver a decepcionarse y a reprenderse a sí misma por no haber sido más inquisidora sobre el origen de su vestido.

—*¿Tȟašína tȟokáhe wíyakA oyáte kiŋ hé?* (¿No piensas decírmelo?) —cuestionó la mujer.

—…*Tȟašína* (Está bien) —señaló John fingiendo molestia—. *WíiyAčhi. Tȟašúŋke šni wíiyAšiča kta tȟa wíiyAšiča ektá wíiyAšiča… L wíiyAšiča* (Escúchame. Todo hombre necesita de una compañera con quien compartir su vida y yo la escogí a ella… Es… mi esposa).

Desde su lugar, Ishbel la observó reaccionar. Cualquier cosa que le hubiera dicho John había hecho que se quedara muda. Lanzó una mirada penetrante a la irlandesa y regresó sus ojos entornados a él. Comenzó a caminar hacia la pared, permitiéndole a John hacerse a un lado para acercarse a Ishbel.

—… Ella es *Wíyaka taŋyéya*, Pluma al viento —murmuró John—… Ella y yo…

—¿Son amantes? —interrumpió Ishbel.

—… Eh, sí, algo así —dijo sin ninguna vergüenza—. Ella regularmente no se aparece por aquí en esta época, pero…

—Ahora lo hizo —completó.

John se encogió de hombros como si presumiera su inocencia. Era verdad en cierta manera, como también que no tenía una obligación con Ishbel. De cualquier forma, la hizo sentir molesta,

aunque fingió no estarlo:

—John, usted no tiene por qué darme cuentas de nada. Sólo dígale que no intente algo contra mí porque le responderé.

—De eso, ella ya se dio cuenta.

—¿Este vestido es suyo?

—… Sí.

Pluma al viento era ahora quien se mantenía al margen. Se meneaba en un pequeño cuadro dando pasos pequeños como si estuviera enjaulada. Estaba furiosa, aunque debería de estarlo con él, no contra Ishbel, quien, como último deseo, hubiera querido quitarse la ropa para entregársela.

—¿Puede entendernos? —interrogó Ishbel bajando la voz.

—Sí.

—¿Y a qué acuerdo llegaron?

John bajó la cabeza sin responder de inmediato. Estaba consciente de la mentira que le había dicho a Pluma al viento, y aunque lo había hecho en pos de evitar mayores problemas, no consideró que debía de comunicárselo a Ishbel.

—Todavía a nada, pero le exigiré que… se retire —aseguró John.

—¿Así de sencillo?

—Sí, así de sencillo.

El fuego en sus ojos no era para menospreciarse. Lo que Pluma al viento había intentado contra Ishbel iba más allá de un simple arranque de celos. Era evidente que lo que sentía por John no era pasajero ni algo que iba a olvidar al cruzar la puerta. Ishbel le recordó entonces la advertencia que le había hecho:

—¿Y qué pasará si abre la boca? ¿No me dijo que no era conveniente que se supiera de mi… presencia? Si la dejamos ir se lo contará a todos.

—No lo hará.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque nadie sabe que ella viene a visitarme.

> No pasaba un día sin que la vida de John dejara de sorprenderme, ¿Acaso ahora escondía a sus amantes? ¿Cuánto tiempo llevaba haciéndolo? ¿Era la única? Volteé a verlo decepcionada, pero en algo tenía razón. Teníamos que dejar que se fuera o mantenerla encerrada todo el invierno… Esa sola idea me helaba la sangre.

—Usted sabe lo que hace John, sólo le pido que sea lo mejor para todos —aprobó Ishbel manteniendo aquella plática en secreto.

John asintió para regresar lentamente con ella al último rincón de la habitación. Meditó muy bien sus palabras, y, con voz tranquila, le explicó en su propia lengua lo que iba a suceder.

Pluma al viento lo escucho en silencio y cruzó sus brazos por unos segundos. Sus ojos se clavaron en Ishbel por una última ocasión y luego en los de él. Habló sin gritar como si hubiera comprendido, pero mantuvo su firmeza; luego, comenzó a caminar hacia la salida.

Ishbel permaneció en su lugar a la defensiva. Estaba preparada por si esa mujer desviaba su camino, pero no sucedió. Cruzó la puerta acompañada de John y fue hasta entonces que se puso de pie apresuradamente para dirigirse a la ventana. La vio subir en su caballo y alejarse.

John permaneció un tiempo afuera, de pie, esperando a que se perdiera en los límites del bosque. Regresó a casa y cerró la puerta en silencio. Ishbel no se retiró de esa ventana ni le dirigió una mirada hasta que sintió haberse calmado.

—¿Hay algo más de lo que deba cuidarme? —soltó Ishbel repentinamente.

—¿Cuidarse? —cuestionó John como si lo ocurrido no tuviera importancia.

—Sí, cuidarme. Esa india por poco me mata. De no haber volteado a tiempo…

—Pero no sucedió. Está bien y… a salvo.

—No sé si seguir con usted aquí sea más seguro que aventurarme a llegar a Helena. —Se cruzó de brazos y lo miró.

—Ya le dije lo peligroso que es.

—Pues estar aquí con usted este tiempo no ha sido precisamente un… paraíso. Primero los lobos y ahora esto.

—La vida en el oeste es así Ishbel. No todos nos acostumbramos a eso; pero algunos prefieren llevar al límite esos peligros, yo no.

Me volteó el rostro y volvió a vestir su abrigo con la intención de salir de nuevo. Era claro que ya no quería hablar.

—¡¿A dónde va?! —reclamó Ishbel.

—A cualquier parte donde no esté usted.

Salió con rifle en mano haciendo una escala en el establo. Eso le confirmó a Ishbel que se aventuraría más allá de lo acostumbrado. Se quedó pensativa y tuvo que preguntarse si esa discusión se había debido a que no había sido sincero o era sólo su forma de reaccionar ante alguien por el cual tenía algún sentimiento.

ESA NOCHE

Para la cena, Ishbel tenía varias opciones, pero se decidió por el pemmican, una pasta que habían fabricado juntos al ahumar y desmenuzar la pierna de ciervo y mezclarla con bayas. Era, según John, uno de los recursos más comunes utilizados en el invierno, ya que proporcionaba un buen aporte nutricional y se mantenía comestible durante meses. Utilizó dos raciones pensando en que él no podía pasar la noche a la intemperie, así que, en algún momento, esperaba verlo aparecer.

Ya estaba oscuro para cuando Ishbel encendió las lámparas en el interior. Se moría de hambre, pero también estaba preocupada.

—No puedo esperarlo por siempre —dijo y se sirvió su parte.

La puerta se abrió repentinamente provocando un ligero suspiro en Ishbel, el cual procuró no hacer evidente. John entró agitando sus brazos víctima del clima que empezaba a arreciar. Aseguró la entrada y observó lo que Ishbel había preparado sobre la mesa. Preguntó intentando minimizar la rabieta que ahora se reflejaba en ella:

—¿Pensaba cenar sin mí?

—Creí que pasaría la noche con los caballos —reviró Ishbel en tono burlón.

—… Pues… lo consideré. —Caminó hasta la mesa.

—Su porción está en la cocina. Aún está caliente.

—Entonces me esperaba.

—Usted nunca se acuesta sin cenar.

—Se ha dado cuenta —felicitó y fue por su parte.

John se sentó, y como si Ishbel no existiera, comenzó a comer sin siquiera verla. No tenía ganas de conversar, pero Ishbel había esperado por horas ese momento y no pensaba dejarlo en paz.

—¿Va a contarme más acerca de ella? —interrogó Ishbel.

John resopló y bajó la cabeza. Había sido muy estúpido pensar que ella no se lo preguntaría. Ese espacio era muy pequeño para guardar secretos, aunque lo había intentado. Levantó la mirada sintiéndose vencido y cuestionó:

—No va a dejar de preguntarme, ¿cierto?

—Usted me conoce. —Sonrió.

—Está bien. Se lo diré…

—También quisiera saber otras cosas —interrumpió.

—¿Qué otras cosas?

—Más sobre usted. Más sobre su experiencia como militar, más sobre… todo.

John se echó para atrás en el asiento. Aplaudía el entusiasmo y persistencia de Ishbel. Ese entusiasmo le hubiera sido útil en algún momento de su vida, aunque ahora le molestaba.

—No entiendo por qué quiere saber de mí —señaló él—. Estamos aquí juntos por un… accidente del destino. Usted y yo dejaremos de vernos cuando el invierno acabe. No sabremos más el uno del otro.

—Lo hago por conversar. Por hacer de nuestra estancia algo más… llevadero.

—Debería de ocupar esa mente suya en escribir. Tal vez así mataría el tiempo.

—Lo pensé, pero, no tengo tinta.

—Mmm, entiendo.

—Pero no me desvíe del tema. Háble me de ella. ¿Qué es para usted?

> John frunció el ceño, lo vi hacerlo como si juzgara mi creciente curiosidad. No sé por qué suponía que a todos los hombres les gustara hablar de sí mismo, pero eso no sucedía con él. Continuó con su cena un par de bocados más, y ante la insistencia de mi mirada, finalmente dijo:

—Ella y yo… nos conocimos por accidente en… alguna de mis múltiples excursiones por esta tierra. Conocí primero a varios de su pueblo y a… Águila calva.

—¿Hace mucho de eso?

—No, no mucho. Pluma al viento siempre fue muy… independiente, considerando que es mujer.

—¿Por qué dice eso?

—Usted misma fue testigo. Ella anda sola por este bosque, y así como llegó el día de hoy, así llegó la primera vez…, aunque recuerdo que era primavera. Me… sorprendió en el río. —Perdió su mirada como si rememora el hecho.

—¿Nunca ha habido una Sra. Sherman? —soltó directamente.

—No. Nunca he tenido un compromiso serio Ishbel.

—Pues, no sé cómo sean las costumbres con los nativos. Ella es una mujer joven y hermosa.

—Lo sé. —Continuó comiendo.

—Y… ¿cuál es su intención con ella?

—¿Intención? ¿Qué es esto, un interrogatorio? —Rio nerviosamente.

—¿Qué? ¡No! Sólo intento conversar.

—Pues bien, Ishbel. Las cosas aquí no son muy diferentes en ese sentido que en la… *civilización.* Cuando alguien se compromete con una mujer es… para siempre.

—¿Ustedes no se comprometieron?

Esta vez, una sonora carcajada resonó en la habitación.

—¡No sé de dónde saca tantas ideas! Creo que sí le haría bien seguir escribiendo. Tal vez pueda escribir algo que valga la pena. —Hizo una pausa calmando su hilaridad, y, en tono serio, concluyó—: Pluma al viento y yo no somos nada, ella se escapa cada vez que quiere y viene a verme. Nos… hacemos compañía y ya.

—… Es como, una amante sin paga.

—Si lo quiere ver así, sí. Yo nunca se lo pedí, simplemente pasó. Ni siquiera me mostré interesado la primera vez; aunque tampoco me negué a su… cariño. Fui claro desde un principio y ella lo aceptó.

—Entiendo —señaló decepcionada—. ¿Eso son para usted las mujeres? ¿Cosas?

Esta vez, John dibujó una interrogante en su rostro mientras su mente buscaba liberar sus ideas: ¿Qué es lo que quería esta mujer? ¿Se había molestado por la presencia de una *rival* y ahora también lo hacía por su indiferencia con ella? Señaló con seriedad:

—Ishbel, no todas las mujeres son iguales ni tampoco las trato de la misma manera; aunque me pasa igual con los hombres, así que, generalizando, cada persona recibe de mí el trato que se ganó. —Eructó con fuerza y sin pedir perdón, agregó—: La cena estuvo deliciosa, ha aprendiendo muy bien.

—Gracias, pero sólo calenté lo que ya habíamos preparado —dijo casi en un susurro.

—Sabe, Ishbel —dijo animado sin aparente razón—. Después de mi recorrido, me doy cuenta de que ya estoy mucho mejor. Esta noche debería de regresar a la recámara, yo dormiré aquí…

La baja motivación de Ishbel la hizo asentir sin pronunciar palabra. En su opinión aquella propuesta había sido una especie de trueque: *la recámara con tal de que dejara de hacerle preguntas.* Ambos sabían que eso no iba a ocurrir.

—… También tengo algo más para usted —concluyó John poniéndose en pie.

Ishbel lo vio dirigirse a la bodega sin preguntarse cuál podía ser la sorpresa. Su atención, más bien, estaba puesta sobre la superficie de la mesa y en todo lo que le había dicho antes. Se imaginó a esa mujer mendigando amor. No quería que estuviera cerca, pero también la compadecía. John la denostaba como si no valiera nada y eso hizo que se… desilusionara.

John apareció un minuto después. Ishbel no se había movido de su posición. Con una gran sonrisa, él colocó algo sobre la mesa.

—Tenga —era un tarro de tinta y algunos carboncillos—. Le servirán para escribir y para sus dibujos.

Ishbel siguió creyendo que aquello era una forma de mantenerla ocupada; pero agradeció el gesto sin sentirlo realmente, y se encargó de dejarle en claro que eso no la iba a hacer cambiar.

—¿Por qué es tan cerrado, John? —interrogó.

Él no respondió, se sentó frente a ella y le dirigió una mueca que no le dijo nada.

—¿Por qué teme contarme sobre usted? —insistió ella.

—¿Temer? No, Ishbel, no es temor, simplemente, soy muy… reservado.

—No parece ser alguien reservado, más bien, alguien a quien le gusta hacer las cosas a su manera y no está de acuerdo con el mundo.

—¿Ahora me examina?

—Pasaremos muchos días juntos, qué esperaba, que me quedara callada todo el invierno.

John levantó una sonora carcajada, aunque, no fue tanto porque le causara gracia, sino más bien, por apagar el nerviosismo que alguien como Ishbel lo hacía sentir.

—Si quiere conversar —atacó John—, por qué no empezamos por usted. Cuénteme sobre ese tal Douglas.

Ishbel se quedó pensativa, quería estirar esa charla, pero, no había mucho que pudiera aportar más allá de lo que decía la carta.

—… Pues… él es… un hombre bien parecido… y…

—Sí, vi su foto también; pero, ¿no lo recuerda? —la interrumpió al escuchar sus dudas.

—… No…, no lo recuerdo. Es como si… fuera un desconocido.

—Tal vez lo sea, Ishbel, tal vez lo sea… Y, dígame, después de leer sus propias palabras, ¿algo más vino a su memoria?

—No, y me preocupa que los días transcurran y yo siga igual.

—Vi casos así en la milicia.

—¿Sí?

—Sí, aunque… creo que no es bueno contárselo. —Desvió la mirada.

—¿Por qué? Tal vez me ayude.

—O tal vez haga que se decepcione.

—Enfrentar la realidad no hará que me decepcione, John. ¿Puede decirme qué es lo que sabe de casos como el mío?

—Bueno —aspiró con fuerza —… no puedo decir que fueron exactamente iguales, algunos sucedieron por un golpe en la cabeza, otros fueron ocasionados por… los horrores de la guerra y… —Se quedó callado.

No quiso continuar, bajó la vista manifestando en su semblante una nueva preocupación, o tal vez una consideración.

—Dígame, ¿qué sucedió con ellos? —insistió Ishbel.

—Ninguno recobró la memoria —concluyó con seriedad.

> Sus ojos me confirmaron que decía la verdad. Nos quedamos así por unos segundos, lo que me dejó meditar en las consecuencias y… aceptarlas.

—… Le agradezco su… sinceridad, John.

—No puedo asegurar que eso le pasará a usted —minimizó.

—Como tampoco puede asegurarme que no…, aunque, siendo positivos, ¿tendría algo de malo que no recordara lo que fue mi vida antes de llegar aquí?

—No lo sé, supongo que eso tendría que ver con cómo fue su vida.

—Supongo que no muy buena. Si hui de mi tierra, sea cual fuera esta, para llegar aquí a… empezar de nuevo. Debo entender que… buscaba algo mejor.

—¿Douglas es algo mejor?

—Espero que sí.

John refunfuñó dibujando una media sonrisa incrédula.

—¿No lo cree?

—No lo sé. No lo conozco; pero yo no mandaría sola a mi prometida por un largo y peligroso camino que lleva meses recorrer.

—¿Qué hubiera hecho usted?

—Acompañarla desde el principio.

—Tal vez él no pudo hacerlo, pero seguramente se aseguró de que estuviera… protegida.

—Tan protegida que lo más probable es que todos los que venían con usted acabaran muertos y usted tuvo la fortuna de encontrarse con Math —soltó con molestia.

> Quise responderle de inmediato, pero no encontré argumentos válidos. Apreté los dientes queriendo hacer alguna afirmación sobre Douglas, pero nada salió de mi boca. De cualquier manera, me consideraba una mujer paciente, esperaría mi oportunidad. Resoplé desechando mis malos pensamientos. Necesitaba algo para desviar el tema, y sucedió, el viento me dio un motivo:

—… ¿Siempre se escucha así? —preguntó volteando a la puerta.

—¿El viento? Sí, anuncia cambios y un invierno que está muy cerca.

—Tiene cierta tonada… como una canción.

—Es verdad —confirmo sorprendido como si no lo hubiera notado antes—. Si usted cierra los

ojos y se concentra puede escuchar una canción. También sucede en la primavera en el bosque y en algunos lugares de esta montaña… Math lo llama: *Iŋyaŋ yuhá wakpá,* El canto de la montaña.

—¡Vaya! Eso es muy… poético.

—¿Lo cree así? —Rio—. Tal vez, aunque no me había puesto a pensar en eso.

Entonces, ambos siguieron hablando de otras cosas menos… personales por un buen rato, hasta que él se levantó de su silla ya entrada la noche.

—Mudaré mis cosas de la recámara —recordó.

Ishbel lo observó en paz. En ocasiones no entendía por qué le costaba tanto tener una atención con ella. Aceptó su propuesta pensando en que su espalda lo agradecería.

Ya en esa nueva tregua, Ishbel comentó:

—Lamento incomodarlo. Sé que está acostumbrado a dormir en su cama.

—Es como debe ser Ishbel. En realidad, mi salud no debió condicionar nuestros… lugares en esta casa. Sé lo difícil que es dormir en el piso, más, cuando uno no está acostumbrado.

—Pude manejarlo.

—Pero el invierno es largo. ¡Vamos! Hagamos el cambio.

El viento había dejado de soplar, pero ninguno de los dos lo había notado, no hasta que Ishbel se incorporó notando otra peculiaridad en la ventana.

—¿Está…? —dijo Ishbel alzando su mano.

—Sí —respondió rápidamente John al voltear—… Está nevando.

Se aproximaron entonces a los ojos de la casa con pasos cortos y lentos. Fue como ver una fantasía infantil hecha realidad, aunque, para el alma de Ishbel, eso no era nuevo.

Grandes copos de nieve llenaron el paisaje contagiándolos de una extraña sensación. Se colocaron lado a lado delante del gran cristal. El cuadro era hermoso, y no era lo mismo verlo desde el interior que estar ahí afuera.

El semblante de John cambió cuando su cabeza empezó a analizar lo que ocurría, pero no dijo nada, no hasta que Ishbel le preguntó:

—¿Qué pasa?

—No es tiempo aún para una nevada así.

—¿Eso es malo?

—Todavía no lo sé…, sólo puedo decir que es… inesperado.

8
ATRAPADOS

LA CABAÑA

Aquel lugar suave en la cama fue algo que Ishbel necesitaba. Pensar en la decepcionante actitud de John la había afectado, otra vez; pero lo que más le dolía era que le estaba dando demasiada importancia, como si el sujeto fuera alguien significativo en su vida.

Esa noche, como si una llave hubiera sido abierta, algo en su interior sucedió: los primeros recuerdos de sus días previos comenzaron a llegar en fragmentos, y no fueron agradables. El sueño se volvió pesadilla muy pronto. Había fuego, gente corriendo y… caras que parecían conocerla. Esos rostros eran familiares, pero no podía identificarlos por nombre. Sintió la herida en su hombro, un disparo de arma de fuego, el cual la obligó a correr con más fuerza; y también logró observar al hombre que lo había hecho, aunque este tenía la cara cubierta con un pañuelo, la señal que le había hecho con la mano fue muy peculiar.

> El hecho hizo que me despertara casi incorporando mi cuerpo. Agitada y asustada, desconocí la recámara al principio, preguntándome cuál de las dos realidades era la verdadera; y como un repentino golpe a mi cabeza, relacioné mi ambiente por fin. Observé la entrada, ya había luz, lo que me indicaba que era de mañana, pero no escuchaba a John, aunque sí percibía el aroma del café.

Ishbel se vistió y salió a la habitación principal, él estaba vistiéndose apresuradamente con el abrigo, lo que la llevó a preguntarle sin siquiera darle los buenos días:

—¿Va a salir?

—Qué bueno que despertó —dijo él un tanto preocupado—. Apenas iba a ir por usted. Necesito de su ayuda.

> Había aprendido a comprender su tono de voz, al menos podía identificar el sentimiento que lo impulsaba; aunque, no podía decir si iba a cambiar en los siguientes minutos. Me dispuse a servirle.

—Claro. ¿Qué necesita que haga?

John caminó hacia un lado y abrió uno de los protectores interiores de la ventana. En un principio, Ishbel pensó que quería mostrarle lo tarde que era; pero, su intención fue advertirle lo que había ocurrido esa noche.

—¿Es… nieve? —dijo Ishbel sorprendida.

—Sí, y mucha.

La altura de esta había llegado más allá de la mitad de la ventana. Sólo podían ver por una rendija en la parte superior de esta. Para Ishbel era algo fantástico, como si nunca hubiera visto algo semejante; pero, para John, era otra razón para estar preocupado.

—Tenemos que quitarla —advirtió—. También la del techo. No sé cuál sea su estado y hay que asegurarnos de que los animales estén bien.

—¿Corremos peligro?

—Me sentiría más tranquilo si quito todo ese peso de alrededor de nosotros… Póngase su abrigo.

Mientras Ishbel se preparaba, John se dirigió a la bodega, luego regresó con un par de palas. Le entregó una y dijo:

—¿Está lista?

Ella asintió quedándose un paso atrás de él para seguir su procedimiento. John le advirtió:

—Va a entrar cuando abra la puerta…

Fue difícil hacerlo en el primer movimiento, la aldaba estaba atorada; pero John, finalmente lo logró, y como había dicho, un buen cúmulo penetró a la cabaña llegando hasta los pies de Ishbel.

—Ahora… ¡paleemos! —instruyo John.

Él tuvo que hacerse un hueco entre aquel manto blanco, haciendo a un lado ambas *colinas*. Salió por la puerta hasta pisar el pórtico para darle un poco de espacio a Ishbel, quien justo detrás, hizo lo que le tocaba.

Entre ambos, lograron hacer a un lado la nieve que había caído en el interior y empezaron a separar la que estaba afuera. Conforme avanzaban en la pendiente, la gran cobija helada iba decreciendo, lo que indicaba que la mayor cantidad se había acumulado en la cúspide.

Tiempo después, habían logrado retirar los obstáculos de las ventanas y la puerta, liberando el frente de la casa. En medio de todo ese esfuerzo, Ishbel comentó:

—No me lo imagino haciendo esto todos los inviernos.

—Ni yo —dijo él—. Es la primera vez que sucede.

—¿Nunca había caído una nevada como la de anoche?

—No desde que vivo en esta cabaña… Con usted han sido una gran serie de… primeras veces —aseguró en su tono acostumbrado.

> Su aseveración me hizo voltear a verlo, pero yo no sé qué me sucedió que, esta vez, empecé a entender su humor. Acompañé su comentario con una ligera sonrisa y seguí trabajando. Creo que él mismo se sorprendió al ver que no reaccioné. ¿También comenzaba a comprenderme?

El relieve del lugar había permitido que la nieve se acumulara principalmente en el frente de la casa. Conforme fueron avanzando, se percataron de que la vegetación iba apareciendo más cerca de la superficie, lo que les permitió llegar a la puerta del establo de manera menos alarmante.

Cansados y jadeantes, se dieron un descanso para mirar de frente el cuadro completo, sobre todo el techo y la salida de la caldera. Habían fabricado un gran sendero entre la nieve de puerta a puerta. John observó la situación sabiendo que no podía dejar las cosas como estaban. Había nevado toda la noche, pero la mañana les anunciaba un mejor clima. Mientras él se mantenía pensativo, Ishbel notó que el frío de la montaña era menor al usual, o quizás ya estaba acostumbrándose.

—¿Puede encargarse de los animales? —preguntó John repentinamente mientras maquilaba un nuevo plan.

—Sí, por supuesto. ¿Usted qué va a hacer?

—Voy a tumbar esa nieve del techo y ver la condición de la salida de la caldera.

—¿Cómo llegará hasta allá?

—Tengo una escalera en el establo…

Y sin decir más, entraron. Los animales estaban nerviosos presintiendo la situación que atravesaban. Lograron tranquilizarse hasta que esas manos preocupadas se pusieron encima de ellos. John no perdió mucho tiempo, así que se dispuso a hacer su parte, mientras Ishbel se encargaría de la suya.

> Los momentos a solas no eran buenos para mí, ya que tendía a darle vuelta a los asuntos inconclusos. La aparente tranquilidad del lugar hizo que me acordara de Pluma al viento y el encuentro de John con Águila calva. Después de lo que estábamos enfrentando no quería imaginarme lo que pasaría si un día aparecieran. Mi presencia implicaba un problema mayor, aunque John seguía muy confiado de que nada ocurriría. En realidad, me daba cuenta de que él no conocía muy bien a las mujeres, nativa o no, ninguna reaccionaría de la manera en la que él suponía lo haría Pluma al viento; hablando por mí, yo no dejaría pasar algo así tan fácilmente. No quise ni siquiera mencionárselo a John, no quería perturbar los ratos de paz que teníamos. Esperaba estar en un error, eso sería lo mejor para todos. Medité entonces en que esta nevada, lejos de ser un inconveniente, había sido una bendición.

Después de algunas horas de trabajo, Ishbel regresó para tomar un café. John seguía afuera retirando la nieve del techo. Sus pasos se escuchaban sobre la cabaña, junto con el crujir de la madera que a veces la hacía voltear temiendo verlo caer por un hoyo. La bebida le cayó muy bien, calentó su cuerpo y sus manos.

Después de la ardua labor pudieron por fin cerrar la puerta correctamente y mantener despejado el frente de la casa. Ishbel llevó su bebida hasta el cristal, testificaba la labor de John con cada porción de nieve que veía caer.

—¿Cómo se las arreglaba anteriormente? —murmuró Ishbel sumando los incidentes que se habían presentado—. ¿Será verdad que siempre se la pasa solo en el invierno? Tal vez esa… india se encerraba con él, o tal vez alguien más le ayudaba de vez en cuando. Por eso estaba furiosa… Quería pasar un *abrigado* invierno. —Sonrió maliciosamente—. Definitivamente yo también estaría furiosa.

Regresó a la mesa para terminarse su bebida, y en esa posición, se acordó de su diario y de algunos pensamientos que le gustaría dejar para la posteridad. Consideró entonces si era lo más correcto retomar su pasatiempo o salir a darle una mano a John.

—Él no me ha pedido nada —desechó casi de inmediato.

Ishbel tomó todas sus herramientas, el diario, la pluma y la tinta que le había regalado John.

—¿Por dónde debería de empezar ahora? —se preguntó pensativa—… Creo que desde el momento en que conocí a Math…

Aunque Ishbel hubiera deseado hacerlo de otra manera, no hubiera podido. No tenía nada claro antes de eso y tampoco sabía si su sueño había sido real o sólo una alterada imaginación que buscaba llenar un hueco.

Pasaron algunos minutos antes de despegarse de la primera página, pero luego logró encaminar su escritura y se dio cuenta de que le encantaba escribir. Las palabras fluían con mucha facilidad, como si... fuera una experta.

> Mis manos todavía vibraban al terminar de escribir la última línea. Sentí que había liberado una parte de mí al plasmarlo en el papel y me complació hacerlo. Lo estaba disfrutando.

Repentinamente, un sonido seco y contundente la distrajo, este fue diferente al que producían las pisadas de John en el techo; después, un grito y un objeto cayendo rápidamente. La figura de John fue visible por un instante a través de la ventana, estrellándose más más allá de donde los ojos de Ishbel pudieron ver.

—¡John! —gritó ella antes de salir.

Reaccionando instintivamente, Ishbel ni siquiera se preocupó por abrigarse. Imaginó lo terrible que era caer desde esa altura, y fue peor cuando lo visualizó boca arriba e inmóvil en medio del hoyo en la nieve que él mismo había provocado.

—¿John? ¡¿John?! —exclamó inclinándose sobre él.

Se encontraba inmóvil, aunque no había rastro de una lesión, era como si estuviera inconsciente. No respondía a sus llamados y fue entonces que el miedo se apoderó de ella.

—¿John? —insistió casi pegándose a su rostro.

Meneó su cabeza desde la barbilla buscando una reacción, pero no ocurrió nada. ¿Respiraba? ¿Qué debía hacer ahora? Él que sabía algo de medicina era él. No podía dejarlo como estaba, pero tampoco podía arrastrarlo ella sola hasta la cabaña. El calor del momento no la dejó percibir la dureza del clima. Se enderezó mirando hacia todos lados y analizó sus opciones: buscar ayuda era una buena idea, pero, dónde. No sabía cómo encontrar a Math y Helena era simplemente, inalcanzable. Si no lograba despertarlo, tendría que ir por uno de los caballos y arrastrarlo al interior.

> Antes de eso, alcé mi vista al cielo nublado como si pudiera reclamarle todos los agobiantes males. Fue una colisión de emociones que me hicieron experimentar la impotencia. El pequeño encuentro conmigo misma al tropezarme con la escritura se había ido a la basura con esto, aunque sólo era una más de muchas vicisitudes. Mis ojos se entornaron como si estuviera sufriendo una pérdida. Me incliné de nuevo ante el cuerpo y lo tomé sobre el pecho, seguía caliente, pero sin señales de vida.

De pronto, un reflejo corporal lo hizo moverse. Un gruñido y una pequeña queja fue lo siguiente. Cruzaron sus miradas desde muy cerca y él vio sus ojos enrojecidos.

—No tiene que llorar por mí Ishbel —dijo John—… Estoy bien.

No supo ni por qué, pero lo primero que Ishbel hizo fue golpearlo en el pecho como si le reclamara el haberse accidentado. Después se alejó un poco manteniendo su mutis.

—Eso dolió —dijo John—… Ya se lo dije, estoy bien… creo. —Intentó levantarse—… ¿Me ayuda?

Ishbel extendió su mano con deseos de retirarla apenas fuera a tomarla, pero no lo hizo. Se apoyó un poco en ella para salir del hueco que había hecho en la nieve, regresando su mirada a este una vez afuera.

—Parece que la nieve detuvo mi caída.

—… Sí… eso parece —señaló en tono molesto.

John se estiró un poco para cerciorarse de que todo estuviera en su lugar, luego tuvo que destacar el riesgo de la condición en que Ishbel había ido a socorrerlo.

—No debió salir así, se enfermará.

—No debió arriesgarse a subir al techo —reviró.

—Alguien tenía que hacerlo. La nieve puede llegar a ser muy pesada y el invierno está apenas comenzando. ¡Vamos adentro! Deje de enfriarse.

No le permitió decir otra palabra, casi la llevó arrastrando del brazo hacia el interior, le puso su abrigo por encima de los hombros y la sentó en la mesa.

—Veo que estaba escribiendo —dijo John notando el diario—. Le prepararé otro café. Descanse un poco.

Ahora se portaba amable. Era cuando Ishbel más lo apreciaba. Viéndolo de espaldas mientras calentaba la bebida para ella, decidió aclarar lo que había sucedido:

—No estaba… llorando por usted —dijo Ishbel.

—¿No? —dijo él en tono burlón.

—¡No! Sólo estaba un poco… desesperada porque no sabía cómo ayudarlo.

—¿Pensó que algo me había pasado?

—¡No se movía! ¡Claro que pensé que algo le había pasado!

—… Entiendo —respondió sin voltear a verla dándole por su lado.

> Me dio la impresión de que no me creía, mostrando una vez más su actitud arrogante. A veces se comportaba de esa manera, como si él fuera un… ser inalcanzable. ¿De dónde sacó que yo estaba llorando por él?

John se sentó a la mesa trayendo una taza para Ishbel y otra para él, luego explicó:

—Necesita mantenerse caliente.

—Gracias —dijo Ishbel con algo de desgano.

—Hubo algo más provocado por la nevada de anoche —explicó—. La bomba de agua está congelada y… nuestra ración está a punto de terminarse.

Lo que Ishbel menos necesitaba era acumular otro problema. Volteó a verlo como pidiéndole que no se lo diera, pero esta vez, el rostro confiado de John le dijo que ya tenía una solución:

—Aunque, siempre hay más de un camino para domar la montaña.

—¿A qué se refiere?

—Dios quita y Dios da. A fin de cuentas, qué es la nieve, sólo agua congelada. Calentémosla y… tendremos lo que necesitamos.

Aquella tormenta los había puesto a trabajar, pero también les había dado, junto con la prueba, la solución. Ishbel se ocupó de la parte de calentar las tinajas que John traía desde el exterior. Lograron juntar varios barriles, de tal forma que, su reserva les duraría un buen tiempo.

—Es el último —señaló John cerrando la puerta y acercando un par de cubetas a la cocina.

—Ya casi termino con estas —compartió Ishbel estornudando repentinamente.

> Algo había cambiado en mí para entonces, hasta yo lo noté. Sentía un poco de malestar por estar tanto tiempo frente a la caldera, o quizás había sido mi intempestiva salida la que me había afectado.

—¿Se siente bien? —preguntó John observando el cambio de color de su nariz.

—… Eh… sí —respondió Ishbel evidentemente mormada.

—No se escucha bien.

Estornudé de nuevo en respuesta a una inesperada picazón y entonces él intervino.

—Venga —dijo retirándola de la cercanía con el fuego—. Yo terminaré con esto.

La llevó y la sentó en la silla cubriéndola con el abrigo desde los hombros. La observó de pie, examinándola, como si tuviera autoridad como médico para saber lo que le ocurría.

—Creo que estar entrando y saliendo del calor al frío le ha hecho daño… No debió salir sin protección tan rápido.

—¿Y qué quería? —reclamó—. ¿Qué lo dejara ahí tirado?

John sonrió como si hubiera encontrado algo con que atacarla. Dijo:

—Pensé que no estaba preocupada por mí.

—Y no lo estaba, lo que me preocupaba era saber qué sería de mí si usted se… fuera.

—Pues no sucedió. Para su bien o para mi mal, seguiremos juntos un buen tiempo… Le prepararé algo de tomar y comida caliente. Espero que sólo sea un resfriado.

> Noté su intranquilidad por mi salud. No consideraba que tuviera algo grave, aunque tampoco sabía si había estado enferma antes. Él siguió trabajando mientras yo observaba su… espalda. Me trajo un té de hierbas con un poco de whisky, lo cual me satisfizo. El silencio posterior me hizo sentir un poco incómoda, así que empecé a hablar:

—Sabe John, anoche tuve un sueño.

—¿Sí? Dígame que soñó.

—No sé si fueron recuerdos o… sólo mi imaginación.

—¿Puede contármelo?

—Vi lo que sucedió antes de que… Math me encontrara.

—¿Qué fue lo que vio?

—Distinguí varios rostros que me parecieron familiares, pero, no pude identificarlos por nombre.

—¿Douglas?

—No…, él no… apareció. Creo que más bien vi lo que pasó, y creo que puedo confirmar que yo formaba parte de un grupo.

—Eso es importante. ¿Qué más recuerda?

—No mucho. Fueron imágenes… dispersas, algunas sin sentido, un tipo amenazante, no sé. De lo único que estoy segura es que todo era un caos.

—Ya veo. —Se echó para atrás en la silla, pensativo y estimó—… Es una buena señal. Esperemos que poco a poco empiece a recordar cosas.

—Sí —admitió—, tengo todo el invierno para lograrlo.

—… Así es. Ahora le sirvo algo para que pueda comer y descanse. No quiero que su resfrío se convierta en algo peor —advirtió.

> Cenamos temprano ese día, bueno, era parte de la rutina comer cuando había oportunidad. Sentí haber mejorado después de los cuidados de John, aunque un extraño cansancio se había apoderado de mí, era como si me costara trabajo moverme; sin embargo, eso no impidió que mi curiosidad siguiera haciendo preguntas, y aún había muchas interrogantes por responder.

—… ¿Qué es ese túnel John? —preguntó Ishbel repentinamente.

—¿Túnel?

—Sí, el que está debajo de la bodega.

Él dejó de masticar desviando la mirada. Ishbel sabía que ese era uno de sus temas reservados, por eso insistía.

—… Es parte de las formaciones naturales de la montaña. Cuando construí la cabaña, decidí dejarlo ahí.

—¿Tiene alguna utilidad además de ocultar cosas que no quiere que vea?

—Para ser franco, no. —La miró con seriedad.

—Me parece una extraña decisión.

—Los hombres que vivimos en la montaña estamos llenos de… extrañas decisiones.

—Sí, me he dado cuenta de eso. Entonces, ¿el túnel no conduce a algún lado?

—Quizás, pero creo que desde que comenzó la fiebre del oro nadie ha caminado por ahí.

—¿Es parte de una mina?

—No lo sé. Le dije que no lo he recorrido…

> John era alguien difícil de descifrar, hasta cuando creía hacerlo tenía mis dudas. La cena caliente me había caído muy bien, aunque repentinamente, después de esta, sentí mi cabeza palpitar. Le eché la culpa al alcohol mezclado con el té. Sentí que era la primera vez que probaba algo así.

Ishbel volvió al lugar que conoció primero, la habitación donde despertó a esa realidad. La oscuridad se había apoderado del ambiente invitándola a descansar. John todavía estaba ocupado en algunas actividades cuyos sonidos martillaban sus oídos. Se dejó caer sobre la cama sintiendo su cuerpo pesado y se cubrió con las gruesas mantas. No le costó ningún trabajo conciliar el sueño, fue sólo cerrar los ojos. Su cabeza seguía sintiéndose igual, y su respiración, no era la mejor. Tuvo que acomodarse de lado para poder tomar aire.

No supo más de ella, se encontraba como en un sueño escuchando una voz que no distinguía, pero luego, después de una imagen borrosa, apareció un rostro delante de sus ojos.

—¿Ishbel? —dijo John casi paternalmente—… Despierte.

> El palpitar en mi cabeza había empeorado, y ahora me dolía también el cuerpo. Mis sensaciones no eran halagadoras y no tenía idea de cuánto tiempo llevaba acostada.

—¿Qué… pasa? —comentó entrecerrando los ojos.

—¿Cómo se siente?

—¿De qué… habla? —Parpadeó—… ¿Ya es de mañana?

Ishbel no había tomado consciencia de lo afectada que estaba. Ni siquiera pudo levantarse. John tomó su frente con la mano sospechando lo peor.

—¡Arde en fiebre! —exclamó él—. Salga de la cama.

Ella no tenía fuerza para negarse, de hecho, no tenía fuerza para nada. Intentó moverse, pero su cuerpo no le respondió. Lo siguiente que sintió fueron los brazos de John levantándola en vilo.

> Todo giraba a mi alrededor. No estaba segura de que lo que percibía estuviera sucediendo. John me sentó en la silla y me dio algo de beber. Apenas escuchaba sus palabras, pero su tono me alentaba.
> Tocó mi rostro más de una vez, observó mis ojos. Apenas podía respirar, mi congestión había empeorado también. Inhalaba por mi boca.

La visión de un John caminando preocupado en un espacio muy pequeño la persiguió entre sus episodios de consciencia. Finalmente, esa imagen se llevó la mano a sus labios y dijo:

—Me perdonará lo que voy hacer —dijo—, pero tengo que bajarle la temperatura.

> De nueva cuenta me tomó en sus brazos para llevarme a la bodega. John dice que empecé a desvariar al hablar, lo que lo asustó aún más. No lo recuerdo, no esa parte; sin embargo, sí tengo presente el hecho de que me despojó del vestido –otra vez–. Dice que no opuse resistencia. Quizás estaba tan afectada que mis principios se habían quedado dormidos, o quizás fue una respuesta a algo que deseaba; pero lejos de que aprovechara mi estado, John me sumergió en la tina que ya había preparado para mí. El agua estaba fría, ese contacto despertó todos mis sentidos de golpe haciéndome querer salir de inmediato, pero sus manos fuertes me sostuvieron a pesar de mi resistencia.

—¡Tiene que soportarlo! —ordenó él.

El pataleo y movimientos de Ishbel alcanzaron a John. No lo había planeado así, pero también tuvo que mantenerse firme.

—¡Tome mi mano! —pidió él.

—No, no… puedo.

—¡Vamos! ¡Tiene que hacerlo!

Ishbel estaba paralizada, su cuello se tensó como si este pudiera sacar su cuerpo de la tina. Ya no tenía control de sí misma, dejó de percibir sus extremidades, pero se esforzó en estirar sus dedos para tomar la mano de John. La apretó con fuerza.

—¡Eso es! —animó él—. Pronto terminará.

John había enfriado el agua con nieve, y ni siquiera pretendió advertírselo. Para entonces, todos los sentidos de Ishbel estaban a tope, se encontraba más despierta que nunca, hasta había logrado respirar abiertamente; pero no estaba cómoda.

—Déjeme salir —rogó Ishbel mirándolo.

—Sólo un poco más.

> Su rostro me decía que lo estaba disfrutando. Al menos, esa fue mi impresión. Mis dientes castañeaban y apenas podía controlar mi habla. Una sonrisa siniestra me dio pie a pensar en muchas otras cosas. ¿Acaso John pretendía matarme de esa manera? ¿Por qué hasta ahora?
> Las sensaciones en mi cuerpo comenzaron a desaparecer como si me estuviera desvaneciendo. Lo miré por última vez y entonces perdí el sentido.

9
VISITANTES

LA CABAÑA

Abrió sus ojos sintiendo haber vivido esa parte de su vida en repetidas ocasiones. Estaba en cama, se sentía débil y atrofiada, pero no como la última vez. Esta ocasión fue peor, como si hubiera paleado nieve por varios días sin descanso.

Las primeras impresiones ubicaron a Ishbel en una recámara que estaba a oscuras, aún era de noche. La sensación de su cabeza le decía que llevaba mucho tiempo dormida. Ya podía respirar e hizo la prueba aspirando profundamente antes de moverse, fue hasta entonces que intentó quitar las mantas que la cubrían.

Podía observar desde su posición el umbral de la entrada hacia la habitación principal. A pesar de la oscuridad, lograba distinguir lo que la rodeaba. Su rostro estaba inusualmente cercano a la orilla de la cama. Pensó que se había movido durante la noche hasta casi caer, por lo que agradeció su… suerte.

Decidió levantarse, quería hacerlo, aunque todavía no sabía para qué. Fue entonces que encontró un *lazo* pesado aprisionándola, y no estaba lo suficientemente consciente como para saber qué era; pero logró moverlo haciéndolo caer hacia atrás. Su razonamiento dedujo hasta ese momento de lo que se trataba: era el brazo de John.

—¡¿Qué hace usted aquí?! —exclamó Ishbel.

Acurrucado detrás de ella, y de espalda contra la pared, pero en su propio espacio, John se había tomado esa… *libertad.*

—¡¿Qué hace aquí?! —insistió ella.

—… ¿Qué? —dijo John visiblemente adormilado—… ¿Despertó…? Me… alegro…

> Me puse en pie mientras él se enderezaba en la cama. Estábamos frente a frente. Yo no podía creer lo que estaba pasando. ¿John se había aprovechado de mí? Las palabras se atoraron en mi garganta mientras mis ojos buscaban evidencias en el colchón. Todo indicaba que habíamos dormido juntos, pero, me di cuenta que había una separación, John había dormido sobre mi manta y había utilizado una diferente para cubrirse.

—¡¿Por qué está en mi cama?! ¡¿Quién le dio derecho?!

Él arrastró las manos sobre su rostro. No tenía ganas de discutir, y menos de dar explicaciones. Notó que estaba muy alterada, así que prefirió escabullirse hacia abajo para dejar colgar sus piernas en el pie del mueble.

Ambos estaban vestidos, lo que siguió levantando incógnitas para Ishbel. No comprendía su manera de actuar ni encontraba algo que justificara su presencia.

> El calor del momento provocó que mi memoria recordara lo que habíamos pasado en la bodega esa noche, lo que me había hecho metiéndome a la tina, y eso me puso más furiosa.

—¡Usted! —exclamó Ishbel amenazándolo con el índice mientras su habla se trababa.

> Creo que había sido demasiado transparente en muchas ocasiones, lo que permitió que John aprendiera a leer mis emociones. Sin encontrar una manera correcta de reprocharle el hecho, dejé que mi cuerpo hablara por mí soltando mi mano para golpearlo; pero él la detuvo en el aire antes de que tocara su mejilla.

—Me alegra que ya esté consciente —dijo él sin dejar de sujetarla. Se puso en pie y se acercó amenazadoramente—… Y por lo que veo ya está sana…

La asedió y la arrinconó haciéndola arrastrarse hacia atrás casi hasta la pared. Sujetó su mano para dejar en claro quién tenía más fuerza, y a pesar de que Ishbel tenía la otra libre, no intentó usarla.

> Respiré su aroma. No era el más limpio y tal vez no él más agradable, pero se había impregnado en mi ser desde hacía tiempo. Ya me había percatado que me sentía atraído hacia él, aunque lo negara, ese hombre… salvaje y contradictorio, me perturbaba. Teniéndolo tan cerca no supe qué hacer. Él estaba en control de la situación, si hubiera querido avanzar yo no hubiera podido evitarlo. Olvidé por un instante el incidente y dejé de oponer resistencia. Nos quedamos así por unos segundos, con nuestros labios muy cercanos. Dejó de apretar mi mano poco a poco y pude constatar también que yo no le era indiferente, pero algo lo detuvo.

—… Es tarde para explicarle lo que pasó —dijo John—. Lo hablaremos por la mañana. ¿Le parece?

—… Sí —tartamudeó.

—Estoy muy cansado… Creo que ahora sí iré a dormir. ¡Buenas noches Ishbel!

La soltó y se retiró dejando al cuerpo de la irlandesa… ardiendo. Ishbel se quedó inmóvil, casi recargada contra el muro y en silencio. Seguía cuestionándose lo que había ocurrido, y no, no quería dejar las cosas así, pero tampoco quería hablar con él.

Regresó a la cama con la inquietud a flor de piel, su sueño se había escapado, como si ya no lo necesitara. Cerró los ojos una vez recostada, pero no pudo dormir, así que esperó a que el nuevo día la alcanzara.

ESA MAÑANA

Ishbel seguía recostada fingiendo estar dormida, pero escuchaba los movimientos de John, quien mantenía su rutina como si la historia de esa casa no hubiera cambiado. Ishbel se encontraba tendida de lado observando el hueco que separaba las habitaciones, hasta que, cansada de ese juego, decidió salir de su refugio.

Se asomó lentamente a la habitación principal, él preparaba el desayuno, se encontraba atareado, por lo que no notó la presencia de Ishbel, quien, avanzó hasta la mesa y dijo con voz tenue:

—Buenos días, John.

Lo sorprendió haciéndolo voltear, y con toda naturalidad, correspondió:

—¡Buenos días, Ishbel! Tome asiento por favor, esto estará listo en un minuto.

Ishbel, arqueando la ceja en señal de desconcierto, obedeció, aunque se mantuvo a la defensiva.

John llegó a la mesa con unos pancakes acompañados con una conserva de fruta, tocino y café. Se sentó manteniendo su seriedad acostumbrada. Ishbel moría de hambre. Su boca salivó con el solo aroma, lo cual le pareció un poco extraño, quería comenzar a comer antes de decir otra

palabra. John no la miró directamente a los ojos en ese momento. Conociéndola, sabía que iba a empezar un interrogatorio.

—Es usted una caja de sorpresas —comentó Ishbel felicitándolo por lo que puso delante de ella.

—Es una de las ventajas de… vivir solo. Uno aprende cosas; pero, mañana le toca cocinar a usted.

—No se preocupe, mañana yo seré la cocinera. —Seguía buscando sus ojos al dar un gran bocado, hasta que preguntó—: Y dígame, ahora que podemos hablar con calma, ¿puede decirme lo que sucedió anoche?

Él por fin alzó la vista como si estuviera listo para la batalla. La observó y dijo:

—Hice lo que tenía que hacer…

—No lo entiendo —lo interrumpió sintiendo que esa respuesta no era lo suficientemente clara —. ¿Acostarse en mi cama era lo que tenía que hacer?

—… Fue para asegurarme de que estuviera bien, sí…

Para variar, los recuerdos de Ishbel estaban borrosos, pero sí tenía presente lo que había ocurrido en la bodega; mas, antes de poder ahondar en eso, él retomó:

—Tuve que bajarle la temperatura primero, luego buscar estabilizarla. Estuvo… delirando y… creo que Dios la ama mucho, Ishbel. Fue un milagro que pasara esa primera noche…

—¿Esa primera noche? ¿A qué se refiere? Eso acaba de suceder.

—Han pasado tres días desde que la llevé a la tina. Pensé que… no despertaría más. ¿No recuerda eso?

> Me quedé atónita ante tal aseveración. No tenía manera de confirmarlo, aunque tampoco hallé razón para que John me mintiera. Los rasgos en su cara me dijeron que era sincero y sus ojos vidriosos me mostraron con certeza que estaba interesado en mi bienestar.

—No es posible —dijo Ishbel incrédula.

—Lo es. Apenas comió algo en ese tiempo… Si me quedé a su lado fue para estar al pendiente de usted…

La perspectiva de Ishbel dio un giro de ciento ochenta grados, sin saber tampoco cómo auto juzgarse por el juicio que ya había hecho de él. Agradeció interiormente que, otra vez, John la hubiera respetado.

—… Pero —continuó él—, creo que no es bueno hablar de posibles tragedias. En la montaña, es mejor dejar ir el viento antes de que traiga una tormenta. Lo que pasó, pasó.

Ishbel asintió apoyando sus buenos deseos, aunque todavía estaba en shock y arrepentida por su reacción.

—Perdone si lo juzgué mal.

—No, perdóneme usted a mí por ser tan brusco, y no se preocupe, creo que cualquiera se hubiera molestado en una situación semejante… ¿Estamos en paz?

—Estamos en paz…

MÁS TARDE

Durante la *ausencia* de Ishbel, algunas cosas habían cambiado: mejoró el clima, el viento amainó y una aparente calma se estableció en la montaña. Fue como si esa gran nevada hubiera

sido la cúspide de malos momentos que ahora se empezaban a descender.

> Pensé en eso, quería creerlo así. Después de aquel reencuentro, mi confianza en John creció. A pesar de no recordar claramente mi mala experiencia, mi cuerpo me aseguraba que todo estaba bien, lo que indicaba también, que me había respetado y cuidado. Era un indicio de que le importaba, lo que me hizo pensar en algo que me aturdía… ¿qué tanto quería importarle?

John había dejado encargada de la mantequera a Ishbel mientras él realizaba las labores correspondientes al exterior; aunque ella ya se encontraba saludable, no deseaba exponerla de nueva cuenta. Había mucho por hacer, como siempre. Los días nunca eran aburridos mientras se hacían compañía.

Sentada en el interior de la cabaña, mientras su mano agitaba aquella pala dentro del pequeño barril, Ishbel dijo para sí con una gran sonrisa en el rostro.

—La vida es buena.

> Mi paleo y los golpes del hacha de John al partir los troncos parecían tener un ritmo similar, como si ambos sonidos se hubieran puesto de acuerdo. En medio de esa rutina, surgió otra pregunta en mi mente: ¿la vida en Helena sería algo parecido a lo que vivía ahora? Descubrí que vivir en la montaña era apasionante en muchas formas. Era probable que esa fuera la razón que me había llevado hasta América; aunque todavía me faltaba descubrir esa parte de mi historia.

Llevada por la costumbre del ambiente, la mente de Ishbel disfrutaba de estas ideas, cuando, de pronto, la herramienta de John se detuvo haciéndole creer a Ishbel que había concluido con su tarea y se dirigía a la próxima. Hizo unas pruebas con la mantequera y observó que su labor también había finalizado; sin embargo, ella no era una experta en el tema, así que lo mejor era preguntarle a John si la mantequilla estaba en su punto. Se dirigió a la puerta para llamarlo:

—¡John…! —exclamó Ishbel asomándose al exterior.

Ishbel se quedó en el umbral, congelada, puesto que descubrió en ese momento la razón por la que John había interrumpido su actividad, una causa que no pudo haber imaginado. Él estaba de pie junto a la base que usaba para colocar los troncos y partirlos. Sostenía todavía su hacha, pero de una manera defensiva, miraba hacia el frente dándole la espalda a la cabaña. Sobre la cúspide de la colina descendiente, un grupo de nativos montados en sus caballos, mantenían amenazantes su posición a la distancia. Sus ojos estaban sobre ellos, o al menos el corazón de Ishbel así se lo dictaba. Uno de los caballos era montado por alguien que la conocía: Pluma al viento.



Mi cuerpo se petrificó al observar el cuadro, pero también, fue como un golpe que revoloteó mi memoria. Ese incidente destapó repentina e involuntariamente un recuerdo poco agradable, fue como un resplandor del amanecer que nubló mis ojos, pero no era el momento de discutirlo.

—¿John? —dijo Ishbel en voz baja.

—¡Entre! —ordenó él volteando discretamente a verla sobre el hombro.

Ishbel entendió que quizás quería ocultarla, pero eso ya no era posible, la habían visto y también escuchado. Negar su presencia estando Pluma al viento con ellos, ya no era una opción. Se quedó valientemente en la orilla, justo antes de dar un paso sobre el pórtico.

—*¡Lél wíyakA ožúta! ¡WíiyA wíiyuŋka wíyakA!* (¡Se los dije! ¡Tiene una perra blanca!) —exclamó Pluma al viento.

Ishbel escuchó el grito de su… *enemiga*, pero no lo entendió, no obstante, seguramente significaba algo ofensivo. Pudo observarlos hablar entre ellos después de eso. Eran un puñado de hombres malencarados, y su rostro no cambió un ápice en medio de toda esa tensión. Comenzaron a avanzar, pero aún estaban lo suficientemente lejos como para que John lograra entrar a la cabaña sin ser alcanzado.

—¿Quiere que traiga las armas? —murmuró Ishbel.

—No —negó él tajantemente—, eso sería lo peor.

—¿Qué quiere que haga entonces? —preguntó apretando los dientes.

—Creo que de nada sirve que le diga qué hacer, de cualquier manera, no me hará caso.

Ishbel permaneció ahí, en medio de una batalla inminente, y por ahora, como observadora, aunque ya había localizado con la vista el rifle en la habitación y estaba lista a defenderse. Sin embargo, no podía dejar que sus temores la hicieran cometer una estupidez. Sobraba decir que John era quien tenía el conocimiento de cómo eran las cosas en esa tierra, comprendía que necesitaba creer en él.

El silencio sólo era opacado por el paso lento de los caballos en la nieve y el latir de mi corazón. Estaba asustada no sólo por la situación, sino porque la serie de imágenes que explicaban mi reciente pasado se sucedían una tras otra ante lo que se avecinaba. Acordarme de lo sucedido con mi grupo y de cómo escapé me heló la sangre. ¿Tendría tiempo de contárselo a alguien?

Ishbel dejó que su prudencia la controlara. Hacer algo en una situación tan desventajosa sólo los aproximaría a un terrible final. Consideró que hacer caso a John les daría una mejor posibilidad.

Dos de los visitantes se adelantaron un poco a la comitiva, el más viejo adornaba su cabeza con algunas plumas, vestía algo ligero considerando el clima, y llevaba adornos típicos colgando de su cabellera, su imponente presencia le hizo suponer a Ishbel que era el jefe; iba acompañado de otro que tenía un lunar en la cima de su cabellera. Sus semblantes al casi alcanzar a John no cambiaron, mantuvieron su dureza como si fueran a descargar su ira en cualquier momento. Se detuvieron por fin. La altivez de Pluma al viento se cruzó con la mirada de Ishbel como señalándole que ahora ella tenía la ventaja, pero ninguna de las dos dio un paso atrás.

—*WíiyA wíyakA kiŋ, Wanagi* (Que la paz sea contigo, Fantasma) —saludó el hombre viejo.

—*WíiyA wíyakA kiŋ, Wakíŋyaŋ ate* (Que la paz sea contigo, Padre del trueno) —correspondió John, luego se dirigió al otro inclinando un poco su cabeza en señal de saludo—… *Wambli sapa* (Águila calva).

> Me molestaba no poder entenderlos, pero al menos, ese primer encuentro parecía haberse llevado en paz. Creí que John estaba sonriendo, o quería imaginarme que así era. Esperaba que no fuera una sonrisa nerviosa.

—*¿Wanagi, tȟaŋíŋpi šni kiŋ hwo?* (¿Fantasma imagina por qué estamos aquí?) —preguntó Padre del trueno.

—*Tȟaŋíŋpi šni wíyakA tȟašúŋka wíiyA wíyakA kįčhíŋ yuhá wíyakA kta wíyakA waŋží* (No es buena señal que mi amigo traiga consigo guerreros a una casa que siempre lo ha recibido en paz).

—*Tȟaŋka wíyakA hiyú oyáte kin* (Es lo que se acostumbra cuando existe una duda).

—*¿Waštépi?* (¿Duda?) —preguntó John.

—*He. Niin kiŋ Wíyaka taŋyéya wíiyakA kiŋ tȟáwa wíiyaskA yuhá šni* (Sí. Vinimos porque Pluma al viento nos dijo que tenías a una mujer aquí) —señaló con seriedad Padre del trueno.

John volteó lentamente para ver a Ishbel sobre el hombro. Ella no comprendió su gesto, pero no había sido el mejor. Se veía pensativo, como si ideara una respuesta; eso le aseguró que estaban hablando de ella.

> ¿Qué podía decirle? Temía que si hablaba haría que todo terminara mal. Imaginé lo peor cuando giré mi atención hacia Pluma al viento, quien escuchaba la charla mientras dibujaba una sonrisa cínica.

—No sabía que tener compañía en mi propia casa me estaba prohibido —respondió John retadoramente.

Haberlo dicho en su idioma fue una señal clara para Ishbel, para que comprendiera lo que estaba sucediendo. Entonces el más viejo habló de nuevo siguiendo la pauta que John le había marcado.

—*Wanagi* siempre ha obedecido las reglas que se le dieron…, hasta hoy. ¿Por qué busca *Wanagi* compañía en alguien que no pertenece a este lugar?

—Porque las intenciones de mi corazón van más allá de un simple día o un inverno. Mi corazón quiere ver todos los atardeceres con la misma persona hasta que mis ojos se cierren —respondió John.

> Escucharlo me confundió un poco. ¿Estaba hablando de una relación seria refiriéndose a mí? Entendí una parte de lo que estaba haciendo, aunque no sabía con exactitud hacia dónde se dirigía, ni tampoco, qué me tocaba hacer a mí.

Águila calva y el jefe se miraron. La sonrisa de Pluma al viento desapareció al escuchar ese diálogo. Se aproximó para emparejarlos. Discutieron los tres hasta que los hombres le ordenaron

que se callara. Regresaron su atención a John.

—*Tȟašína wíyakA kiŋ wíyakA yuhá* (Todo hombre tiene derecho a esa felicidad) —exaltó el jefe.

—*Míye šni, na wíiyA na kȟolá hečháŋi yA* (Lo sé, y mi día para encontrarla llegó por fin) —dijo John.

John volvió a mirar a Ishbel, sonreía como si hubiera resuelto el problema, aunque todavía se le notaba inquieto.

—Mujer con el cabello de fuego es hermosa *Wanagi* —expresó Águila calva con sinceridad y también con la intención de ser escuchado—; pero no más que nuestras mujeres. Además, creo que encontrarías a alguien más joven entre nuestro pueblo, alguien que esté dispuesta a darte muchos hijos para que tu nombre siga conservando esta tierra.

—Águila calva habla con razón —dijo John alzando la voz—; pero el corazón de *Wanagi* ya le pertenece a Ishbel.

—¿Ishbel? ¿Ese es su nombre?

—Sí…

> ¿Hijos? ¿De qué estaban hablando? Quería pararme en medio de ellos para que me explicaran; pero tuve que conformarme con las pistas que John podía darme, incluyendo la identidad de Águila calva, el nativo con el lunar en su cabellera. Recordé la advertencia de John sobre él el día que salió de caza. Ese era alguien de quien me tenía que cuidar. Lo que me ponía más nerviosa, era que no retiraba su mirada de mí.

—… ¿Y quién les habló de… mi mujer? —interrogó John cambiando el rumbo de la conversación.

—Mi hermana —respondió Águila calva.

Ishbel lo escuchó, pero no lo podía creer. ¡Pluma al viento y Águila calva eran hermanos! La sola idea la hizo repudiar nuevamente a John. ¿Por qué hacía algo tan estúpido? No sólo se había relacionado con una salvaje, sino que también esta era hermana de uno de sus enemigos. Trató de controlarse para no salir de ahí a golpearlo.

Concluyeron la charla apenas unos momentos después sin mayores aspavientos, y cuando parecía que todo había quedado resuelto, John concluyó:

—Ahora que mis razones han quedado claras, les pido que me acompañen para celebrar. Tuvieron una jornada larga y no voy a dejarlos ir con el estómago vacío.

> ¡¿Ahora qué estaba haciendo?! Lo vi dar la media vuelta y dirigirse hacia mí con una falsa sonrisa. Me pasó el brazo por encima del hombro y me susurró:

—Haga lo que le diga…

10
CELEBRACIÓN

LA CABAÑA

Según su plan, yo era algo así como… su esposa, y lo digo así porque nunca lo aclaró. Esa fue la mejor solución que pudo encontrar para justificar mi presencia. No comprendí en un principio por qué se había inclinado por esa idea, no hasta que me di cuenta de que los nativos le daban mucha importancia a las relaciones formales; éramos semejantes en eso a ellos.

Pluma al viento había llevado a los suyos hasta la cabaña haciendo a un lado la versión que le había contado John. Creyó que podía probar que Ishbel no era más que una intrusa, y que de esa forma terminarían linchándola, o quizás, le permitirían deshacerse de ella personalmente. Su plan no funcionó, pero permanecía cerca en busca de una oportunidad, acechando a cada momento a su enemiga. Ishbel entendió que debía mantener la calma y ser astuta.

Los acompañantes de Padre del trueno admiraron la cocina y su uso, así como otras cosas con las que contaban los blancos. John tuvo cuidado de hacer a un lado las armas a tiempo y sacó el whisky buscando distractores, manteniendo así un ambiente cordial.

Me llamó la atención la vestimenta de algunos de ellos, los cuales usaban chaquetas militares, sombreros o algún accesorio que creí le pertenecería a alguno de los nuestros. No quise investigar la manera en que los habían obtenido.

En medio de todo lo que estaba ocurriendo, John busco un espacio para indicarle a Ishbel cómo debían de proceder:

—… Lo mejor es utilizar el pemmican —dijo casi en secreto.

—¿Lo que hicimos con la pierna de ciervo? —cuestionó Ishbel.

—Sí.

—Pensé que lo guardábamos para tiempos difíciles.

—… Este es un tiempo difícil. —Guiñó el ojo en señal de confianza.

—¿Y… quiere que lo prepare de una manera especial? —preguntó sarcásticamente.

—Confío en que sabrá qué hacer. —Se retiró.

Y de un momento a otro me convirtió en un ama de casa que atendía a sus… amigos, pero no tenía otra alternativa, así que le hice caso. Tenerlos ahí me ponía nerviosa, por lo que tomé como excusa cocinar para darles la espalda.

MINUTOS DESPUÉS

Los trozos del pemmican se meneaban en la cacerola bajo el mando de la cuchara de Ishbel, quien había preferido hacerlo como un estofado. Cada vuelta de su cubierto de madera la hacía preguntarse cómo es que había llegado hasta ese punto. Ensimismada en sus pensamientos

privados no podía esperar la hora en que todo terminara.

Pluma al viento también estaba ocupada, aunque ella tenía más experiencia sirviendo a los suyos. Ishbel agradeció que permaneciera alejada, aunque su mirada seguía ahí, como una aguja punzante la cual perforaba su espalda.

> Podía escucharlos, reían como si aquello fuera una gran fiesta. John había procurado que así lo creyeran. Lo único bueno de todo eso es que esa farsa nos había permitido lidiar con nuestro problema; aunque no sabía si sería una solución permanente.

El tiempo transcurrió mucho más lento de lo que Ishbel hubiera querido, hasta que John apareció repentinamente por la espalda.

—¿Cómo está? —preguntó con toda naturalidad.

—¿Cómo quiere que esté? —dijo molesta.

—¿Tardará mucho en tenerlo listo?

Ishbel volteó a verlo endureciendo su semblante. No le quiso responder. John conocía esa mirada, se aproximó a su oído para justificarse en secreto:

—¿Está molesta por lo que les dije? Fue lo primero que se me ocurrió —murmuró.

—No sé qué decirle —respondió Ishbel bajando también su volumen de voz.

—No me diga nada hasta que salgamos de esto.

—¿Qué pasará después, cuando descubran que todo fue una mentira?

—Para entonces usted estará en Helena con… Douglas. Así que no se preocupe.

—¿Y usted?

—Encontraré como resolverlo, como siempre lo hago. —Hizo una pausa y giró su cuerpo para alzar su taza con whisky a sus alegres compañeros y agregó—: Pluma al viento nos delató.

—Eso lo sé.

—Pero no les dijo todo, al menos no lo que ella y yo tuvimos. Sólo que había visto a una mujer conmigo… Usted.

—Entonces, ellos no saben que usted y ella…

—No, y vale más que no lo sepan —advirtió.

—Pues hubiera sido mejor que los despidiera en lugar de invitarlos a… *celebrar*.

—No hubiera sido cortés hacerles eso. Levantaría sospechas. Quise dejar bien claro que les estaba diciendo la verdad. Así son las cosas por aquí.

—Gracias por… ponerme al tanto.

John dibujó una mueca extraña como si ya hubiera cumplido su misión, desvió su mirada y concluyó:

—Ahora, discúlpeme, debo… atender a los invitados.

Ishbel volvió a quedarse sola y pensativa. Lo que acababa de averiguar no le daba un margen de error, y comprendiendo que sus huéspedes entendían su lenguaje, lo mejor era permanecer callada.

—*Tȟašína wíyakA* (Eres una puta) —dijo Pluma al viento con una sonrisa cínica apareciendo a un lado de Ishbel.

> Me sorprendió provocándome un sobresalto. Había escuchado su frase, y a pesar de lo que me decía su rostro, era evidente que se había tratado de algún tipo de insulto, pero no quise dar por hecho nada, así que me limité a… dialogar:

—No te entiendo.

—Sé lo que hacen —aseguró ella—… *Wanagi* no nos dijo la verdad. Sólo te está protegiendo.

Su sinceridad hizo que Ishbel descuidara su trabajo para prestarle toda su atención. Sus

párpados no pudieron cerrarse por largos segundos mientras observaba lo penetrante de sus ojos. Buscaba una respuesta que sonara lógica, pero sólo pudo decir:

—¿A qué te refieres?

—Cabello de fuego y *Wanagi* no son más que *Wanagi* y Pluma al viento. Eres otra más como las que viven en las casas de putas con los blancos.

Hablaba con intensidad, pero tratando de mantener la conversación entre ellas en secreto. Ishbel no supo qué más contestarle, se encontraba en terreno inexplorado. Desde un principio, Ishbel temía enfrentar este episodio. La joven no era tonta y sólo defendía lo que pensaba era suyo. Estuvo a punto de claudicar.

—*¿WíyakA Wanagi thašína wíyakA tháŋka čé kiŋ wíyakA tháŋka kta ékipa?* (¿Cómo *Wanagi* puede escoger a alguien tan vieja para él?) —despreció de nuevo Pluma al viento.

Pero antes de que Ishbel dijera algo, alguien más se les unió:

—*¿Thašúŋke kiŋ wíyakA šni?* (¿Qué haces aquí?) —interrogó Águila calva dirigiéndose a su hermana.

—*Wíiyukča šni Peta wica thašúŋke kiŋ khaŋ* (Sólo intento ayudar a Cabello de fuego) —justificó Pluma al viento.

—*¡Híŋhaŋni wíiyukčapi thašúŋke!* (¡Ve a ayudar a los tuyos!) —ordenó.

El semblante furioso de Pluma al viento cambió su objetivo del rostro de Ishbel al de su hermano. Lo obedeció dejándolos solos, eso le permitió a Ishbel respirar un poco, pero por muy breves momentos.

—*Wanagi* nos dijo que su nombre es Ishbel —dijo Águila calva.

—Así es —respondió ella fríamente.

No quería dialogar, así que continuó con lo suyo como si él no existiera. Afortunadamente, Águila calva no parecía ser un buen conversador; aunque, con el rabillo del ojo, notó que no le quitaba la vista de encima. Su mirada era más penetrante que la de su hermana, y ese silencio entre los dos era más incómodo que los ecos escandalosos de aquella festividad.

Esperaba que sólo fuera uno de los efectos del whisky, aunque mi sensibilidad me decía que aquel hombre me deseaba.

—… ¿Está listo? —preguntó John apareciendo.

Esta vez, escucharlo hizo que Ishbel volviera a respirar tranquila. Volteó a verlo y sonrió nerviosamente sabiendo que tenía un testigo. Respondió:

—Ya casi.

—Nos estamos muriendo de hambre —afirmó con fingida ansiedad y clavó luego sus ojos en Águila calva.

El *intruso* comprendió la señal; sin embargo, no les quitó la vista de encima, era como si los examinara. Su presencia pesaba, pero en un mal sentido. Los tres simularon sus sonrisas hasta que John se lo dijo directamente:

—¡Vamos! ¡Dejémosla trabajar!

EN LA CENA

Me aparte quedándome en un rincón junto a la cocina, rogaba porque aquellos hombres continuaran con su ánimo desbordado sin notar que existía. Apenas cabíamos en el lugar. Habían hecho a un lado la mesa para colocarse en círculo en el piso y disfrutar de la comida y la bebida. Pluma al viento se había quedado en el otro extremo de la habitación, lanzándome miradas ocasionales. Agradecía que no estuviera cerca. Fueron momentos en los que deseé desaparecer y me

alentaba a mí misma pensando en que pronto todo terminaría –en realidad no estaba segura–.

La conversación se volvió una serie de gritos y desplantes, que, me dio la impresión, fue una recapitulación de historias personales en las que cada uno buscaba exaltar su ego masculino.

Era evidente que John había logrado desviar la atención de mi persona. Ese había sido el objetivo desde el principio, y ellos cayeron. Al observarlo me daba cuenta de que manifestaba una alegría extraña, algo que iba más allá del efecto del alcohol.

El apetito huyó de mí. Mi porción seguía en el plato de metal de mi regazo sin ser tocado. Me encontraba demasiado incómoda como para seguir en ese juego, así que cerraba los ojos de vez en cuando creyendo que así lograría que todos se esfumaran.

Conocí también a un John diferente, y desconocía cuánto de lo que presenciaba era actuación y cuánto era realidad. Cantaba y gritaba como si fuera uno de ellos, como si fuera otro sioux. Desempeñaba muy bien su papel, hasta pude haberle creído. Lo que me hizo calcular cuánto de eso había utilizado también conmigo.

El que permaneció más ecuánime fue Padre del trueno, quien, cruzado de piernas en el piso, pidió la compañía de John dejando al resto de los suyos seguir… festejando.

—*Wanagi* —dijo el jefe—. Conversemos…

John se sentó a su lado. Estaban muy cerca, de tal forma que, nadie fuera de su pequeño círculo podía escucharlos.

—… *Wakíŋyaŋ ate* (Padre del trueno) —continuó el hombre—, agradece tu hospitalidad y te felicita por tu nueva vida.

—Quien debe agradecer la compañía soy yo —estableció rápidamente John.

—Pero me hubiera gustado que los planes de *Wanagi* hubieran sido mostrados desde antes.

—Bueno —sonrió nervioso—… Fue algo, repentino.

—Esa decisión, ¿viene del corazón?

—… Sí.

—Entonces es una buena decisión. No juzgues el tiempo que te tomó hacerla, sino lo que esperas dar y recibir a lo largo del tiempo.

—… *Wakíŋyaŋ ate* es alguien muy sabio.

John recibió un gesto misterioso como respuesta. El viejo permaneció pensativo y tranquilo. Esa charla no había concluido.

—*Wanagi*, ¿por qué Pluma al viento nos trajo aquí?

Estas palabras hicieron que John tragara saliva, pero buscó responder rápido en lugar de pensar en una respuesta inobjetable:

—No lo sé. Creo que deberían de preguntárselo a ella.

—Tú lo dijiste, *Wanagi*, *Wakíŋyaŋ ate* no es tonto. Lo que los ojos del corazón expresan no se puede ocultar fácilmente. —Volteó a verla—… Ella está celosa.

—¿Celosa? —repitió él intentando ganar tiempo—. ¿Por qué estaría celosa?

—Eso es algo que *Wanagi* debería decirme.

John no sabía si había sido descubierto o si su amigo sólo estaba haciendo tiros al azar para ver si daba en el blanco. Entendió que debía mantener su postura en lugar de intentar cambiar su historia.

—Yo no conozco el corazón de Pluma al viento. Tampoco me interesa como mujer.

Padre del trueno pujó meneando un poco su labio inferior al frente. La señal tampoco fue clara para John, pero temió que ya se supiera toda la verdad y sólo estuvieran esperando el momento en el que él la confesara.

—… El corazón de la mujer es… incierto —concluyó Padre del trueno creyéndole por fin—… Y si *Wanagi* ya ha escogido mujer, yo no tengo otra cosa que decir. Dile que venga.

John le hizo una seña a Ishbel para que los acompañara. Ella agrandó los ojos al confirmar sus intenciones. Definitivamente no creía que fuera una buena idea, pero tampoco podía negarse. Dejó su plato a un lado y fue.

—¿Ishbel es tu nombre? —preguntó Padre del trueno cuando los alcanzó.

—Así es —respondió ella nerviosamente tomando un lugar en el piso.

—No me parece un nombre adecuado —opinó—, pero debe ser el nombre que te dieron tus padres.

—Sí…

—Padre del trueno no es nadie para cambiar eso, pero perdonarás si me dirijo a ti de otra forma. —La observó fijamente—… Veo que tienes un vestido de nuestra tribu.

—¡Sí! —intervino John rápidamente—. Lo compré mientras comerciaba y… se lo regalé…

> Estaba entre los dos fingiendo mi mejor sonrisa. Atrás de nosotros, el resto de ellos continuaban con su propia charla, excepto por los ojos penetrantes de Águila calva, a quien no podía ni ver; pero estaba segura de que él me prestaba toda su atención. Padre del trueno y John se dijeron un par de frases en su dialecto y luego el jefe me pidió:

—Acércate.

«¿Más?», pensó Ishbel, pero lo hizo.

—La vida en la montaña no es una vida fácil —prosiguió dirigiéndose también a John—. *Wanagi* es un buen hombre, nos lo ha demostrado siempre; pero no es alguien fácil de entender. Espero que la llama de tu alma sea tan fuerte como la de tu cabello. Padre del trueno aprueba su relación y promete comunicarla más allá de estas tierras, para que todos respeten lo que tienen ustedes dos.

> Fueron palabras hermosas, tanto, que deseé que fueran ciertas; pero también me hicieron sentir culpable. Mi boca permaneció cerrada mientras dirigía mi atención a John. Buscaba que él me sacara de ese contratiempo antes de que mis ojos entornados se desbordaran.

—Se lo agradecemos Padre del trueno —dijo John por fin.

Ishbel también lo confirmó, pero con un gesto; y no fue la única reacción dentro de esa habitación, atrás del jefe, Pluma al viento se observó visiblemente molesta al entender lo que se estaba gestando en ese pequeño círculo.

—Pero Cabello de fuego no debería de ser tan tímida —expresó Padre del trueno—. Esta es su celebración también y no sólo de John. ¿O no está feliz? —Extendió una taza con whisky para ofrecérsela.

> Me colocó en una encrucijada, y no es que me molestara beber con ellos; pero, al ver las cantidades que consumían, prefería mantener mi cordura. Agrandé mis ojos entendiendo que no podía negarme, aunque mis manos no querían moverse para aceptar su oferta.

John la empujó a hacerlo, manteniendo siempre esa falsa sonrisa. Ishbel no tuvo más remedio que aceptar, y entre el grito jubiloso de todos los que observaban, la bebió con rapidez.

Con una cara presa de la alegría, Padre del trueno aprobó la acción y agregó luego a gran voz:

—¡Ahora fumemos!

Todavía presa de los efectos iniciales de lo que había hecho, Ishbel alcanzó a ver a Águila calva colocar una sustancia oscura en una especie de pipa y encenderla con el fuego de la estufa. Ahora el grupo se había colocado en un círculo más grande y habían permitido que las mujeres los acompañaran.

> Me hicieron parte de ellos, lo sentí así, a pesar de que yo era una extraña… y a pesar del engaño que estábamos representando. No tuve mucho tiempo para pensar en eso, ni para entenderlos. La mayor parte de ese tiempo hablaron en su idioma, lo que sólo me permitió suponer cosas.
>
> Lo peor sucedió cuando compartimos su costumbre, ese extraño pedazo de madera humeante. Nunca había probado algo así.

ENTRADA LA NOCHE

El día se hizo viejo hasta que oscureció. La pareja no encontró ya un momento para hablar a solas. Ishbel tenía toda la intención de pedirle a John que los despidiera, puesto que algo en su interior le decía que, estas personas, pensaban quedarse.

—Repítame eso —murmuró Ishbel apretando los dientes.

—Van a pasar aquí la noche —afirmó John—. No puedo pedirles que se vayan ahora, menos en su estado.

Ishbel no estaba de acuerdo, se sentía la menos culpable en todo ese asunto y el sólo pensar que dormirían en la cabaña la ponía nerviosa.

—Estas son sus costumbres y esta es su tierra —explicó John—. No puedo ser descortés. Tendrán que quedarse.

Ishbel volteó a verlos. Dos estaban tendidos en el suelo y recargados en la pared casi inconscientes. Águila calva, Padre del trueno y Pluma al viento, no parecían tan afectados. La suspicacia de Ishbel la hizo creer que todo había sido planeado, como si ellos tres no quisieran perderse de nada.

John e Ishbel se encontraban uno al lado del otro observando la escena lo más alejados posible del bullicio. De pronto, Padre del trueno sacó una manta gruesa de entre sus pertenencias y llamó a John. Conversaron en secreto mientras eran observados por Ishbel. John escuchaba principalmente, y no pareció sorprenderse con cualquier cosa que el jefe le estuviera pidiendo. Se dirigieron a la bodega repentinamente y salieron apenas un instante después para dirigirse a la entrada de la recámara. John cargaba consigo un martillo y clavos, Padre del trueno llevaba la manta un paso atrás de él. John apenas le dirigió la mirada a Ishbel en todo ese tiempo.

Lo que hicieron a continuación fue desconcertante: clavaron la manta en la parte superior del marco para improvisar una puerta. Una vez colocada, Padre del trueno hizo una señal afirmativa con la cabeza dirigiéndose a John y volvió a decirle algo en voz baja. Ishbel los observó todo el tiempo, hasta que se atrevió a acercarse.

—*Peta wica* —dijo el experimentado jefe—. Tú y *Wanagi* deben tener privacidad. Nosotros nos quedaremos aquí.

—… Que… amable —comentó Ishbel observando furiosa a John—; pero creo que nos sentiríamos mejor solos —se atrevió a proponer.

Esta vez, Padre del trueno fue quien dirigió su atención a John pidiendo una explicación.

—Sólo bromea —excusó John.

—¡Oh! —exclamó Padre del trueno comprendiendo.

Ishbel tuvo que dibujar la más falsa de sus sonrisas.

—Ella sólo está… deseosa de estar a solas conmigo.

—Y lo estarán —aseguró el jefe.

Se alejó entonces dejándolos atrás. Ishbel y John permanecieron lado a lado a sólo un paso de cruzar la nueva frontera. Ella estaba pensativa, sabía que tendría que pasar la noche con John en la misma habitación, lo cual ya era incómodo; pero la actitud nerviosa del dueño de la cabaña le decía que no le había dicho todo.

Y así, Padre del trueno se mantuvo en posición encabezando a los que quedaban de pie para solicitar con un ademán a la pareja que continuara. John la tomó de la mano buscando no

sorprenderla y le susurró al oído.

—Sigamos con esto.

Prácticamente llevada a la fuerza, Ishbel tuvo que dar media vuelta para entrar a la oscura recámara, donde comenzaron las reclamaciones.

—¡¿Qué es todo esto?! —cuestionó Ishbel apretando los dientes tratando de ser sigilosa.

> Tenía cara a cara a John otra vez, pero mis ojos no alcanzaban a distinguir los detalles de su rostro. ¿Estaba sonriendo? Más le valía que no fuera así. Antes de que pudiera contestarme, la voz de Padre del trueno se escuchó del otro lado haciendo una petición que no comprendí. John le respondió en su mismo dialecto y luego volvió a dirigirse hacia mí:

—¿Qué lado prefiere? —comentó con naturalidad.

—¿De qué está hablando?

—Si no quiere decidir, decidiré yo —señaló sin deseos de explicar más.

—¡¿Está proponiendo que durmamos juntos?!

John resopló y se sentó en la cama para quitarse las botas.

—Es lo que ellos esperan que hagamos —aclaró él—. Y no pretenderá que duerma en el suelo.

—Debería.

—Pues no la complaceré esta vez… y esto se va a poner peor —advirtió.

Ese último comentario no había quedado claro, no hasta que Padre del trueno volvió a insistir, lo que hizo que John se quitara la camisa y la arrojara por debajo de la simulada puerta.

—¡¿Qué está haciendo?! —reclamó Ishbel.

—Lo mismo que usted debe de hacer.

—No pensará que me desnude enfrente de usted.

—No sería la primera vez…

Ella clavó sus ojos en él como dos dagas. Sabía a lo que se refería, pero se dio cuenta de que esa discusión no iba hacia ningún lado, y las voces que se escuchaban desde el otro lado los apresuraban. Fue más su temor a ser descubierta que su pudor –o eso pensaba–.

—Si no quiere que la vea, deme la espalda que yo haré lo mismo —propuso John.

—Está bien —accedió Ishbel, ahora veía el fondo de la habitación y John estaba detrás de ella.

—Yo… miraré hacia la salida —aseguró él.

> No estaba segura de si lo estaba haciendo o no cuando empecé a deshacerme de mi vestido. Sin embargo, pensé que mientras más aprisa lo hiciera, más pronto podría cubrirme entrando en la cama. Arrojé mi ropa hacia atrás sin voltear y escuché cuando él la recogió. Corrí a esconderme debajo de las gruesas cobijas viendo hacia la pared como si negara todo lo que estaba ocurriendo atrás de mí.

Segundos después, los gritos de júbilo de sus *huéspedes* resonaron como si la fiesta siguiera en pie; era la prueba de que habían recibido el total de la ropa. John se mantuvo en silencio y de pie a un lado de la cama. Ishbel sentía su respiración, mientras sus grandes ojos evitaban cerrarse. Los dos sabían que no podía quedarse ahí toda la noche.

—Tomaré este lado —habló John por fin.

—Sólo le pido que mantenga su distancia —advirtió Ishbel con resignación.

> Sentí el peso de su cuerpo aplastando el colchón a mis espaldas y moviendo lo que me cubría para introducirse en mí mismo espacio. Mis ojos estaban viendo hacia la pared. En ese momento me puse a pensar en todo esto, en cómo había ido a parar ahí y en cómo me había metido en tantos problemas. Quise bajar mis manos por instinto para proteger mis… partes más vulnerables, pero sabía que eso no sería suficiente si él quisiera aprovecharse.
>
> Él suspiró repentinamente, deduje que estaba volteado boca arriba. El paso de los segundos me alteró. No iba a poder dormir con él a mi lado en… esas condiciones, menos, experimentando los efectos de lo que había ingerido en esa fiesta.
>
> Pensar me hacía daño, así que dejé que mi nerviosismo murmurara lo primero que se le ocurrió:

—¿Está desnudo?

—Esa es la idea —confirmó tranquilamente—… es una… costumbre muy común por aquí.

—¿Qué fueron esos gritos?

—Ya se lo dije, es su costumbre celebrar que una pareja… *duerma* como nosotros lo estamos haciendo.

—Ojalá lo hiciéramos con menos testigos.

—Hay que comprenderlos, y lo mejor será que descansemos mientras podamos.

—¿Cree que se irán mañana?

—Sí, tal vez cuando salgamos ya no estén aquí. Descanse Ishbel, dejé de… pensar tanto. No es bueno para su salud.

—Ojalá fuera tan simple…

AÚN DESPIERTA

Ishbel no lograba conciliar el sueño, y no sabía si culpar al clima, al temor que le provocaban sus huéspedes o a la presencia de John. Lo más probable es que fueran las tres cosas. La cabaña estaba en silencio, lo que le indicaba que todos dormían, incluso el mismo John. Ya se había cansado de estar en la misma posición, tendida de lado mirando hacia la pared. Decidió entonces hacer algo diferente, pero antes, murmuró:

—¿John?

No hubo respuesta, así que dio por ciertas todas sus suposiciones y se aventuró a girar lentamente pensando en que podría regresar a su lugar si… notaba algo que no fuera de su agrado.

> Lo tenía a la vista, me daba la espalda al haberse recostado sobre su lado derecho. Podía ver su cabeza y un poco de su cuello. No se movía, era como si estuviera en completa paz. No entiendo cómo podía hacerlo.
>
> Aunque había recordado repentinamente episodios de mi pasado, la experiencia de estar con un hombre en la cama me resultaba aún… inexplorada. Siendo una mujer de mi edad era algo extraño. Fue hasta entonces que el compromiso con Douglas me vino a la mente. Me sentí culpable y sentí que… de alguna manera, le estaba siendo infiel; aunque las condiciones actuales eran especiales… No obstante, no sé qué tan duro podía ser el juicio de Douglas. ¿Acaso lo que sentía por él era algo tan superficial que no me importaba? Me daba miedo percatarme de que era así.
>
> Miré el espacio que John ocupaba en la cama. Era un hombre grande y fuerte, el prototipo de persona que sobreviviría en un lugar como el oeste americano…, o el que sería capaz de proteger a una mujer con facilidad.
>
> Me retiré un poco de la fría pared acercándome por consecuencia a él. Sé que no me veía y confiaba en que permaneciera así el resto de la noche. Comencé a sentir un poco de calor al aproximarme, culpé a su cuerpo, o quizás a todo lo que me dieron a tomar y… fumar. Mis pies estaban helados y ya estando más cerca lo… contemplé con más detalle. Despedía ese olor varonil que ya había percibido antes. Esta vez no pensé en sus puntos negativos. Tuve que aceptar que mi cuerpo pedía algo más con él, está vez, ese sentimiento era más fuerte. Me mordí el labio deseando avanzar. En ese momento quise olvidar todo, la decencia, el pudor, el comportamiento que una dama debería de tener; sin embargo, ¿por qué iba a ser yo la que diera el primer paso?
>
> Él se giró repentinamente para quedar de frente a mí como si supiera que lo estaba viendo, y creo que me sintió porque abrió los ojos. Estaba muy oscuro, pero nos habíamos acostumbrado a las sombras de la noche. No hubo palabras, sólo una acelerada respiración que prácticamente se cruzaba entre nosotros. Nuestros pies fueron los primeros en tocarse, los suyos eran tan cálidos, no como los míos. John se veía relajado ya que había dormido un poco, pero yo estaba excitada y necesitaba eso. Sentí cómo, debajo de lo que nos mantenía ocultos, algo crecía. No hubo reproches esta vez, sólo nos dejamos llevar como si nada existiera, como si estuviéramos solos. Las leyes, las costumbres, aún nuestras diferencias, quedaron afuera de ese pequeño lugar.
>
> Estoy segura de que, todos nos escucharon.

11
SABIDURÍA

LA CABAÑA

Fue una extraña sensación la que la sorprendió esa mañana, algo que Ishbel nunca había experimentado. Su sonrisa llenaba su rostro reflejando lo que también sentía su cuerpo. Suspiró y estiró sus brazos con ganas de levantarse. Se dio vuelta sólo para descubrir que estaba sola.

—¿John? —Ishbel estiró la mano para constatar que el otro lado de la cama estaba frío.

Se sentó escudriñando la habitación, era como si John nunca hubiera estado ahí. La puerta seguía cubierta, y un poco antes, alguien había colocado su vestido sobre una silla.

—Ese fuiste tú —murmuró Ishbel contenta. Se puso de pie.

> Me apresuré a vestirme abrumada por mi nuevo ánimo. No había pensado en lo que seguiría de esa noche, sólo quería reencontrarme con John.

Cuando Ishbel cruzó aquella manta, vislumbró un extraño cuadro. Padre del trueno y John estaban sentados a la mesa bebiendo café. No había nadie más ahí. Se quedó quieta cuando los tres formaron un pequeño círculo con sus miradas. El semblante de John no era el mejor, había vuelto al que tenía antes, y lo peor de todo, es que Ishbel ignoraba por qué.

—¡Buenos días! —saludó Ishbel acercándose con cautela.

Ellos le devolvieron el saludo, ambos estaban serios, como si su conversación fuera la causa. ¿Eso qué significaba? Ishbel tomó a John por la espalda con naturalidad. Puso su mano en su hombro y él la beso, eso fue una buena señal, luego dijo:

—Hay pan, mantequilla y café.

—Sí…, iré a servirme.

> Era como si yo les estorbara. Tal vez por eso los demás se habían retirado, algo importante había entre esos dos. Me apresuré, y, luego no supe qué hacer. ¿Era oportuno sentarme con ellos? ¿Cómo lo tomaría Padre del trueno? Necesitaba instrucciones de John, pero, aunque las busqué con la vista, él no supo explicarse con claridad.

—Cabello de fuego —el jefe interrumpió nuestras indirectas con discreción—. ¿Puede darnos a *Wanagi* y a mí un tiempo para conversar?

Los ojos de Ishbel se ensancharon ante el pedimento, el cual la hizo sentirse ajena a su *propia casa*, pero era lo que necesitaba para ejecutar su siguiente paso. Respondió:

—… Sí… claro.

> Seguía aprendiendo sobre cómo eran las cosas en ese lugar, así que preferí darle gusto. Me apresuré a tragar el pan, manteniendo el remanente en mi boca y tomé mi taza caliente de café. Me puse el abrigo y salí. John se mantuvo en silencio todo ese tiempo. Temí que algo no estuviera saliendo como lo habíamos planeado, o peor, que nos hubieran descubierto.

EXTERIOR

Era una mañana cálida considerando lo que habían sido los otros días. El cielo estaba despejado y el panorama era, como siempre, un hermoso regalo de la naturaleza. Ishbel apenas había dado un par de pasos en el pórtico cuando se dio cuenta de que no estaba sola. Cerca del establo, Águila calva y Pluma al viento preparaban tres caballos, lo que la hizo creer que el tercero era para su último huésped.

Ishbel hubiera preferido no ser descubierta, pero eso era imposible en un panorama blanco y con tanto terreno abierto. Ellos notaron su presencia y sólo le quedó saludar tibiamente alzando su taza de café.

Se quedó en el pórtico, protegida por el techo de la cabaña por unos segundos sin atreverse a pisar la montaña. Sintió en ese momento que todos los sonidos de la naturaleza enmudecieron ante la peculiaridad de una irlandesa en medio de un terreno salvaje.

—Qué incómodo —murmuró Ishbel para sí.

INTERIOR

John tenía la cabeza agachada frente al jefe sioux. Aquella era una conversación como de padre e hijo. Padre del trueno dio un último sorbo a su café antes de decir:

—La mantequilla es buena, y con el pan, es mejor.

—Sí, la preparó Ishbel.

—Me gustaría seguir probándola cuando esté en casa.

—Eso no es problema…, puede llevarse la que quiera.

—Padre del trueno te tomará la palabra. —Hizo una pausa y continuó—: Pero *Wanagi* sabe que no es de lo que quiero hablar.

—Sí, lo sé.

—Padre del trueno no es tonto. Tantos inviernos en estas tierras no han sido en vano. Deberías entender lo que saben mis canas. ¿Por qué me mentiste?

La pregunta hizo que John levantara la cara para mirarlo. Estaba sorprendido hasta cierto grado, aunque en el fondo sabía que su engaño iba a caerse tarde o temprano. No le respondió, en cambio, esperó a que su amigo continuara:

—Sé lo que Pluma al viento y tú tienen. El corazón de una mujer no es un misterio ante los ojos de Padre del trueno.

—¿Lo… sabe? —interrogó temeroso por las implicaciones.

—Desde la primera vez. Sí, lo sé. Pocas cosas como esa me pueden ser ocultas. Lo confirmé cuando llegamos.

—¿Quién más lo sabe?

—Si *Wanagi* está preocupado por Águila calva, puede mantenerse tranquilo. Padre del trueno no dirá algo que empeore esta situación.

John se tranquilizó un poco al escuchar que, la deducción del jefe, era un tema personal.

—Aunque sé que hice mal. Le agradezco su… discreción.

El experimentado hombre se puso en pie y se acercó a la ventana. Su mirada perdida observó

la conversación que se llevaba a cabo entre la nieve, fue como si analizara lo que aquellos tres se traían. Hizo un alto en el camino recordando sus experiencias.

—Pluma al viento es una buena mujer, pero es… *tȟašúŋke* (obstinada), igual que su hermano —dijo—. Su voluntad fue la que la trajo hasta ti. Lo que hayan tenido, no fue obligado. Por eso eres libre de ese compromiso.

—… Me alegra que lo entienda.

—Aunque eso no te libera de la estupidez que cometiste. —Volteó a verlo con autoridad—… Anoche los estuve observando y me di cuenta de lo que *Peta wica* siente por ti. Necesitaba estar seguro de eso. De haber visto algo diferente, no me hubiera callado.

John tragó saliva antes de atreverse a preguntar:

—Y…, ¿qué siente?

Padre del trueno dibujó una media sonrisa bufando antes de contestar:

—Creo que *Wanagi* se dio cuenta de eso anoche.

John sonrió nervioso sin agregar nada.

—Pero lo que ustedes dos han conseguido no llega en un buen momento. Sabes bien que Águila calva no tiene buenas intenciones contigo ni con ningún blanco.

—Lo sé.

—Mis años como jefe se… están acercando al final.

—No diga eso, todavía tiene muchos más por delante.

—Nadie sabe cuándo llegará el ocaso, *Wanagi*; pero sé que el mío llegará antes que el tuyo. Hemos sido justos contigo.

—No tengo queja alguna.

—Eres un buen hombre, de los pocos hombres blancos a quien puedo llamar *kóla* (amigo).

—La consideración es mutua.

—Pero las cosas están cambiando en estas tierras. Hay guerra entre nuestros pueblos. Guerra que traerá a un solo ganador… y no seremos nosotros.

—¿Por qué dice eso?

—Padre del trueno sólo habla con la verdad. Los jóvenes de mi tribu, como las de las demás de esta región, piensan que podemos luchar contra *Wíiyutȟuŋwaŋpi wíyakA* (La gran plaga blanca).

—Lo entiendo, sólo somos eso, una gran plaga que se extiende por todos lados y que acaba con todo.

—*Wóksape kiŋ tȟaŋíč'iŋza waŋží kte* (Los más poderosos siempre vencerán a los más débiles). Y nosotros nos hemos vuelto débiles, ahora vestimos su ropa, usamos sus rifles y bebemos su whisky… Padre del trueno sabe que el cambio que viene no será bueno para nosotros…

EXTERIOR

Ishbel terminó su café y no supo qué otra cosa hacer más que quedarse en un mismo lugar siendo víctima del meneo de su cuerpo. Se movía hacia adelante y hacia atrás tratando de no mirar a aquellos dos. John no terminaba de hablar con su huésped y ella empezaba a impacientarse.

Pluma al viento y Águila calva se habían alejado hasta la orilla del bosque, luego regresaron sobre sus pasos a unos diez metros de un gran tronco. Ambos sacaron una especie de hacha

pequeña. Sí, Ishbel ya había visto esa arma anteriormente, aunque desconocía su nombre.

—Mientras más lejos estén, mejor —murmuró Ishbel—. ¿Por qué no despides ya a tus amigos John?

> Mientras fingía estar distraída, noté lo que hacían. Usaban su brazo para lanzar ese instrumento al árbol. Lo hicieron cada uno en una ocasión, clavándolo en el tronco y haciendo estallar su corteza. No esperaba que me invitaran a participar.

—¡Cabello de fuego! —gritó Águila calva a la distancia haciendo un ademán.

—Grandioso —masculló Ishbel apretando los dientes.

Ishbel sabía que eran quisquillosos y que no era prudente negarse ante cualquier cortesía, así que aceptó de mala gana y comenzó a caminar mientras sus botas se hundían apenas unos centímetros en la nieve.

—¿Cabello de fuego quiere intentarlo? —retó Pluma al viento con extraña amabilidad.

—Nunca he usado esta… cosa.

—El *tamahaac* lo hará por Cabello de fuego —explicó Águila calva—. El alma de un guerrero la guía.

—Yo no soy una… guerrera.

—A mí me parece que sí.

Ishbel observó de nuevo a Pluma al viento y aceptó su *presente*. Era pesado para ella, a pesar de que antes había tomado herramientas más grandes. Repasó en su memoria lo que ellos habían hecho para lanzarlo.

—Al tronco —instruyó Pluma al viento levantando la mano para señalarlo.

Ishbel hizo lo que pudo tratando de imitar lo que ya había visto, alzó el *tamahaac* sobre su hombro, e impulsándolo hacia el frente, lo soltó.

Además de provocarle una molestia en su extremidad, ni siquiera pudo hacerlo llegar a su destino, induciendo la risa de sus acompañantes. Disfrutaron de su derrota, sobre todo Pluma al viento, quien fue a recoger el *tamahaac* del suelo para lanzarlo luego y dar en el blanco sin problema, indicándole así que ella era más mujer.

El desafío había sido una acción premeditada para hacerla sentir mal, pero aquellos dos todavía no conocían a esta Ishbel.

—¿Tienes un rifle? —preguntó a Águila calva retadoramente.

—Lo tengo —respondió este.

—Vamos por él. Les mostraré algo mejor que su *tamahaac.*…

Regresaron sobre la pendiente cerca del establo. Águila calva fue a las fundas de su caballo de donde sacó un arma. Lo sostuvo un momento antes de ponerlo en las manos de la mujer. Ahora la distancia al blanco era mucho mayor. Ishbel alzó su cara con orgullo, concentrándose en lo que pretendía hacer.

> Nuestra respiración era vapor que se perdía en el escurridizo viento. Este, esa mañana, era apenas un susurro, lo cual me favorecía. Calculaba casi treinta metros hasta el objetivo. Tomé el arma, la cual me di cuenta que era una muy similar a las nuestras, lo que me hizo pensar que la habían comerciado o… tal vez sustraído de alguna parte. Recordé lo que había ocurrido con mi grupo, pero no quise pensar que hubiera sido un trofeo proveniente de ese incidente; aunque, sí tal vez de otro. Sin embargo, mi preocupación principal era enseñarles a esos dos de lo que era capaz.

Colocándose por delante, Ishbel respiró profundamente para enfocarse. El murmullo detrás de ella sonaba a incredulidad. Olvidó los distractores, y como si toda su vida hubiera hecho eso, apuntó y disparó…

La corteza saltando hacia los lados testificó su éxito. Sonrió. El grito jubiloso de Águila calva aplaudió el hecho junto a la cabeza de Pluma al viento al asentir. Ishbel se había ganado su

aprobación.

INTERIOR

El disparo provocó que John se pusiera en pie. Sus temores lo poseyeron pensando en que algo le había ocurrido a Ishbel.

—*Wačhíŋyaŋ kta ní, Wanagi* (Calma tu ánimo, Fantasma) —aconsejó Padre del trueno desde la ventana—… Tu mujer está… dándoles una lección.

John se aproximó hasta su amigo para colocarse a su lado. Ambos confirmaron lo que ocurría, Ishbel seguía aprendiendo el significado de esa tierra.

—Cabello de fuego es una buena mujer para ti —comentó Padre del trueno—; aunque no es muy diferente a Pluma al viento… Te tomaste muchas molestias para encontrar a alguien así teniendo ya a una igual.

—Yo diría que esas… molestias me encontraron a mí.

Padre del trueno posó sus ojos en John y dijo:

—*Ómakȟaŋ šni éčhaŋ hwo, waŋyáŋkiŋ šni, wóglake waŋžína šni. Ómakȟaŋ ománi ečháŋzani šni kiŋháŋ, éhaŋni uničhí kte šni he* (A veces las cosas tienen que ser así, uno encuentra lo que no busca y busca lo que no encuentra. A veces la corriente nos lleva hacia donde no queremos ir, pero es donde debíamos de estar). *Wanagi*. Padre del trueno cree que estás donde debes de estar y tienes lo que debes de tener. No juzgo lo que hiciste, siempre he confiado en ti y siempre te consideraré como alguien en quien puedo confiar.

John asintió casi entornando los ojos y dijo:

—Gracias Padre del trueno… No quise hacer las cosas así… No quise engañarlo.

—Pero lo intentaste —regañó—. Y no todos pensarán de la misma manera que yo, ni verán esto como lo veo yo, y no todos se mantendrán lejos por siempre. Lo que ocurre en estas tierras va a cambiar la percepción que muchos tienen sobre los tuyos… y sobre ti, aunque tú no seas como ellos.

—¿Qué puedo hacer para que eso no suceda?

—Nada. Lo que tiene que suceder, sucederá. Es el ciclo de la vida.

Luego, ambos permanecieron como testigos de lo que se estaba gestando afuera. Padre del trueno concluyó:

—De mi boca no saldrá una palabra de lo que sé; pero no puedo decir lo mismo de Pluma al viento. Su corazón no se retirará alegre de este lugar y la amargura no es buena consejera.

—Lo sé, pero qué puedo hacer.

—Mucho. Tendrás que decidir en algún momento qué es lo más importante para ti. Tendrás que proteger lo que has ganado esta noche. Tendrás que aprender a dejar ir o a luchar por lo que más amas… sea lo que sea.

—¿Lo que más amo?

—Lo entenderás en su momento.

—… Quisiera entenderlo ahora.

—Lo entenderás en su momento —repitió tomando su hombro—. Ahora debo retirarme con los míos… Es tiempo de que regresemos a nuestro lugar…

EXTERIOR

Los vi salir por fin. Padre del trueno llevaba en las manos un barril pequeño. No era mi asunto preguntar qué contenía, aunque su rostro manifestaba una gran felicidad.

—Padre del trueno agradece que nos hayan permitido acompañarlos —dijo el jefe acercándose a Ishbel con buen ánimo.

Ishbel no se dio cuenta si sonrió primero y respondió después o si todo ocurrió al mismo tiempo. La reacción de su invitado la habían contagiado de buen humor.

—Siempre serán bienvenidos —aseguró Ishbel.

Él asintió con la cabeza dibujando luego un gesto de complacencia. John se acercó apenas y Padre del trueno volteó a verlo para hablar con ambos:

—No te conozco Cabello de fuego; pero conozco a *Wanagi* y confío en sus decisiones. Si él decidió por ti, entonces fue una buena decisión…

Continuó por un tiempo y escuchamos sus palabras de apoyo, pero no fuimos los únicos. De reojo me percaté de que los hermanos también estaban atentos, y no precisamente… felices.
La idea inicial de John me había parecido una locura, pero, no podía quejarme por el resultado final; aunque todavía ignoraba cuál sería el desenlace.

—… Vienen tiempos difíciles —reiteró Padre del trueno—. Se necesitarán el uno al otro.

Tomó sus manos y las unió con las suyas, colocando sus palmas una por debajo y otra por encima. Dijo algo que sonó hermoso a los oídos de Ishbel, aunque no lo comprendió en ese momento:

—*Wowášte na wašté wíyuha thípi kiŋháŋ aŋpétu iyóha, tȟaté kiŋ niyé čhaŋwáŋyaŋke, pȟeží na hečháni kiŋ okíčhiyapi šni, makȟá kiŋ kȟolá úŋ, ózuwa na tehíla ničhípi hwo* (Que la paz y la felicidad reine en su casa, que el viento sople en su favor y apague toda desventura, que la montaña sea su amiga, prosperidad y amor los acompañen siempre).

El sólo tono de su voz la convenció de las buenas intenciones del jefe, pero Ishbel tuvo que voltear a ver a John para que lo tradujera, este, pensativo, dijo:

—Nos está dando su bendición.

—Gracias —expresó Ishbel.

—Gracias a ustedes. —Levantó graciosamente el regalo de John—. Ahora tendré mantequilla para todo el invierno.

Padre del trueno comenzó entonces su retirada acercándose a los suyos mientras Ishbel se unía a John. En ese pequeño momento se miraron como si se conocieran de toda la vida; aunque Ishbel, tan perspicaz como siempre, encontró una sombra en el fondo de sus ojos, un indicio de que le estaba ocultando algo.

Nos asimos por la cintura, pero con mayor naturalidad que antes mientras seguíamos la partida de nuestros huéspedes con la mirada. ¿Seguíamos actuando? Nos despedimos alzando la mano como si se tratara de amigos de toda la vida. Fue hasta que se perdieron en el declive de la colina que John cambió su semblante; en silencio y un poco distante, se separó de mí para iniciar su retorno hacia la cabaña dejándome atrás.

—¡¿John?! —exclamó Ishbel—. ¿Qué sucede?

No estaba dispuesta a quedarse parada en la nieve, así que lo siguió hasta la cabaña y lo alcanzó antes de que se quitara el abrigo. Así, frente a él, estaba dispuesta a iniciar otra

discusión.

—¡¿Puede decirme qué es lo que pasa?! —reclamó.

Él no respondió, sólo fue a sentarse a la mesa levantando una botella de whisky vacía. Se desanimó al notarlo. Ishbel desconoció ese rostro, era algo… negativo, así que se sentó frente a él y lo cuestionó:

—¿John?

Sus ojos entornados por fin le pusieron atención. Era víctima de una serie de emociones, como si estuviera luchando contra ellas; aunque guardar silencio no las iba a hacer desaparecer.

—Estuvo mal —dijo John por fin.

—¿Estuvo mal? ¿Qué estuvo mal?

De entre todas las cosas que habíamos hecho el último día no imaginaba siquiera a cuál de todas se refería.

—Hacer lo que… hicimos —aclaró.

Ishbel tuvo que recargarse en su asiento para comprenderlo. ¿Se estaba refiriendo a ellos dos o a la farsa que habían armado? ¿Ahora se estaba arrepintiendo?

—Nosotros… nunca —prosiguió titubeante.

Sí, se refería a nosotros, lo que me hizo arrepentirme a mí también. Acompañé su sentimiento, pero de una manera diferente. Me sentí decepcionada y… confundida. El John de esa noche no había sido el producto de una borrachera, de eso estaba segura.

—¿Qué quiere decir? ¿Se arrepiente? —interrogó Ishbel.

—… Sólo digo que no debió pasar.

—Pues yo no fui quien nos puso en esta situación. ¡Fue usted!

—… Padre del trueno lo supo todo el tiempo —confesó por fin.

—¡¿Qué?! ¡No entiendo nada!

—Él supo todo el tiempo lo de Pluma al viento y… yo…

—¿Lo sabía? ¿Por qué no dijo nada?

John se encogió de hombros como si todavía estuviera meditando en la razón. Terminó señalando:

—Padre del trueno y yo siempre nos hemos… respetado. A pesar de que sabía que mentía, supongo que me quiso dar una… oportunidad.

Ella se inclinó sobre la mesa tomándola con fuerza. Sus ojos vidriosos contrastaron con la furia que ahora sentía. Tuvo que pararse de su silla para ir hacia él. Le gritó:

—¡Se da cuenta del peligro en el que nos puso!

Pero Ishbel no se quedó sólo con una acusación verbal, pasó a lo físico, aunque tampoco consideró que eso fuera suficiente. Lo abofeteó desquitándose no sólo por el insulso plan, sino por lo despreciable que la hizo sentir.

Desquité en ese golpe toda mi furia. Él lo soportó sin siquiera oponer resistencia; pero, cuando quise repetirlo, detuvo mi mano en el aire y amenazó:

—La primera la entendí y la acepto; pero si vuelve a hacerlo, se la regresaré.

Sus ojos habían cambiado, ahora estaba tan furioso como Ishbel; pero seguramente era por razones distintas.

Se puso de pie sosteniendo todavía la mano agresora, y, lentamente, volvió a vestir su abrigo, abrió la puerta y advirtió:

—Necesito un poco de espacio…

12
UN MAL ACUERDO

LA CABAÑA

Comenzaba a oscurecer e Ishbel mantenía el protector interior de la ventana abierto para poder observar su llegada. No estaba en el establo, el cual era su destino inicial en situaciones así, tampoco estaba fuera de su vista detrás de la cabaña, simplemente, se había marchado más lejos acompañado de Negro, su caballo. El semblante de preocupación de Ishbel tenía horas en la misma tesitura. No era la primera vez que John huía de los problemas, y eso era algo que a ella le molestaba. Lo consideraba una actitud cobarde.

> Resoplé volviendo a mi distracción, había decidido continuar con mi diario para matar el tiempo, pero ni eso me tranquilizaba. Alzaba mi vista continuamente con la esperanza de verlo regresar. Mis sentimientos encontrados no lograban tomar una decisión. Después de lo que había ocurrido, ¿cuál debía ser mi postura acerca de lo nuestro?

El clima seguía siendo benévolo, eso animaba el corazón de Ishbel, al menos el camino a casa debería ser más fácil de encontrar para John. En eso meditaba cuando su pluma se detuvo considerando también las condiciones en las que se había retirado. Ni siquiera sabía si había comido algo sólido.

«Que coma de su altanería», pensó molesta.

De cualquier manera, no podía concentrarse en sus letras. Se puso de pie y se acercó a la ventana. La visión, un poco más allá del establo, justo en el declive de la montaña, no era buena. Multitud de cosas pasaron por su mente, como el ataque de aquellos lobos y el frío que comenzaría a apoderarse de la noche.

> Se me olvidó un poco su extraña actitud, la cual ni siquiera me había explicado; sin embargo, prefería tener conmigo a ese hombre problemático que saber que algo malo le había ocurrido. Además, ya había reflexionado lo de anoche, y quizás, el alcohol y esa cosa que nos dieron a fumar habían influido en nuestro comportamiento, sobre todo, el mío. No era el fin del mundo para mí ni iba a rogarle por algo que, como me había demostrado, él no quería.

Repentinamente, apareciendo por la pendiente, la cabeza de un jinete la hizo recobrar la esperanza. Era John, cabalgaba lentamente como si no quisiera avanzar. Se dirigió al establo y volteó hacia la cabaña, lo que hizo que Ishbel se ocultara rápidamente.

—¿Por qué me escondo? —se reclamó a sí misma.

Después de haberlo visto llegar, Ishbel cerró el protector, y, nerviosa, se fue a sentar a la mesa, tomó su diario y fingió estar escribiendo. Pasaron algunos minutos hasta que la puerta se abrió, lo que hizo que levantara sus ojos simuladamente.

—… Se fueron —comentó John al entrar.

—¿Se fueron? —preguntó ella intrigada.

—Sí…, Padre del trueno y… todos los demás. Regresaron a su campamento de invierno.

—¿A eso salió? ¿A asegurarse de que se fueran?

—Sí. —Se quitó el abrigo y preguntó—: ¿Qué hizo en este tiempo?

—Lo que usted me enseñó a hacer y… escribí un poco.

—¡Oh! —Observó hacia otro lado, distraído.

—¿Comió algo?

—Me llevé un poco de carne seca para el camino.

—Entonces, ¿ya cenó?

—No tengo apetito.

—Después de cabalgar tanto tiempo no desea probar bocado —preguntó con ironía.

—Así es…

John parecía un animal nervioso dentro de un corral. Se paseaba en algunos metros como si no supiera dónde sentarse. Ishbel lo siguió observando sin decirle nada. Le había dado por jugar con lo que estaba sintiendo; aunque no podía dejarlo así.

—John —dijo Ishbel—. Tenemos que hablar.

Él alzó los ojos al techo y resopló como si con eso se deshiciera de toda la tensión. Tomó una silla y se sentó con rapidez. La miró a los ojos y confesó:

—Sé que no debí hacerlo… Yo estaba un poco tomado y…

—¿Va a decirme que fue el alcohol el causante?

—No…, no exactamente. Ishbel, usted es una mujer hermosa y… deseable; pero, lo que sucedió es algo que no debió pasar.

> Creo que era el primer cumplido que me hacía, no exactamente el mejor, pero era un principio. Hubiera preferido escuchar algo semejante en un momento más oportuno.

Inhalando profundamente, Ishbel bajó la mirada por un segundo, antes de argumentar:

—Entiendo las… circunstancias en que se dieron las cosas; también entiendo que… fui yo la que di el primer paso y… tengo que aceptar mi responsabilidad. Usted es hombre y… reaccionó como tal.

—De cualquier forma, debí evitarlo. Usted no es… una mujer libre… Perdóneme.

—No soy propiedad de nadie John. Nadie me obligó a nada. No hubo ningún agravio por lo que no hay nada que perdonar…

Se quedaron callados entonces, pero eso no evitó que Ishbel intentara adivinar lo que él estaba pensando. Su semblante era confuso. Escuchaba arrepentimiento en su voz, pero algo le decía que no estaba siendo sincero. Ishbel sabía que lo que habían pasado esa noche había sido algo más que pasional, de eso estaba convencida; sin embargo, si él no quería ser honesto, ella no podía obligarlo.

—… ¿Qué haremos ahora? —interrogó Ishbel.

—Creo que deberíamos de regresar a lo que éramos antes de anoche —respondió rehuyendo de nuevo la mirada.

—¿Compañeros forzosos de una cabaña invernal en la montaña?

—Si no le importa.

—Me importó al principio, pero dejó de importarme… anoche. No obstante, somos adultos y responsables de nuestros actos. Como le dije, no tengo nada que reprocharle. Si para usted fue algo… *accidental*, puedo vivir con eso.

—Pienso que sería lo más… responsable…

> No podía ver mi propio rostro, pero sentí cómo se entornaban mis ojos. John bajó la cabeza como si ya no pudiera mirarme. Sabía que esa no era una reacción de alguien que fuera indiferente. Por alguna razón que aún desconocía, él se

había dado por vencido. Eso era para mí suficiente para hacer lo mismo. Si él no deseaba luchar, yo tampoco lo haría.

LA RECÁMARA

La situación se volvió un poco tensa desde esa noche. Ishbel volvió sola a la habitación y él se quedó lejos, detrás de la manta que había colocado Padre del trueno y que decidió que debía permanecer en ese lugar para separarlos. Fue como había sido antes, como si el haber estado juntos hubiera sucedido en otro mundo. Ishbel peleaba con su consciencia y su moral, porque no podía negar que la situación la hacía sentirse decepcionada y… triste; pero, ¿por qué? Examinó en medio de la oscuridad los hechos por enésima ocasión. Era cierto que se había dejado llevar por sus… instintos; aunque también estaba segura de que, si él hubiera tomado la iniciativa, ella no se hubiera negado.

—Pero al menos podría culparlo —murmuró para sí.

No creía en lo que le había dicho. No creía en su falsa decencia; pero era la versión que tenía en ese momento, y ya fuera verdad o mentira, cualquiera de estas opciones la colocaba en la misma posición.

John era un hombre atractivo y yo una mujer llena de vida; pero mis motivos, creo yo, iban más allá del… calor del momento. Nuestra conexión no podía ser nada más sexo. Lo que me dijo me afectó mucho y fue confuso; mas, tampoco iba a darle el gusto de rogarle.

Por otro lado, Douglas Johnson era una sombra, alguien que ni siquiera recordaba, esa parte de mi memoria seguía ausente, yo no sentía deberle nada. Pensé profundamente en eso, en mi manera de actuar, quizás egoísta, quizás desleal. ¿Esa era mi forma de ser? Me di miedo a mí misma pensando en lo que podía ser capaz.

Douglas me estaba esperando, o probablemente me había dado por muerta si lo que ocurrió con mi grupo se había sabido. Posiblemente estaba llorando mi ausencia, y yo, estaba encerrada en una cabaña con un tipo que… me usó.

Aunque tenía que reconocer que yo era la responsable, yo me le había entregado, y a pesar de que lo hice con sinceridad, él nunca dio el primer paso, y vaya que había tenido oportunidades. Creo que debía dejar de hacer suposiciones y dejar de forzar las cosas. John no sentía algo especial por mí, nada más allá de una atracción física… Algo parecido a lo que sentía por Pluma al viento. Imaginarlo me hacía sentir decepcionada.

Ahora debía enfriar mi cabeza y dejar que los días transcurrieran, dejar que el invierno pasara y… volver a la civilización, volver a mi plan de vida, a mi compromiso. Sí, debía de concentrarme en eso; sin embargo, sabía que sería muy complicado.

DIAS DESPUÉS

Esa tarde, un golpeteo en la puerta interrumpió la agobiante rutina que se había apoderado de la casa. Ambos se encontraban en la habitación principal, justo antes de decidir lo que iban a preparar para la cena.

El incidente hizo que se miraran el uno al otro preguntándose no sólo por qué no habían escuchado la llegada del visitante, sino de quién se trataba. Sólo había una manera de averiguarlo.

John fue a abrir mientras Ishbel mantenía su reserva sin despegar su atención de esa puerta. Volvió a respirar al observar que se trataba de una cara familiar.

Ellos se saludaron afectivamente mientras ella se acercaba. Sonrió cruzando su mirada con la de Math.

—¿Cómo está… Ishbel? —saludó él sioux con naturalidad.

—… Sobreviviendo —respondió con dudoso ánimo.

Math hizo un gesto de sorpresa y observó luego a John, dando por hecho que él era el responsable –y tenía razón–.

—Si *Wanagi* no tiene inconveniente, voy a llevar mi caballo al establo y les traeré un… presente.

—¿Presente? —preguntó John—. ¿A razón de qué?

—Escuché sobre la visita de Padre del trueno, así que, traje algo para tener una cena de celebración.

—¿Otra? —dijo John en tono sarcástico—. No era necesario.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* lo sabe, pero lo hace con gusto.

—Está bien amigo. —Palmeó su hombro y lo vio irse, luego se dirigió a Ishbel—. Parece que ya no tenemos que decidir.

—… Sí, así es —respondió con seriedad, la misma que había mantenido esos días.

Su relación se había vuelto fría y distante. A Ishbel le costaba más trabajo sobrellevarla que a él, quien parecía sentirse conforme. Claro, era un hombre que había caminado así toda la vida.

Math regresó un poco después con algo prácticamente listo para servirse y… un par de botellas de whisky, las cuales puso por delante.

—Escuché que también bebieron mucho —comentó graciosamente.

John sonrió al ver la bebida. Se había mantenido al margen de esta después de… esa noche, aunque no por gusto.

Math trajo consigo también una gran vasija con un guiso preparado, llevaba carne, maíz y frutas. Ishbel se alegró al notarlo porque ahora tendría la oportunidad de probar algo fresco. Hicieron una gran cena esa noche. La presencia de su invitado trajo algo diferente al día a día en la cabaña, era algo que ambos necesitaban. El ánimo de Ishbel cambió para bien, incluso acompañó a beber a los dos; aunque no estaba de acuerdo con repetir la celebración.

—¿Qué es? —preguntó repentinamente Ishbel al probar la carne.

—Es búfalo —respondió Math.

Escucharlo le provocó asombro, aunque también otras emociones. Observó su plato y apenas contuvo su reacción. Había comido tantas cosas extrañas ya, que una más no debería de ser tan importante.

—El búfalo es la vida para los nativos de América —explicó John con un aire de decepción—. Y los blancos estamos acabando con ellos y… con la vida de las tribus como la de Math. Es un gran honor el que nos permitan compartir una cena como esta.

—Entiendo —dijo Ishbel aclarando su garganta—. Gracias, Math.

El gran amigo de John asintió aceptando la gratitud de Cabello de fuego para continuar luego con la conversación, la cual se centró en lo que Padre del trueno se había llevado como una verdad. John no aclaró la misma a su amigo, más bien, dejó que siguiera creyendo el rumor de su compromiso.

> Esa parte me preocupó, pues pensé que le iba a confesar la verdad de inmediato. Eso haría un amigo, ¿no? Me asustó esa parte de él. Lo noté alegre, pero a la vez evasivo.
> Me mantuve en el mismo juego procurando no contradecir a John hasta saber por qué se lo ocultaba.
> Por supuesto que también hablamos sobre lo que ocurrió durante el… evento.

—… ¡Pluma al viento no podía creerlo! —exclamó Ishbel recordando a su *enemiga*—. Estuvo molesta toda la noche, y más en la mañana después de verme hacer ese disparo.

Math y John estaban embelesados con la historia, escuchaban con atención ya un poco afectados por el alcohol. Habían bebido mucho más que Ishbel, como si se tratara de una carrera.

Creo que todos se olvidaron un poco de sus problemas en ese tiempo de convivencia, hasta que, inevitablemente, John hizo una mención… comprometedora:

—…. Desafortunadamente, Padre del trueno nos descubrió. En realidad, siempre supo lo que Pluma al viento y yo teníamos.

Math cambió de inmediato su semblante alegre para dirigirle un gesto duro, luego le recordó:

—*Matȟó wówaŋyaŋke* advirtió a *Wanagi* que no era una buena idea lo de Pluma al viento. —Hizo una pausa aspirando con fuerza y añadió—: En el rastro del búfalo, cada huella cuenta la historia del camino. Del mismo modo, ningún secreto puede escapar por siempre al ojo sabio del Gran Espíritu.

—Pues esta vez, el Gran Espíritu se lo dijo también a Padre del trueno.

—Como el río siempre encuentra su cauce, así también los actos del hombre lo encuentran a él, ya sean buenos o malos. —Hizo una pausa mirando a ambos y con curiosidad preguntó—. Pero, ¿eso les trajo problemas?

—Padre del trueno decidió no decírselo a Águila calva.

—¿Padre del trueno lo calló?

—Sí

—¿Por qué lo hizo?

John estaba contestando de manera incompleta. Fue hasta ese momento que Ishbel lo percibió. Ella no le quitaba los ojos de encima porque quería oír la respuesta esperada, pero él la rehuía. Ella estaba segura de que había sucedido algo que no había querido decirle antes, algo que quedó sólo entre el jefe y él, y, ahora, las preguntas de Math lo estaban acorralando.

—Fuimos muy convincentes —intervino Ishbel ante el silencio de John.

—¿Convincentes? —repitió Math.

—Sí. —Señaló la manta sobre la puerta de la recámara dando a entender lo ocurrido.

Math, con conocimiento de las costumbres de su pueblo, comprendió de lo que se trataba, lo cual hubiera sido completamente normal; aun así, buscó la confirmación en John, quien sólo atinó a hacer un gesto confuso. Notó la incomodidad de su amigo, así que ya no preguntó más sobre ese tema, a pesar de que ahora estaba confundido en lo relacionado a ellos dos. Era un hombre prudente.

Tampoco Ishbel deseaba hurgar más, no en eso en particular; lo que la mataba era saber la importancia de lo que Padre del trueno le había mencionado a John y seguía manteniendo en secreto. Tuvo que ser algo importante; incluso, era posible que eso lo hubiera orillado a comportarse como lo hizo después. Ishbel pensó que tendría tiempo de cuestionarlo a solas, así que cambió el tema con algo que también quería poner sobre la mesa:

—Sabes Math, me gustaría aprender tu idioma. John no ha querido enseñarme.

—Ni siquiera me lo ha pedido —corrigió al escuchar su nombre.

—¿Necesito pedírselo?

—Sería lo más indicado.

—Ishbel —intervino Math—, me encantaría enseñarle, pero, yo debo regresar mañana temprano. *Wanagi* debería de hacerlo. —Lo observó como si lo sermoneara.

Ishbel acompañó ese gesto de reproche con el suyo propio, ambos estaban sobre John. Ella realmente quería aprender y necesitaba matar el tiempo, a pesar de que no tenía planeado quedarse más allá de ese invierno y que no sabía en qué iba a utilizar ese conocimiento luego. No quiso reconocer que su principal motivación era tener un acercamiento con John.

Hubo un momento en el que los perdí de vista, fue cuando acomodaba la alacena. Me sentía cansada y todo lo que deseaba era ir a dormir. Estiré mi cuerpo hacia atrás tomando mi cintura cuando sentí la presencia de otra alma cercana a mí. Math

me sorprendió apenas di la media vuelta.

—Disculpe —dijo Ishbel casi topándose con él de frente. Notó que estaba solo—… ¿Y John?

—*Wanagi* está allá —Math señaló el fondo.

Ishbel tuvo que evadir el eclipse que representaba el cuerpo de Math para descubrir la figura de John sentado en el suelo y recargado contra la pared. No se movía, estaba como… muerto.

—¡Vaya borrachera! —exclamó ella reprochándoselo.

—Sí, hace mucho tiempo que no lo veía así —Math miró a Ishbel como si esperara que agregara algo más.

—Ni siquiera me di cuenta cuando *desapareció.*

Después de eso, Ishbel comenzó a pasearse por la habitación con pasos cortos y pensativos. Math la observaba desconcertado y aún con la idea que ellos dos ya eran pareja. Ishbel sintió su mirada en la espalda. Por fin, Math se decidió a hablar:

—Tal vez si Ishbel le dice a *Matȟó wówaŋyaŋke* lo que sucede pueda ayudarle.

Giré de nuevo para enfrentarlo. En realidad, quería decir muchas cosas, más de las que me estaba pidiendo. Las actitudes de John seguían siendo un acertijo para mí, pero no quería caer de nueva cuenta en ese juego. Ya había tomado una decisión acerca de nosotros y necesitaba estar firme; aunque, tal vez, Math me podía apoyar con otra cosa; además, él era el menos culpable, merecía saber la verdad.

—… Creo que deberíamos de hablar —estableció Ishbel y le pidió que se sentaran.

La presencia de Math imponía, era un tipo grande, pero de mirada tierna. Las palabras que pronunciaba y su personalidad hacían comprender a Ishbel el porqué de su nombre. Una vez en sus posiciones, Math tuvo toda su atención.

—Escuche —dijo ella—. Sucedieron algunas cosas en su ausencia… John y yo nos conocimos mejor y… me contó sobre su pasado, que fue militar y también sus aventuras en esta tierra. Él sabe sobre un prometido que tengo, Douglas, alguien que me espera en Helena…

—¿Ya se lo dijo? —preguntó indiscretamente.

—¿Cómo? ¿Ya lo sabía? —cuestionó descubriéndolo y frunciendo el ceño.

Esta vez, Math bajó la vista como si castigara su propia torpeza.

—¿Math? —insistió Ishbel.

—… Sí… John me lo dijo. Como ya lo sabe, él no quería que usted se quedara y…

—¡Vaya! De modo que los dos estaban de acuerdo. —Resopló tratando de mantener la calma. Lo que menos necesitaba ahora era otro enemigo—… ¡Olvidémoslo! Lo que necesito que me diga es lo que Padre del trueno le pudo haber dicho a John. Es algo que no ha querido mencionarme y tal vez por eso se comporta como lo está haciendo.

Sus actitudes muchas veces contrastaban. Era un hombre que imponía, pero al empezar a conocerlo mejor, me daba cuenta de que también era alguien sensible. No pudo verme a los ojos, pero no por la razón que yo creía.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* no puede saber lo que pasó en un lugar donde no estuvo.

—Sí, sé que no estuvo y que no ha hablado con John; pero, se enteró de que Padre del trueno estuvo aquí. Puede ser que haya escuchado algo.

—Ishbel tiene que entender que cuando un indio decide cerrar su boca, nada puede hacer que la abra; como también, si decide abrirla, hasta el mismo viento llevaría sus palabras. Así me enteré de lo que pasó aquí hace unos días… El dicho decía que *Wanagi* había escogido pareja, una mujer con cabello rojo como el fuego.

—Sí, eso es lo que les hicimos creer a todos.

—¿No es verdad? —cuestionó sorprendido.

Hice una pausa larga considerando que había una razón para que John no lo hubiera mencionado todavía; pero, me había hartado de tantos secretos y quería respuestas.

—Sé que John confía en usted y por eso se lo estoy diciendo. No es como se lo contaron.

Math se echó para atrás como si hubiera sospechado sobre este hecho desde un principio. Observó a su amigo, aún *ausente*, y luego concluyó:

—¡Oh! Bueno, *Wanagi* es entonces un tonto.

Su comentario la hizo reír, pero detuvo inmediatamente su exclamación por miedo a que John los escuchara.

—Gracias —dijo Ishbel.

—Ustedes los blancos son muy complicados —estableció.

—Sí, en eso tienes razón. —Suspiró, pensativa.

—Ishbel —intentó ser conciliador—, no es asunto de *Matȟó wówaŋyaŋke* su vida. Tampoco conozco su relación con el hombre de la carta…

—Ni siquiera lo recuerdo —interrumpió ella—. Ni siquiera sé por qué existe ese compromiso o si todavía estará esperándome.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* lo entiende. ¿Qué es lo que Ishbel quiere hacer entonces?

Ella se echó para atrás en la silla, bajó su mirada llena de desconcierto y confesó:

—No lo sé. John es a veces alguien que creo que me defendería a muerte; pero, en otras ocasiones se comporta como un patán. No quisiera hablar de lo atractivo que es porque…, me avergüenza hacerlo —soltó el comentario desde el fondo de su alma—. ¡Y no sé por qué le estoy contando esto!

—Los sentimientos no expresados son como el fuego que arde sin control. Consumen el alma hasta destruirla. Por eso, Ishbel necesita hablar de eso.

Alcé mi vista agradeciendo al cielo escucharlo. Sí, Math tenía razón. Aquella platica me pareció la primera charla seria entre dos adultos desde que había llegado a la cabaña.

—Su sabiduría me ayuda a comprenderme a mí misma.

—Ishbel también es una buena persona. A *Matȟó wówaŋyaŋke* le duele saber que lo de ustedes no es verdad; pero nadie le arrancará ese dicho de su lengua.

—Lo sé. Es un buen amigo de John.

—Pensé que también lo era de Ishbel.

—Sí —aceptó—, sí me hace el honor, también lo consideraré mi amigo.

Rara vez lo veía manifestar una sonrisa, bueno, era algo difícil leer cualquier emoción en su rostro físicamente; sin embargo, espiritualmente, parecía un hombre al que nada lo trastornaba.

—… Y como amigo —continuó Math—, tengo que decirle que *Wanagi* es un hombre complicado, lo sé, pero es un buen hombre; aunque su pasado es una gran carga.

—Tal vez si me hablara de eso lo comprendería mejor.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* no puede hablar de las cosas que su amigo no quiere hablar. —Se tapó la boca para confirmarlo.

—Sí, entiendo, lealtad.

—*Matȟó wówaŋyaŋke*, agradecería que no le pregunte sobre eso. Si *Wanagi* quiere decírselo algún día, que él lo haga.

Tanto misterio le hizo pensar a Ishbel que John había hecho algo tan grave que le era imposible mencionarlo. Estaba consciente de que no le sacaría nada a Math, pero, lo intentaría de otra forma:

—¿Cómo se conocieron?

Esta vez, Math alzó las cejas y retrocedió hurgando en su historia personal. Analizó si esta no rompía con los límites que acababa de establecer.

—… Lo que *Mathŏ wówaŋyaŋke* puede decir es que le debe su vida a John Sherman.

—¿Sí? ¿Él le salvó la vida?

Lo vio asentir con la cabeza, pero sus labios no se movieron. Fue como si hubiera tocado otro tema tabú. Ishbel comprobó que no quería ahondar en ese asunto tampoco, por lo que decidió hablar un poco sobre sí misma:

—Sabe, cuando Padre del trueno llegó con su comitiva, me hizo recordar lo que me ocurrió.

—¿Ishbel recordó lo que le sucedió?

—Sí, creo que sí. Las imágenes de la… matanza aparecieron en mi cabeza.

—¿*Wanagi* lo sabe?

—No, todavía no. Ha habido un distanciamiento entre nosotros y… no sé si sea conveniente decírselo…

De pronto, y a pesar del bajo volumen que tenía su conversación, la voz de John los interrumpió:

—¿Todavía están despiertos? No me… dejan dormir.

Ni siquiera volteó verlos, simplemente los regañó como si fuera su padre y volvió a girar la cabeza para seguir en su inconsciencia.

—Es tarde, Ishbel —señaló Math—. Vaya a dormir. Yo me encargaré de acomodar a *Wanagi*.

—Se lo agradezco… ¿Puedo pedirle otra cosa?

—Ishbel puede pedir.

—No desaparezca por la mañana, quisiera tener una conversación como esta temprano.

—*Mathŏ wówaŋyaŋke* promete no desaparecer. —Sonrió.

13
DECISIONES EXTREMAS

LA CABAÑA, AL DÍA SIGUIENTE

En esta ocasión, John no fue el primero en despertar; de hecho, lo hizo repentinamente como si una pesadilla lo hubiera vuelto a la realidad. Encorvó un poco su cuerpo hacia adelante al abrir los ojos. Estaba cubierto con una gruesa manta que Math le había proporcionado durante la noche. Su consciencia no pudo darle suficiente información sobre lo que sucedía, así que su primer comentario fue:

—¿Siguen ahí?

Math e Ishbel se encontraban en la mesa, justo en la misma posición en que los había visto la última vez. Ambos voltearon a verlo desconcertados. John insistió:

—¿Por qué no se han ido a dormir? —Se tomó la cabeza víctima de la resaca.

—Es de mañana *Wanagi* —apuntó Math y se puso en pie para ir por él.

—¿De mañana? ¿Ya amaneció?

—Hace tiempo. —Lo ayudó a levantarse—. *Wanagi* necesita un buen café.

—¿Café? Sí, creo que necesito un poco… también un whisky.

—El whisky se acabó anoche. —Lo acompañó a la mesa hasta sentarlo.

—¿Se terminó?

—Sí, se terminó —confirmó Ishbel reconviniéndolo con la mirada—. Usted se lo terminó.

John meneó su boca sintiendo los efectos de su condición. Math, amablemente, fue por un café negro bien cargado dejando a la pareja en la mesa.

—¡Qué buena borrachera! —reprochó Ishbel.

—Sí, la estoy pagando ahora. —Se tomó la cabeza de nuevo.

—¿Suele hacerlo seguido?

—Sólo cuando quiero… olvidar algo.

—Pues ha estado muy olvidadizo últimamente.

Ishbel tomó de su bebida dejando que sus ojos sobresalieran por el borde de la taza, fue una forma de burlarse. Él sonrió de mala gana hasta que Math trajo la porción que le tocaba. Bebió apresuradamente y lanzó un sonoro suspiro de satisfacción.

—¿Hay algo para desayunar? —preguntó luego.

—Lo tiene enfrente —señaló Ishbel mirando el centro de la mesa.

Ella y Math habían acabado ya con sus alimentos, pero le habían dejado algo a John para ese momento, quien, sin mayor preámbulo, empezó a devorarlo.

—*Wanagi* tiene buen apetito el día de hoy —comentó Math.

—Sí —masticó—, me moría de hambre. —De pronto detuvo sus acciones, pensativo, y tal vez arrepentido por lo que habían sido esas últimas horas y confesó—: Math, tengo algo que decirte.

—Si es sobre lo nuestro, él ya lo sabe —intervino Ishbel rápidamente.

—Cabello de fuego me lo dijo anoche —advirtió Math.

John los observó a ambos como si lo hubieran traicionado, aunque sólo fue por un momento. En su interior sabía que eso era algo que tenía que pasar. Comentó luego:

—Eso me… ahorrará algunas palabras…

John sabía que no tenía que hacer ningún pedimento extra a su amigo, lo conocía y estaba consciente de que guardaría el secreto. Continuó comiendo e interrogó:

—… Y, ¿hablaron de alguna otra cosa?

—No de mucho —estableció Ishbel—… Nada de importancia.

La mesa guardó silencio entonces. Math cruzó su mirada con la de Ishbel como pidiéndole que hablara de ella, de lo que le había dicho esa noche, de lo que había callado; pero Ishbel no sabía en qué le beneficiaba eso más allá de poner un tema de conversación; sin embargo, le hizo caso.

—John, hay algo de lo que sí hablamos y que no le he dicho —dijo con seriedad.

El comentario hizo que él detuviera su mandíbula. Tal vez el tono con el que Ishbel se condujo lo puso en alerta. Se puso nervioso haciendo suposiciones. Volteó a verla como si estuviera preocupado.

—¿Qué sucede?

—Nada malo… sólo es algo que tiene que ver conmigo.

—Espero que no se relacione con lo que hicimos… esa noche.

> Adiviné entonces lo que estaba pensando, y también el porqué de ese horror en su rostro. Consideré maliciosamente si seguirlo torturando o sólo decirle la verdad.

—No es lo que usted piensa —estableció Ishbel—, aunque lo que ocurrió ese día con sus… *amigos*, fue lo que lo provocó. —Suspiró tristemente y explicó—: Cuando ellos llegaron, cuando los vi subiendo por la pendiente… me vinieron a la mente varios recuerdos de lo que había pasado con mi caravana.

John volvió a respirar al descartar que se tratara de un embarazo, y con ese nuevo ánimo, la acompañó en la conversación.

—… ¡Vaya! Eso es magnífico. ¿Qué es lo que recordó exactamente?

—No entiendo qué fue lo que pasó, pero, ver al grupo de Padre del trueno acercándose, me acordé de ese momento —su mirada se perdió—. Vi los rostros cubiertos de varios hombres, forajidos… Hubo uno de larga cabellera rubia que identificaría claramente, fue el que me disparó.

John la escuchó con atención y sin sorprenderse, advirtió:

—¿Forajidos? Eso no es novedad por aquí. Algunos esperan a los que siguen esa ruta para sorprenderlos. El oeste no tiene palabra. ¿Por qué no me lo había dicho?

—… No me pareció algo… importante.

—Bueno, tal vez ya no lo sea. Tendrá que hablar con la autoridad cuando llegue a Helena —señaló con frialdad.

> No me gustó su respuesta, bueno, hace mucho que no me gustaba ninguna. Entendía perfectamente que tenía que denunciar lo ocurrido, no era estúpida. Lo haría llegado el momento. Y sólo por alargar la charla, pregunté luego:

—¿Hay bandidos en la montaña?

—Siempre los ha habido, sobre todo desde que se descubrió oro en esta región. No se preocupe, ninguno de ellos se atrevería a llegar tan alto… y ni el clima ni nuestros *amigos* —señaló a Math—, les permitirían llegar tan lejos. —Aclaró su garganta con un gran trago de café y prosiguió—: Me alegra que haya recordado el incidente… ¿Hubo algo más?

—No.

—¿Segura?

—¡Sí! Ya se lo dije.

—¿Y Douglas?

—¡¿Qué hay con él?!

—¿No apareció en su… memoria?

—Hubiera querido que así fuera, tal vez eso me animaría a salir de aquí, aunque me congelara en la nieve.

John se quedó con la contestación en la boca. Se contuvo, fue evidente, lo que hizo imaginar a Ishbel lo grave de sus próximas palabras. En cambio, prefirió decir:

—… Pues, habiendo aclarado ese punto, lo siguiente que tenemos que hacer es organizarnos para las labores del día.

—Pues el día tiene ya bastantes horas. Math y yo ya nos encargamos de casi todo.

—¡Bien por ustedes! —comentó sarcásticamente.

> Cada vez alzábamos más la voz; y en medio de aquel "tiroteo", nuestro amigo nos observó como si fuera el referí del duelo. Sus ojos se movían de un lado hacia el otro siguiendo cada golpe. Dibujó una media sonrisa entendiendo el asunto mucho mejor que nosotros y pensando: «Estos dos no saben ni lo que tienen».

—¡*Matȟó wówaŋyaŋke* tiene algo que decir! —exclamó Math con su sonoro tono. Cuando logro que se callaran, continuó—: Debo regresar a mi campamento. Se hace tarde.

La disputa se dio por terminada; aunque en el fondo ambos querían continuar. Había que ayudar a su amigo, así que John y él se dirigieron al establo dejando a Ishbel sola en la cabaña.

> Me paseé por la habitación aseando un poco, era una manera de mitigar la furia que tenía acumulada. Nuestro visitante me había traído un poco de alivio a aquel encierro; sin embargo, había sido también como la chispa en una mecha de pólvora para que tanto John como yo manifestáramos nuestra… frustración.
> Me dirigí a la ventana, esperaba el momento oportuno para despedirme de Math, pero ninguno de los dos salía del establo.

—¿Por qué tardan tanto? —se preguntó Ishbel intrigada.

Finalmente, John lo hizo para regresar a la casa, lo que provocó que Ishbel le cuestionara:

—¿Y Math?

—Él se… quedará —contestó John—. Su caballo tiene un problema con una pezuña. Está revisándola.

—¿Se quedará? —repitió con gusto.

—Sí. No quiso tomar uno de los míos a cambio. Y tengo que ayudarlo. Sólo voy por lo que necesito a la bodega.

Ishbel lo notó evasivo, lo cual no era extraño. Tenía algo de prisa, pero esta vez no le importó. La noticia la había motivado. Math era un buen elemento para romper la monotonía en la cabaña, aunque la última charla no había sido la mejor.

ESA NOCHE

Se reunieron en la habitación principal bajo las nuevas condiciones que ahora les tocaba vivir. Habría que cambiar algunas cosas por la presencia forzosa de su amigo. John le dijo a Math:

—Siento lo de tu caballo. Espero que pueda sanar.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* también lo siente… No quería darles problemas.

—Tú sabes muy bien que vivir por aquí es estar atado al… destino. No pensemos ya en eso.

Ishbel los observaba. Vio pensativo y preocupado a Math, y creía que era por el malestar de su caballo; aunque todavía no calculaba lo importante que era tener un animal fiel.

—Entonces —dijo Ishbel acercándose—. ¿Se quedará todo el invierno?

—*Matȟó wówaŋyaŋke* espera que no sea así, espera que pata de caballo sane antes.

—De cualquier manera, disfrutaremos de su compañía por un buen tiempo —dijo contenta.

—Y habrá que racionar —calculó John de inmediato—… Más aún de lo que había planeado.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* no será carga. Puede ir a conseguir comida.

—Despreocúpate —señaló John—. Sabremos cómo lidiar con esta situación.

—Bueno —estableció Ishbel—, tenerlo representa para mí una ventaja, ya que prefiero que usted me enseñe su lengua.

—¡Oh! Ishbel habla con sabiduría. Ahora que *Matȟó wówaŋyaŋke* se quedará, la ayudará.

—Y también me gustaría aprender a usar el *tamahaac*.

Math afirmó con un gesto que Ishbel le devolvió. Estaban de acuerdo.

> John nos escuchó y percibí algo de molestia en sus modos por nuestra… amistad. Eso me pareció muy infantil de su parte, ya que yo no le estaba robando a su amigo. ¿Estaba celoso? No tenía ningún derecho.

LA MONTAÑA, LA MAÑANA SIGUIENTE

> Pocas veces salía más allá de unos cuantos metros de la cabaña. Aquel era un día bueno para hacerlo y para darle un poco de movimiento a los caballos. John prefirió quedarse en casa mientras su amigo y yo explorábamos un poco. El distanciamiento entre él y yo se había hecho más evidente con la presencia de Math; y creo que eso era lo mejor para los dos.

—¿Cabello de fuego conocía esto? —preguntó Math al acercase a un arroyo.

—John me había hablado de él, pero nunca había estado aquí —señaló observando el hielo en la superficie.

—No es la mejor época para pescar, pero, puede que tengamos suerte.

Descendieron de sus caballos asegurándolos a unos metros de la orilla. El espectáculo a su alrededor le quitaba el aliento a Ishbel, era hermoso.



Math buscó un buen lugar para iniciar su actividad, un sitio poco profundo, según explicó. Ishbel se encontraba como un testigo y también como una alumna, y mientras peleaba con el vaho en su visión frontal, se preguntaba cómo su maestro iba a sacar algo de debajo del delgado hielo.

—¡Aquí! —dijo Math repentinamente deteniendo su búsqueda.

Ishbel se quedó de pie a su lado como si él fuera un sol al que pudiera aproximarme. El calor que el gran sioux expelía era algo más que físico. Era evidente que no sufría tanto como Ishbel por el clima, a pesar de que ella ya se había acostumbrado.

Obtuvo de entre sus ropas un *tamahaac* y se inclinó casi arrodillándose sobre la orilla. Dio pequeños golpecitos haciendo saltar agua desde el primer intento. Había abierto un boquete, el cual amplió un poco más hasta lograr un orificio de unos treinta centímetros. Ishbel Comenzó a entender el plan al observar cómo corría el agua bajo la superficie.

—No pensé que fuera así —comentó Ishbel.

—Hay peces que prefieren el agua fría —aseguró Math—. No dejan de moverse en invierno.

—¿Podremos conseguir alguno?

—Con paciencia todo es posible.

Math dejó su obra abierta para regresar a los caballos. Había traído algo ya preparado desde la cabaña: un largo y resistente hilo el cual terminaba en otra herramienta, también trajo una pequeña caja metálica y regresó junto a Ishbel.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—*K'aŋ* —respondió Math.

—¿Qué?

—El anzuelo —tradujo Math.

—¡Oh! *K'aŋ*

—Así es —aplaudió.

Se trataba de una especie de gancho con punta afilada al cual el hilo iba atado. Math se lo dio a cuidar mientras él abría la caja. El contenido le resultó algo repugnante.

—… Conseguí esto en el establo —explicó Math—. Probaré primero con este.

Se trataba de algunos bichos, gusanos, moscas y otros insectos. Los rastreros estaban vivos, así

que fueron su primera opción. Math retomó el anzuelo y se aproximó al orificio que había hecho. Amarró primero un extremo de su *trampa* a una vara ancha, y esta, a una roca grande asegurándose de que no se soltaría. Luego dejó caer el gancho verticalmente dentro del hoyo dejando que la corriente lo arrastrara un buen tramo. Hizo una señal para que Ishbel guardara silencio y se alejaron unos metros.

—¿Y ahora? —cuestionó Ishbel en voz baja.

—Ahora hay que tener paciencia. —Giró sus ojos hacia arriba como si pudiera atravesar con la mirada las nevadas copas de los árboles—. Quisiera mostrarle algo más.

Los intentos de sonrisa de Oso que habla eran contagiosos. No sabía qué sorpresa le tenía preparada, pero, seguramente era algo que iba a disfrutar.

Dejaron la trampa *activada* y se hicieron acompañar por los caballos, pero no los montaron. Continuaron con paso lento montaña arriba alejándose del arroyo, lo que representó algo bueno para Ishbel al continuar moviéndose.

Su destino no se encontraba cerca, y tras un tiempo, Ishbel tuvo que preguntar:

—¿Falta mucho para llegar?

—Un poco más adelante —aseguró Math.

> El panorama era intrigante. Rodeados de un blanco espectacular y un silencio casi absoluto, hasta el viento que movía las ramas más pequeñas de los árboles era perceptible. Este sonido comenzó a aumentar hasta hacerme recordar el silbido en la cabaña, pero de una manera más… evidente.

La última pendiente fue haciendo desaparecer el bosque hasta indicar el final de ese gigante de piedra. Salieron a un pequeño claro justo al borde de un cañón. La visión hizo que Ishbel soltara las riendas de su caballo como si lo que estaba viendo la hipnotizara. Aquel espectáculo deleitó sus sentidos, y de pronto, fue como si ninguna otra cosa importara.



—Es… hermoso —comentó Ishbel casi sin voz.

Frente a ella había otra montaña casi tan alta como en la que estaba de pie. El color en esta era intenso y parecía devorar las formas a su alrededor como si fuera parte de un todo. El viento era frío, desolador, pero a la vez enigmático; y el sonido que se producía esporádicamente parecía

ser parte de una sinfonía.

Ishbel cerró los ojos y dejó que la música entrara a sus oídos.

—Es un… canto hermoso —tuvo que decir.

—Sí —afirmó Math—. *Iŋyaŋ yuhá wakpá*.

—¿Qué significa?

—El canto de la montaña.

—*Inyan… yu… wak* —intentó repetirlo.

—*Iŋyaŋ yuhá wakpá.*

—*Iŋyaŋ yuhá… wak… pá.*

Math dibujó una gran sonrisa volteando a verla como si estuviera orgulloso de su alumna. Continuó con esa expresión observando hacia el precipicio frente a ellos.

Pronunciar por fin una frase completa la alegró, aunque estaba todavía muy lejos de su objetivo para ese invierno, así que le recordó:

—Prometiste enseñarme.

—Ishbel tiene razón. *Matȟó wówaŋyaŋke* le enseñará… Escuche y repita. —Alzó los brazos y exclamó—: *¡Hau WíiyayA WíyakA Tȟokáhe!* (¡Oh Gran Espíritu!).

> Hice lo que me pidió con gran esfuerzo. No creo haberlo hecho tan mal. Math me explicó cada frase, era una oración a la deidad en la que ellos creían. Un ser Todopoderoso, algo parecido a mis creencias. Creo que ninguno de los dos estábamos tan equivocados.
> Fue liberador escucharlo y repetirlo. Realmente me sentí conectada con la naturaleza, con Dios, con todo lo que creía. El viento soplando en nuestros cuerpos, el sonido que se producía en su recorrido entre las montañas, fue algo místico, una experiencia indescriptible.

—Este lugar tiene magia —dijo Math al concluir—. Hace que los hombres y mujeres se enamoren de él. Usted es mucho más parte de este de lo que cree.

Ishbel no supo cómo tomar eso ni cómo es que Math lo… intuía. Le pareció una felicitación, y a la vez, una invitación a continuar. No obstante, recordó que ya había tomado su decisión, y que la montaña no era parte de ella, como tampoco John. Le hubiera gustado que fuera diferente.

—Volvamos —indicó Math—. Si todavía no tenemos suerte con la pesca, Oso que habla le enseñará como manejar un *tamahaac*…

Ishbel volvió a animarse y se retiraron.

SEMANAS DESPUÉS

> Comenzamos a experimentar cierta familiaridad entre los tres con el transcurso del tiempo, aunque eso fue lo único bueno en el ir y venir de la casa. Las provisiones, según los cálculos de John, escasearían dentro de poco y el caballo de Math no se había recuperado aún, lo que nos tenía en un triángulo del que no podíamos escapar.

Ishbel cargó el banquito y una cubeta al acercarse a Roxie, quien, al verla, lanzó un mugido pidiendo misericordia.

—Lo sé, lo sé —dijo Ishbel—, no había tenido tiempo de venir, pero ya estoy aquí.

Se sentó y comenzó con la ternura con la siempre lo hacía. Roxie cooperó mientras meneaba su cabeza como buscando hacer plática.

—¿Qué pasa? —preguntó Ishbel sonriendo—… ¿Estás contenta? Ojalá pudiera decir lo mismo. —Lamentó pensativa, pero el meneo de Roxie continuó como si quisiera seguirla escuchando—… ¿Quieres saber más? No sé qué más decirte… Tu dueño es un patán —soltó

desde lo más profundo de su ser—. ¿Eso es lo que querías que te dijera?

Roxie respondió con un profundo mugido que resonó en todo el establo.

—Sí, estás de acuerdo conmigo. —Suspiró calculando luego—: No estoy segura ni de qué mes es, ¿enero? Ha empezado a hacer más frío, sí tal vez estamos en enero. —Acarició el costado de Roxie cuando terminó de llenar la primera cubeta y siguió conversando—: Sabes que John nos dijo que no había suficiente heno para alimentar a tres caballos y una vaca, ja, pues tendrá que encontrar la forma para que les alcance —sentenció.

La puerta del establo se abrió inesperadamente dejando entrar la figura de Math.

—¿Le falta mucho a Ishbel para terminar? —preguntó él.

—Un poco, ¿por qué? —respondió.

—*Mathˇó wówaŋyaŋke* quiere ir a revisar el río.

—Pensé que ya te habías dado por vencido con la pesca.

Math retrajo un poco su semblante para luego decir:

—*Wanagi* quiere asegurarse de que no estamos equivocados.

—Si me esperas un poco, te acompañaré.

—*Mathˇó wówaŋyaŋke* esperará.

> En ese momento no medité en lo que Math me estaba proponiendo. Es cierto que a veces lo acompañaba, pero mi presencia no era indispensable para que él revisara las trampas. Ese fue mi gran error.

LA MONTAÑA

Esta vez, Math dejó que Ishbel fuera la líder del paseo, mientras, aprovechaban ese tiempo para practicar lo que había aprendido.

—… ¿Subir la colina? —preguntó Math.

—*Wíiyukčaŋ wíyakA* (Subir la colina) —respondió Ishbel.

—Bien, ¿Vamos de pesca?

—*WíyakA wíiyutˇhaŋ* (Vamos de pesca).

—¡Muy bien! —aplaudió Math—. Cabello de fuego aprende rápido.

—¡Por supuesto! —presumió sonriendo.

—Cabello de fuego sabrá mucho para cuando regrese a Helena.

—… Sí, el día se acerca —dijo con una voz que fue desapareciendo junto con su mirada.

La nieve se había vuelto más densa en esos últimos días. Ahora era más difícil avanzar. Al toparse con este inconveniente, ella señaló:

—Creo que es una pérdida de tiempo ir a ver el río.

—*Mathˇó wówaŋyaŋke* opina lo mismo; pero *Wanagi* es muy necio.

—¿Cómo te convenció?

—No lo hizo, sólo me pareció prudente hacer que los caballos se movieran un poco antes de que el invierno encrudezca.

—¿Qué pasa si ya no conseguimos pescar?

—La montaña es sabia y vive su primavera y su invierno. Los peces son lo último que nos entregará. No hay más vegetación que atraiga a los animales, tampoco hay predadores en esta parte de la montaña.

—¿Entonces somos los únicos tontos que apostamos por vivir así?

—Dura es esa palabra Ishbel, pero cierta.

—Pues ojalá que podamos rescatar algo.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* también lo desea…

MÁS TARDE

Como lo temíamos, la búsqueda resultó infructuosa. Esa fuente de comida quedó también descartada, y según los cálculos de John, no veríamos otra por lo menos en dos meses. Me preocupé, aunque Math no lo parecía tanto, o quizás era muy bueno para ocultarlo.

El regreso a casa fue silencioso, hasta que ambos tuvieron a la vista la cabaña y un inusual fenómeno.

—¿John está cocinando? —preguntó Ishbel repentinamente al ver el humo proveniente de la caldera.

Math se encogió de hombros antes de opinar:

—Tal vez sólo está calentando… algo.

Pero conforme se aproximaron más, un peculiar olor a carne llegó hasta el olfato de ambos.

—Lo está haciendo —aseguró Ishbel—. Pensé que ya no tenía nada que echar al fuego.

—Puede ser que *Wanagi* sólo haya tenido suerte.

—Sí, tal vez encontró algo en el bosque mientras nosotros salimos. —Se animó—. No moriremos de hambre. —Lanzó una gran sonrisa a Math.

Poco después, la puerta de la cabaña se abrió. Ishbel y Math entraron, ella lo hizo con un poco de prisa y curiosidad. No se había equivocado en cuanto a lo que estaba haciendo John, quien, pegado a la caldera, asaba un poco de carne fresca.

—Eso huele bien —señaló Ishbel aproximándose.

—Sí —dijo John secamente.

Math se quedó atrás observando, como si no quisiera ser parte de esa conversación.

Lo que alcancé a ver me motivó en un principio; pero el silencio y la actitud de John me desconcertaron, fue como si no quisiera que viera lo que hacía, como si fuera algo que nunca hubiera visto.

—Tuvo suerte, ¿verdad? —dijo Ishbel viendo la gran pieza de carne ya sin piel que aún descansaba sobre la mesa.

—Yo diría más bien que fue… planeación —alegó John.

—¿Planeación? ¿Cazó un animal en la montaña porque así lo había planeado? —bromeó y propuso luego—: ¿Puedo ayudarlo?

John alzó la vista para observar a Math, fue como una señal secreta entre ambos, como aquellas que sólo ellos conocían. El nativo avanzó invitando con un toque en los hombros a Ishbel a retirarse.

—¿Qué pasa? —preguntó ella por fin.

—Es mejor que me deje hacer esto solo —pidió John.

Fue hasta ese momento que até los cabos sueltos. Cuando mis ojos se enfocaron en los detalles, en el tamaño y forma de lo que John tenía sobre la mesa; en la repentina invitación de Math para llevarme al río; en el tiempo que le pudo haber tomado a John hacer lo que hizo. Mi primera sensación me sacudió, me sentí traicionada y despojada, como si me hubieran arrancado una parte de mí misma. John lo sabía, John sabía que Roxie se había convertido en algo así como un desahogo. Estaba consciente de la premura de nuestra situación y quizás era el único camino por seguir; pero no pude manejarlo en ese momento, fue un golpe que me afectó mucho.

14
ANTES DE LA PRIMAVERA

LA CABAÑA, DÍAS DESPUÉS

Fue duro aceptar lo que habían hecho. Aquel engaño me hizo sentir que no era parte de aquella… familia; aunque comprendía sus razones. Ellos tenían más tiempo que yo viviendo en estas circunstancias, más tiempo entendiendo lo que significaba sobrevivir. Medité en los hechos y comprendí que yo no era parte de ese mundo, sino una intrusa a la que le habían tendido la mano. No tenía derecho a opinar.

Ishbel estaba sentada en el pórtico esa mañana. Mantenía su postura de comer poco, esto, desde el incidente de Roxie, y ya comenzaba a reflejarse en su estado de salud. Su cuerpo le reclamaba la falta de calorías ante cada pequeña ventisca que la golpeaba de frente. Su actitud no había cambiado tampoco, se mantenía seria y alejada de los otros dos.

La puerta de la cabaña se abrió para darle paso a John, quien, caminó lentamente hasta ella. Su presencia no la hizo siquiera voltear, pero él no estaba dispuesto a dejar que mantuviera esa intransigente posición.

—¿Ishbel? —dijo él colocándose a su lado—. No deberías permanecer afuera.

—No tengo ánimo de conversar John.

—Lo sé, pero tampoco puedo dejar que sigas… decayendo.

—No creas que voy a rendirme ahora.

—Ni siquiera lo consideré. —Se sentó junto a ella y después de un suspiro, añadió—: ¿Entiendes que tuve que hacerlo?

—… Sí —dijo después de una pausa—. Lo estuve pensando y… lo entiendo. Sólo que, no me pidas que lo tome de la misma manera que ustedes.

—Lo sé. Sé que esto no es tan fácil para ti. Créeme que tampoco fue fácil para mí.

—No me lo pareció. —Volteó a verlo.

—En este lugar hay que tomar decisiones difíciles todo el tiempo. Es la única manera de mantenerse con vida.

Ishbel lo aceptó con un gesto.

—… Y tienes que comer mejor —advirtió él—. Haz que el sacrificio de Roxie no sea en vano.

—… Lo intento —dijo con los ojos entornados—. Sólo te pido una cosa: no vuelvas a hacer una estupidez como esta sin antes compartir tus intenciones conmigo. ¿Puedo tener eso?

Él asintió sonriendo a medias y respondió:

—Te confiaré la próxima estupidez que haga. Es una promesa… ¿Vamos adentro?

Se pusieron de pie como si un nuevo ánimo los impulsara e ingresaron a la cabaña. El incidente quedó ahí, formando parte de muchos otros que experimentaron durante ese invierno.

La medida de John funcionó. Ni nosotros ni los animales morimos de hambre y era algo que teníamos que agradecer. Pasaron algunas semanas más hasta que el caballo de Math pudo recuperarse y fue tiempo para que partiera. Lo despedí ese día.

EL ESTABLO

—No me hago a la idea de que ya no te veré —dijo Ishbel visiblemente emocionada.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* permanecerá en estas tierras e Ishbel vivirá en Helena. No estaremos tan lejos.

—Sí, pero yo empezaré una nueva vida. No sé ni siquiera qué esperar de ella, o si, permaneceré en Helena. Lo más probable es que no volvamos a vernos.

Oso que habla se encogió de hombros y bajó la mirada resoplando. Entendía lo a lo que ella se refería, y también sabía que tenía razón.

—Viviremos en lados opuestos de la montaña, pero, *wíyakA kiŋ yuhá wíiyukȟaŋ, kta wašté kta wíyakA wíiyutȟaŋ* (nuestros corazones siempre estarán cerca y sabremos cuando el otro lo necesite).

—*Miyéyaŋ kta tȟawíŋyaya kiŋ óta. Wašté wahé thiwáhe kte, Matȟó wówaŋyaŋke* (Espero escuchar esa necesidad pronto. Ha sido todo un placer conocerte, Oso que habla).

—*Matȟó wówaŋyaŋke onaȟwíŋka, wíyakA kiŋ na wíyakA tókhe, wíyakA oyáte kta eháŋni, šni yuhá kin hé* (Oso que habla piensa lo mismo, el destino nos encontró en ese río por algo y creo que ese propósito aún no se ha cumplido).

—*Tȟokéya waŋží* (Te extrañaré) —Lo abrazó de la cintura aplastando su rostro contra su pecho.

Él hizo lo mismo, e impulsado por la emoción del momento, dejó escapar su lado sensible, ese que muchas veces ocultaba a los demás.

—… Ha sido un buen invierno —dijo Math—, un invierno inolvidable. Oso que habla no olvidará nunca a Cabello de fuego.

Se separaron y volvieron a verse mientras ella alzaba la vista para poder verlo a los ojos.

—¡Oh! —exclamó él y sustrajo algo de sus ropas—. Esto es para Ishbel. —Le entregó un *tamahaac*.

Ella lo sostuvo con ambas manos al frente como si fuera un tesoro, era lo suficientemente pequeño para ella puesto que había sido hecho a la medida por las manos de Math.

—¿Para mí?

—Sí.

—No es como el tuyo.

—No, *Matȟó wówaŋyaŋke* lo hizo en sus… tiempos libres.

—No me di cuenta…, pero, no sé si pueda aceptarlo.

—Negarse es ofender.

—… Gracias…, pero yo, yo no tengo nada qué darte a cambio.

—Compañía de Ishbel ha sido maravillosa, igual que ha sido como aprendiz.

—Gracias Math, gracias por tu apoyo y… por todo.

Las palabras de Ishbel escasearon ante el cúmulo de emociones que la abordaban. Se hizo un paso para atrás sonriendo nerviosamente. Él estaba junto a su caballo, ya listo para partir, y ella, quería alargar ese momento.

—Hay algo más que *Matȟó wówaŋyaŋke* quisiera decir.

—¿Algo más?

—Sí. Enfermedad de caballo le dio oportunidad de permanecer con ustedes por mucho tiempo.

Nosotros siempre hemos creído que todo ocurre con un propósito: encontrar a Ishbel en el río tuvo su propósito; caballo de *Matȟó wówaŋyaŋke* enfermó, también lo tuvo.

—¿Quieres decir que yo estoy aquí por una razón?

—Sí, y cuando *Matȟó wówaŋyaŋke* vio los problemas entre ustedes, deseó quedarse.

—¿Querías evitar que nos matáramos? —preguntó bromeando.

—Cabello de fuego lo dice bromeando, pero fue así. —Meneó su cabeza asintiendo juguetonamente—. *Matȟó wówaŋyaŋke* se preocupó y se alegró por poder quedarse.

—Debo aceptar que fue un tiempo difícil y que tú estuvieras aquí nos trajo algo de… serenidad; pero creo que ahora ya todo está bien. Sobreviviremos las semanas que faltan del invierno.

—Oso que habla cree que sí, si no, no estaría partiendo.

Ishbel alzó el rostro al techo y suspiró sabiendo que el momento se aproximaba. De pronto, una idea que no la había dejado desde que recibió el regalo de Math la iluminó.

—¡Ya sé qué voy a regalarte! No te vayas hasta que te lo traiga.

—Voy a la cabaña, *Matȟó wówaŋyaŋke* debe despedirse de *Wanagi*.

—¡Te veo afuera!

Ella salió disparada rumbo a la casa mientras él, un paso atrás, condujo su caballo jalando la rienda para dirigirse al pórtico. Se detuvo ahí como esperando a John, puesto que su amigo sabía también de su partida. Se encontraron.

—¿Es hora? —preguntó John menos apesadumbrado que Ishbel.

—Es hora —confirmó Math.

—Me dio gusto tenerte un tiempo por aquí.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* también lo disfrutó.

—Fuiste de gran ayuda.

—Ustedes lo fueron más.

John no se contuvo y abrazó con fuerza a su amigo.

—¿Regresarás a tu campamento? —interrogó.

—Sí, espero que siga ahí.

—¿Darás una vuelta en primavera?

—Cuando las hojas de los árboles vuelvan a crecer y el color verde regrese a la montaña, aquí estaré…

La puerta volvió a abrirse de golpe, era Ishbel alzando un papel en la mano. Se aproximó a los dos y dijo:

—Hice esto hace tiempo.

Math tomó el presente, se trataba de una imagen de él hecha a lápiz y que había formado parte del diario de Ishbel.

—¡Oh! —exclamó Math sorprendido—… es… un…

—Retrato —completó ella—. Un retrato tuyo.

Estaba gratamente sorprendido. Era algo que los nativos no acostumbraban tener; pero, viniendo de quien venía y sabiendo sus buenas intenciones, lo dobló e introdujo en su abrigo a la altura del pecho.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* guardará esto muy cerca de su corazón —aseguró agradecido.

Los tres estaban ahí como esperando a que alguien siguiera la conversación. Math estaba consciente de que tenía que partir si quería llegar antes del anochecer a su destino; pero era obvio que sus pies no le obedecerían. Por otro lado, John e Ishbel tampoco deseaban que se fuera. Extrañamente, se habían acostumbrado a estar juntos.

—… Es tiempo —dijo repentinamente Math.

—Sí, amigo, es tiempo —confirmó John bajando la vista.

—¿Puede *Wanagi* acompañarme?

—… Claro —contestó John entendiendo que había algo que quería decirle a solas.

Ishbel se quedó ahí, con una sonrisa forzada viéndolos alejarse. Era curiosa por naturaleza y sabía que aquellos dos comentarían algún secreto que la involucraba, pero no pudo evitarlo.

Metros más adelante, Math y John se detuvieron en el inicio de la pendiente que bajaba hasta el bosque. Ahí, el olfato del oriundo de esas tierras aspiró con fuerza como devorando todo el oxígeno a su alrededor, disminuyó su paso y cuestionó profundamente:

—¿Qué es lo que *Wanagi* planea para su vida?

John reaccionó haciendo su cabeza para atrás antes de soltar otra pregunta:

—¿De qué hablas?

—*WíyakA thǎŋka wíyakA na thǎšúŋka tákuni* (La soledad no es buena para ningún hombre).

—*Lél wíyakA thǎŋka, lél wíyakA thǎŋka kiŋ* (Es buena para ti, también lo es para mí).

—*WíyakA thǎŋka na owáŋthaŋ Mathǒ wówaŋyaŋke*. *WíyakA thǎŋka na wíiyu wíyakA šni, he táku wašté šni* (La soledad no es buena para Oso que habla. Simplemente, no ha encontrado a alguien con quien compartirla).

John entendió que se refería a Ishbel. Se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Ella no está aquí por casualidad —aseguró Math.

Bajando la cabeza, John pateó un poco de nieve y explicó:

—Yo no sé si creer en el destino Math. Ishbel es una buena mujer, algo voluntariosa, pero buena.

—¿Qué es lo que detiene a *Wanagi* entonces?

—Tú sabes muy bien qué es lo que me detiene, y no es ese tal Douglas —señaló con desprecio.

—Las palabras de *Wanagi* hacen ver a *Mathǒ wówaŋyaŋke* que *Peta wica* no le es indiferente.

—… No, no lo es; pero, precisamente por eso no quiero… perjudicarla.

—No sé si amarla sea… perjudicarla. *Wanagi* ha sabido llevar muy bien su situación hasta el día de hoy.

—Eso es cierto, y mientras más… desaparezca de los ojos del mundo, más fácil será seguirlo haciendo. Tampoco quiero arrastrar conmigo a alguien a este tipo de vida.

—Poco tiempo, mucho tiempo… *WíyakA thǎŋka ečhíŋ, thǎšína kįkíčhíŋ kte ló, wíyakA thǎŋka thǎšína thǒkáhe wíyakA ečhíŋ* (Es mejor vivir un día acompañado bajo el sol que muchos a la sombra en soledad). —Suspiró a unos pasos de la línea del bosque—. Pero *Mathǒ wówaŋyaŋke* no puede cambiar el pensamiento de su amigo y tiene que aceptar lo que él decida; aunque esté equivocado. *Mathǒ wówaŋyaŋke* quisiera tener esa misma oportunidad. Escucha mi consejo, díselo, no decidas por ella o te arrepentirás.

John tuvo que llevar su mirada hacia otro lado, pensativo. Dijo:

—Las cosas son como son, *kóla* (amigo)…

> Se despidieron entonces y cada uno tomó su camino, Math se perdió en el bosque y John se dirigió hacia mí. Había observado en todo momento sus gestos, pero no pude enterarme de sus palabras. Había sido algo serio por el semblante que John cargaba de regreso. Di la media vuelta y entré a la cabaña.

La rutina cambió por la ausencia de Math, ambos lo resintieron, ya que él era una especie de pivote que nivelaba las interacciones dentro de la casa. Durante su estancia, Ishbel y John habían aprendido a soportar sus desplantes; pero eso cambiaría, y ambos estaban conscientes de que tendrían que aprender a llevarse bien.

Esa noche, Ishbel se encontraba escribiendo en la mesa cuando John, distraídamente, encendió la chimenea. Esto llamó la atención de Ishbel, quien quiso encontrar en el hecho algún tipo de insinuación. Levantó su vista para verlo sentarse en una silla frente al hogar meneando la leña con el atizador.

—¿Sigues escribiendo? —soltó él tímidamente.

—… Sí, sabes que lo hago a esta hora.

—Sí. ¿Has anotado todo lo que ha pasado?

—Eso espero.

—… Eso será un buen… recuerdo.

—¿Un recuerdo? —dijo pensativa—… Sí… sólo eso —murmuró esto último y después de una pausa, agregó—: Es extraño que enciendas la chimenea. ¿Algún motivo especial?

—No —giró su cabeza para verla sobre el hombro—, sólo por aprovechar que… la tenemos.

Se quedaron callados por unos momentos mientras el crujir de la madera chamuscándose ocupó el lugar de sus palabras. Ishbel mantenía su brazo como separador en el diario y usaba su otra mano para sostener la pluma. Resopló levemente y lo cerró para ponerse de pie y preguntar:

—¿Puedo acompañarte?

—Claro, ven.

> Caminé lentamente sujetando mi falda sioux, la misma que había usado desde que John me la… proporcionó. Jalé una silla y me senté junto a él. Ahí estábamos, como si fuéramos una pareja disfrutando de un espacio que era sólo de nosotros dos. Nada más alejado de la realidad.

Era la primera noche que pasaban solos en mucho tiempo, la primera también en que ambos habían olvidado sus diferencias para intentar convivir en paz. Sus rostros miraban en silencio el fuego, estaban nerviosos, pero ninguno de los dos aceptaba decirlo.

—¿Lo extrañas? —preguntó repentinamente Ishbel.

—… ¡Eh! —exclamó sorprendido—… ¿A Math?

—¡Sí!

—Bueno, no había pasado con él tanto tiempo en un invierno; aunque fue bueno que nos… ayudara.

—Sí, tienes razón. Nos ayudó mucho.

John se entretenía con el atizador mientras Ishbel se mordía los labios balanceando un poco su cuerpo hacia adelante y hacia atrás.

—¿Faltará mucho para poder salir de aquí? —continuó Ishbel.

—Tal vez un mes.

—Aún tenemos tiempo.

—¿Tiempo? —Sonrió inquieto—. ¿Para qué?

—Para saber más de nosotros.

—¿Todavía quieres saber más?

—Entiéndeme, soy una… mujer curiosa.

—Sí, de eso ya me había dado cuenta… Bueno, ¿qué quieres saber?

—¿Me lo dirás?

—No lo sé.

Cruzaron sus miradas como si quisieran que esa conversación terminara para darse la oportunidad de hacer algo… diferente; pero John tenía muy claro que ya no quería intentar caer en esa provocación.

—… ¿Qué ocultas John? —soltó ella por fin.

Él volvió a lo suyo distrayendo sus acciones de un contacto ocular. Aspiró con fuerza y recordó las palabras de Math. Su muro estaba a punto de caer.

> Esta vez lo noté diferente. Nuestra relación había avanzado mucho y ahora nos comprendíamos mejor. Su resistencia no era la misma, era como si ahora sí quisiera hablar. Lo ayudé un poco.

—¿Hay algo tan malo en tu pasado que no merece ser contado? —interrogó Ishbel, pero al no encontrar respuesta, agregó—: Math me dijo que le salvaste la vida.

La aseveración lo hizo reaccionar volteando a verla intrigado.

—… Fue algo que cualquiera hubiera hecho —sentenció.

—No fue lo que Math me dijo —intentó engañarlo.

John sonrió, descubriéndola, no porque fuera una mala mentirosa, sino porque conocía los principios de su amigo.

—Dudo mucho que Math te haya dicho cómo sucedió.

Ella devolvió la sonrisa, y sabiéndose descubierta, continuó:

—Entonces dime cómo fue.

John se enderezó en su silla antes de responder:

—Cosas entre blancos e indios. Nada de importancia. Math exagera.

—Si no es algo malo, ¿por qué no me lo cuentas?

—Porque ni siquiera lo recuerdo muy bien.

Ishbel meneó la cabeza afirmativamente. En realidad, no le creía, pero sabía que insistir por ese lado no iba a darle ningún fruto, así que tomó otro rumbo:

—No entiendo por qué una persona decide encerrarse en una cabaña lejos de todos, como si… se ocultara…

—Algunas personas hemos visto demasiado —la interrumpió—, por eso preferimos la… paz que te da la soledad.

—Entiendo ese punto, lo comprendí hace mucho; pero…

—No busques una razón donde no la hay, porque seguramente vas a encontrar algo que no te guste. —La miró de una forma extraña, como si le rogara dejar las cosas así.

—¿Crees que encontraría algo malo en ti si sigo buscando?

—Creo que ya has encontrado en mí suficientes cosas malas.

—Bueno John, a pesar de nuestras diferencias, creo haber encontrado en ti a un hombre, honesto y apegado a sus propios principios, estén correctos o no, son tus principios y… te felicito por defenderlos. —Tomó su brazo con la mano y lo apretó.

Ese solo toque lo puso nervioso y ambos se dieron cuenta. John tragó saliva conteniéndose. Sus cuerpos habían estado demasiado tiempo inertes y ahora sus almas estaban más cerca que nunca en un acuerdo de paz que les permitía comunicarse con más soltura.

El momento fue tenso, y entonces Ishbel lo rompió de nuevo:

—¿Qué opinas de mí?

—¿De ti? —repitió con voz quebrada.

—Sí, de mí.

—¿Por qué me haces esa pregunta? —Se tomó el rostro avergonzado.

—Porque quiero conocer tu parecer.

—… Ishbel —resopló—. Creo que eres una mujer de gran valor, a pesar de ser tan necia —bromeó y ambos rieron—. Eres alguien que se merece lo mejor, que se merece a alguien que pueda… darle todo.

—¿Qué es todo? —atacó de nuevo.

—Bueno, eso es diferente para cada quien… Tal vez en poco tiempo, puedas resolverlo.

—… Sí, aunque quisiera resolverlo ahora. Quisiera saber más de mí y… saber qué es lo quiero.

John alzó su vista al techo, y pensativo, dijo:

—Es irónico, tú quieres recordar tu pasado y yo… quiero olvidar el mío.

Una nueva gran pausa se produjo mientras ambos cavilaban en esas palabras. John se puso de pie luego para quitarse el toque de la mano de Ishbel, y, con voz nerviosa señaló:

—Creo que es hora de ir a dormir…

> No tenía sueño, pero sabía lo contundente que él era cuando tomaba una decisión. Seguramente me dejaría ahí sola frente a la chimenea, aunque tuviera que dormir en esa habitación. Acepté de mala gana y me fui a la recámara.

El silencio y la oscuridad se apoderaron del ambiente un poco después. Los ojos de Ishbel inventaban sombras a su alrededor a pesar de haberse acostumbrado por mucho tiempo a su atmósfera. Se encontraba acostada y aburrida, la capacidad de lograr un buen descanso había huido de ella. John no hacía ruido tampoco, seguramente estaba dormido, lo que era algo que ella envidiaba, puesto que, para él, olvidarse de sus inquietudes le resultaba muy fácil. Su cuerpo quedó boca arriba observando a través de la negrura los detalles del techo, suspiró apenas cuando, un pequeño rechinido en la otra habitación la hizo girar un poco sus ojos hacia la entrada de la recámara, la que todavía conservaba la manta que Padre del trueno había colocado.

«¿Pasos?», pensó conteniendo la respiración.

Sólo se podía tratar de John, así que se mantuvo en silencio para confirmar que él avanzaba hacia la recámara. Su mirada se clavó en lo que los separaba manteniendo la horizontalidad de su cuerpo. Los pies de John se detuvieron justo afuera de la habitación, lo que permitió que Ishbel escuchara su respiración acelerada, como la de un animal excitado.

> Mis sentidos se dispararon al escucharlo, quería que cruzara esa frontera, aunque no iba a confirmarle cuánto lo quería. Fingí permanecer dormida, pero no perdí detalle de la sombra que se escabullía al ras del piso, hasta que retiró a medias lo que nos separaba.
>
> No sé si él podía ver mi rostro. Yo apenas pude detectar su silueta dando un paso en el interior de la recámara. Esperaba que avanzara porque no iba a negarme a sus intenciones. Esos segundos fueron muy largos, hasta que, retrocedió para volver caminar en sentido opuesto.

—¡¿John?! —exclamó ella alzando medio cuerpo sobre la cama. No quería que se fuera.

Él se detuvo al escucharla, no quería moverse pensando que así no sería descubierto. Le daba la espalda.

—¿Qué pasa? —insistió ella en un tono que lo invitaba a continuar.

—… Na… nada —respondió con voz temblorosa—. Sólo quería ver que estuvieras bien… ¡Buenas noches!

Salió con prisa y sin darle oportunidad a Ishbel de decir algo más. Ella se dejó caer de golpe sobre la cama arrugando con fuerza su grueso cobertor sobre el pecho mientras apretaba fuerte sus piernas una contra la otra, acalorada y con ganas de salir de ahí; sin embargo, ya estaba cansada de ser la que cediera. Su orgullo pudo más que su *necesidad,* lo que la hizo permanecer quieta.

> Entre pestañeo y pestañeo, maldije a John por su indecisión. Había tenido tiempo para pensar sobre nosotros durante la estancia de Math. Yo tenía mis necesidades y John me había demostrado que también tenía las suyas. Estaba dispuesta a romper mi compromiso con Douglas, pero no a dejarlo ir por un hombre que no era capaz ni siquiera de esforzarse un poco por mí. Sí, quizás me estaba comportando egoístamente, quizás Douglas no se lo merecía. Me encantaría recordarlo para estar segura, pero el único conocimiento que tenía de él venía en una carta y mi memoria tampoco ayudaba. Entré en un dilema conmigo misma al detectar todo lo que había en mi interior. ¿Alguien como yo merecía ser feliz? ¿Podía decir que

era una persona… justa? Ya no estaba segura de nada.

Todo lo que pasó esa noche, me llevó a imaginar lo que me hubiera gustado que pasara. John apareció en un sueño al lado de mi cama para entrar luego debajo de mis cobijas. Esta vez no hubo alcohol ni tabaco de por medio, éramos sólo nosotros dos olvidándonos del mundo, los secretos y los compromisos. Hicimos el amor como locos y sin pensar en el siguiente día; aunque en este sueño, John también permanecía mudo. Me di cuenta de que estaba enamorada de él… y entonces volví a maldecirme.

Las siguientes semanas se volvieron tensas. Ambos procurábamos hablar de cosas que no tuvieran que ver con nuestros sentimientos, era como si estuviéramos de acuerdo en empujar las horas y los minutos para que la primavera nos alcanzara.

PRIMAVERA

Esa mañana, Ishbel se encontraba en la cabaña, en tanto John trabajaba afuera. Parecía ser un día como cualquier otro, uno en el que cada quien se avocaría a sus responsabilidades.

—¡Ishbel! —gritó John con cierto sentido de urgencia.

Al escucharlo, ella levantó su cabeza imaginando algo malo. Él nunca gritaba de esa manera. Tomó el abrigo y una pistola y salió de inmediato.

La escena no fue lo que Ishbel había imaginado. John estaba de pie a unos metros de la cabaña observando el horizonte entre las montañas al fondo del bosque que los rodeaba. Ishbel se percató de que no se trataba de una situación precaria, pero se aproximó con prisa de cualquier manera.

—¡Mira! —pidió él apenas estuvo a su lado. Apuntó con su índice al cielo.

Ishbel le hizo caso sin percibir nada nuevo más que un firmamento despejado, mismo que ya tenía algunos días.

—¿Qué es lo que tengo que ver?

—Pon atención.

Entonces, aguzó su mirada para percibir los primeros aleteos de la temporada. Se trataba de una parvada a lo lejos, los cuales regresaban a aquella región.

—¿Aves? —preguntó con alegría.

—Sí —afirmó John contento.

—Eso quiere decir que…

—La primavera está muy cerca.

Se miraron sin ocultar su júbilo. Ambos sonrieron de una manera desmedida, y sin siquiera pensarlo, se abrazaron hasta que él la levantó en vilo y la hizo girar alrededor suyo en un solo eje; luego, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, la depositó de nuevo en tierra lentamente y sus miradas cruzadas se desviaron.

—… Pronto podrás irte —explicó él en un tono muy distante a la felicidad.

—… Sí… lo sé. Por fin podré… irme…

Habían pasado meses, meses de más fricciones que de buenos momentos, pero no me había concientizado de lo que sentiría el día de mi partida. Cuando noté que mi vida iba a cambiar, no estaba segura de si eso era lo que realmente quería.

DIAS DESPUÉS

Los cielos despejados y el regreso de los sonidos del bosque comenzaron a ser algo usual en la cabaña. El canto debajo de la puerta también cesó y el color verde de la montaña comenzó a

manchar el entorno.

Ishbel observó el fenómeno desde la ventana presa de sus pensamientos privados. La llegada de la primavera confundió sus sentimientos ante el inminente cambio.

—Creo que debemos hablar —dijo John sorprendiéndola por detrás—. Ya sabes de qué, de tu… regreso a Helena.

—… Sí —señaló distraída y se acercó a él.

—Es un viaje de tres días. Tengo que recoger provisiones en la ciudad, aunque regularmente lo hago un poco más adelante en el año, puedo aprovechar para hacerlo ahora y… acompañarte a tu destino. Me imagino que tienes prisa por… volver.

> Nuevamente me hizo sentir que deseaba deshacerse de mí, así que, en lugar de responderle con mis verdaderos sentimientos, le hice ver que ambos teníamos la misma idea, convertirnos en un par de viajeros con un propósito… diferente.

—Sí, lo que más quiero es… salir de aquí.

—Bueno, creo que pronto podrás hacerlo…

15
CAMINO A HELENA

DÍAS DESPUÉS

Era temprano en la mañana cuando cerraron por última vez la puerta de la cabaña. Ya no habría más conversaciones incómodas por la noche ni se ocuparían de labores juntos. La nostalgia empezó a afectar a Ishbel al escuchar aquel último golpe de la aldaba.

John montó a Negro mientras Ishbel lo hizo con Viento. Los animales iban cargados con todo lo que se requería para subsistir durante el trayecto a su destino.

El clima no era todavía el mejor, pero era lo suficientemente bueno para que, conforme bajaran la montaña, se fueran adaptando a él. Las patas de los caballos ya pisaban tierra sólida haciendo a un lado con las pezuñas los remanentes del blanco invierno y descubrir así el verdor de la primavera.

> Fue imposible no voltear hacia atrás. Lo hice en el primer descuido de John. La cabaña fue un lugar que había cambiado mi vida, puesto que la mayor parte del pasado que recordaba se encontraba ahí. Ahora no había más humo en el escape de la caldera, mucho menos en la chimenea. Se había convertido de un momento a otro en un sitio frío y sin vida. Observarla en toda su magnitud era como observar una pintura que se hacía cada vez más pequeña, y el sólo saber que no volvería a verla hizo que mi garganta se cerrara.

DESCENDIENDO LA MONTAÑA, HORAS DESPUÉS

Los rayos del sol atravesaban las ramas de los árboles golpeando así la superficie de la montaña. Estos haces de luz se mezclaban en una sinfonía con el color de la vegetación naciente que comenzaba a pintar el panorama. El día había llegado a su justo medio y el ambiente invitaba a reflexionar y conversar. La pareja avanzaba con un galope lento como si dudaran en seguir adelante. Habían estado en silencio por demasiado tiempo.

—Estás muy callada —comentó John por fin.

—… Sí, es que… pienso en lo que voy a encontrar llegando a Helena —argumentó falsamente.

—Tu vida, Ishbel. Encontrarás tu vida.

—¿Mi vida? Realmente no sé ni lo que eso significa.

—¿No has recordado nada más?

—No, lo último fue a aquel grupo de forajidos del que ya te hablé. La furia de sus ojos está grabada en mi mente. ¿Lo recuerdas?

—Sí, fue cuando Padre del trueno nos visitó… ¿Reconocerías a esos tipos?

—Mmm, tal vez al tipo que me disparó.

—De cualquier manera, una de las primeras cosas que debes hacer al llegar es denunciarlos. La justicia es tardía en el oeste, pero llega.

—Sí, tienes razón; aunque no es eso lo que me preocupa.

—¿No?

—No, lo que me preocupa es saber qué es lo que voy a descubrir acerca de mí.

—Seguramente será algo bueno.

—… De eso… no estoy tan segura.

—Pensé que tu inquietud estaría relacionada con… Douglas.

Ishbel meneó la cabeza afirmativamente, aunque con algo de indiferencia, y después de una pausa, comentó:

—Bueno, no sé qué vaya a pasar cuando… por fin lo conozca.

—Espero que verlo te ayude con… tu problema.

—Tal vez nunca pueda recuperarme. Tú mismo me lo dijiste, a veces sucede así.

John la escuchó e hizo memoria de ese momento. En realidad, lo había dicho sin considerar el impacto que provocaría; y aunque era cierto, no quería que se preocupara, así que la apoyó:

—… Confío en que no será tu caso.

—Eso no lo puedes asegurar.

—Tal vez no, pero de una cosa sí estoy seguro, saldrás adelante aún en la peor situación, eres una… guerrera.

> Había escuchado ese término de los sioux, era algo positivo. Me hizo sonreír y le agradecí con un gesto sus palabras. La plática se extendió en pos de temas que me inquietaban, pero no hablamos de mi principal inquietud: ¿estaba haciendo lo correcto?

AL ATARDECER

La primera escala la realizaron en un pequeño claro. John preparó una fogata y aseguró los caballos mientras Ishbel buscaba aplanar el terreno para conseguir un sueño más cómodo. Era la primera vez que ella dormía fuera de la cabaña, y hacerlo en esas condiciones representaba una nueva experiencia.

—¿Qué haces? —preguntó Ishbel al ver que John rodeaba el campamento con una cuerda.

—Es para… mantenernos más seguros —explicó él—. Ahuyenta a las serpientes y otros animales.

—¿Y… funciona? —preguntó dudándolo.

—Es algo que aprendí hace tiempo y… sé que funciona.

Ella no discutió más, sabía que él era el experto; aunque mantuvo su escepticismo.

Un poco después, se sentaron junto al fuego para cenar, la noche ya había caído y el sonido del bosque y la leña quemándose proporcionaba un ambiente que invitaba a la reflexión.

—… Es tan… tranquilo —comentó Ishbel.

—Sí, aunque allá arriba también era… igual.

—Era diferente —argumentó subiendo su abrigo—. Además, aquí empieza a hacer un poco de frío.

—Y será igual las próximas dos noches.

Se encontraban sentados sobre un juego de piedras que la naturaleza les había regalado y justo frente al fuego. El resplandor de las llamas hacía que sus rostros reflejaran su luz como un espejo

tembloroso en medio de la negrura de la noche. Negro y Viento descansaban cerca de ellos en completa paz.

Ishbel alzó sus ojos al cielo, el lugar que habían escogido les permitía una buena vista. El fulgor de las estrellas entretejía un manto brillante sobre una tela negra, era hipnotizante y romántico.

—… Es hermoso —dijo ella—. No pude ver algo así durante el invierno.

—Sí —señaló él distraídamente, como si se tratara de algo usual.

—¿Acampas seguido?

—Sólo cuando tengo que ir a Helena por provisiones. Tres días de ida y tres días de vuelta.

> John casi no volteaba a verme, aunque permanecía junto a mí. Yo, en cambio, no le quitaba la vista de encima, quería hacer contacto visual, quería algo más… personal. Había algo en su actitud que me decía que tenía su cabeza en otra parte, así que le pregunté:

—¿Te preocupa algo?

—¿A mí? No.

—Te noto… ausente.

John suspiró antes de responder.

—No es nada, sólo que… siento que las cosas también van a cambiar para mí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó percibiendo una esperanza.

—Sí. —Aspiró profundamente—. Fue un invierno largo y me acostumbré a tenerte en casa.

«¿Hasta ahora me lo dice?», pensó Ishbel con cierta molestia.

—… Pero —continuó él—, no creo equivocarme en esto… que cada uno siga su camino es lo mejor.

—John —aclaró su garganta—. ¿Lo que sucedió esa noche no significó nada para ti?

—Nadie podría ser indiferente a eso —aseguró—. Ya te lo dije, Ishbel, eres una mujer que se merece lo mejor. Sin embargo, yo no soy la persona correcta para ti.

—… Pues me hubiera gustado que me dejaras tomar esa decisión a mí…

La afonía se apoderó de ese pequeño espacio sobre sus asientos, haciendo que ambos se dijeran muchas cosas con la mirada; pero, para entonces, Ishbel ya estaba muy molesta como para reaccionar positivamente. No entendía las señales de John, quien a veces parecía querer dar ese paso hacia adelante sólo para recular.

—Me iré a dormir —dijo ella levantándose y agregó de mala gana—: Buenas noches, John.

> Nos acostamos frente a frente, con la hoguera en medio como divisor entre dos almas que parecían querer entenderse, pero que no lo lograban. Yo estaba de lado, viendo su cuerpo tendido boca arriba y su sombrero cubriéndole la cara como para olvidarse del mundo. Nuevamente, esa facilidad con la que podía conciliar el sueño me sacaba de quicio.
> El sonido de la leña quemándose me acompañó durante mi insomnio, el cual se alimentaba con el pensamiento de que era un día menos para llegar a Helena, pero también, un día menos para tratar de dar un giro a mi decisión.

LA MAÑANA SIGUIENTE

El sol apenas salía cuando ya habían empezado a recoger el campamento. Estaban colocando las monturas de los caballos y ajustando las alforjas casi uno enfrente del otro. Ishbel levantó su vista en silencio sólo para darse cuenta de que John estaba observándola. Desviaron su atención hacia otro lado al saberse descubiertos.

—Me gustaría volver a probar una comida fresca —argumentó repentinamente Ishbel como

quejándose de lo que tenían a disposición.

—Pronto podrá saborearla, téngalo por seguro —señaló John.

—Y también me gustaría una buena cama.

—Helena debe de tener un… lugar para usted. Bueno no sé si Douglas…

El relinchar violento de Negro interrumpió su charla, luego, Viento presentó el mismo comportamiento nervioso. El hecho puso en alerta a John.

—¿Qué pasa? —interrogó Ishbel intrigada.

—Tome su arma —advirtió John desenfundando su rifle.

> No tuvo que decirme más, sabía que estábamos bajo amenaza. Empuñé la pistola que había usado aquella vez con los lobos y me puse delante de un agitado Viento.

John acomodó a los animales contra los árboles y se colocó delante de Ishbel. Tenían el claro frente a ellos, aunque no sabían si el peligro vendría de esa dirección.

Guardaron silencio buscando que sus cañones ocuparan el más amplio rango. Se dieron cuenta de que, como ellos, el bosque había callado, como si también presintiera lo que estaba por suceder.

Ante el efecto del amanecer golpeando esa parte de la montaña, la contraluz de los primeros rayos ocultó un poco lo que se abría paso por los árboles frente a ellos. Avanzaba lentamente, como si no temiera lo que sus contrincantes pudieran hacerle.

John alzó su rifle apuntando a la enorme presencia que se aproximaba, pero un inmediato suspiro lo hizo respirar al descubrir de quien se trataba.

—*Kóla* —dijo dejando escapar su miedo. De inmediato volteó con Ishbel para impedir que ella intentara hacer un disparo y le dijo—: Todo está bien…

> Lo vi separarse de mí para acercarse al oso. Era muy diferente al que había visto aquella única vez. Había perdido mucho peso y se movía con lentitud. John se hincó frente a él con mucha confianza, demasiada a mi parecer, pero su amigo también se detuvo gruñendo como si le hablara. Preferí quedarme al margen, pero lista para cualquier eventualidad.

En esa posición, blandiendo todavía su arma y pensando en usarla, Ishbel observó la escena sorprendida y volviendo a alborotar esos primeros sentimientos que experimentó aquel día: un John siendo uno con la naturaleza.

Poco después, el exmilitar se puso en pie y dio la media vuelta para recorrer el terreno que lo separaba de Ishbel. La sonrisa en su rostro decía muchas cosas, entre otras, que se encontraba feliz por ese encuentro. *Kóla* se meneaba lateralmente como dudando en seguirlo. Puso entonces sus ojos en Ishbel como si la examinara, ella hizo lo mismo.

—¿Él es…? —preguntó Ishbel interceptando a John.

—Sí, *Kóla*. Ha pasado un invierno duro. Vamos a darle algo de comer.

—Pensé que los osos cazaban.

—Eso es cierto, pero seguramente viene siguiéndonos desde la cabaña. Sabe que siempre le doy algo y tiene mucho sin probar bocado.

> Nuevamente, las sensaciones de conexión con la montaña se apoderaron de mí. *Kóla* era imponente, a pesar de su condición actual. Sin embargo, algo en mi interior me empujaba a ser parte de eso. Lo que me fue concedido un poco después.

John había llevado pemmican para el camino, así que le pareció bien usarlo. Ishbel lo observó sustraerlo hasta que pasó al lado de ella.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó John sosteniendo la pasta en sus manos.

—¿Darle de comer?

—Sí, ustedes no se han… conocido. *Kóla* entenderá.

Ishbel no pudo observarse a sí misma, pero su rostro se iluminó mientras sonreía nerviosa. Caminó medio paso atrás de John aún con la reserva que el caso ameritaba. *Kóla* esperaba a unos metros con impaciencia.

> No fue lo mismo verlo de cerca, aunque parecía que mi presencia no lo alteraba. Parado en sus cuatro patas se mantenía a la expectativa, igual que yo. De pronto, cuando estuvimos a un zarpazo de distancia, se sentó alzando sus patas delanteras juguetonamente. Me miraba fijamente, como si me conociera.

—¡Vaya! —exclamó John—. Nunca lo había visto reaccionar así con un extraño.

—¿Así cómo?

—Tan… amablemente.

—¿A cuántos le ha presentado?

—Sólo a *Matȟó wówaŋyaŋke*, y le tomó tiempo acostumbrarse a él.

El comentario la hizo detenerse, pero *Kóla*, al oler y observar lo que John llevaba en las manos exigió su *aperitivo.*

—Tenga —dijo John entregando una parte a Ishbel—. Haga lo que yo.

John se adelantó y casi le da su porción en la boca. *Kóla* la devoró en un instante. Puso después su atención en Ishbel, quien ahora experimentaba dudas, aunque lo que tenía en sus manos era muy llamativo para el animal.

—¡Vamos! —pidió John—. No le tenga miedo.

Ishbel tragó saliva, pero ya había aceptado el reto y no se iba a echar para atrás. Tenía ambas manos ocupadas con el pemmican, apenas un bocado para un animal de ese tamaño. Dio tres pasos e hizo lo que John. *Kóla* lo aceptó de buena gana.

> Fue una sensación que no puedo describir. Mi temor se fue dejándome conectar con *Kóla*, algo que había deseado desde la primera vez que lo vi por la ventana. Me sentí una con él.

—Tiene una gran facilidad con los animales —aplaudió John.

—Sí —lo vio a los ojos y en tono de broma señaló—: acabo de comprobarlo.

Kóla lamió de las manos de Ishbel los sobrantes de aquel alimento. Meneó la cabeza como si agradeciera y volvió a levantarse sobre sus cuatro patas para escuchar la voz de John:

—Es lo que tenemos *Kóla*… Ahora puedes seguir tu camino.

Ishbel se encontraba como hipnotizada, feliz y sintiéndose parte del todo. Su cara sonriente no le quitó los ojos de encima al oso hasta que se perdió tras la primera hilera de árboles.

—Y nosotros debemos seguir el nuestro —concluyó John.

ESA NOCHE

Aunque era sólo la segunda noche que pasaban fuera de la cabaña, el sentarse a hablar se había convertido en un hábito que ninguno de los dos rehusaba. John buscaba evitar las pláticas profundas para mantener su hermeticidad; sin embargo, en esta ocasión, él fue el primero que quiso tocar un tema que había repensado desde antes de abandonar su hogar.

—Hay algo que no te he comentado —dijo arrojando un guijarro al aire.

—¿De pronto vas a hablarme de algo… personal? —cuestionó ella intuyéndolo.

—Algo así. —Hizo una pausa alzando sus ojos al cielo—… Es sobre lo que pasará cuando lleguemos a Helena.

—No entiendo.

Se encontraban al aire libre, en medio de una vegetación diferente a la de la alta montaña y un poco alejados del campamento, donde, la fogata seguía encendida. John la escuchó, pero, pensativo, buscó las mejores palabras para no sonar agresivo.

—¿Qué dirás sobre lo que te pasó una vez que llegues? —interrogó él.

—¿Qué diré? La verdad. ¿Por qué tendría que decir otra cosa? No estoy acostumbrada a mentir —concluyó como una especie de reproche.

—Sí, me lo imaginaba —su tono fue de decepción.

—Sigo sin entender.

—Escucha, Ishbel. No puedes mencionar que me conociste, y menos, que estuviste en una cabaña con un…, bueno, con dos hombres casi todo el invierno. No sería bien visto por… Douglas.

—¿Es lo que pueda pensar de mí lo que te preocupa? —cuestionó percibiendo que había otra razón.

—Sí —respondió sin voltear a verla.

—Pues si tienes una historia creíble que contar te escucho.

—No he resuelto esa parte.

—Quieres que llegue a Helena sin una explicación.

—No quiero que seas juzgada.

> Pujé incrédula mientras apretaba los dientes y bajaba la cabeza. Entendía eso que la sociedad identificaba como moral. Creo que hace tiempo que eso no me importaba. Tal vez John estaba preocupándose por mí, aunque no era muy claro. Noté un extraño tono en su voz como si su intención fuera diferente.

—Pues tienes hasta mañana para darme una buena excusa que… no te involucre.

Al ser señalado, él reaccionó. Se había dado cuenta de que Ishbel sospechaba; pero no podía salirse de su plan.

—… Tal vez —dijo hablando lentamente—, puedes decir que no recuerdas lo que pasó. En realidad, eso es cierto.

—Pues no sé qué pienses, pero no quiero estar dando explicaciones falsas —entornó los ojos al sentir que John quería negarla y propuso—: Pero si lo que quieres es que nadie sepa donde estuve. Te prometo que nadie lo sabrá… Buenas noches.

Se separó de él para regresar al cobijo del fuego. John intentó extender el brazo para detenerla, pero se quedó a medio camino; luego, se mantuvo ahí, bajo las estrellas un tiempo más, mucho más ensimismado que antes.

AL DÍA SIGUIENTE

El paisaje había cambiado, la vegetación de la falda de la montaña y el avistamiento de las cúspides de los gigantes de piedra a su alrededor, manifestaban que estaban cada vez más cerca de su destino. La pareja vislumbraba aquello, sabían que la despedida estaba cerca.

Después del último *intercambio de opiniones,* ambos se propusieron no hablar más de lo necesario durante la cabalgata; aunque a Ishbel le costaba mantener esa postura.

—¿Qué harás cuando ya no esté? —interrogó ella repentinamente.

—Lo mismo que hacía antes, vivir mi vida —respondió volteando a verla.

—Pues me parece que tu vida era algo… aburrida antes de mí.

Él sonrió concediéndole eso, y luego agregó:

—Tal vez, aunque ese aburrimiento siempre fue menos problemático.

—Vas a extrañarme, lo sé —comentó bromeando.

El asintió en silencio y confesó:

—… Sí, te voy a extrañar.

—Podrías visitarme.

—¿Visitarte? Creo que eso no le gustaría a Douglas; además, recuerda que nosotros no nos conocemos.

—… Tienes razón. Tú y yo somos un par de… extraños —argumentó de mala gana llegando al punto que deseaba tocar.

> Estaba molesta porque John pretendía borrarme de su vida sin explicarme claramente el porqué. Nadie se tragaba el cuento de proteger mi supuesta moralidad frente a Douglas, ese barco ya había partido hace mucho. Además, él debía entender que ya no era una niña, hacía mucho había dejado de serlo.
>
> Por supuesto que tenía curiosidad por descubrir quién era yo realmente, esa era mi principal motivación para llegar a Helena, pero John no me lo estaba haciendo nada fácil.

ESA NOCHE

Los caballos eran atendidos por John, y mientras sus ojos se perdían en la piel del animal, su mente divagaba de la misma manera. Alzando su vista hacia las estrellas entendía que esa sería la última noche que estaría con Ishbel.

—¿Tú también lo sabes? —dijo a media voz a Negro —. Sí, mañana llegaremos a Helena y… no la veremos más —sus ojos se entornaron y su garganta se cerró—. Me dolerá, me he acostumbrado a ella y a… su… a ella —no pudo explicarlo con palabras—. Sé de todos modos que así tiene que ser.

Negro sólo le respondía con suaves sonidos, pero John sabía que lo entendía. Lo acarició y comenzó a buscar a Ishbel con la vista. No la localizó en los límites del campamento, lo cual le pareció extraño, hasta que…

—¡John! —gritó Ishbel horrorizada.

El llamado lo hizo alzar la cabeza, intentó descubrir el origen, pero no estaba seguro, como tampoco de la gravedad del asunto; aunque Ishbel no era de las que gritaban por nada.

Corrió al centro del campamento para partir de ahí. Una sombra en la orilla del mismo le dio la pista que necesitaba, Ishbel se encontraba recargada contra un árbol mirando hacia el frente, a una oscuridad incierta que parecía amenazarla. Su suave voz murmuraba.

John comprendió de lo que podía tratarse, iba armado. Comenzó a caminar hacia ella con pasos alargados, pero sin correr. La alcanzó. El cuerpo de Ishbel se apoyaba con la espalda sobre el tronco de un árbol. Su mirada fija veía hacia el suelo, un verde oscuro que no parecía representar una amenaza.

—¿Qué pasa? —susurró John casi a su oído.

—En… la hierba —respondió con voz temblorosa.

La oscuridad no ayudaba, John no sabía exactamente dónde buscar, pero su intuición le dictó de lo que se trataba. Dejó que sus otros sentidos se adelantaran para escuchar un cascabeleo.

—No se mueva —advirtió.

—No lo he hecho.

El peligro se encontraba a poco más de un metro. Su cabeza, alzada por encima de la vegetación, amagaba con atacar en cualquier momento. El siseo de su lengua los mantuvo tensos. John sabía que su movimiento debía de ser certero. El disparo no era sencillo en esas condiciones. Se colocó lentamente al lado de Ishbel para llamar la atención de la serpiente. Su arma descansaba en su mano, y en un rápido movimiento, desenfundó y dio en el blanco.

John se cercioró de que estuviera muerta, la levantó estirando el brazo frente a él y la dejó caer de vuelta. Regresó con Ishbel para que su jadeante respiración fuera a dar a sus brazos y permitirle descansar de ese tenso momento. John la sostuvo apretándola contra su pecho y preguntó:

—¿Estás bien?

Ishbel alzó los ojos con ternura, como si estos agradecieran que la hubiera salvado. Fue inusual para John experimentar esa gratitud. Ella dijo:

—… Sí, sólo me… asusté.

—¿Por qué te alejaste sin un arma?

—No lo sé, sólo… empecé a caminar.

—Esta tierra sigue siendo peligrosa.

—Lo sé. Me descuidé. No volverá a pasar.

El pujó incrédulo. La conocía, ella no era de las que cometían un error así. Dudó de que lo que casi sucedía hubiera sido un accidente. Dijo:

—Al menos tendremos algo fresco para el almuerzo.

Regresaron caminando al interior del campamento.

MÁS TARDE

La rutina incluía acostarse uno frente al otro con la fogata de por medio. Esta ocasión no fue diferente, sólo que ahora, ambos estaban tendidos de lado viéndose a la cara observándose como si jugaran a quién cerraba los ojos primero.

—¿No puedes dormir? —preguntó John.

—… No —confesó Ishbel.

—¿Por qué? ¿Por lo que acaba de pasar?

—Sí. ¿Tú?

—¿Yo? Yo estoy bien.

—Pero, sigues despierto.

—Todo es cuestión de que… cierres los ojos. —Giró para ponerse boca arriba y cubrió su rostro con el sombrero.

—¿Vas a dejarme así? —reclamó.

—Ishbel, podrías dormir si quisieras —respondió manteniendo su boca debajo de su sombrero —. Llegaremos después de mediodía a Helena sólo si salimos temprano.

—Sí, lo recuerdo —lamentó Ishbel, pensativa.

John aspiró con fuerza en el pequeño hueco sobre su rostro. Fue algo similar a un suspiro. Unas horas más juntos y cada quien reiniciaría su vida. Había tenido eso en mente todo el día, no sé si él también. Como tampoco sabía si encontraría en Helena el primer día del resto de mi vida. Me sentía orillada más que motivada a dar ese paso. Sin embargo, algo en mi

interior también me decía que siempre habría una posibilidad de hacer a un lado todo ese plan y… retomar otro.

Ishbel le dio la espalda a John e intentó conciliar el sueño. El camino montaña abajo había sido agotador, pero la inquietud que abrumaba su corazón era aún más fuerte. Por su parte, John también luchaba con sus demonios, sabiendo lo que Ishbel sentía y lo que él mismo se limitaba a sentir. No era un hombre de piedra e Ishbel era una mujer muy atractiva. Su cuerpo también lo empujaba a hacer cosas que, la prudencia le impedían.

«Mañana no la verás más», pensó John intentando animarse. «Falta poco para que puedas acabar con esto y… seguir con tu vida… ¿Quieres que sea así?».

Estaba consciente de que Ishbel no podía ver su rostro, ni todos los gestos que sus pensamientos lo obligaban a hacer. Él tampoco podía dormir, pero no iba a confesárselo. Pensaba en la separación y las dudas comenzaron a abordarlo.

«¿Y si le dijera toda la verdad?», espéculo buscando una esperanza. «Conociéndola sería capaz de perdonarme, o… de golpearme por no habérselo dicho antes. ¿Tengo el derecho a orillarla a una vida como la mía por lo que siento? No, definitivamente no».

Los sonidos de los pasos de Ishbel interrumpieron su meditación. John se dio cuenta de que se acercaba.

«Finge estar dormido», se dijo.

Su sombrero fue levantado verticalmente para dejar ver a una Ishbel de pie junto a él, que, con una cara de inocencia, se quejó de nuevo:

—No puedo dormir.

John resopló como lo haría un adulto tratando a una niña. Se incorporó a medias para sentarse, la miró hacia arriba sabiendo que esa noche sería larga. Soltó entonces lo que su corazón ya le había dictado:

—¿Quieres acostarte junto a mí?

El rostro de Ishbel se iluminó como si hubiera esperado esa respuesta. Se acurrucó junto a él sobre la manta que había tendido John, apenas cabían. Él se mantuvo boca arriba sin saber dónde poner el brazo que estaba del lado de Ishbel. Ella se colocó de costado dándole la espalda para tener de frente la fogata.

Las pulsaciones de John ya habían subido para entonces. Estaba nervioso y sabía que le faltaba poco para no poderse controlar. Sabía lo que sentía por ella, y, por lo mismo, también debía anteponer la razón a sus sentimientos.

«¿Cómo convencerte de que yo no soy la persona adecuada para ti?», se preguntó John todavía mirando hacia el cielo.

> Me había dejado llevar por mis instintos para acercarme a él, lo sabía. La idea de que no lo vería más era algo que no podía soportar; eso, y las ganas que mi cuerpo tenían de tenerlo nuevamente. Sabía que, de no intentarlo, no habría otra oportunidad para una… despedida; pero necesitaba un poco más de voluntad de su parte.

Los brazos engarruñados sobre su pecho sólo eran una parte de la condición con la que ahora se castigaba Ishbel. No quería mantenerlos así, por lo que intentó acomodar también sus piernas.

—Tengo frío —dijo ella repentinamente, y esperó casi paralizando su cuerpo.

De pronto, el movimiento de John le advirtió que la había escuchado. Su brazo se cruzó sobre su cintura para abrazarla y atraerla hacia él con fuerza. Aquello fue algo sorpresivo, pero Ishbel no se negó, sino que hizo que acompañara al calor que su cuerpo ya sentía exhalando sus deseos al estirar su cabeza hacia John.

Él siguió avanzado para sostenerla con ambos brazos. Los ojos cerrados de Ishbel lo agradecieron y la hicieron voltear a verlo a los ojos sobre el hombro. El rostro de John había

cambiado, era otro, tal vez un poco salvaje, tal vez el de un hombre desenfrenado; pero era lo que ella había querido despertar.

—John —dijo con voz temblorosa.

—Ishbel —respondió el de la misma manera y la besó apasionadamente.

Luego se colocaron frente a frente olvidándose de todo y procurando vivir el momento, pero estaban demasiado cubiertos para la ocasión. La noche fresca no fue impedimento para que se deshicieran con rapidez de lo que traían puesto. El vestido fue a parar al suelo junto con la camisa y los pantalones de John. Esta vez, él tomó la iniciativa para descargar toda la tensión que había guardado desde esa primera vez.

El acto fue algo más que darse gusto. Se desbordaron víctimas de sus pasiones aprovechando aquel episodio que les estaba dando una nueva oportunidad. John se comportó particularmente hosco, pero eso, lejos de molestarla, excitó más a Ishbel, quien respondió de la misma forma. Abrazados uno a otro, removieron lo que quedaba de la manta mientras sus piernas temblaban.

Ella estaba encima cuando John se rindió sosteniéndola como si fuera su cobija. Sus rostros estaban muy cerca y se veían aliviados… liberados. Sonrieron uno al otro.

—¿Crees que ahora podrás dormir? —bromeó John.

—… Sí. —Dejó caer su rostro sobre su pecho—… Ahora podré dormir.

> Nos recostamos desnudos uno junto al otro utilizando mi propia manta para cubrirnos. Me encontraba cansada, pero feliz. Ahora creía que las cosas podían ser diferentes, pero no hablaría de eso hasta después, esperaría.

LA MAÑANA SIGUIENTE

Sus ojos se abrieron al sentir la luz del sol sobre su rostro. No era común que despertara tan tarde, pero, esa ocasión fue así. Ishbel tenía su vista puesta en donde había estado la fogata, misma que ahora estaba apagada despidiendo los últimos rastros de su corta existencia. Sonrió al acordarse de lo que había pasado y de lo que esa experiencia significaría para ella. Seguía desnuda bajo la cobija y su primer impulso fue extender su brazo para alcanzar a John a su espalda.

—¿John? —dijo asustándose al no sentirlo.

Se sentó manteniendo su pecho cubierto. Él no estaba, entonces su temor creció haciéndola ponerse de pie envolviéndose en lo que tenía a la mano. Caminó descalza en varias direcciones sin encontrarlo. No había señales de violencia, lo que la tranquilizó. Buscó su vestido, y fue entonces que encontró la primera pista: la ropa con la que había llegado a la cabaña sobre la rama de un árbol. El único que pudo haberla colocado ahí era John.

El vestido estaba al alcance de su mano, había sido zurcido para que lo pudiera usar. Lo bajó de la rama y lo sostuvo entre sus manos presintiendo que todo eso era una mala señal.

—¿Cuándo hizo esto? —se preguntó entendiendo que era algo que tenía preparado—… ¿Por qué?

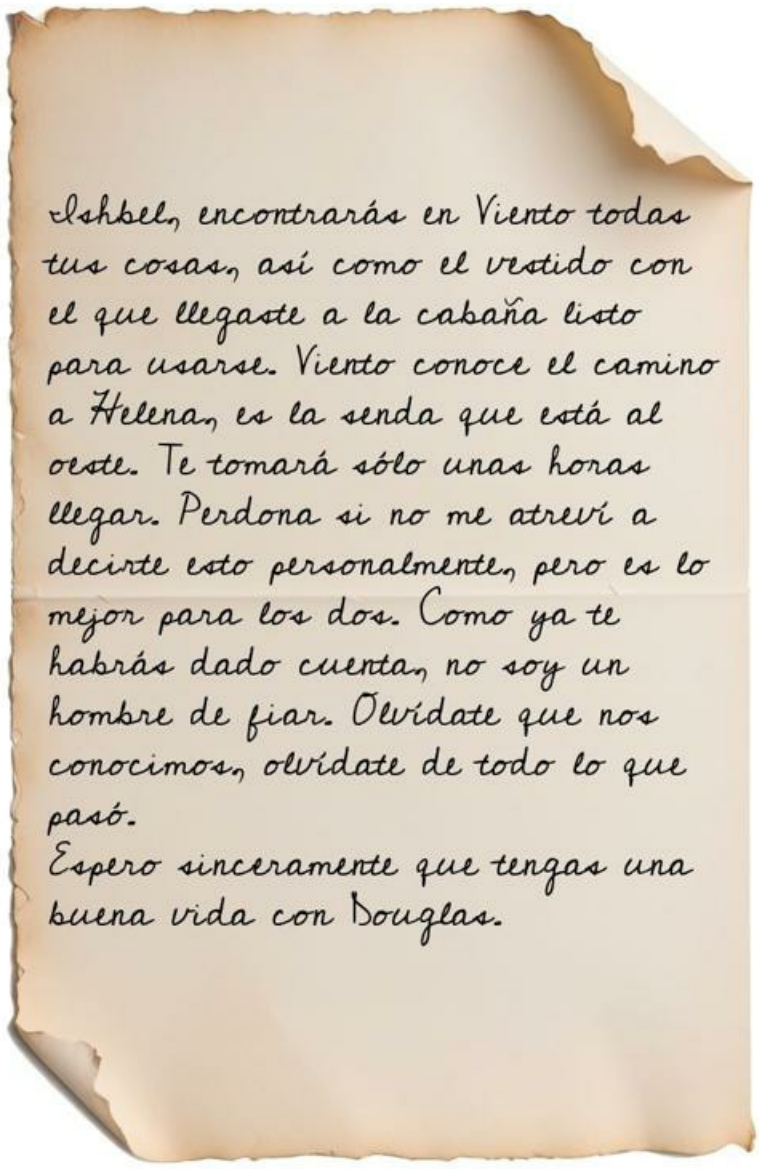
Se quitó la cobija y se vistió tan rápido como pudo. Caminó alrededor del campamento notando que todo había sido recogido, lo que la hizo acordarse de su caballo y sus cosas.

> El temor me consumió por unos segundos imaginándome lo peor; pero, cuando encontré a Viento perfectamente listo para partir y todas mis cosas, entendí lo que sucedía, John me había abandonado.
> No supe qué sentir. Pensé que era víctima de una pesadilla y que todavía seguía dormida con él a mi lado; pero no era así. ¿Por qué había hecho eso? Ni siquiera tuvo el valor de decirme de frente cuáles eran sus intenciones.

Mientras estaba parada ahí, paralizada a la luz de un hermoso día, sus ojos se perdieron en el vacío. Había sido traicionada, olvidada, y lo peor, abusada por un tipo que había fingido durante tanto tiempo. A pesar de todo, el hecho carecía de sentido.

La caricia de Viento a su mano la regresó a la realidad haciendo también que su semblante petrificado reaccionara. Tomó las riendas del caballo para regresar al centro del campamento, justo al lado de una fogata fría.

Caminando lentamente trató de evaluar la situación. Ni siquiera estaba molesta, la confusión era la que la atacaba. Comenzó a ver cada elemento a su alrededor como si se tratara de una escena surrealista. Llevó sus manos hacia las piernas arrastrándolas, nerviosa. Percibió entonces que la bolsa de su vestido no estaba vacía, había una nota dentro de ella, la leyó:


Ishbel, encontrarás en Viento todas tus cosas, así como el vestido con el que llegaste a la cabaña listo para usarse. Viento conoce el camino a Helena, es la senda que está al oeste. Te tomará sólo unas horas llegar. Perdona si no me atreví a decirte esto personalmente, pero es lo mejor para los dos. Como ya te habrás dado cuenta, no soy un hombre de fiar. Olvídate que nos conocimos, olvídate de todo lo que pasó.
Espero sinceramente que tengas una buena vida con Douglas.

Ishbel tuvo que leer la nota varias veces, luego, esta se deslizó por entre sus dedos hasta casi caer al suelo. Sus brazos quedaron a sus lados víctima del choque emocional. Entendió que, el

hombre con el que había convivido por tantos meses era un extraño. Comenzó a llorar sin saber si experimentaba ira, desamor, traición o todas estas emociones juntas. Apretó los puños deseando tenerlo enfrente para golpearlo.

Sus ojos entornados encontraron entonces un plato con el desayuno preparado junto a lo que quedaba de la fogata. Era la serpiente que la noche anterior la había atacado.

Al no tener algo más con qué desquitarse, Ishbel pateó aquel plato tan fuerte como pudo y profirió un sonoro grito que todo el bosque escuchó, rompió aquel papel y luego exclamó furiosa:

—¡Maldito seas John Sherman!

A una distancia prudente.

El único testigo de aquella rabieta observaba todo con su catalejo. Se encontraba oculto entre la vegetación al lado de Negro, quien, con su relinchido, advirtió lo que pensaba.

—Lo sé amigo —dijo John con ojos entornados. Guardó su herramienta, suspiró con tristeza y concluyó—: Ishbel no se lo merecía, pero, créeme, decepcionarla es lo mejor que pude haber hecho.

16
DOUGLAS

HELENA, PRIMAVERA DE 1868

Helena, ubicada en el valle en la parte oriental de las Montañas Rocosas, con poco más de tres años desde su reconocimiento como ciudad, contaba con algunos miles de habitantes en esos tiempos. Muchos de ellos habían llegado ahí por la fiebre del oro, lo cual trajo consigo negocios y comercios, al igual que toda la estructura de entretenimiento que debía acompañar a un sitio donde el trabajo duro era cosa de todos los días.

El sol estaba en su esplendor cuando la figura de una mujer sobre un caballo de intenso color café cruzaba la frontera. Su presencia no atrajo en primera instancia la atención de los pobladores, quienes, en un ir y venir de una comunidad llena de vida, se ocupaban de sus propios asuntos.

> Me había mantenido en silencio todo el camino procurando no llorar. La vida de la que tenía memoria no había sido fácil en ningún momento, y cuando creí que había algo a lo que podía aferrarme, él me traicionó. No sabía si culparme a mí misma por hacerme ilusiones, creo que él siempre había sido claro en su postura y yo simplemente lo seguía empujando. No me preocupaba lo que Douglas y otros pensaran de mí, ya era una mujer bastante adulta como para andar dando cuentas. Tampoco estaba segura de las intenciones de mi… prometido, y menos, de si mantendría su proposición a pesar de lo que había sucedido; aunque, ni siquiera había considerado decírselo.

Como una sombra, Ishbel se dejó guiar por Viento, quien se mantuvo en el sentido de todos los demás caballos, carretas y otros medios de movilización que ingresaban a Helena. Al fin había llegado al destino que se había trazado hacía un año, cuando puso por primera vez un pie en América.

Ishbel, alargando su vista hacia todos lados, no sabía hacia dónde dirigirse. Ahogando sus emociones, pasó sus dedos por sus ojos antes de atreverse a preguntar a uno de los paseantes:

—¿Dónde puedo encontrar al sheriff?

El sujeto con el que hablaba era mayor, y ante la pregunta, se quitó el sombrero para saludar y explicar luego:

—… Siga por esta calle hasta el casino y tome a la derecha, ahí podrá ver la comisaría.

—Gracias.

COMISARÍA

Sentado tras su escritorio, el sheriff Wyatt Caldwell revisaba algunas de las órdenes de captura pendientes. Su sombrero descansaba en el mueble mientras el aroma de su tabaco subía delante

de su rostro. Su cabello castaño y liso se extendía hacia atrás y su poblado bigote, con algunos días sin rasurar, exaltaba su estado poco aseado.

Wyatt no estaba solo, un sujeto ocupaba una de las dos celdas a su lado, recostado y aparentemente dormido en su propio espacio. Lo había arrestado el día anterior por escandalizar en la vía pública y por ebriedad.

Alguien tocó a la puerta, lo que hizo que levantara la vista. Rara vez recibía visitas a esa hora, lo que lo sorprendió. Dijo:

—¡Adelante!



Ishbel entró y su presencia fue de impacto inmediato.

—¿Sheriff? —preguntó ella.

—Así es. —Se levantó con prisa para saludarla—. Soy el sheriff Wyatt Caldwell. A sus órdenes… señora.

Ishbel hizo una mueca interna, y sin ganas de corregirlo, sólo le respondió con su nombre.

—Soy Ishbel Mackenzie… y…. creo que le sonará extraño, pero necesito de su ayuda.

—Esa es mi función, señora, ayudar a quien lo necesite.

La conversación hizo que el tipo en la celda despertara haciendo a un lado su sombrero y poniéndose de pie al observar a la mujer pelirroja. Se acercó a los barrotes y preguntó:

—¿No vas a presentármela sheriff?

—Sigue tu siesta Jesse, o te quedarás otro día en la sombra.

El sujeto apoyó sus brazos sobre el barrote medio entre los verticales y se quedó ahí en silencio. A Ishbel la puso nerviosa su mirada, pero continuó con la entrevista.

—Por favor, tome asiento para que podamos hablar sobre su problema —propuso Wyatt.

Se sentaron frente a frente en el escritorio y entonces Ishbel explicó:

—Verá, sheriff…

—Puede llamarme Wyatt.

—… No, creo que prefiero… mantener mi distancia —estableció pronto y tropezándose en su hablar señaló—: No sé ni por dónde empezar… Verá, yo tenía que haber llegado a Helena en noviembre pasado, pero, mi caravana fue atacada y…

Recordé lo que John me había dicho. No había pensado en que en algún momento tendría que dar una explicación. ¿Qué hacía? Mentir no era parte de mí. Y en ese momento, no sentí deberle nada a John, pero tampoco quería dar información que… terminara afectándome.

—… Yo me… perdí en la montaña —continuó.

—¿Se perdió en la montaña en invierno? —cuestionó Wyatt incrédulo.

—Sí.

El sheriff se recargó en su silla formulando en su mente su próxima pregunta, algo no encajaba en la historia.

—¿Quiere decirme que estuvo meses perdida en la montaña?

—… Algo así.

—¿Sola?

—No… alguien me ayudó —sucumbió ante la presión.

—¿Puedo saber quién?

—¿Eso importa?

—Tal vez.

Ishbel sintió la presión en su mirada, pero no quería seguir ese curso, así que reviró:

—Bueno sheriff, la razón por la que estoy aquí es porque quisiera que usted me ayudara a encontrar a alguien. Verá, después del ataque a la caravana perdí la memoria y… no recuerdo mucho; pero sé que me dirigía a Helena para ver a alguien.

—¿Sabe su nombre?

—Douglas Johnson.

—¡¿El Sr. Johnson?! —exclamó asombrado—. ¿Usted viene a verlo?

—Sí. ¿Lo conoce?

—Todo Helena lo conoce.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Si me lo permite, yo mismo la llevaré con él.

La respuesta del sheriff me había hecho recuperar el ánimo. Fue como haber encontrado por fin un lugar de descanso. Sin embargo, ahora mis nervios se habían puesto de punta por otra razón: ¿cuál sería el recibimiento de Douglas?

CASINO

Ishbel ya había pasado por ahí. El negocio se encontraba en la esquina, justo enfrente de un hotel con un letrero con el nombre: *Mountain View.*

Las puertas de vaivén del establecimiento se balancearon mostrándole a la forastera una visión de un mundo muy diferente. Algunos vaqueros se habían acomodado en la barra, pero había aún muchos lugares vacíos, probablemente por la hora. Dos mujeres provocativamente vestidas se movían haciendo gala de sus gracias y manteniendo el ánimo de los clientes al borde.

Sentí cómo los ojos de todos los que estaban ahí me miraron al entrar. Fue como si supieran que yo no pertenecía a ese lugar. Afortunadamente, el sheriff iba delante de mí. Fue un episodio bochornoso.

—¿Y tú? —preguntó una mujer malencarada de la edad de Ishbel acercándose—. ¿Buscas trabajo?

Antes de que Ishbel pudiera responder, Wyatt lo hizo por ella.

—No, Daisy. La señora viene a ver al Sr. Johnson.



Ella era Daisy Malone, una de las administradoras del negocio. Se detuvo frente a Ishbel impidiéndole el paso; la escudriñó de pies a cabeza sin dejar de mover la boca como si mascara tabaco. Sus grandes ojos entendieron que Ishbel no era como las demás mujeres del local.

—¿Buscas al Sr. Johnson? —interrogó.

—Sí —respondió Ishbel—. A Douglas Johnson.

—¿Cuál es tu nombre?

—Ishbel Mackenzie.

Daisy reaccionó como si el nombre le fuera familiar, volteó la cabeza intentando encontrar cierta similitud en el rostro de la visitante, pero cualquier cosa que hubiera pensado, se la guardó para sí.

—Creo que está arriba —expuso.

Ishbel localizó con la mirada las escaleras del fondo, pero no sabía cómo proceder ahora.

—¿Puedo subir? —preguntó.

—No —le respondió Daisy—. Yo lo haré bajar.

Se quedó ahí, en medio del salón acompañado por Wyatt, hasta que este propuso:

—Será mejor que nos sentemos.

—Sí, por favor.

El sheriff se apresuró a tomar una de las mesas donde se acostumbraba apostar, ahora estaba vacía.

—¿Le apetecería algo de tomar? —preguntó Wyatt.

—Creo que me haría mucho bien —aceptó Ishbel.

Observaron a Daisy subir las escaleras con cadencia mientras sostenía con sus manos el vestido lateralmente. No tenía la misma prisa que Ishbel. Se perdió por el corredor del segundo piso que conducía a las habitaciones del casino.

Un par de bebidas fueron puestas sobre la mesa.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Ishbel por hacer plática.

—Es el casino del Sr. Johnson, el *Golden Horseshoe*.

—¿Su casino?

—Sí, tiene esta propiedad y el hotel de enfrente, como algunos otros negocios en Helena.
—Entonces él es un… hombre rico.
—Yo diría que sí.

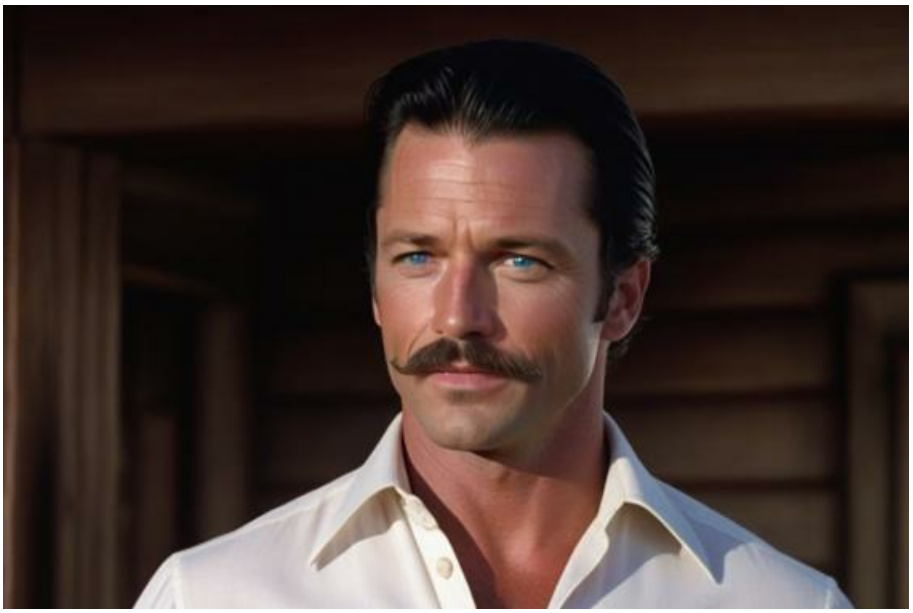
La única impresión que tenía de Douglas era la de una persona con clase, y eso sólo por la fotografía. Descubrir que era pudiente completaba más su cuadro, aunque nunca consideré esa "cualidad" algo importante. Esperaba que por lo menos me pudiera decir más acerca de mí. Y si estábamos comprometidos, no sabía cómo iba a manejar eso después de lo sucedido con John. Lo que menos deseaba era involucrar de nuevo mi corazón. Respiré profundamente entendiendo que tenía que dar un paso a la vez.

El apresurado taconeo de unas botas alteró todo lo que estaba ocurriendo en el piso de abajo. Un hombre bien parecido en sus cuarentas salió por el hueco del corredor hasta la barandilla prendiéndose de esta. Su camisa estaba desabotonada como si acabara de ponérsela. Su color de cabello y barba eran similares a las de John, pero sus ojos eran profundamente azules, observó hacia abajo como buscando algo.

A un tiempo, las miradas de Ishbel y Douglas se encontraron en medio de aquel espacio. Ella lo reconoció, y él, con dudas, también. Caminó lentamente hacia las escaleras seguido a corta distancia por Daisy.

Nuestro primer encuentro visual fue algo frío. Supe que era él, pero nada en mi interior cambió, seguía siendo sólo una imagen que ahora tenía movimiento. Me puse en pie al verlo aproximarse.

—¿Ishbel? —dijo él tomando sus manos sin reconocerla del todo—. ¿Eres tú?
—… Sí, eso creo —admitió su contacto físico con indiferencia.
—Por fin podemos vernos en persona —señaló con alegría e intentó dar un paso más amoroso, pero se contuvo al notar la seriedad de Ishbel. Preguntó—: ¿Qué fue lo que te pasó? Escuché lo de la caravana. Pensé que…
—Es una… larga historia.
—Necesito escucharla.



Fue un trato muy diferente al que había tenido. Sentí su calor al tocarme y la preocupación dibujada en su rostro. Me sentí bienvenida. Inmediatamente quiso saber qué es lo que me había acontecido y quería escucharme. No puse atención en ese

momento en su estado ni en las razones que lo tenían en una habitación del segundo piso. Tampoco hablé mucho en el camino, sólo me dejé guiar hasta el hotel, donde, nos acomodamos en una pequeña mesa junto a la ventana.

Douglas usaba colores claros en su indumentaria, la cual terminó de arreglarse una vez que se habían sentado. Lo recibieron con atenciones, ya que era el dueño del lugar. En todo momento procuró el bien de una Ishbel que parecía que acababa de despertar de una pesadilla. Pidió que les trajeran algo de comer y luego dijo:

—Cuando escuché que tu caravana había sido atacada y que nadie sabía dónde estabas, pensé… lo peor —sus ojos se entornaron—. Todavía no puedo creer que estés aquí y a salvo. —Besó su mano.

Ishbel no supo cómo reaccionar ante tantas atenciones, sólo se limitó a sonreír a medias.

—… Dime qué te sucedió —continuó Douglas.

—Bueno, tendré que hablarte de lo que puedo recordar…

Le comuniqué lo que sabía, que no era mucho. Tuve que mencionar a un ayudador sin mencionar su nombre ni grandes detalles. Douglas no se molestó, al contrario, agradeció al hombre que me había cuidado durante el invierno. Nunca dudó de mí, ni siquiera se molestó, fue como si creyera cada palabra que salía de mi boca y no necesitara saber nada más. Ante tal actitud, me sentí sucia al recordar cómo yo le había fallado, y las lágrimas que veía en mí, tenían ese contexto.

Douglas se echó para atrás en la silla mientras llevaba su mano a la boca, pensativo. Ishbel había terminado su historia y él, emocionado, compartió sus sentimientos.

—¿No recuerdas nada antes de eso? —interrogó él.

—No, no sé nada de mí antes de llegar a América. No supe de nuestro compromiso hasta que… leí tu carta.

—Entiendo. —Alzó la mirada al techo—… Bueno, creo que también tendré que ponerte en antecedentes para que… recuperes tu vida.

—Eso sería muy bueno. No la he pasado muy bien.

—Pero ahora será diferente. Has llegado a tu hogar; aunque primero, quisiera que descansaras.

Douglas truncó el tema ahí para proceder con los sagrados alimentos. Habló de otras cosas: de la vida en Helena, de lo que él hacía y sus negocios. Era un hombre de mundo y habló un poco de sus viajes. La pesadumbre que Ishbel tenía fue disminuyendo conforme las distracciones se fueron incrementando. Douglas incluso la hizo reír, y quizás hasta olvidarse de su reciente pasado.

ESA TARDE

Douglas la instaló en una de las habitaciones de su hotel junto con las pocas pertenencias que traía consigo. Ishbel, escuchando a medias las palabras de su hospedador, se dirigió con prisa a la cama para sentarse sobre ella. Sus manos acariciaron la superficie mientras sus ojos se cerraban imaginando poder usarla. El sol empezaba a ocultarse provocando un color anaranjado en el cielo.

—¿Estás bien? —preguntó Douglas al percibir su distracción.

—¿Eh? ¡Sí! Estoy bien, sólo algo cansada.

—¿Prefieres quedarte sola?

—Prefiero dormir. No recuerdo haber estado en un lugar tan cómodo desde… nunca.

—Ya veo…, aunque eso no es del todo cierto.

—No te entiendo.

Él se aproximó lentamente y ocupó un lugar a su lado en la cama. Estaban los dos sentados con las piernas colgando. Dijo:

—¿Es en serio que no lo recuerdas?

—No, ya te dije que no.

—¡Vaya! —volvió a quedarse pensativo—. Tengo que contarte muchas cosas entonces; pero no será hoy. Me gustaría hacerlo con calma, tal vez en el desayuno.

—Está bien —dijo con voz de aceptación.

—Lo que quiero que hagas ahora es descansar. —Volvió a besar su mano y se puso de pie observándola fijamente—. Me alegro de que estés aquí.

> Quise decirle algo, pero nada salió de mi boca. Le dibujé una sonrisa y lo vi salir de la habitación. El recuento de las cosas malas chocaba ahora con el de las cosas buenas. Douglas era un caballero y un hombre amable. Me sorprendió su comprensión, todavía estaba en shock. Miré de nuevo la cama y me dispuse a ponerme cómoda. Ese último día había sido como una pesadilla. Mi mayor deseo en ese instante fue tratar de descansar, tal vez de esa forma, despertaría en un mundo diferente.

AL DÍA SIGUIENTE

Nuevamente, Ishbel se había quedado dormida hasta tarde. Su pesado sueño volvió a abrazarla. Envuelta en las sábanas de aquella cómoda cama entreabrió los ojos cuando escuchó a alguien tocar a la puerta.

—¡Srta. Mackenzie! —era la voz de la mucama.

De mala gana, Ishbel se levantó para atender el llamado. Giró el picaporte, y todavía en un estado de semiinconsciencia, se encontró con una mujer blanca, vestida con el uniforme de los empleados del hotel y una gran sonrisa.

—¿La desperté? —preguntó ella apenada.

—Sí —respondió Ishbel—, pero, supongo que está bien.

—Discúlpeme, pero el Sr. Johnson la encontrara dentro de una hora en el comedor y me dijo que viniera a prepararle un baño y a traerle algo de ropa.

—¿Ropa? ¿Johnson? —cuestionó ella adormilada.

—Sí, el Sr. Douglas Johnson.

Ishbel escudriñó sus alrededores haciendo volver su reciente pasado al presente. No había sido un sueño, estaba en Helena con… Douglas.



—¿Me permite pasar? —preguntó la mujer y continuó llevando varias cosas en sus manos hasta el interior, volteó a verla y explicó—: Soy la Sra. McBride, pero puede llamarme Lola. Trabajo para el Sr. Johnson y mi responsabilidad es atenderla personalmente.

—¿Atenderme? —preguntó intrigada.

—Sí, atenderla. De ahora en adelante estaré a su servicio y puede preguntar por mí en cualquier momento. —Observó la condición de Ishbel y dijo—. Lo primero que tenemos que hacer es deshacernos de toda esa ropa maltratada. Una mujer de su clase debe de vestir adecuadamente.

Lola era una mujer de una edad mayor a la de Ishbel, autoritaria en cierto sentido, aunque más bien, enfocada a su trabajo. Su primera instrucción fue llevar a Ishbel a tomar un baño caliente, lo cual pudo hacer en la tina con la que su habitación contaba.

—Preferiría hacerlo sola —argumentó Ishbel antes de quitarse el último despojo de su ropa.

—Vamos Srta. Mackenzie —animó Lola—. Va a decirme que en casa de su padre no tenía estas atenciones.

—¿En casa de mi padre? —preguntó intrigada.

—Sí. —Le quitó lo que la cubría y la ayudó.

> Entré en el agua caliente, lo cual fue todavía más agradable que la cama. Lola no aceptó mi petición y se quedó allí como todo buen sirviente. Seguía desconcertada.

—Lola —dijo Ishbel mientras le tallaba la espalda—. ¿Conoces a mi padre?

—No señorita, sólo sé lo que el Sr. Johnson me dijo y… que debía atenderla como usted estaba acostumbrada.

—¿Acostumbrada? No entiendo.

—También el Sr. Johnson me dijo que usted tenía un… problema temporal con su memoria y que debía de ser comprensiva.

—¡Lola! —detuvo el cepillo y la vio directo a los ojos—. Necesito que me digas lo que sabes.

La mucama observó la desesperación en los ojos de Ishbel, pero lejos de juzgarla, la comprendió. Fue como si hubiera surgido una conexión en ese mismo momento.

—… Pues no puedo decirle mucho porque en realidad, nadie fuera del Sr. Johnson sabe

mucho acerca de su familia —justificó Lola—, pero le diré lo que sí sé. —Hizo una pausa recapitulando en silencio y dijo—: El Sr. Johnson es socio de su padre en muchos negocios, el casino, el hotel y algunos comercios en Helena…

—¿Has visto a mi padre? —interrumpió Ishbel.

—No. Llevo muchos años trabajando para el Sr. Johnson y nunca lo he visto en el hotel. Claro que yo no soy nadie para estar preguntando quién entra o sale.

—¿Él no ha estado aquí?

—No; aunque son socios desde hace poco, tal vez dos años.

La mirada de Ishbel se perdió en el vacío al darse cuenta de que su padre nunca había pisado esa tierra. Su siguiente pregunta fue interior, necesitaba saber si él o alguien de su familia, había hecho suposiciones de su destino.

MOUNTAIN VIEW

Ishbel no fue la única que se había arreglado para la ocasión. Douglas, vestido con un elegante traje blanco y bien afeitado, la esperaba de pie con una flor en la mano.

Ella apareció al fondo bajando la escalera con el vestido verde esmeralda que él le había comprado, el cual destacaba por sus bordados hechos a mano. Sin embargo, se notaba cierta incomodidad por parte de Ishbel, quizás por lo ajustado del corsé, o tal vez, porque se había desacostumbrado a usarlo.

Llegó hasta Douglas, quien besó de nuevo su mano y le entregó el presente. Ishbel, desconociendo el protocolo, agradeció el gesto y no supo dónde poner el obsequio, así que lo dejó en el vaso con agua de la mesa.

—Luces hermosa —apreció Douglas.

—Gracias, aunque me siento algo molesta con esto. —Meneó su cintura.

—¿Gustas sentarte?

—Claro.

Lo hicieron de nuevo en una mesa separada del resto de los comensales junto a una de las ventanas. Hacerlo le costó a Ishbel más que una respiración.

> Ya había descansado lo suficiente y amainado mis vientos; además, después de lo que Lola me había dicho, tenía preguntas directas y quería que fueran contestadas rápidamente.

—Douglas —dijo Ishbel—, quisiera ir al grano.

—Bueno, esa fue la idea desde un principio, hablar con calma una vez que hubieras descansado…

—Lola me habló sobre mi padre —lo interrumpió.

—¡Oh! Pensé que iniciaríamos con otro tema; pero, ¿qué fue lo que te dijo? —preguntó cambiando su semblante confiado por uno serio.

—No mucho, sólo que tú y él son socios.

Douglas se echó para atrás en el asiento, resopló con cierto aire de preocupación y bajó la mirada, sólo para contestar a Ishbel un poco después.

—Bueno, Ishbel, tu padre y yo… éramos socios.

—¿Eran? ¿Ya no lo son?

—Creo que tendré que explicártelo desde el principio… Tu padre tenía negocios en Irlanda y

quería expandirse a América. Dejó en mis manos muchas de sus inversiones y… por supuesto, me pidió que me hiciera cargo de ti.

—¿Por qué? —cuestionó frunciendo el ceño y temiendo preguntar—. ¿Acaso se… desentendió de mí?

—No —negó de inmediato—. Tu padre murió antes de que tú vineras…

Las palabras de Douglas se cortaron y entonces los ojos de Ishbel se humedecieron. Fue una reacción involuntaria, cuando pensaba que las cosas no podían empeorar, se dio cuenta de que estaba en un error.

—… Fue una larga enfermedad… y tal vez es un alivio que no lo recuerdes.

—… ¿Y mi familia? ¿Hay alguien más?

—No, tu padre era tu único pariente.

> Inhalé con fuerza sintiendo el golpe del despojo en mi corazón. Pensé por un momento que lo mejor hubiera sido no bajar de esa montaña, al menos allá hubiera ignorado lo que ocurría en este nuevo mundo; pero casi de inmediato, me acordé de la traición de John y volví a poner los pies en la tierra.

Enjugó sus lágrimas y les dijo a sus sentimientos que ya era suficiente, que no podía seguir lamentándose, que era tiempo de mirar hacia adelante.

—No quise decírtelo ayer —justificó Douglas—, pensé que no era el momento y…

—¿Cuál es tu plan? —preguntó fríamente.

—¿Mi plan?

—Sí, tu plan. La carta que me enviaste menciona que estamos comprometidos.

—Sí —respondió con voz temblorosa—, era lo que tu padre quería.

—¿Mi papá o tú?

—Es una forma de decirlo Ishbel. —Sonrió viendo algo más que furia en su semblante—. Yo también lo deseo. Si te escribí esa carta es porque deseo casarme contigo.

—Bien, Douglas Johnson —concluyó entonces—… Yo estoy dispuesta a continuar con ese compromiso.

Douglas sonrió con un extraño brillo en sus ojos, uno que iba más allá de un sentimiento de felicidad; mas, Ishbel no estaba lo suficientemente atenta para percibirlo; en aquel momento, ella sólo quería provocar un cambio.

> Continuamos hablando de muchas cosas, la mayoría de ellas ni siquiera las escuché. Douglas estaba animado, mucho más que yo. Tal vez me habló de sus planes conmigo, creo que entendí algo así; o quizás de los negocios que tenía con mi padre. Yo ignoraba dónde encajaba yo en esto último. Mi cuerpo estaba ahí, pero mi consciencia no. Desmotivada, regresé a mi habitación un poco después.

Ishbel se la pasó dando vueltas por su pequeño espacio durante mucho tiempo. Sus pasos cortos y brazos cruzados la hacían repensar la noticia de que era una huérfana. Sin embargo, lo que más le hacía daño era que no tenía una sola imagen mental de su padre, quien era la única persona cercana con quien había llevado una buena relación.

Al no encontrar a un culpable de su amnesia, se sentó en la cama molesta consigo misma. Intentaba castigarse y le era imposible dejar de pensar en eso, pero tampoco quería llorar nuevamente, así que, cada vez que sentía ese deseo, apretaba su garganta y se acordaba de John para enfurecerse.

Fue hasta entonces que meditó en lo que acababa de hacer, le acababa de confirmar el compromiso a Douglas, pero, ¿era también su anhelo o era una excusa para escapar de todos sus problemas? Ahora que lo conocía, ¿estaba dispuesta a pasar una vida con él?

Dejando que sus manos se movieran por su propia cuenta, buscó en sus cosas su diario y

algunos carboncillos que había traído consigo. Iba a usar la próxima hoja en blanco, pero en lugar de eso, la desprendió como si lo que fuera a hacer no formara parte de su historia. Comenzó a dibujar de memoria el rostro de Douglas. Ni siquiera ella misma supo el porqué, sólo era una excusa para dejar de especular. Cuando hubo acabado, lo observó como si lo tuviera enfrente. No supo qué decir y lo dejó sobre la cama.

Se puso de pie de nueva cuenta y fue hasta el borde de la habitación, aquel que tenía una ventana que daba hacia la calle. Llegó ahí por coincidencia, dejando que sus ojos se distrajeran con el movimiento de Helena.

—¿Douglas? —murmuró al distinguir su traje parado frente al casino.

La situación no hubiera sido extraña de no ser por los cuatro tipos que lo acompañaban, uno de ellos era el hombre que había visto en la cárcel del sheriff Wyatt, lo que provocó la curiosidad de Ishbel.

> Observar a Douglas con hombres de esa calaña me pareció un poco fuera de lugar conforme a lo que me había mostrado. En realidad, no sabía mucho acerca de su vida ni podía juzgarlo; no obstante, lo que estaba ocurriendo hizo que me olvidara de todo lo que había estado considerando.
> Repentinamente, Douglas comenzó a realizar algunos aspavientos como si los regañara, y ellos permanecían en su lugar sin responder. Eso me aseguró que tenían alguna relación.

Alguien tocó a la puerta.

—¿Srta. Mackenzie? —era Lola.

—… Pasa —respondió Ishbel sin separarse del cristal.

La mucama entró con sábanas limpias y le dijo:

—¿Está ocupada?

—¿Eh? No, continúa.

—Voy a cambiar su cama y… no sé si desee otra cosa. Sabe que estoy para servirle.

Ishbel se cruzó de brazos y volteó a verla, le pidió que se acercara.

—¿Sabes quiénes son? —interrogó Ishbel señalando a los cuatro hombres.

—Bueno, señorita, el Sr. Johnson es algo reservado con sus asuntos; pero…, he visto a algunos de ellos aquí en el hotel hablando con él.

—¿Son sus empleados?

—No podría asegurarlo.

Mientras Ishbel analizaba la situación, Douglas se despegó del grupo para regresar al *Mountain View*. Los cuatro tipos se acomodaron entonces en una fila a la altura de la calle observando la espalda de su jefe. Uno de ellos alzó su mano simulando un revólver, el cual accionó imaginariamente contra él.

> El incidente me inquietó haciendo que mi cuerpo se paralizara, y no sólo era por lo que la acción representaba, sino porque esa seña excitó mis recuerdos, era la misma seña que había hecho el hombre que me atacó en la caravana; y todo empeoró después, cuando, una jugarreta del viento hizo que su sombrero cayera dejando al descubierto su larga cabellera rubia y esos ojos penetrantes. A pesar de la distancia, sabía que lo conocía, esa mirada era imposible de olvidar, me sentí otra vez en peligro.

17
RESPUESTAS

MOUNTAIN VIEW

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Ishbel tuvo que sentarse en la cama al hiperventilarse. Lola estuvo con ella durante esos minutos hasta que pudo recuperar su respiración. Después de esto, le ofreció traerle un té; aunque nunca supo la razón que llevó a Ishbel a sufrir tal recaída.

—Lola —dijo Ishbel aún acostada—. No le digas nada a Douglas.

—¿Quiere que me calle esto? —cuestionó ella casi en la puerta.

—Sí.

—Pero, se puso muy mal. Tal vez deba verla un médico.

—No le digas nada, por favor. Voy a estar bien.

Ishbel sabía que la lealtad de Lola estaba con Douglas y que poco podía hacer en esos segundos para cambiar su perspectiva. Lo único que tenía eran sus gestos amables y buscar la conexión entre dos mujeres. Lola se retiró aceptando la petición, pero Ishbel dudó de su palabra.

> La puerta se cerró y yo seguía recostada viendo el techo. La impresión me había provocado un terrible malestar, era como si alguien hubiera abierto la caja de mis recuerdos, y ahora estaban muy claros. Tal vez el descanso, o quizás el buen trato de Douglas, o… cualquier otra cosa ocurrida ese último día me había ayudado. No lo sabía; pero lo importante en todo esto es que había recordado a aquel hombre en la calle. ¿Cómo podía estar segura de tal cosa? ¿O acaso era sólo mi deseo de desentrañar ese misterio?
>
> Ciertamente, el número de forajidos aquel día había sido superior a cuatro, lo podía asegurar ahora como si hubiera ocurrido ayer; pero, ese gesto amenazante que acababa de hacerle a Douglas, también me lo había hecho a mí antes de disparar. Fue un momento antes de ser arrastrada por el río para escapar.
>
> Pero lo más preocupante era pensar en la manera en que Douglas se relacionaba con ellos. No sabía si eran sus empleados, pero, de ser así, tenía que informarle que no eran de fiar.

Lola llegó con un té de hierbas para los nervios. Se introdujo a la habitación encontrando a Ishbel más tranquila y recargada en el respaldo de la cama.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó la mucama.

—Sí —masculló Ishbel—, ya te dije que estoy bien.

—Le traje esto, está caliente. Le hará bien. —Lo colocó en la cómoda junto a la cama y buscó una silla para permanecer a su lado.

—Gracias. —Tomó la taza y lo bebió poco a poco observando a Lola—. ¿Vas a quedarte? —cuestionó directamente.

—Me parece que sería lo mejor.

Ishbel no deseaba su compañía, pero tampoco quería ser grosera, simplemente, necesitaba espacio para meditar.

Al ver la sonrisa servicial de Lola se dio cuenta de que no se movería de ahí si no se lo pedía, aunque, probablemente podía aprovechar su presencia para obtener más información.

—Esos tipos de la calle, los que estaban con Douglas —dijo Ishbel—. ¿Crees que sean

peligrosos?

Esta vez, Lola desvió la mirada como temiendo hablar. Le sorprendía la desconexión que su acogida tenía de ese mundo.

—Srta. Mackenzie…

—Dime Ishbel —corrigió.

—… No creo que el Sr. Johnson lo apruebe.

—Pero él no está aquí… al menos hazlo mientras estemos a solas —quería ganarse su confianza.

—Bien… Ishbel —aceptó sonriendo y concluyó—: No conozco a esos hombres; pero en Helena, cualquier hombre puede ser considerado… peligroso.

—Entiendo. —Hizo una pausa, pensativa—… ¿Puedo pedirte un favor?

—El que desee, estoy para servirle.

—¿Puedes conseguirme ropa más cómoda? —Meneó su vestido despectivamente.

—¿Cómoda?

—Sí, quiero despejarme un poco, cabalgar por aquí.

—Sí, puedo ayudarla con eso.

Una mirada alzando las cejas mientras bebía su té fue la siguiente indicación. Lola entendió que iba atrasada, así que se puso en pie y salió de la habitación.

COMISARÍA

Para cuando pude usar el vestido sencillo que Lola me proporcionó, Douglas ya se había retirado del hotel. Pensé en que podía salir a buscarlo; pero, no quería perder más tiempo y… una extraña duda empezaba a abrumarme: quizás había visto en aquella calle la parte oscura que desconocía de mi prometido. Después de lo de John, me reservaba el derecho de seguir confiando en las personas.

El hombre que había visto en la cárcel era uno del cuarteto, lo sabía, como también que el sheriff tenía en su oficina una serie de carteles indicando recompensas por diferentes delincuentes. Ignoraba si iba a encontrar lo que buscaba, pero era mi única pista.

Wyatt Caldwell se encontraba acomodando su pequeña armería, le daba la espalda a la puerta cuando escuchó que alguien había llegado. Esta vez estaba solo.

—Adelante —dijo apenas poniendo atención.

—… ¡Hola sheriff! —saludó Ishbel.

—¡Srta. Mackenzie! —exclamó—. No pensé que la vería tan… pronto.

—Yo tampoco sheriff.

—¿Arregló todo con el Sr. Johnson?

—… Mmm, puede decirse que sí. —Continuó caminando mientras sus ojos escudriñaban el tablero de rostros del fondo. Comentó—: Son… muchos.

—Sí, lo sé. Hoy en día es difícil hacer prevalecer la ley por aquí. ¿Gusta sentarse?

Ishbel dudó en hacerlo, en realidad quería ver los avisos, pero tampoco quería parecer tan obvia. El estar frente a frente con Wyatt, podía también ser conveniente.

—Sheriff, ¿puedo hacerle una pregunta? —insinuó aprovechando sus encantos.

—Claro que sí.

—¿Usted conoce bien al Sr. Johnson?

—Sí, desde el primer día que llegó a Helena.

—¿Y a sus hombres?

—Bueno —aclaró sonoramente su garganta—, el Sr. Johnson tiene demasiados… empleados como para conocerlos a todos.

—Me refiero a hombres como el que estuvo aquí ayer en su prisión.

—¿Jesse?

—Sí, creo que lo llamó así.

—Él es un muchacho apenas. Le gusta meterse en problemas; pero no pasa de un pleito por alguna borrachera o apuestas.

—Entiendo… y…, ¿los que usualmente lo acompañan?

—Sería complicado saberlo. No tengo tiempo de investigar la vida de todos los que pasan por este sitio. Mi trabajo sólo es mantenerlos dentro de los límites cuando hacen algo indebido.

> No, no parecía que pudiera encontrar algo importante en las palabras del sheriff. Creo que ni él mismo podría encontrar algo si se lo propusiera. Me desanimó no escuchar lo que quería, pero no podía seguir presionándolo si no estaba segura ni de qué buscaba.
> Decidí dirigirme en otra dirección.

—¿Usted conoció a mi padre? —disparó Ishbel repentinamente.

—Sólo por lo que el Sr. Johnson me contaba. Sé que era un buen hombre, un hombre de negocios.

—¿Quién llevaba sus asuntos en Helena?

—Todo lo veía el Sr. Johnson, supongo que sigue siendo así. Su padre le tenía mucha confianza.

«Eso es lo que me temo», pensó Ishbel sospechando de algo turbio.

—¿Puedo ver su tablero? —preguntó ella.

—Claro… ¿Busca a alguien en especial?

—En realidad, no lo sé —señaló paseándose lentamente por cada uno de esos rostros.

Ishbel estaba de pie, dándole el perfil a Wyatt, quien la observaba de pie detrás del escritorio.

—Tal vez pueda ayudarme a encontrar a alguno —bromeó el sheriff.

Ella no respondió con palabras, estaba demasiado ensimismada como para hacerlo. Detalló cada elemento en esa cuadrícula sin encontrar al hombre de la calle; pero se detuvo en un par de ojos que hicieron que su corazón se paralizara.

> El parecido era increíble; sin embargo, no tenía barba y el nombre escrito era diferente, muy diferente a quien yo conocía: “Jack Sullivan”.

Casi tragando saliva, el índice de Ishbel se posó sobre aquel papel, preguntando con temor:

—¿Quién es él?

—Jack Sullivan, un exmilitar buscado desde hace algunos años por homicidio.

El sólo escuchar la posible relación hizo que su sangre se helara. Tuvo que tragar saliva antes de hacer su próxima pregunta.

—¿Usted lo busca? —Ishbel volteó a verlo alarmada.

—Decir que lo busco sería mentirle, señora. Tengo que colocar de vez en cuando los avisos porque es mi obligación, pero no tengo tiempo para investigarlos a todos. Es demasiado el trabajo del que ya soy responsable.

Ishbel se hizo para atrás sin quitar sus ojos de aquel hombre. Usó su imaginación para ubicarlo en otro contexto. Las coincidencias eran importantes como para dejarlas pasar. Su corazón dio un vuelco abrumándola, necesitaba salir de ahí, pero no lo haría sin nada.

—¿Puedo llevármelo? —preguntó Ishbel.

—¡Por supuesto!, pero tome uno de estos. —Sacó un aviso del hombre de un cajón del

escritorio y se lo entregó—. Si lo ve por aquí, avíseme —señaló bromeando nuevamente.

—Sí. —Lo tomó con prisa y se encaminó a la puerta.

—Srta. Mackenzie —advirtió el sheriff deteniéndola—… Hay alguien que quizás pueda ayudarla con lo de su padre.

—¿Sí? ¿Quién? —Volteó a verlo.

—El abogado del Sr. Johnson. Él veía todo lo que tenía que ver con su sociedad.

—¿Dónde lo encuentro?

—Siga esta calle hasta cruzar la principal donde está el hotel. Ahí encontrará su establecimiento. Tiene un letrero grande afuera: *Ezequiel Thompson, abogado.*

—Gracias sheriff.

—Para servirle —dijo inclinando su sombrero.

La puerta se cerró de golpe con una mujer que subió con prisa a su caballo como si un fantasma la estuviera persiguiendo. En su búsqueda por una respuesta, Ishbel se había adentrado en otro misterio. Guardó el papel en un lugar que sólo ella conocía y montó a Viento para dirigirse a su próximo destino.

> “John” o “Jack”. Ya no sabía qué pensar. Era demasiada coincidencia. ¿Cuántas exmilitares eran buscados por un delito grave?, aunque no veo a alguien como John cometiendo un homicidio, a pesar de lo poco hombre que es.

Ishbel se mantuvo todo el camino, molesta, deteniéndose un poco cuando llegó al cruce de las calles. A su lado izquierdo tenía el hotel y de frente encontraría la oficina del abogado. Se decidió por seguir adelante.

Ezequiel Thompson, un hombre de unos sesenta años vestido de negro y gafas, acomodaba en su librero la gran cantidad de casos que manejaba. Hacía tiempo que había llegado a Helena, aunque viajaba en ocasiones para ver clientes importantes fuera de Montana. Estaba ocupado en eso cuando, con el rabillo del ojo, observó la figura de una dama cruzar por la ventana asomándose hacia el interior.

Los pasos de sus tacones resonaron en el pórtico, hasta que, se hizo escuchar con un par de golpes en la puerta. Ezequiel, alzando su rostro, fue a abrir.

—¿Sr. Thompson? —preguntó con prisa Ishbel apenas lo vio.

—Sí… —esperó más información.

—Soy Ishbel Mackenzie.



—¿Mackenzie? —repitió el hombre encontrando rápidamente una relación—. ¿La hija del Sr. Mackenzie?

—Sí.

Ezequiel se mantuvo quieto unos segundos como si estuviera viendo una aparición, luego, reaccionó invitándola a pasar. Se sentaron en un escritorio mientras él le ofrecía algo de tomar. La observó fijamente, estupefacto.

—¿Sucede algo? —preguntó ella al notarlo.

—No, ¿señorita…?, sólo estoy algo sorprendido. Había escuchado lo que le ocurrió a su caravana hace tiempo.

—¿Douglas no le dijo que había vuelto?

—No he hablado con el Sr. Johnson desde hace unos días; pero, sé que lo sucedido le afectó mucho en su momento. Entonces, ¿él sabe que está en Helena?

—Así es, estoy quedándome en su hotel y ya hemos… arreglado nuestros asuntos.

—Me alegra oír eso, y, me alegra ver que esté bien. Usted sabe cómo son las cosas en el oeste. Las historias vienen y van y uno no sabe cuáles son verdaderas. —Movió sus manos nerviosamente y dijo—: Pero, dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

—Vine a hacerle algunas preguntas sobre la sociedad que tenía mi padre con Douglas.

—¡Ah!, el buen Liam Mackenzie, es una lástima que se hubiera ido tan joven.

—¿Lo conoció?

—Sí, tuve la fortuna de tratarlo. Estuve en Irlanda un par de veces para lograr la sociedad entre su padre y el Sr. Johnson. Tenía un negocio ganadero próspero. Le gustaban las armas y… usted, su cabello y sus ojos, definitivamente son los de él.

—¿Qué más recuerda? —preguntó inclinándose sobre el escritorio, interesada.

—Un hombre de ley. Le gustaba que las cosas se hicieran bien y a la primera. Bastante curioso en ocasiones. Fue algo complicado implementar todas las cláusulas en el contrato con el Sr. Johnson. Le gustaban los animales y la vida del campo, por eso se atrevió a apostar por América. Su plan era… venir a vivir aquí con usted; pero, su enfermedad lo detuvo…

> Escucharlo fue como ver lo mismo que estaba platicando pasar frente a mis ojos, los cuales sentí humedecerse. Cómo hubiera querido recordar todo eso.

—… Hablé con él en Dublín —continuó explicando—. Nunca tuve la oportunidad de visitar su negocio en el campo, aunque sus instalaciones en la ciudad eran impresionantes. Supe que tenía una hija, me platicó que estaba orgulloso de usted. Si me permite decirlo, el Sr. Mackenzie me confesó que usted era muy importante para él; pero creo que, eso usted ya lo sabe —rio un poco.

El semblante de Ishbel cambió. Ezequiel desconocía la condición que prevalecía en su compañera de charla, así que esta debió explicárselo.

—Sr. Thompson —dijo—. Durante mi estancia en la caravana tuve una mala experiencia que… me hizo perder la memoria. No recuerdo mucho de lo que ocurrió en mi vida antes de pisar América.

—¡Oh! ¡Lo siento! No lo sabía.

—No se preocupe, me he acostumbrado y… ha sido muy bueno escuchar sus palabras acerca de mi padre. Me han servido mucho.

—La verdad es que no sé qué decirle, me apena haber hablado tan abiertamente sin saber su… condición. Discúlpeme.

—La vida es así Sr. Thompson. Ahora busco mirar hacia adelante. No tiene por qué sentirse mal.

Moviendo los dedos sobre la superficie del escritorio, Ezequiel meneó la cabeza afirmativamente dando por cerrado ese mal entendido. Continuó:

—Perdone mi indiscreción, pero, ¿ha decidido mantener su compromiso con el Sr. Johnson?

—… Es nuestro plan —comentó un poco dudosa.

—Bueno, él no me ha dicho nada. Supongo que tendría que hacer algunos cambios en el contrato de la sociedad que tenía con su padre.

—¿Cambios? ¿Por qué? —cuestionó sin entender el alcance.

Ezequiel juntó sus manos sobre el mueble y bajó la cabeza, estaba preparando una explicación sencilla.

—Verá, Srta. Mackenzie. Según está estipulado actualmente, usted es la heredera de los negocios de su padre, lo que la convierte en este momento, en socio del Sr. Johnson…

> Ese era un punto que ni siquiera me había pasado por la mente. No había pensado en las consecuencias de la ausencia de mi padre y mi presencia actual en Helena. A mí me ocupaba arreglar mi propia vida, pensar en la Ishbel que ahora era; sin embargo, lo que el abogado me estaba diciendo también era importante, era el legado que había recibido. Estaba segura de que él hubiera querido que lo mantuviera en la familia.

—… Cuentas de banco en el extranjero, principalmente en Canadá —continuó Ezequiel—, su negocio en Irlanda y una parte de lo que ahora administra el Sr. Johnson.

—¿Una parte de sus negocios?

—Así es. No recuerdo fielmente todo, pero, muchas de las ganancias que ahora percibe el Sr. Johnson se deben a la aportación que hizo su padre.

Ishbel siempre había sido una persona curiosa y nunca se quedaba con una duda, aunque preguntar molestara a otras personas. Escuchó con atención lo que el abogado le decía mientras una escalofriante idea la recorrió desde la punta de los pies hasta la cabeza.

—¿En manos de quién quedaría esta… fortuna en caso de que yo no existiera? —interrogó con seriedad.

—Verá —respondió el abogado aclarando su garganta—. Su padre fue muy específico al respecto, y si me lo permite, ampliaré mi respuesta: En ausencia del Sr. Mackenzie, todo queda en sus manos y en las de sus hijos en caso de tenerlos; pero, si usted también faltara y no tiene herederos, todo queda en manos del Sr. Johnson, como sucede ahora.

—¿Mi padre consintió eso?

—Su padre estuvo de acuerdo, así es, pero, a decir verdad, no sé si fue su idea. No es un acuerdo extraño, menos en estos… tiempos tan inciertos.

Desconcertada, Ishbel se guardó sus próximos pensamientos. Habían sido demasiados hallazgos en muy poco tiempo. Tal vez estaba haciendo algo grande de algo pequeño; quizás Douglas estaba a punto de contarle todo eso. Después de todo, sólo se habían visto un par de veces. No obstante, si algo la hacía sentir mal era el engaño; y aún tenía que averiguar lo que originalmente la había llevado hasta ahí.

—¿Usted conoce a los empleados de Douglas? —preguntó cambiando de tema.

—Tiene muchos, y tal vez conozca a algunos, pero interactúo con pocos. ¿Alguien en especial?

—Tal vez algunos con… mal aspecto —vaciló al preguntar.

—Le sorprendería saber cuántos encajan con esa descripción. El Sr. Johnson tiene el casino y muchos otros negocios; pero en este tiene que lidiar con personas de todo tipo. Necesita combatir fuego con fuego.

> Me di cuenta de que tenía que meditar en todo lo que había averiguado, y que, en ese momento, no podía hacer las preguntas correctas, así que, decidí regresar al hotel.

Ishbel agradeció el tiempo de Ezequiel, se puso en pie y se dirigió a la puerta acompañada por su anfitrión; pero, antes de cruzarla volvió su rostro para preguntar:

—Sr. Thompson… ¿Usted conoce a John Sherman?

—… No, su nombre no me recuerda a nadie.

—¿Y a Jack Sullivan?

—Tampoco. ¿Debería de conocerlos?

—… No, me parece que no. Gracias nuevamente por su tiempo.

MOUNTAIN VIEW

Acostada sobre la cama, ensimismada y llena de incertidumbres, Ishbel vacilaba en todo lo que ahora sabía. Helena, lejos de haberle traído paz, había provocado en ella un estado mucho más ansioso.

> Algo me olía mal en todo esto; aunque también debía entender que yo desconocía la forma de vida en ese lugar. Douglas y yo habíamos hablado de muchas cosas, pero por muy poco tiempo. Quizás sólo me había comentado lo que creía que era conveniente que supiera. Llegué a dudar de mí misma cuando reconocí a aquel tipo en la calle como uno de los atacantes de la caravana. Probablemente estaba… confundida.
>
> Por otro lado, el cartel con la cara de John con otro nombre me inquietaba. El dibujo se parecía demasiado a él y… se trataba también de un militar fugitivo. No sabía cómo manejar eso; aunque no me extrañaría que me hubiera mentido todo ese tiempo.
>
> Saber más de mi padre me hizo ponerme nostálgica, y no sólo por saber que ya no podría verlo, sino también, porque ni siquiera lo recordaba. Era como si estuviera viviendo la vida de otra persona.

—¿Y así vas a casarte? —se dijo a manera de reclamo.

Obtuvo aquel papel de entre sus ropas y lo extendió frente a ella. Aún con los dobleces, seguía encontrándole un gran parecido a John. De pronto, se sentó en la orilla de la cama y buscó en su cómoda un grafito que finalmente sustrajo. El cartel fue a dar al mueble, y mientras Ishbel lo observaba fijamente, comenzó a rayarlo terminando unos segundos después. Lo volvió a levantar

extendiéndolo con ambas manos.

—Eres tú John —aseguró al notar su obra.

Había usado el lápiz para simular la abundante barba del hombre de la montaña. Observó el dibujo sintiéndose impresionada, fue como tenerlo con ella, como si pudiera hablarle. Lo que quedaba de amor en su interior se tornó en comprensión, para preguntarse:

—¿Es por eso que siempre quisiste alejarme?

> Fue como si una chispa hubiera iniciado algo en mí. Empecé a relacionar las cosas, y a… creer en una historia completamente ilógica; pero, sobre todo, a comprender que no podía quedarme con esa duda.

18
LA VERDAD

MOUNTAIN VIEW

Algo sucedió esa noche, fue tan repentino como las respuestas que Ishbel había encontrado, como si la historia que Ezequiel le contó cobrara vida en sus sueños. Estaba de regreso en Irlanda, en el campo, en el negocio familiar que era atendido principalmente por su padre y por ella. En medio de un gran verdor, similar al de la primavera de la montaña, ambos practicaban tiro al blanco, ella era muy joven, apenas una adolescente; pero la sonrisa de él la apoyaba. Ishbel sabía que no era la primera vez que compartían tal actividad; llena de confianza acertaba en su intento. Después, otro recuerdo y otro más, cada imagen traía una nueva sonrisa en una Ishbel cuyas lágrimas brotaban mientras seguía acostada. Hasta que, la última memoria se hizo presente, ella de pie frente a la cama de su padre, tal vez en sus últimos días. Él le entregaba una carta, la carta de Douglas.

> Desperté de un sobresalto, temblaba, fue como si todo lo que hubiera visto acabara de suceder; mas, entendí que no era así. El rescate de gran parte de mis recuerdos hizo que mis emociones se encontraran. Sí, habían aparecido en el momento en el que más los necesitaba, y lo agradecí, a pesar de que al hacerlo volví a sentir ese terrible dolor. Ver el rostro de mi padre nuevamente me trajo una gran alegría, aunque la zozobra de su pérdida fue muy dura. Sus últimas palabras hicieron eco en mi cabeza. Siempre estuve de acuerdo con su plan, siempre estuve de acuerdo con casarme con Douglas. Él me decía que no quería que me quedara sola, y tampoco deseaba que todo lo que él había trabajado se perdiera. Un matrimonio aseguraría una familia y herederos… Él todavía tenía esperanza de que tuviera hijos.

Limpió su nariz y enjugó sus lágrimas. Se puso de pie. Vestía una bata para dormir que Lola le había conseguido. Se acercó a la ventana, estaba amaneciendo. Aspiró con fuerza el aroma del pueblo y se dijo:

—Hoy es un buen día para seguir haciendo preguntas…

GOLDEN HORSESHOE

Las puertas de vaivén del casino volvieron a abrirse, permitiendo que la figura de Ishbel se moviera hacia el interior. La escena no era tan diferente a la de la primera vez, sólo que ahora, la administradora, Daisy Malone, no apareció por ningún lado.

«Tal vez fue un error venir», pensó Ishbel al continuar.

Muchos de los que aún seguían ahí fijaron sus ojos en ella con curiosidad, otros, ni siquiera se dieron cuenta de que había entrado. Ishbel los ignoró y continuó hasta la barra, donde preguntó al cantinero, un hombre joven y fuerte de nombre Sam:

—Busco a alguien.

—¿Usted es la Srta. Mackenzie? —devolvió el cuestionamiento, reconociéndola.

—Sí.

—… ¿A quién busca? —la atendió con cortesía entendiendo con quién trataba.

—A la mujer con la que hablé la primera vez… Daisy es su nombre.

—Sí, si me permite, iré a buscarla.

> No sabía si estaba haciendo lo correcto. Investigar todo lo que rodeaba a mi prometido no era lo que se le haría a una persona a la que se le tiene confianza; aunque, ya había decidido no volver a tener confianza en nadie.
> El recuperar mi memoria me había llevado a un nuevo punto. Sentía que volvía a ser yo y que los golpes del pasado no volverían a hacerme sentir mal. Además, quedarme con la duda no era parte de mi… personalidad.

Los ojos de Ishbel encontraron los de Daisy saliendo nuevamente por el corredor del segundo piso. Esta vez, la mujer encargada no la observó de la misma manera que antes. Se encaminó a la escalera y siguió hasta encontrarla en la barra.

—Ishbel Mackenzie —dijo Daisy de mala gana. Su vestido estaba a medio subir—. La prometida de Douglas Johnson.

—Veo que estás enterada —señaló notando su tono.

—Los rumores corren rápido en Helena, más cuando se trata del Sr. Johnson. ¿Para qué me buscas?

—Quisiera conversar contigo sobre algunas cosas —dijo con seriedad.

—No sé en qué una mujer como yo pueda ayudarte.

—Tal vez en nada, pero, quisiera estar segura. ¿Podemos sentarnos en algún lugar más… apartado? —Señaló una mesa.

—Claro, por qué no.

Subiendo el último tirante de su vestido, Daisy siguió a Ishbel hasta la mesa más alejada. La administradora mantuvo una postura defensiva todo el trayecto, observó estirando el cuello a su contraparte, estaba incómoda.

—Daisy, ¿puedo llamarte así? —preguntó Ishbel.

—Claro, por qué no.

Ishbel resopló sabiendo que aquello no sería sencillo, menos por la actitud de la que ahora era víctima.

—Voy a ser directa. Sé que apenas nos conocemos y lo que quiero preguntarte tal vez sea muy… comprometedor.

—Pregunta y yo sabré qué responder.

—Bien…, sé que Douglas es dueño de este lugar. ¿Qué tan bien lo conoces?

Una risa nerviosa se apoderó de Daisy. Se echó para atrás en la silla como calculando si debía de responder o no.

—¿Ya te lo dijo? —cuestionó molesta manoteando levemente la mesa.

—¿Decirme? ¿Qué o quién?

—¡Douglas! ¡Douglas te confesó todo!

La plática se truncó mientras ambas se observaban, ahora como enemigas. Había gran tensión que también el resto de los presentes percibió; pero la única que sabía de lo que hablaba era Daisy, quien, al no resistir la presión, entornó los ojos y bajó la mirada.

Repentinamente, alguien más se unió a esa entrevista. Una hermosa niña rubia de unos cinco años, quien llegó corriendo para caer en los brazos de Daisy.

—¿Por qué lloras mamá? —preguntó la pequeña con curiosidad.

La aguerrida Daisy quebró su acostumbrado carácter para acariciar el cabello de su hija. Ishbel

observaba todo con incredulidad. La mujer que tenía enfrente parecía ser otra.

—Lila —dijo Daisy—, no te he dicho que no vengas a esta parte del salón.

—Estaba aburrida. —Se subió a sus piernas.

No fue difícil hacer suposiciones, ni tampoco desconocer el parecido de la niña con alguien más, sobre todo por el profundo color azul de sus ojos.

—¿Es tu hija? —interrogó Ishbel.

—Sí —respondió Daisy.

—Y su padre es… —prefirió no decirlo.

—Sí —lamentó y luego bajó a la niña para pedirle—: Ve a tu habitación, estaré contigo en un momento.

—Está bien mamá —dijo la pequeña, obedeciendo.

Esperaron a que Lila se retirara, y entonces volvieron a lo suyo.

—Ahora lo has confirmado —señaló Daisy—. Douglas es el padre. —Su llanto no había parado.

Ishbel la observó mientras trataba de asimilar todo eso. No era inusual que los hombres tuvieran relaciones con prostitutas o hasta que procrearan familias; pero lo que encendió una alarma en ella, fue que algo así sólo le produjo indiferencia.

Daisy estaba asustada, y hasta algo descontrolada. Ahora parecía una mujer temerosa frente a una… adversaria con poder.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —cuestionó la madre, temerosa.

—¿Contigo? —regresó Ishbel la pregunta—. ¿Por qué tendría que hacer algo contigo?

—Supongo que no será agradable tenerme cerca después de saber que tuve que ver con Douglas. Eso es de lo que viniste a hablar conmigo, ¿no?

—En realidad no, pero, ahora que lo sé, creo que ni tú ni Lila son las culpables.

Daisy alzó la vista sorprendida. No era la reacción que esperaría de la mujer que se iba a casar con el hombre que la embarazó. Observó entonces un rayo de comprensión en los ojos de Ishbel.

—No estoy entendiendo nada —argumentó Daisy.

—El asunto entre Douglas y tú antes de que yo llegara no me atrevería a juzgarlo. Y si lo que te preocupa es que lo presione para deshacerte de ti o de tu hija, pierde cuidado. No soy ese tipo de persona…

La mujer seguía incrédula, pero sus ojos se posaron en los de Ishbel confirmando que le decía la verdad. Surgió una pequeña llama de confianza en ese momento.

—… Mi interés está en otro asunto —prosiguió Ishbel.

—Dime lo que quieres saber y si lo sé o está en mí averiguarlo, te lo diré —aseguró.

—¿Conoces a los hombres que trabajan con Douglas? Me refiero a los cuatro que estaban con él ayer afuera del casino. Uno de ellos se llama Jesse.

—Sí, los conozco bien. Vienen frecuentemente a gastarse el dinero que les da su jefe en… mujeres y alcohol.

—¿Qué opinión tienes de ellos?

—¿Además de lo que ya te dije? —dijo incrédula, pues había sido muy clara, pero agregó filosóficamente—: Nunca confíes en los hombres que sonríen demasiado. Esos cuatro son los que hacen el trabajo sucio para Doug… para el Sr. Johnson —corrigió.

—Dile como quieras —estableció Ishbel con rapidez y repreguntó—. ¿Qué clase de trabajos?

Daisy giró su cabeza para mirar sobre su hombro. Se aseguraba de que nadie pudiera escucharla. Se inclinó sobre la mesa y bajó la voz:

—El que te imagines. Incluso cualquiera que esté por encima de la ley.

Escuchar aquello hizo que el pequeño mundo que acababa de construir se viniera abajo. Agradecí entonces no haberle contado a Douglas sobre la identificación que había hecho de aquel hombre en la calle. Me llenaba de terror pensar que esos cuatro no hubieran actuado por su cuenta el día del ataque a la caravana, aunque tenía que estar segura; así como también, de que no estaba equivocada y que eran los responsables.

Para meditar un poco en esas últimas palabras, Ishbel sustrajo el cartel doblado en cuatro partes que había alterado. Lo puso en la mesa y preguntó:

—¿Conoces a este hombre?

Daisy tomó el papel, y luego de verlo, dibujó una sonrisa algo burlona para decir:

—¿Crees que conozco a todos los hombres de por aquí?

—Él no es de por aquí.

—Bueno, con la cantidad que piden por su cabeza yo tampoco me aparecería, y no, no lo conozco. ¿Por qué le pusiste barba? ¿Lo estás buscando?

—… Algo así —recogió lo que era suyo y volvió a guardarlo.

—¿Qué otra cosa quieres saber? —apretó Daisy.

—Me gustaría saber más acerca de Douglas.

—Esa es una pregunta muy amplia.

—Creo que entiendes a lo que me refiero.

—Sí. —Se apoyó en la mesa con ambas manos y suspiró—… No sé si debería de decírtelo, pero, tú eres la que se va a casar con él y… por alguna razón, siento que puedo confiar en ti. Hace algunos años te hubiera dicho que te envidiaba, pero hoy sólo puedo decir que, no sé si felicitarte…



El sonido de los tacones de unas botas resonó con fuerza por el corredor del segundo piso hasta hacer aparecer en la barandilla a un hombre desalineado, con camisa desabotonada, que, profirió un grito que todo el salón escuchó:

—¡¿Dónde estás Daisy?! —manifestó alegremente.

La conversación de las dos mujeres se vio interrumpida, pero Ishbel no retiró su atención de esa mesa, lo que ocurría frente a ella, sólo era una imagen borrosa a lo lejos; Daisy, en tanto, escuchó el llamado mientras permanecía de espaldas.

—Debo terminar mis obligaciones cariño —señaló Daisy volteando a verlo sobre el hombro—

… Si averiguo algo que te pueda interesar te buscaré.

—Gracias por todo.

> La vi ponerse en pie para responder a aquel hombre, nada fuera de las palabras en esa conversación me importaba, hasta que, ese sujeto, seguramente afectado por el alcohol, miró hacia abajo para localizar y aplaudir la aparición de Daisy, lo que hizo que, accidentalmente, nuestras miradas se cruzaran. Lo tuve cerca por fin, no tanto como en aquel noviembre, pero lo suficiente como para estar segura de quién se trataba. Era el mismo tipo que me había perseguido en la caravana y que había visto acompañando a Douglas. Esa mirada era difícil de olvidar.

El cuerpo de Ishbel se petrificó al mismo tiempo que la sonrisa de aquel hombre desaparecía al reconocerla. Los ojos de ambos se ensancharon por el encuentro, y, con un gran esfuerzo, Ishbel se puso en pie cubriéndose como pudo con su gorro para salir apresuradamente. Cruzó la calle hasta el hotel sin pensar en lo que podía estar ocurriendo atrás. No sabía si su atacante la había reconocido, pero imaginó que había salido atrás de ella.

> No paré hasta cerrar la puerta de mi habitación. Mi respiración estaba agitada. Me senté en la cama totalmente sofocada temiendo que apareciera por la puerta. Mi vista estaba fija en esta cuando me acordé de la pistola que me había dejado John. La tenía guardada en la cómoda, así que fui a buscarla.

Los pasos presurosos de alguien acercándose la hicieron vacilar al tomar el arma, pero pudo empuñarla al fin y apuntarla a cualquiera que cruzara aquel límite.

Las manos de Lola se levantaron al ver el cañón dirigido a su persona. Ishbel se detuvo a tiempo antes de jalar el gatillo. Estaba sentada en la cama, mientras, la asustada mucama se daba cuenta de que nada pasaría.

Ambas se tranquilizaron mientras Ishbel bajaba la amenaza hasta que esta cayó sobre la cama. Lola se asomó al pasillo antes de encerrarse con Ishbel en la habitación. Se aproximó cariñosamente al notar la condición de su protegida.

—¿Qué sucedió señorita? —preguntó sentándose a su lado.

Buscando recuperar la calma, Ishbel respiró profundamente antes de poder pronunciar una palabra.

—… Nada, estoy bien.

—No se ve bien.

—Lo sé…, pero, estoy bien.

—¿Quiere que le traiga algo para que se calme?

—No, sólo quédate conmigo.

—Está bien, como lo desee.

Ishbel se recostó mientras su cuidadora permanecía en silencio, fueron algunos minutos hasta que se convenció de que aquel tipo no vendría.

—¿Puede decirme ahora qué fue lo que la agitó?

—… Lola —dijo seriamente—. ¿Puedo confiar en ti?

—El Sr. Johnson me puso a su lado para que confiara en mí.

—Lo sé, a lo que me refiero es si puedo confiarte algo que… tal vez no le agrade al Sr. Johnson.

Lola, movida por la curiosidad, volteó a verla desconcertada. El rostro de Ishbel la invitaba a ser cómplice de algo importante, pero, ¿a qué precio?

—Usted sabe que debo mi lealtad al Sr. Johnson. No me pida que haga algo que pueda afectarle.

La respuesta hizo que Ishbel repensara la forma en que iba a sacarle la verdad a Lola, así que, atacó por otro lado:

—Lola, ¿tienes familia?

—… Sí, una madre que cuido en casa.

—¿Vives cerca de aquí?

—No tanto como quisiera y…, bueno, este es el mejor trabajo que pude conseguir. Le agradezco al Sr. Johnson que me haya mantenido en él por tanto tiempo.

—Me alegra oír que tengas familia. Yo me acabo de enterar que no me queda ninguna.

—Pero pronto se casará con el Sr. Johnson.

—Es cierto, pero no es lo mismo. Tu madre es de tu sangre… No sé qué haría ella sin ti —soltó repentinamente.

El comentario hizo estremecer a Lola imaginándose ese terrible cuadro. Ishbel había conseguido impactarla.

—Mi madre no tendría cómo salir adelante sin mí —reflexionó Lola temerosa.

—Tienes razón, aunque, si te quedas conmigo y algo llega a pasarte, yo me aseguraría de que no le falte nada.

Esta vez, Lola tuvo que ponerse de pie para alejarse un poco. Volteó a verla de nuevo y confirmó:

—¿Usted haría eso por ella?

—¡Por supuesto! Como bien dices, la lealtad es importante y… si guardas esa lealtad hacia el Sr. Johnson, me gustaría recibir el doble de la misma.

Lola, reaccionando, agradeció en su corazón escuchar ese apoyo. Su vida no había sido fácil e Ishbel la había hecho sentir importante tan sólo con una frase. Fue invitada de nuevo a sentarse para estar más cerca.

—Dime Lola —atacó Ishbel de nuevo—. ¿Qué opinión tienes de mi prometido?

—¿Opinión? Bueno, creo que es un hombre formal que… ha podido levantar muchos negocios que han ayudado a mucha gente y…

—Algo más personal —interrumpió Ishbel.

—¿Personal? ¿A qué se refiere?

—Estoy enterada de que la hija de Daisy, la… administradora del casino, es de él.

La noticia paralizó a Lola, pero antes de que pudiera alejarse, Ishbel la tomó de la muñeca presionando su espíritu.

—¿Qué sabes de eso? —insistió Ishbel.

—… No mucho, sólo lo que se dice por las calles.

—¿Ese es el comportamiento normal de Douglas?

—Señorita no me pregunte eso —gimió desviando la mirada.

—Necesito saberlo Lola. Necesito saber con quién me estoy casando.

Lola, entornando los ojos, miró hacia el techo como si temiera hablar.

—Quisiera ser sincera con usted —dijo la mucama—. Creo que se lo merece.

—Pues sé sincera.

—El Sr. Johnson no puede saber nada de lo que le diga. Prométamelo.

—Todo lo que digamos en esta habitación se quedará aquí. Es una promesa.

—… Está bien. —Resopló—. El Sr. Johnson siempre ha tenido una vida algo… libertina; aunque eso no es tan poco común por aquí. Usted lo sabe, hombres.

—¿Cómo se comportó en el invierno cuando supo de mi desaparición?

—Fue algo que sonó mucho en Helena. El ataque a la caravana cerca del Día de Acción de Gracias. Algunos colonos murieron y… nunca capturaron a los forajidos. Se supo que la prometida del Sr. Johnson, usted, también iba con ellos y había desaparecido. El Sr. Johnson, o

más bien, todos, estábamos convencidos de que… no regresaría.

—Pero, ¿cómo lo tomó él? —insistió en su cuestionamiento.

—Bueno —hizo memoria entonces—…, la verdad es que el Sr. Johnson no… cambió mucho al enterarse. Fue como si… se resignara.

—¿O como si ya lo supiera? —señaló Ishbel.

La pregunta dejó sin habla a Lola. No se expresó a favor ni en contra del planteamiento, así que Ishbel cambió de ruta:

—Acabo de ver a uno de los hombres que atacó la caravana.

—¡¿Está segura?! —exclamó Lola.

—Sí, lo estoy.

—Debería de decírselo al sheriff, el Sr. Caldwell, la comisaría no está lejos…

—Todavía no sé si haré tal cosa —explicó—, ya que es uno de los hombres de confianza de Douglas.

La aseveración volvió a alterar a Lola, quien, desviando su mirada, comenzó a menear su cabeza afirmativamente. Fue como si le hubieran confirmado una vieja sospecha.

—¿Me crees? —cuestionó Ishbel notando su reacción.

—Como le dije antes… Ishbel, este es un lugar donde uno tiene que andarse con cuidado.

—Me he dado cuenta de eso. —Hizo una pausa, y, suspirando, interrogó—: ¿Douglas lo sabrá?

Lola tenía sus propias suposiciones. Había visto demasiadas cosas en Helena con las que nunca estuvo de acuerdo, pero ella era partícipe de la justicia y la verdad. Escuchando aquella teoría, dijo:

—… En este momento, no me atrevería a descartar nada.

—¿Comprendes ahora cómo me siento?

—Sí…

Pasaron mucho más tiempo hablando y desahogando sus almas como si se conocieran desde hace años. Ishbel tenía ese don, lograba que las personas confiaran en ella. Convirtió a Lola en una aliada, lo que podía ser muy útil para sus futuros planes, aunque todavía no los había definido totalmente.

Después de algunas risas y momentos sentimentales, el sonido de alguien en la puerta perturbó su conversación.

—¿Ishbel? —era la voz de Douglas.

Ambas se miraron como si estuvieran cometiendo un delito. Lola se separó de inmediato de Ishbel, quien, también se puso en pie. Se miraron en uno de los espejos de la habitación limpiando sus rostros como si estos pudieran evidenciar sus culpas. Con una señal de las manos, Ishbel le indicó a Lola que lo dejara pasar.

—… ¿Qué pasa? —preguntó impaciente Douglas al entrar—. ¿Por qué tardaron en abrir?

Lola miró a Ishbel como si ella supiera manejar mejor una situación así. Esta última sonrió viendo a los ojos a su prometido para decir:

—Sólo estábamos charlando… cosas de mujeres.

—¿Sí? —dijo Douglas crédulamente—. Me alegra que Lola pueda hacerte compañía cuando yo no esté.

—Sí, es alguien con quien se puede hablar… libremente.

—No me equivoqué al pedirte que te hicieras cargo de ella. —Observó a Lola quien bajó la mirada y regresó su atención a Ishbel—. Perdona que no haya estado al pendiente de ti recientemente. He estado ocupado… Negocios.

—No te preocupes, lo entiendo. —Mantuvo su falsa sonrisa.

—Me disculparán —dijo Lola haciendo una leve reverencia—, pero debo regresar a mis labores…

> Apenas pude contenerme. Estaba a punto de que mi carácter me delatara, sobre todo, después de ver la cínica sonrisa de Douglas haciéndome recordar las palabras de Daisy. Me quedé ahí viendo cómo Lola "escapaba". No supe si era el momento de hablar con él, de decirle que sabía sobre el tipo del casino o sobre su hija abandonada. Preferí quedarme callada.

—Te encuentras bien —preguntó Douglas acercándose peligrosamente.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Dicen que has estado saliendo del hotel.

—… Sí —dijo con voz nerviosa—. Quise conocer un poco más el lugar donde… viviremos.

—Mmm, eso es muy buena idea —aprobó y se paseó por la habitación observando repentinamente el dibujo que había dejado Ishbel sobre la cómoda—. ¡Vaya! No sabía que sabías dibujar…, aunque, creo que no me hace justicia. —Colocó su retrato al lado de su rostro volviendo a sonreír abiertamente.

Ishbel esbozó una mueca forzada y alegó:

—Creo que me falta afinarlo un poco.

—Sí, bueno. —Lo dejó en su sitio y agregó con seriedad—: Sabes, vine a verte para hablar sobre la fecha de nuestra boda.

El comentario la tomó por sorpresa. Tartamudeó sin dar una respuesta clara, hasta que preguntó:

—¿No es algo apresurado?

—¡Vamos Ishbel! Ninguno de los dos somos tan… jóvenes. Además, esa es la mejor forma de asegurar el legado que te dejó tu padre.

> Tuve que pensar apresuradamente. Él no sabía que había ido a visitar al abogado, ¿o sí? Esa era la única manera de que podía enterarme de la herencia de mi padre. ¿Qué debía de responder?

—¿El legado de mi padre? —dijo Ishbel fingiendo desconocer el tema.

—Sí. —Giró para mirar por la ventana y darle la espalda como si ocultara la reacción de su rostro—. Tú ocupas ahora el lugar de tu padre en nuestra sociedad, por lo tanto, eres mi socia y espero que pronto mi mujer.

—Perdona, es que… sigo sin recordar muchas cosas.

—Bueno, esto era algo que no tenías que recordar. —Volteó nuevamente—. Está estipulado en el testamento. Discúlpame si no te había hablado de esto. No me pareció prudente.

—Descuida. La verdad es que no entiendo mucho sobre negocios, dinero o… herencias —volvió a fingir.

—Es por eso que necesitas a un hombre que cuide de tus intereses. —Se acercó otra vez hasta tomarla de los brazos.

Ishbel le negó el rostro, apenas pudo contenerse para no librarse de sus manos. Siguió con su farsa pretendiendo ser una mujer tímida.

—… Creo que tienes razón —aceptó ella.

—Entonces, ¿quieres que haga los trámites necesarios para que podamos casarnos? —preguntó con una extraña alegría en su rostro.

—Sí Douglas, haz lo que se requiera.

—Me alegra escucharlo. Quizás pueda arreglar todo para el siguiente sábado. Me gustaría que la gente importante de Helena asistiera.

—¿En una semana? —le parecía muy apresurado.

—Sí.

—Como… desees.

—Entonces así será. Le pediré a Lola que se encargue de tu vestido y… cualquier cosa que necesites.

—De acuerdo.

Cuando la puerta finalmente se cerró, Ishbel arrojó todo el aire caliente que había contenido durante su plática. Aspiró profundamente buscando encontrar oxígeno nuevo. Había accedido a todo con tal de que Douglas la dejara tranquila. Estaba consciente de que tendría sólo unos días para tomar la decisión más arriesgada de su vida.

> Douglas era todo un caballero, ni siquiera había intentado aprovecharse de mí cuando estábamos a solas; aunque eso también me hacía preguntarme si realmente se sentía atraído por mí. Me asustaba ver la manera en que actuaba y sentí que estaba apresurando las cosas para que yo no me… desviara del camino. Al menos ya me había dicho lo de mi herencia, o quizás lo hizo porque se enteró de mi visita a Ezequiel. Si eso era cierto, también sabía que le había mentido. Necesitaba estar segura de si él era el responsable del ataque a la caravana, porque, tal vez todavía querría hacerme desaparecer.

Douglas le llevaba unos segundos de ventaja cuando Ishbel decidió seguirlo. Lo vio salir del corredor tratando de mantener una distancia segura y no le perdió la vista al bajar las escaleras. Ya estaban en la planta baja cuando aguzó su mirada tratando de localizarlo entre la gente, no era difícil considerando que usualmente vestía de blanco.

—¡Ahí está! —murmuró para sí.

Pero lo que Ishbel presenció luego la hizo dar un paso atrás al darse cuenta de que alguien lo esperaba en la entrada del hotel.

—Es ese hombre —dijo Ishbel.

Douglas comenzó a manotear como si le reclamara a su empleado su presencia. Le daba la espalda a la visión de Ishbel. Un poco después, el tipo rubio se retiró de mala gana. Douglas lo dejó adelantarse y volteó hacia atrás como si cuidara que nadie lo hubiera visto, salió a la calle detrás de él.

—Tengo que seguirlos —determinó Ishbel.

LÍMITES DE HELENA

Douglas y aquel hombre se alejaron lo suficiente de cualquiera que pudiera escucharlos. La sombra de un callejón fue el cobijo perfecto para poder hablar.

—Bien Pete, escupe lo que querías decirme —exigió Douglas apenas se sintió seguro.

—Me reconoció —dijo como si fuera obvio.

—¿Quién te reconoció?

—Esa mujer, su prometida, Ishbel. Estuvo en el casino y me reconoció.

Una expresión de incredulidad absorbió el rostro de Douglas mientras fruncía el ceño con molestia para reclamar luego:

—¡Eso no es posible! ¡Me dijeron que habían sido cuidadosos!

—Sí, nos cubrimos el rostro, pero, ella, no sé cómo… lo sabe —tartamudeó.

Douglas bajó la cabeza dejando que el ala de su sombrero la cubriera, dio un par de pasos en ese pequeño espacio y dijo:

—Ella no recuerda mucho de lo que pasó. ¿Cuándo te vio?

—Hoy en la mañana. Estaba pasándola muy bien con Daisy cuando ella apareció.

—¿Estás seguro de que te reconoció?

—Completamente, jefe. Yo también la recuerdo muy bien.

Tomando su barbilla, Douglas se quedó pensativo. El incidente, según sus planes, podía no ser tan significativo, pero debía ser astuto para que el juego concluyera a su favor.

—No pudimos completar el trabajo en esa ocasión —alegó Pete y propuso—, pero podríamos terminarlo ahora.

Douglas lo calculó antes de responder:

—… No, creo que ella ya no será un inconveniente.

—¿Qué quiere hacer entonces? ¿Dejar que ella hable? —preguntó preocupado.

—Ella no hablará.

—Con todo respeto, su pellejo no es el que está en juego, jefe.

—¡Está mucho más en juego que el de todos ustedes! —alzó la vista al cielo—. Cuando creí que ella había desaparecido hice algunos movimientos… *administrativos* que me comprometen.

—¿Lo tiene con la soga al cuello? —bromeó.

—Algo así; aunque tendría que ser muy sagaz para darse cuenta y… pronto tendrá que cederme todo lo que tiene para que yo lo maneje. Ahí terminará el problema.

Tomando su cinturón a la altura de sus pistolas, Pete lo miró incrédulo y señaló algo que ambos sabían:

—¿Cuánto durará eso, jefe? Usted y yo sabemos que no es un hombre de una sola mujer.

—Tienes razón Pete —le regresó una media sonrisa—; pero tendré que fingir por un tiempo, al menos hasta que esté seguro de recuperar lo que ya era mío; luego, creo que volveré a convertirme en viudo…

> Había recorrido a pie los últimos metros sin poder asegurar a Viento. Sabía que tal vez tendría que salir huyendo con prisa. Le di la vuelta por el exterior a esos edificios y me coloqué tan cerca como pude de la abertura de aquel callejón. Los escuché entrar y también todo su diálogo. Apreté mis ojos en más de una ocasión víctima de aquel tremendo desencanto. Mi deseo por conocer la verdad me había traído hasta aquí, y ahora lo agradecía. El terrible remate de Douglas me hizo querer salir y acabar con esos dos de un tiro; pero eso hubiera sido algo impulsivo y tonto.

Completamente concentrada en aquellos dos, Ishbel no se percató que, por su espalda, Viento se había acercado arruinando así su escondite. Su fiel caballo no entendió que su presencia ponía en predicamentos a su dueña. El suave movimiento de sus casquillos en el suelo fue suficiente para que Douglas y Pete dejaran de hablar.

—¡¿Qué fue eso?! —advirtió Pete casi empuñando su arma.

—Fue atrás —aseguró Douglas.

Todo sucedió muy rápido, lo que provocó la reacción de Ishbel. Tenía que decidir si enfrentarlos o salir huyendo. Su instinto predominó, montando así a Viento y haciéndolo galopar apresuradamente.

> No miré hacia atrás, era un largo camino que recorrer antes de dar la vuelta en alguna calle para “desaparecer”. Lo más probable era que Douglas se diera cuenta que había estado ahí. Esa fue una consecuencia que no había calculado. Mi única opción ahora era escapar.

Aquellos dos salieron del callejón empuñando sus armas. La figura de Ishbel llevaba unos metros de ventaja, les daba la espalda y cada vez se alejaba más. Por instinto, Pete estuvo a punto de disparar, hasta que Douglas lo detuvo.

—¡Detente idiota! —Le bajó el arma.

—¡Es su prometida jefe! —exclamó Pete.

—¡Lo sé! ¡No soy ciego!

—¡Le dije que nos iba a dar problemas!

—¡Yo sé cómo manejarla!

—¿Usted lo sabe? —guardó su arma—. Pues ahora mi pellejo vale mucho más.

—Recompensaré tu silencio, no te preocupes. —La observó alejarse y como si la tuviera frente a él, amenazó—: Y contigo, querida, tengo que tener una larga conversación.

19
EL PLAN

MOUNTAIN VIEW

Sintió como si su alma se escapara de su cuerpo al entrar a su habitación. Observó agrandando los ojos cada pequeño rincón en la misma, temiendo que Douglas apareciera saltando sobre ella en cualquier momento. Estaba recargada contra la puerta creyendo que su peso podía impedir que alguien entrara. Intentó acomodar sus ideas para tomar una decisión.

> Debía ser consciente de que ya no podía esconderme. Douglas y ese tal Pete sabían que los había descubierto. No tardarían en ir a buscarme, así que tenía que actuar rápido. Helena ya no era un lugar seguro para mí.

Fue hasta entonces que Ishbel reconoció que había cometido un error al regresar al hotel, ese sería el primer lugar en el que Douglas la buscaría. Escudriñó su entorno, no había mucho en ese espacio que quisiera rescatar y nada valía más que su vida, así que, en una rápida reflexión, tomó lo que tenía a la mano cargándolo entre los brazos y se dirigió de nuevo a la puerta dispuesta a huir.

> Enfrentar aquel momento fue más terrorífico que lo que había vivido en la montaña, creo que prefería enfrentarme a la naturaleza que, a la maldad del hombre, así que no había vuelta atrás.
> Al asomarme al pasillo, el traje blanco de Douglas me interceptó haciéndome dar un paso hacia atrás. Me sentí en desventaja cuando no estuve en posición de defenderme.

—¿A dónde vas querida? —preguntó irónicamente Douglas dando un paso al interior de la habitación.

Ishbel, con los ojos desorbitados y las manos ocupadas reculó de la misma manera. ¿Qué debía hacer ahora?

Volteando hacia el pasillo y asegurándose de estar a solas, Douglas aseguró la puerta y sentenció:

—Creo que ya no tenemos que… guardar las apariencias.

Ishbel dejó caer al suelo las pocas pertenencias que tenía y advirtió:

—¡Lo sé todo! ¡Sé que mandaste a esos hombres a matarme!

Con un cínico gesto, Douglas le indicó que bajara la voz. Argumentó luego:

—Eso me facilitará las cosas…

—¿Crees que vas a salirte con la tuya?

—Querida, ya lo hice.

—¡Te acusarán de asesinato! ¡Se lo diré al sheriff!

—¿Al sheriff? —se burló—. Wyatt y yo tenemos más en común de lo que crees.

> Sus palabras silenciaron mi boca. No sabía si eran ciertas o sólo un alarde; pero la seguridad de su sonrisa me dijo que no

estaba mintiendo. Si no podía contar con la ley en Helena, cómo me libraría de este problema.

En medio de ese ambiente de tensión, los ojos de Ishbel bajaron para mirar de reojo su arma. Se encontraba a unos centímetros de su mano derecha, colgando en la funda de su cinturón. La imagen de tomarla y salir disparando de ahí no parecía la peor de las ideas. La sonrisa burlona de Douglas se apagó en ese momento al intuir las intenciones de su *prometida.*

Repentinamente, Douglas desapareció el par de metros que los separaban cuando Ishbel apenas alcanzaba la cacha de su pistola. La desarmó y la empujó a la cama haciéndole entender quién era el más fuerte.

—Me quedaré con esto —dijo guardando la Colt 1860 que le había regalado John.

Jadeante, Ishbel decidió dejar de guardarse otras cosas que también le molestaban.

—Pensaste que nadie se iba a dar cuenta —acusó.

—De hecho —aseguró él—, nadie se dio cuenta. Esto es el oeste. La gente muere…, a veces sin deberla.

—¿Como los que murieron en la caravana?

—Así es.

—¿Pretendías quedarte con lo que era de mi padre?

—¡¿Lo que era de tu padre?! —comenzó a caminar por la habitación, molesto—. ¡Yo trabajé ese dinero! ¡Yo merecía algo más que una… simple sociedad! ¡Sin mí él no hubiera hecho crecer esa fortuna!

—¿Y la mejor forma era apropiártela?

Esta vez, Douglas sólo se limitó a expresar una mueca. Detuvo sus movimientos y resoplando, sentenció:

—No tengo más tiempo que perder contigo. Esto es lo que va a pasar: nos casaremos el sábado y tú vas a firmarme un poder para que yo administre todos los bienes de… nuestra sociedad…

Una risa incrédula lo interrumpió. Ishbel tenía otros planes y se los iba a dejar en claro:

—No, no será de esa manera. Hablaré con el abogado y recuperaré lo que me pertenece, el legado de mi padre. Te dejaré en la ruina.

Douglas escuchó, pero no fue tomado por sorpresa. Esperaba esa respuesta y ya tenía preparada una contrapropuesta. Con voz calmada, como si estuviera en control de la situación, señaló:

—Creo que no estás entendiendo. No estás en posición de negociar. En Helena suelen suceder muchas tragedias, accidentes, incluso con armas. Yo… podría quedarme viudo rápidamente.

—¿Quieres que crea que respetarás mi vida una vez que te firme un documento?

—Ya que nos escuchaste en el callejón y que sabes de lo que soy capaz. El mejor trato que puedes obtener es permanecer a mi lado hasta que… la muerte nos separe.

—¿Cómo podría confiar en ti después de eso?

—Tendrás que hacerlo; o tal vez, deba agregar algo más a la apuesta para convencerte.

—¿De qué hablas? —cuestionó arrugando su frente.

—Sé que estuviste en el casino con Daisy; también sé que has estado hablando con Lola. Es curioso que ambas tengan familia que dependen de ellas, ¿no lo crees?

—No te atreverías.

Douglas dio pasos firmes acercándose e inclinándose sobre la cama, tomó los brazos de Ishbel con fuerza y amenazó apretando los dientes:

—Quiero verte alegre el sábado y que convenzas a todos los invitados de que eres una novia feliz casándose con el hombre que ama. ¿Entendiste?

Ella no respondió, sólo se limitó a verlo directamente a los ojos sin disimular su odio.

Estando tan cerca, Douglas acarició su rostro sabiendo que eso iba a molestarla; luego, se abalanzó sobre ella para intentar robarle un beso, pero sólo se ganó una mordida en el labio.

—¡Perra! —exclamó separándose.

—¡No soy una de tus putas!

Douglas levantó su mano como si fuera a golpearla, pero se contuvo. Ishbel, valientemente, no le negó el rostro en ningún momento.

—… No —dijo él—, no se vería bien en ti.

Acomodó su saco blanco y se sacudió el rechazo para luego dirigirse a la puerta.

—Una cosa más —advirtió Douglas—. No saldrás de esta habitación hasta el día de la boda.

Abrió la puerta y gritó el nombre de Lola, quien apareció apenas un segundo después como si hubiera estado ahí todo ese tiempo.

—Qué bueno que estás aquí —dijo Douglas—. Quiero que te encargues de atender a la Srta. Mackenzie. Ella… no se siente bien, permanecerá en su habitación hasta el sábado. ¿Está claro?

—Sí señor —respondió Lola obedientemente.

> Me senté en la cama viendo cómo le giraba instrucciones. Cabizbaja, Lola sólo atinaba a asentir. No me miró hasta que Douglas se hubo retirado, y entonces, cuando esperaba su ayuda, sólo escuché la llave asegurando el picaporte desde el exterior.

LA CABAÑA

El golpe del hacha sobre el último tronco lo hizo lanzar una larga exhalación. Había cortado esa madera con prisa, como si hubiera utilizado esa actividad para sanear su espíritu.

Vestido sólo con el pantalón y los tirantes sujetos a su torso desnudo, John se sacudió el sudor de la frente mientras alzaba su rostro al cielo. Su respiración agitada era muestra de lo que ahora experimentaba, y ni siquiera el agotamiento físico lo hacía sentir mejor.

—¿Estás bien *Wanagi*? —preguntó su amigo a la distancia.

Math caminaba la última pendiente antes de llegar a la cabaña sosteniendo la correa de su caballo. Su cuerpo ya era visible cuando notó las acciones del militar.

—¿Por qué lo preguntas? —cuestionó John.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* conoce a su amigo. Sabe cuándo le sucede algo.

—Siempre tan observador —comentó de mala gana bajando el hacha.

—¿*Wanagi* acompañó a *Peta wica* a su destino? —interrogó al alcanzarlo.

—Ese era el plan…, pero, no pude hacerlo.

—¿Qué quiere decir *Wanagi*? —preguntó echando para atrás su gran cuerpo.

—Que no pude acompañarla hasta el final. No hubiera sido… lo mejor.

—*Wanagi* habla con acertijos.

—Lo sé, amigo, lo sé. Ni siquiera yo me entiendo. ¿No prefieres que vayamos adentro?

Se sentaron a la mesa mientras el viento de la primavera llenaba la habitación. Era un momento que manifestaba paz, aunque la atormentada alma de John no lo percibía así.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* percibe la tormenta en la que su amigo está.

—No puedo negarlo… creí que iba a ser más fácil.

—Tal vez *Wanagi* debió ser sincero con *Peta wica*.

—Me vi tentado a serlo, pero, conociéndola, creo que ella hubiera tomado el camino que

menos le convenía.

—El más difícil —afirmó porque también la conocía.

—Sí, y el peor para ella.

Math aspiró profundamente mientras dejaba que su mente jugueteara con tal idea. Entendía perfectamente la postura de John, y ahora que había ejecutado su decisión, también notaba su arrepentimiento, así que tuvo que hablar:

—*Šúŋka wakhȟáŋ iyéčhiŋ kta hwo, táku tȟókȟaŋ šúŋka iyúha kta hečhíčiŋpi* (El lobo que caza solo puede morir de hambre, pero la manada siempre encuentra alimento). *Wanagi*. No puedes tomar siempre las decisiones por otros. Lo hiciste en un tiempo y tampoco funcionó. Le quitaste a Ishbel su único poder, el poder de decidir.

—… Sí, pero sé también que vivirá mejor donde se encuentra, al lado de ese tal… Douglas —señaló con furia reprimida—. Al menos no tendrá que estar mirando todo el tiempo sobre su hombro. Yo… no podía darle la seguridad que ella merecía.

—A veces las personas no buscan seguridad, sólo quieren vivir.

John alzó el rostro al techo mientras cerraba los ojos, inhaló con fuerza para exhalar luego y dijo:

—No puedo cambiar las cosas ahora Math, como no las pude cambiar aquel día en el fuerte cuando intervine por ti. Mataría a ese hijo de perra todas las veces que fueran necesarias por salvar tu vida.

Math asintió con fuerza en señal de agradecimiento y cambió un poco el tono de la conversación.

—¿*Wanagi* se aseguró de que *Peta wica* llegara a su destino?

—Sí, la seguí sin que se diera cuenta. Viento conocía el camino.

—Me gustaría tener mejores palabras de aliento para *Wanagi*.

—Has hecho mucho ya, aunque, preferiría que me ayudaras a olvidarla.

—Eso es algo que sólo *Wanagi* puede lograr…

MOUNTAIN VIEW

Lola me visitaba regularmente, pero su boca permanecía cerrada. Era como si todo eso de ser amigas nunca hubiera sucedido. Sólo me dirigía la palabra para hacerme alguna indicación y se retiraba asegurando la puerta.

Tuve mucho tiempo para pensar. Sabía que sólo tenía unos días para hacer algo, pero, primero tenía que salir de ahí y no había encontrado una manera de lograrlo. El corredor y la ventana no representaban una buena opción.

En los pocos minutos que pude mantener la calma, retomé mi diario para escribir lo que había ocurrido. Tal vez alguien en algún momento lo leería y se daría cuenta de la verdad. Lo repasé de principio a fin, encontrándome repentinamente con el dibujo que había hecho de John. Tuve que detenerme al recordar que había algo pendiente con él, algo que todavía no dejaba en claro.

—¿Debo llamarte John o Jack? —dijo observándolo—… ¿Será posible que no seas tan desgraciado como pensé?

Ishbel no encontraría una respuesta en esa habitación. Comenzaba a quedarse a oscuras puesto que había decidido no encender una luz. No tenía razón para hacerlo, la impotencia de que alguien la controlara la tenía acostada en esa cama.

La puerta se abrió nuevamente, se trataba de Lola sosteniendo una bandeja con la cena y una vela. Dejó todo en una mesa y procedió a cerrar de nuevo, pero esta vez, lo hizo desde el interior. Se acercó en silencio y se agachó como si fuera a recoger algo muy cerca del oído de Ishbel,

quien seguía recostada sin reaccionar.

—Escuché todo —soltó Lola repentinamente.

Acto seguido, la mucama se incorporó junto a la cama haciéndole una seña a Ishbel para que bajara su tono de voz.

—Lola —murmuró Ishbel sabiendo que había recuperado a su amiga.

—Quiero ayudarle —dijo bajando la voz.

—Dime lo que pasa afuera.

—El Sr. Johnson tiene vigilado el hotel y se llevaron su caballo.

—Tengo que salir de aquí, escapar.

—No creo que pueda salir sin ser vista. —Juntó sus manos nerviosamente—… ¿Qué podemos hacer?

> Hasta ese momento, mis recursos limitados no me habían permitido elaborar un plan. Sí, Lola tenía razón, era difícil que yo pudiera salir de esa habitación sin ser vista antes de la boda. Douglas era un tipo maquiavélico que seguramente tenía cubiertos todos los detalles; pero también era soberbio, por lo tanto, confiado. Si estaba seguro de que obedecería, eso me permitiría actuar desde un punto ciego.

—Lola —dijo Ishbel pensativa—. Tal vez yo no pueda salir de la habitación, pero tú sí…

MOUNTAIN VIEW, DÍA DE LA BODA

Los hombres de confianza de Douglas esperaban en la entrada, ellos eran: Jesse Thornton, el hombre que estaba en la cárcel el día que Ishbel visitó a al sheriff; Harlan Boone, un sujeto de pocas palabras que gustaba de usar adornos de animales en el sombrero; Jeremiah Colton, quien siempre vestía de negro y procuraba no rasurar su barba oscura; y Pete McGraw, el sujeto a quien Ishbel identificó como uno de los atacantes de la caravana. En realidad, los cuatro habían participado.

Douglas Johnson, casi el dueño de todo lo que ocurría en Helena salió entonces por la puerta para un último encuentro con ellos.

—Ya casi está lista —les avisó acomodando su cinturón.

—¿Y usted jefe? —bromeó Pete.

—Un hombre siempre debe de estar listo para sentar cabeza —sonrió cínicamente.

Todos entendieron lo que eso significaba.

—Bien —continuó Douglas—. Ustedes tres se quedarán a escoltarla, sólo para asegurarse de que no se eche para atrás. Pete me acompañará a la iglesia. —Lo miró—. Lo que menos deseo es una novia nerviosa. —Volvió a dirigirse a todos—. ¿Entendido?

El cuarteto asintió. Douglas y Pete se adelantaron dejando a los otros atrás, quienes, como buitres, esperaron a que Ishbel saliera.

> Los observé por la ventana mientras Lola terminaba de ajustar mi vestido. Escuchaba a medias las instrucciones que Douglas les dictaba. Mis ojos no se despegaron de Pete, era como si quisiera que me mirara, quería retarlo. Sentía que ya no podían arrebatarme nada, ni siquiera la vida.
> Durante estos días hablé poco con Douglas, preferí darle por su lado para evitar otro conflicto. Conseguí así que me consiguiera un vestido sencillo de algodón y color marfil. Deseaba algo que me diera la libertad de moverme, al menos me debía eso.

El semblante duro de Ishbel hizo reaccionar también a Lola, quien, con un poco de temor, le

preguntó:

—¿Está segura de que quiere hacer esto?

—Sí Lola, ya lo habíamos hablado.

—Todo está listo en la iglesia. El padre Walker se encargará de todo.

—Lo sé, gracias.

Con un fuerte suspiro, Ishbel se retiró de la ventana y comenzó a caminar a la puerta sintiendo como si caminara al cadalso.

—¿Tú estarás ahí? —cuestionó Ishbel.

—Estaré justo a su lado para lo que usted necesite.

—Definitivamente, te necesitaré.

> No había meditado lo que sería mi camino hasta el punto de reunión con Douglas. Debí suponer que no dejaría nada al azar. Encontré a los tres hombres esperándome al salir, una carreta y sus negras intenciones listas para custodiarme. Afortunadamente, había espacio para Lola, quien no se apartó de mí durante ese infierno silencioso.
>
> No pude evitar mirarlos tampoco. Recordaba bien a Jesse de mi encuentro con el sheriff; pero era al que menos reconocía. La indumentaria de los otros dos, a pesar de no haber visto sus rostros, saltó en mis recuerdos. Ellos también habían estado presentes en el ataque a la caravana.
>
> Aspiré con fuerza calmando mis nervios. De nada servía hacer acusaciones en ese momento. Debía dejar que todo siguiera su curso.

Jesse Thornton conducía el vehículo mientras Lola e Ishbel iban sentadas atrás tomando sus manos llenas de temor. Los otros dos los flanqueaban. Era un hermoso día de primavera, cualquiera diría que eso era un buen augurio, pero no para esta novia.

Habían llegado cuando medio Helena estaba presente frente a la iglesia. La carreta tuvo que abrirse paso ante la alegría de un público que desconocía las verdaderas razones de esa ceremonia. Douglas no era visible, lo que Ishbel agradeció.

Se detuvieron frente a la edificación y Lola ayudó a bajar a Ishbel. Su rostro serio confundió un poco a la multitud, lo cual provocó también murmuraciones, aunque la mayoría coincidió que se debía a la inquietud del momento.

A pesar de que el lugar contaba con una gran capacidad, muchos tuvieron que quedarse afuera, el aforo no era suficiente para recibir a todos los que querían bendecir a la pareja. Esto fue consecuencia de lo que Douglas había promovido, anunciando el evento por todo Helena, atrayendo a las personalidades importantes de la comunidad y a algunos que pretendían serlo.

> Me costó recorrer esos últimos metros hasta la entrada entre esas grandes puertas. Escuché la música de órgano en el interior. Cada una de sus notas parecía estrujar mi realidad. Los matones de Douglas me vigilaron de lejos, hasta que crucé el límite del recinto.

Fue hasta ese momento que pudo observar a Douglas. Vestía su color blanco acostumbrado. Las amigas se detuvieron al principio del pasillo, sintiendo las miradas de los invitados sobre ellas. Ishbel aspiró con fuerza, sabía que Lola venía un paso atrás. Avanzaron hasta llegar al altar, donde se separaron. La amiga de Ishbel pasó muy cerca de sus espaldas para dirigirse a la primera fila sin que nadie le prestara atención.

—Luces divina, querida —afirmó Douglas cínicamente.

Ishbel fingió una sonrisa arrugando su rostro y luego puso su atención en Gideon Walker, el sacerdote.



—Es bueno verla de nuevo, señorita Mackenzie —dijo el hombre. ¿Se siente mejor?

Douglas dirigió entonces una mirada dura hacia ella como si le dictara la respuesta con los ojos.

—… Sí, mejor —respondió Ishbel.

—Sr. Johnson —dijo Gideon—. Si está de acuerdo, podemos empezar con la ceremonia.

—Adelante —apresuró Douglas.

Walker comenzó dando las salutaciones iniciales con toda calma y de acuerdo al protocolo. Se dirigió a la audiencia con todo respeto; pero antes de poder avanzar, hubo una interrupción.

—Sr. Johnson —susurró Lola apareciendo repentinamente por detrás de él.

—¡¿Qué pasa?! —exclamó él molesto.

—El vestido de la Srta. Mackenzie tiene un… problema.

—¡¿De qué hablas?!

Todo el mundo notó la presencia de Lola cubriendo la parte trasera de la novia. Se quedó ahí sin que los invitados supieran el porqué. Ante tal situación, Walker también se detuvo. Douglas no entendía de lo que se trataba hasta que se reunió con Lola en un pequeño conclave silencioso, que también incluyó a Ishbel.

—Se descosió —murmuró Lola señalando la falta casi a la altura de la cintura.

—Tú eras la encargada de eso —reclamó Douglas apretando los dientes.

—Lo siento señor, pero puedo arreglarlo.

—¿¡Piensas arreglarlo aquí?! —cuestionó furioso.

—No voy a seguir con esto en estas condiciones —advirtió Ishbel sobre el hombro.

La impaciencia de Douglas se precipitó en un resoplo mientras la inquietud de las voces a su alrededor lo presionaban.

—¿Qué sucede hijo? —preguntó Walker aproximándose.

—Ishbel tiene… un problema con su vestido —respondió Douglas de mala gana.

—¿Tiene arreglo?

—Si me dan unos minutos yo puedo dejarla lista —intervino Lola.

—Pueden usar la sacristía —ofreció.

Los tres se observaron mientras Ishbel seguía sosteniendo con una mano la descompostura.

—¿Puedes hacerlo? —interrogó Douglas.

—Sí señor, no tardaré —aseguró Lola.

—Vayan entonces.

Ishbel y Lola se separaron para caminar hacia el fondo guiados por el sacerdote a través del pasillo a un lado del altar. Douglas las observó todo el tiempo hasta que se aseguró de que habían entrado a la habitación. Walker regresó de inmediato para anunciar a los asistentes que habría un pequeño retraso.

Douglas se meció los cabellos con algo de desesperación. No acostumbraba hacer eventos como ese y menos ser protagonista de uno. Quería acabar con eso lo más rápido posible y seguir con sus planes; pero comprendía la situación, aquel inconveniente tenía que ser tratado como correspondía.

—Sólo un poco más —dijo para sí mientras procuraba desaparecer de la vista de sus invitados.

MINUTOS DESPUÉS

El padre Walker charlaba despreocupadamente en las primeras filas. Aquello se había vuelto más bien una reunión social en la que el único que parecía tener prisa era Douglas Johnson.

—¿No cree que están tardando demasiado? —alegó Douglas impaciente.

—Deles un poco más de tiempo —pidió Walker.

—¿Más tiempo? No lo creo. —Caminó con pasos firmes al corredor haciendo oídos sordos a lo que el dueño del lugar expresaba.

Douglas golpeó con fuerza la puerta. No hubo una respuesta inmediata, sólo un sonido extraño, como si alguien se estuviera quejando. Walker había alcanzado ya al impaciente novio para entonces. Se miraron alarmados y entraron.

La escena los dejó perplejos, lo que los congeló por un momento antes de avanzar. Lola estaba en el suelo, con la cara en el piso y las manos abiertas, se dolía de un golpe en la cabeza; pero lo más impactante, fue la ausencia de Ishbel y el hecho de que su vestido de novia descansara en el suelo.

Los ojos de Douglas localizaron luego la ventana abierta haciéndolo correr hacia ella, pero encontrar el rastro de Ishbel fue imposible.

> El día que recuperé a mi amiga Lola empecé a planearlo todo. Entendí en quién podía confiar y tomé algunos riesgos. Considerando lo que Douglas me había dicho sobre el sheriff, decidí no involucrarlo. Entendía que la ley no estaría de mi lado.
>
> Daisy, Lola y el mismo padre Walker fueron piezas importantes con sus ideas. Él fue el único a quien se le permitió verme, además de Lola; agradezco que haya creído mi historia. Gracias a la intervención de los tres pude recuperar a Viento, mi arma y mi libertad.
>
> Usé las hojas en blanco de mi diario para escribir mensajes, los cuales Lola me hizo el favor de llevar. Dejé en claro a Ezequiel, el abogado, cuál era mi voluntad con respecto a los bienes de mi padre. Sabía el respeto que él le tenía, y afortunadamente, conseguí una buena respuesta.
>
> Douglas no tenía idea de lo que se le vendría, recuperar a esta novia fugitiva era el menor de sus males.

La iglesia se encontraba en las afueras de Helena, aunque al lado contrario de su ruta de escape, eso fue algo que Douglas no consideró, como tampoco, vigilar los alrededores. Nunca imaginó que su *prometida* intentaría algo así.

El hecho provocó una gran confusión entre los asistentes al evento, pero eso no le importó a Douglas, quien, sin dar explicaciones, pasó entre la muchedumbre para alertar a sus secuaces.

—¡Búscala! —ordenó al llegar con Pete—. ¡Usa a todos los hombres que tengamos! ¡No puede estar lejos!

Pero Douglas Johnson se quedó ahí, en medio de las personas que lo veían encolerizado. Pronto, el incidente estuvo en las bocas de los habitantes de Helena, haciendo que el importante hombre de negocios quedara en ridículo.

A SALVO

La quietud de la montaña la rodeaba. Viento y ella se fusionaron con la vegetación para dar un último vistazo a aquella ciudad. Ishbel buscaba recuperar su aliento, pero también quería decir adiós a su terrible experiencia.

> Y de pronto me encontré en medio de la nada, huyendo por mi vida y refugiándome en… no sé dónde. Pensé, antes de llegar a Helena, que en aquel lugar encontraría la verdad y la paz, pero me había equivocado. Ahora veía todo desde las alturas, donde aquel sitio estaba tan lejano como mis deseos de volver ahí.
> Lo único bueno de todo esto es que había hecho verdaderos amigos, y aunque sería difícil volverlos a ver, les agradecía lo que habían hecho por mí. Esperaba que lo que les había entregado les resultara tan útil como lo que ellos me dieron.
> Ni hablar, debía seguir. Sabía que la reacción de Douglas no sería agradable, y seguramente, no se quedaría de brazos cruzados.

—Vamos *Wíiyukča* (Viento) —dijo Ishbel dándole la espalda a Helena—. Tú me mostrarás el camino…

20
CAMBIOS

HELENA, DÍAS DESPUÉS

Douglas se había refugiado en su despacho. Operaba desde ahí sus negocios, aunque era un lugar que era más visitado por su abogado que por él mismo. Lo ocurrido seguía fresco en la memoria de la comunidad y las miradas en la calle lo hacían sentir incómodo.

Ese día en particular, había citado por enésima ocasión a sus hombres de confianza, los cuales, traían la misma respuesta de siempre.

—¡¿Cómo es posible que nadie la haya visto?! —reclamó Douglas furioso con sus ojos enrojecidos.

—Así es, jefe —respondió Pete tratando de mantener la calma—. Usted sabe cuánta gente entra y sale de este lugar. Nos fue imposible encontrar el rastro.

—¿Dónde están los demás?

—Siguen buscando, sólo vinimos nosotros.

Resoplando, Douglas se meció el cabello y luego preguntó a los otros tres:

—¿Ustedes no tienen algo que decir?

—Pienso —dijo pausadamente Harlan, el más callado—, que deberíamos de empezar por los lugares donde ella estuvo.

—¡Brillante! —exclamó Douglas sarcásticamente—. ¿Crees que no lo hice ya?

—¿Y las personas con las que tuvo contacto? —cuestionó Jeremiah, el sujeto más oscuro.

—¿Lola? —dijo el hombre de negocios regresando a su paseo nervioso—. La he presionado desde el día de la boda.

—Tal vez no lo suficiente —especuló Jeremiah.

—O tal vez —intervino Pete y con seguridad afirmó—: Ishbel estuvo hablando con alguien más a través de ella.

El comentario hizo que Douglas le dedicara toda su atención.

—¿Sospechas de alguien? —interrogó.

—El día que me topé con su… novia, estaba hablando con otra persona en el casino.

—¿Con quién?

—Con Daisy…

GOLDEN HORSESHOE

La tarde aún no caía cuando los cinco hombres entraron abruptamente al establecimiento.

Extrañamente, no había servicio ese día y los empleados estaban reunidos en círculo alrededor de una de las mesas cuando el dueño los sorprendió.

—¿Qué está pasando? —interrogó Douglas molesto.

La inusual convocatoria se vio interrumpida por los visitantes, lo que provocó que aquel pequeño murmullo se dispersara para dejar ver a un par de personajes que estaban sentados.

—Sr. Johnson, ¿cómo está? —saludó el abogado Thompson.

—¿Usted que está haciendo aquí? —interrogó Douglas intrigado acercándose al igual que sus hombres.

Eran tal vez un par de docenas los miembros de esa pequeña asamblea con Ezequiel Thompson. Todos mantuvieron un rostro serio ante la presencia del jefe; sin embargo, lo más extraño no fue que el abogado estuviera presente, sino quién lo acompañaba en la mesa.

—Hola… Douglas —saludó Daisy con cierta prepotencia.

Había unos papeles sobre la superficie de madera, Douglas los observó. El misterio se hacía más grande.

—Sr. Johnson —explicó Ezequiel entendiendo que aquello no sería una plática agradable—. Estoy aquí haciendo uso del poder que me otorgó la Srta. Mackenzie para cumplir su encomienda.

—¿Encomienda? —repitió Douglas nervioso—. ¿De qué está hablando?

—Sr. Johnson. Usted y yo conocemos los alcances que la sociedad que Liam Mackenzie y usted tenían, ergo, también conocíamos la disposición que él había hecho en cuanto a sus bienes y… en estos momentos, estoy haciendo entrega de la propiedad de este casino a… la Srta. Malone aquí presente.

Los grandes ojos del magnate se desorbitaron creyendo que estaba en medio de una pesadilla, una que había durado ya varios días. Con lo de Ishbel no tenía cabeza para entender de lo que su abogado le hablaba.

—No estoy entendiendo nada —señaló bajando su tono y extendiendo su mano por delante. Se apoyó en la mesa para evitar caer—. ¡¿Cómo es que mi casino está siendo entregado a esta… puta?!

El semblante burlón de Daisy se transformó manifestando su furia. Se puso en pie sintiéndose apoyada por todos sus compañeros, y así fue. En ese momento, el par de bandos se definió, sólo que el grupo de empleados del *Golden Horseshoe* era mucho más numeroso.

—¡Es la última vez que alguien me llama de esa forma! —reclamó Daisy soltando todo lo que tenía guardado.

—¡Cálmense! —pidió Ezequiel incorporándose y abriendo los brazos—. Esto no se resuelve con violencia.

Pero las manos ya estaban puestas sobre las cachas de las armas. Daisy no estaba sola y sus amigos estaban dispuestos a pagar el precio por el cambio de administración.

Ante la desventaja y estando en medio del fuego cruzado. Douglas reculó haciendo una seña a sus hombres para tranquilizarlos. Señaló alzando la voz:

—¡Esto es un robo!

—¡No Sr. Johnson! —aclaró Ezequiel—. Esto es la ley. Cuando Ishbel Mackenzie apareció tomó posesión de lo que le correspondía, y como dueña, fue su voluntad ceder sus propiedades a sus beneficiarios. Aquí no hay ningún robo.

—¿Propiedades? —preguntó notando que lo dijo en plural.

—Sí, Sr. Johnson, propiedades. Usted y yo tenemos que hablar de… otros asuntos además de este casino.

—¡No! ¡Eso no puede ser! —Se llevó las manos al rostro gritando—. ¡El sheriff me apoyará en esto!

—Puede usted llamarlo, pero lo que se ha hecho aquí fue conforme a la ley.

—¡Nadie me quita lo que es mío! —amenazó a Daisy alzando su índice.

—Lo que era tuyo —presumió enchuecándole la boca.

Distraído con lo que acababa de suceder, Douglas olvidó la razón que lo había llevado hasta ese lugar. Retrocedió sintiéndose cobijado por sus hombres y salió disparado por la puerta.

LA CABAÑA

En uno más de esos días soleados que la temporada le regalaba, John salió a cortar leña de nuevo. Usaba sólo su pantalón de tirantes para dejarse acariciar por la naturaleza; pero, a pesar de disfrutar de esos momentos, sentía que algo le faltaba.

Su cobertizo estaba lleno, así que no necesitaba cortar más; sin embargo, la acción de golpear con el hacha lo distraía y ejercitaba. Necesitaba mucho de esto desde hacía tiempo, puesto que le servía para olvidarse de lo que ya no quería recordar.

Se encontraba solo en la casa, y ahora, ese silencio le parecía extraño y hasta incómodo. Hacía pausas regulares observando a su alrededor para escuchar el sonido de la montaña quien parecía confortarlo. Alzó su vista al cielo cerrando los ojos como si pidiera un deseo en silencio. Aspiró profundamente y suspiró sabiendo que era algo que no se le concedería y siguió.

Repentinamente, alcanzó a observar de reojo a una figura acercándose por el bosque al pie de la última pendiente. Sostenía las riendas de su caballo para caminar ese último tramo.

—¿Math regresó? —murmuró incrédulo, pero no le prestó mucha atención.

El sudor nublaba un poco su vista y la presencia de su amigo no era algo nuevo, así que le dio la espalda, siguió con lo suyo y esperó a que se acercara.

—¿John? —dijo el visitante.

El sonido de su voz hizo que el último golpe se quedara clavado en la base. Se enderezó ensanchando los ojos y giró rápidamente, mucho más que el último vuelco de su corazón.

—¿Ishbel? —dijo incrédulo. Delante de él, como una aparición, Ishbel caminaba lentamente llevando la rienda de Viento en su mano—. ¿Realmente eres tú?

—¿Esperabas a alguien más? —bromeó.

Ninguno de los dos había imaginado cómo iba a ser ese momento. Había tanto que había quedado pendiente entre ellos, que probablemente eso sería el primer tema del encuentro; sin embargo, ocurrió algo totalmente distinto, la emoción que invadió ese espacio los contagió haciéndolos ir uno hacia el otro con prisa. No hubo otra palabra antes de un largo y acalorado beso.

—¿Eres real? —insistió John.

—Sí —dijo ella con una gran sonrisa.

—Pero…, ¿qué pasó? ¿Por qué regresaste?

—¿Esa es la mejor pregunta que tienes para mí? —preguntó molesta, aunque ya sabía cómo era él.

—Perdona, estoy algo… sorprendido.

Se soltaron separándose un poco y entonces la realidad volvió a la memoria de Ishbel para dejarle en claro lo que había pensado desde el último encuentro.

—¡Me dejaste a mi suerte! —Lanzó una gran bofetada que estremeció a un desprevenido John.

Después de acomodar su quijada, el dueño de la cabaña aceptó:

—Está bien, me lo merecía —dijo alzando la mano para protegerse de un segundo intento.

—¡Debería! ¡Debería! ¡Ag! ¡No sé ni qué debería hacer contigo!

—No sé qué decirte. No esperaba que volvieras y… estoy más confundido de lo que puedes estar tú.

—¡No! ¡No tienes ni idea de lo que hablas! —Y de entre todo lo que tenía por decirle, empezó sustrayendo el cartel que había pintado para ponérselo en la cara—. ¡¿Me puedes explicar esto?!

John se seguía tomando la mandíbula cuando ese segundo golpe terminó noqueando su ánimo. Era el aviso de recompensa de Jack Sullivan. Lo tomó con dos dedos como si no quisiera sostenerlo, bajó la mirada, se sabía descubierto.

—¡Dime que ese no eres tú!

—… Creo que no tiene caso seguir ocultándolo.

Ishbel dio un paso corto hacia él, lo que hizo que John creyera que iba a agredirlo nuevamente, pero no. Sus ojos entornados derramaron algunas lágrimas, se miraron fijamente y con un tono distinto, preguntó:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Siempre te dije que yo no era la persona adecuada para ti. No quería que… Esto es lo que yo soy y temía que… mi pasado te alcanzara.

Ishbel aspiró con fuerza experimentado la fuerza de sus sentimientos en su garganta. Tuvo que expresarse:

—… Te agradezco la preocupación, pero, creo que esa decisión debí tomarla yo.

—… Sí…, tienes razón.

Después de ese desahogo ambos se quedaron ahí, bajo el sol un momento más. Sus semblantes fueron tranquilizándose hasta que una pequeña sonrisa se dibujó en el rostro de Ishbel. Dijo:

—¿Te pegué muy fuerte?

—Bastante —aseguró él, también riendo—. Deberíamos de entrar y seguir hablando de esto.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

Se encaminaron a la cabaña, abrazados, y antes de entrar, John, comentó:

—¿No te interesa saber si soy culpable?

—Sé que no lo eres.

—¿Aún ahora crees que me conoces?

—Más de lo que crees…

Se sentaron a la mesa acompañados de un par vasos de agua del pozo. John mantenía su torso al descubierto con toda naturalidad.

—Es difícil encontrar algo refrescante en Helena —comentó Ishbel al beber.

—Es uno de los placeres de vivir en la montaña —dijo John presuntuosamente.

—Sí, nada nos faltaba —recordó.

Ante la mirada franca de su compañera, él por fin observó su condición para decir:

—Creo que iré por una camisa.

—No, así estás bien; además, es algo tarde para eso, ¿no lo crees?

—Siempre tan… tú.

—Lo sabes.

Luego se miraron a los ojos como si los dos tuvieran la misma idea; pero no tenían prisa.

—¿Qué haremos ahora? —interrogó Ishbel.

—Primero me gustaría saber qué fue lo que te pasó.

—¿Y luego será tu turno?

—Sí. Te hablaré de ese tal… Jack Sullivan…

Asentí y empecé a contarle sobre mi corta estancia en Helena, lo que Douglas pretendió hacerme y el plan que elaboré con mis nuevos amigos para poder escapar. No podría haberlo logrado sin Lola, Daisy y el padre Walker, ellos fueron los que me dieron el tiempo y consiguieron devolverme a Viento, mis cosas y trazar una ruta de escape. Por supuesto que le hablé de mí misma, mis recuerdos y el descubrimiento de quién era yo.

—Me alegra mucho que hayas podido recuperar tu memoria; y siento lo de tu padre, no debió ser fácil manejar su recuerdo.

—No, no lo fue; pero si hubiera tenido que escoger entre recordarlo o no, preferiría saber lo que sé ahora.

—… Y ese tipo Douglas, parece un hombre peligroso —señaló John intranquilo.

—Lo sé, pero espero que mi abogado lo mantenga muy ocupado para que se olvide de mí.

—No me parece alguien que olvide fácilmente. ¿Sabe de este lugar?

—Nunca me hizo muchas preguntas sobre dónde había estado. No lo medité en su momento, pero ahora, entiendo que nunca estuvo realmente interesado en mí.

—Es evidente que sólo te utilizó, como también a tu padre.

—Lo sé —entornó los ojos—; pero eso ha quedado atrás y… me gustaría olvidarme de ello. ¿Te parece?

—Si así lo prefieres, no lo mencionaré más.

—Gracias… Ahora es tu turno.

John desvió la mirada, puso sus grandes brazos sobre la mesa e inhalando con fuerza, dijo:

—Creo que ese cartel dice algo de mi historia y tiene que ver con Math.

—¿Él tuvo que ver?

—Sí. Sabes que soy militar y… bueno, mi nombre real ya lo conoces, es Jack Sullivan, teniente Jack Sullivan del 2º regimiento de caballería. Nosotros, nos dedicábamos a dar protección a los colonos y a mantener la paz en esta región una vez que la guerra terminó. La relación con los forajidos y los nativos siempre representó un problema. —Hizo una pausa—… Hace poco más de tres años hubo un incidente entre algunos de mis hombres y los sioux. Sucedió en el Fuerte Benton. Yo no supe cómo comenzó el problema; pero sí estaba dispuesto a terminarlo. Fue ese día que conocí a Math. No fue difícil distinguirlo entre la revuelta. —Sonrió —. Lo golpeaban, tenía las manos atadas y lo acusaban de haberle robado algo a uno de los nuestros mientras comerciaban…

—Math no sería capaz —interrumpió Ishbel.

—Eso no lo sabía en ese momento, pero decidí tomar el asunto en mis manos, antes de que… lo ejecutaran.

—¿Iban a matarlo?

—Sí, y no te tengo que decir cómo estaban las cosas entre los nativos y nosotros desde entonces.

—¿Qué hiciste?

—Hablé con él. Yo había aprendido su lengua tiempo atrás, no era el primer sioux que conocía; aunque Math ya hablaba nuestro idioma, así que no tuvimos problema para entendernos. Era un comerciante que llevaba años haciendo tratos con blancos. Eso me hizo sospechar que no estaba recibiendo un trato justo. Math me dijo que lo que esos hombres querían era robarle y… fue algo que comprobé fácilmente al revisar lo que esos malnacidos llevaban en las alforjas.

—Entonces, ¿todo fue una farsa?

—Así es. Supe en ese momento que en ese ambiente no se llevaría a cabo ningún acto de justicia, así que, lo desaté y le pedí que se fuera; pero antes de que pudiera montar, uno de mis hombres intentó dispararle. —Alzó la vista al techo como si volviera a revivir el momento—… Fue una reacción, o quizás estaba hastiado de todo el mal que le hacíamos a este lugar, no lo sé. Le disparé al que intentó abrir fuego, cayó muerto. Mantuve mi arma frente a mí, estaba rodeado; pero ninguno de ellos se atrevió a aprehenderme. Math se fue a todo galope y yo no dejé que nadie lo siguiera.

—Lo salvaste —derramó una lágrima—… Eso fue muy valiente.

—Algunos dirían que fue algo estúpido; pero, yo estoy de acuerdo contigo.

—¿Qué pasó después?

—Me acusaron de asesinato. La vida de un indio no valía ni valdrá lo mismo que la de un blanco. La legítima defensa no me favoreció; sin embargo, pude escapar antes de ser juzgado y… aquí estoy.

Ishbel volvió a sustraer el aviso de *Se busca* en sus manos. Lo miró por última vez y lo rompió sobre la mesa.

—Esto es una mentira —dijo Ishbel—. Sabía que no habías sido capaz de algo así.

—En realidad, sí lo fui, pero por una causa justa.

—Tienes razón… y entonces, ¿fue por eso que siempre buscaste apartarme?

John asintió experimentando nuevas emociones.

—¿Creíste que iba a juzgarte? —cuestionó Ishbel.

—Yo sólo… quería que lo que pesaba sobre mí no te alcanzara también.

—Pues creo que, después de todo lo que pasamos juntos, aún no me entiendes. Soy alguien a quien le gusta el peligro. —Sonrió maliciosamente.

Él reaccionó igual y se miraron sobre la mesa como si ya se hubieran dicho todo.

—Y ahora —dijo Ishbel—, ¿qué haremos si ya sabemos quiénes somos?

—Tengo una idea que podría gustarte.

—Soy toda oídos…

> John se levantó con rapidez de su asiento y fue tras de mí. No opuse resistencia, me sostuvo en sus brazos y me llevó a la recámara. Nuestros rostros sonrientes se transformaron pronto en rostros de deseo. Habíamos querido eso desde hacía mucho tiempo, encontrarnos uno al otro como éramos realmente, sin máscaras. Cuando esa distancia que nos separaba desapareció, nos olvidamos de todo y usamos esa cama con toda la libertad que ahora experimentábamos.

DESPACHO DE DOUGLAS

Después de lo sucedido en el casino, el hombre más importante de la ciudad se había topado con otra sorpresa: el *Mountain View*, había cambiado también de manos. Este par de golpes despojaron de sus principales ingresos a Douglas, pero estaba demasiado furioso con Ishbel como para concentrarse en lo que tenía que hacer para recuperarlos.

Sentado tras un escritorio, los penetrantes ojos del magnate giraban verticalmente a una pluma tocando en cada vuelta la superficie. No se encontraba solo, los cuatro hombres que siempre lo acompañaban estaban con él; aunque, en secreto, ya consideraban abandonar el barco.

—… Eso fue duro jefe —comentó Pete inoportunamente—. Daisy se quedó con el casino y Lola con el hotel. ¿Quién diría que ambas lo traicionarían?

La punta del utensilio se detuvo en los dedos de Douglas con ese comentario. Desvió sus ojos por fin para mirar a Pete. Dijo:

—¿Crees que estoy de humor para que alguien me lo recuerde?

—No jefe, por supuesto que no —respondió Pete—. Mi intención no era molestarlo, sólo… hacerle ver que podemos recuperarlos.

—Lo sé. —Inició de nuevo con su proceso pensante—. Ese es un asunto que veré en su momento. Por ahora, debemos seguir enfocados en saber dónde está Ishbel.

—Este valle es extenso —explicó Jesse—. Fue imposible encontrar su rastro, más, cuando ha pasado tanto tiempo.

—Es cierto —aceptó Douglas, y cavilando, estableció—: Tenemos que saber dónde estuvo para tener una idea de a dónde pudo haber ido…

Douglas esperó entonces una propuesta, pero sólo encontró un silencio inicial, el cual se rompió cuando Jeremiah comentó:

—Nosotros casi no hablamos con ella. No sabemos siquiera cómo es que regresó… ¿Usted sí?

Los cuatro estaban conscientes. El único que había hablado con Ishbel era Douglas, así que, inteligentemente, Jeremiah había regresado la responsabilidad al emisor.

Douglas dejó la pluma sobre el escritorio, se echó para atrás en su asiento y miró a su equipo con autoridad mientras hacía memoria.

—Tengo que aceptar —dijo—, que nunca profundicé en eso… Su llegada me… tomó por sorpresa.

—Nunca pensó que esa avecilla volaría de su jaula —dijo Pete burlonamente provocando la hilaridad de sus compañeros.

Una mirada dura por parte de Douglas hizo que todos se callaran. Después de eso, Harlan, preciso y contundente, señaló:

—Bueno, jefe, sabemos que Daisy y Lola tuvieron que ayudarla a escapar; tal vez hay más involucrados, pero, podemos comenzar con ellas. Presionémoslas.

—¡Bien dicho! —felicitó Douglas—. ¡Ojalá todos pensaran con esa rapidez!

Harlan agradeció con una simple seña inclinando su sombrero. Douglas se puso en pie, se apoyó con las manos en el escritorio y dijo:

—Y sé cómo hacerlo…

ESA NOCHE

El movimiento en Helena casi desaparecía por la noche, a excepción de las áreas de entretenimiento como el *Golden Horseshoe* y el servicio de veinticuatro horas del *Mountain View*, los cuales tenían poco de haber cambiado de administración.

Daisy, con un atuendo muy diferente al que acostumbraba, llegó a la barra para decirle a Sam, el *bartender*:

—Sírveme uno. —Sus ojos miraron la botella que tenía en el fondo.

—¿Noche difícil? —preguntó él atendiendo a su nueva jefa.

—Al menos es mejor que… antes.

—Lo sé. —Recostó sus brazos y dijo—: No había tenido tiempo de decírtelo, pero me alegra ver lo que te está ocurriendo.

—Los giros que da la vida ¡eh! —exclamó sonriente—. Ahora yo soy la que determina cuándo

irme a descansar, y creo que lo haré ahora.

—Hazlo, y no te preocupes, yo me encargo de esto. —Le guiñó el ojo.

—Nos vemos en un rato Sam.

Se retiró por una puerta lateral de la planta baja, la que daba directo a la que una vez había sido la oficina de Douglas. Siguió el corredor dejando que su amplia sonrisa victoriosa impregnara aquellas paredes. Por fin sentía estar viviendo la vida que merecía. Llegó a su destino interiorizándose en la habitación manteniendo ese sentimiento de plenitud, hasta que, un golpe en la cabeza la hizo perder el sentido.

LEJOS DE AHÍ

Los sonidos iniciales fueron confusos, respiraba con dificultad y sus ojos no podían ver más allá de lo que le cubría la cabeza. Se dio cuenta de que estaba sentada y sus manos estaban sujetas en el respaldo de la silla. Alzó los ojos, asustada. No escuchaba nada más allá de lo que probablemente era un cuarto vacío.

—¿Dónde estoy? —murmuró Daisy provocando una respuesta.

—… ¿Hay alguien conmigo? —se escuchó otra voz femenina que le sonó familiar.

—¿Lola?

—Sí.

—Soy Daisy.

Pero ninguna de las dos podía ver a la otra. Tenían las cabezas cubiertas con algún tejido de aroma desagradable.

—¿Qué pasó? —interrogó Lola.

—Eso es lo que quisiera saber.

—Estaba en el hotel y luego… desperté aquí.

—Lo mismo me pasó a mí.

Ambas conocían el ambiente tenso en el que se desempeñaban después de lo sucedido con Ishbel y Douglas. También sabían de lo que era capaz este último, así que no les tomó mucho tiempo entender quién era el responsable.

—Parece que ya despertaron —la voz de Douglas entrando a la habitación las inquietó.

—¡Sabía que habías sido tú! —reconoció Daisy apretando los dientes y haciendo brincar su silla.

Un segundo par de pasos se escuchó, haciendo que Daisy meneara su cabeza hacia todos lados, jadeante y conocedora de situaciones así, esperaba un golpe.

—¡Vamos preciosa! —intervino Pete retirando la capucha—. El jefe sólo quiere que le contestes algunas preguntas.

Pudo por fin observar su entorno. Se trataba de una habitación a oscuras, tal vez un establo sin uso y deteriorado. No se escuchaba ningún otro sonido más que el de ellos cuatro. Volteó a ver a Lola, seguía con la cabeza cubierta y muy asustada, lo que la hizo concluir que también la necesitaban e imaginaba el porqué. Guardó silencio prefiriendo escuchar.

Douglas se aproximó, sus rehenes ocupaban una línea frente a él. Destapó el rostro de Lola y dijo:

—También quiero hablar contigo.

Lola bajó la cabeza, intimidada.

—¡No les des el gusto! —exclamó Daisy dirigiéndose a su compañera.

—Pero voy a hablar primero contigo —estableció Douglas ante la valentía de Daisy—… Y no tendré mucha paciencia.

Los ojos desorbitados de la nueva dueña del *Golden Horseshoe* lo observaron como invitándolo a acercarse. Preguntó:

—Lo que quiero saber tiene que ver con Ishbel. —Miró de reojo a Lola—… Sé que ustedes la ayudaron y… recibieron un buen pago por el… favor. Aunque lo que ustedes me robaron es un asunto que trataré después.

—¡No te roba…!

Pero antes de que pudiera terminar la frase, la mano violenta de Douglas le dio una bofetada.

—¡Ya me cansaste! —advirtió él—. Ahora, ¿quiero que me digas a dónde fue?

La cabeza de Daisy regresó poco a poco a su lugar. Sus ojos desorbitados no mostraron ningún temor. Sentía el palpitar del golpe en su rostro y sabía que ese podía ser el último día de su vida.

—Aunque lo supiera —dijo—, no te lo diría.

—¿Aunque lo supieras? ¿No lo sabes? —argumentó incrédulo—. ¿Qué tal tú, Lola? —Cambió de posición—. Fuiste la que más tiempo pasó con ella. ¿Ishbel no te dijo a dónde pensaba huir?

—No, Sr. Johnson —respondió con voz temblorosa—… Y nunca se lo pregunté.

—¿De modo que ninguna de las dos lo sabe? —señaló con escepticismo—. Tal vez deba presionarlas de otra manera para hacerlas recordar… Pete —lo miró—. Trae a la vieja y a la niña.

Las prisioneras sabían a quienes se refería.

—¡No te atrevas a tocar a Lila! —advirtió envalentonada Daisy.

—¡No le haga nada a mi madre! ¡Cooperaré!

—¡Vaya! —aplaudió Douglas—, parece que lo han pensado mejor—. Se acercó a Lola, e, inclinándose un poco, le preguntó—: Te escucho.

—Sr. Johnson —explicó Lola desesperada—, Ishbel nunca nos dijo qué es lo que iba a hacer al escapar…, no sé cómo quiere que le digamos algo que ignoramos.

—Eso lo entiendo; pero quizás hay algo que les haya parecido… diferente. —Levantó el rostro de Lola para mirarla a los ojos. Sonrió cínicamente.

Presionada de esa manera, la otrora mucama, se escabulló en sus propios recuerdos rogando encontrar algo que convenciera a su captor.

—… Tal vez hubo algo —dijo por fin.

—Dímelo.

—Fue algo extraño, pero…, un día me mostró un cartel de *Se busca*. Me preguntó si lo conocía.

—¿Al hombre del cartel?

—Sí, un tal Jack Sullivan, lo recuerdo bien.

—¿Jack Sullivan? —Volteó a ver a Pete encontrando una negativa—. ¿Qué relación tenía con ese hombre? —insistió con Lola.

—No lo sé y no me atreví a preguntárselo.

—También me preguntó a mí por él —admitió Daisy uniéndose a la conversación.

—¿Y ninguna de las dos sabe quién es o qué hizo? —interrogó Douglas.

Ahora, ambas negaron con la cabeza. Douglas se puso en pie y rememoró su primer encuentro con Ishbel mientras daba algunos pasos seguido de Pete, se alejaron de sus rehenes. Las primeras palabras de Ishbel resonaron como un débil eco en los oídos del magnate; pero el detalle que sí

recordaba, era que alguien la había ayudado durante el invierno. ¿Se trató de ese hombre? Tenía que considerarlo.

—¿Jefe? —dijo Pete bajando la voz—. ¿Qué haremos ahora?

—Creo que deberíamos de hablar con el sheriff.

—¿Y ellas? —murmuró.

—Dales algo para desatarse y vámonos de aquí.

La terrible visión que las mujeres tuvieron después de esa pequeña charla en secreto fue la de Pete desenvainando una daga. Lola y Daisy ensancharon sus ojos pensando que su hora había llegado. El hombre de confianza de Douglas alzó su arma sobre la cabeza y la arrojó, haciendo que se clavara en la tierra; luego sonrió, y sin decir otra palabra, alcanzó a su jefe rumbo a la única salida.

—¡No he terminado con ustedes! —advirtió Douglas antes de despedirse—, pero debo arreglar primero el asunto con Ishbel…

21
LA ADVERTENCIA

LA CABAÑA

Fue un despertar muy diferente para Ishbel, quien, sonriente, observó que John seguía a su lado en la cama, lo que le confirmó que todo había sido verdad. La extraña alegría que ahora experimentaba la llevó a abrazarlo por la espalda y decir de manera coqueta:

—¡Buenos días!

Él sonrió aún adormilado antes de responder.

—¡Buenos días!

—¿John? —dijo dudando y repreguntó—. ¿O debería de llamarte Jack?

Pero antes de que el militar le pudiera responder, el golpeteó en la puerta principal lo hizo ponerse de pie con prisa. Estaba desnudo.

—¿Esperas a alguien? —interrogó Ishbel.

—No, aunque creo que debe tratarse de Math.

—¡Oh! —exclamó saliendo también de debajo de las cobijas.

Los dos se comportaron como un par de adolescentes sorprendidos por su padre. No lo notaron en un principio, pero así fue. John, vestido a medias, fue a abrir la puerta cruzando aquella *cortina* que Padre del trueno había colocado.

—¿*Wanagi*? —fue lo primero que Math dijo al observar sorprendido la descompostura del peinado de su amigo.

—¡Math! —exclamó John—. No te esperaba tan —observó el exterior dándose cuenta de la hora—… temprano.

—¿Temprano?

—Creo que dejé volar un poco el tiempo. Entra. —Se rascó la cabeza, nervioso—… ¿De dónde vienes?

Math dejó caer su humanidad sobre la silla del comedor, se veía cansado, alzó la vista y exhaló como si viniera cargando un gran peso, lo que provocó la pregunta de John:

—¿Te pasa algo amigo?

—*Wanagi*, hay algo importante que debes saber.

—Te escucho.

—*Wakíŋyaŋ ate* (Padre del trueno) se encuentra muy enfermo. Mi pueblo cree que el día de su adiós está cerca.

—¡¿Qué?! —exclamó Ishbel saliendo de la recámara.

El hecho hizo que tanto John como Math desviaran su atención hacia ella.

—¿*Peta wica?* —dijo Math extrañado—… ¿Qué hace… aquí? —Observó a John.

El dueño de la cabaña encogió los hombros en respuesta mientras una leve sonrisa lo delataba. Al huésped no le costó mucho trabajo entender lo que había sucedido.

—Es una gran sorpresa verte —expresó Math—. *Matȟó wówaŋyaŋke* se alegra.

—Yo también me alegro de verte. —Lo abrazó y se les unió.

—Parece que *Matȟó wówaŋyaŋke* se ha perdido de algo.

—Es una larga historia —explicó Ishbel—; pero antes de contártela, me gustaría oír lo que le sucede a *Wakíŋyaŋ ate*.

> Todavía no entendía muchas de las costumbres de la región, ni qué tanto lo que le estaba ocurriendo a Padre del trueno influía en nosotros. Apenas estaba reordenando mi vida cuando recibí esta noticia. Math nos explicó las consecuencias que la ausencia de un jefe sabio les traería a los suyos, y según su opinión, estas se verían reflejadas en poco tiempo.

—*Wanagi, Wakíŋyaŋ ate* pidió que lo acompañaras —miró a Ishbel—; o más bien, quiere que los dos vayan.

La pareja compartió con sus ojos su propia opinión y entonces John preguntó a Math:

—¿Él te lo pidió?

—Sí.

—¿Crees que sea prudente?

—No.

—¿Me estoy perdiendo de algo? —comentó Ishbel.

—*Peta wica* —dijo Math—. La tensión entre nuestros pueblos sigue existiendo. Muchos no verán con buenos ojos el que dos blancos estén presentes.

> Imaginaba cómo podía ser eso, lo había vivido hace poco tiempo, pero John sabía más. No podía opinar mucho sobre el asunto y tampoco me agradaba la idea de irme a meter a la boca del lobo. Esperé a que él decidiera, aunque yo tenía ya mi propia decisión.

John se quedó pensativo. Pesaba sus posibles opciones y consideraba la lealtad que le debía a Padre del trueno. Quería cumplir su deseo y sabía que si lo estaba llamando era porque necesitaba verlo, aunque, desconocía los efectos de su siguiente paso y si involucrar a Ishbel era sensato.

—¿Cuándo quieres partir? —preguntó John a Math.

—Lo antes posible.

—Está bien, iré.

—¡Iremos! —intervino Ishbel rápidamente.

—No creo que sea conveniente —estableció John.

—La invitación es para ambos —recordó Ishbel—; además, recuerda que Padre del trueno piensa que estamos juntos. No creo que sea *conveniente* que llegues solo.

Math levantó las cejas para hacerle ver a John que ella estaba en lo correcto.

—No cederás, ¿verdad? —cuestionó John.

—No. Ya deja de querer protegerme. Estamos juntos en esto…, a menos que quieras llevarme de vuelta a Helena —bromeó.

Una sonrisa nerviosa se manifestó en el rostro del militar, luego asintió un par de veces y se dio por vencido:

—Lo haremos como quieres.

—Han decidido con el corazón —estableció Math poniéndose en pie y advirtiendo luego—: Y aunque a veces el corazón no tiene las mejores respuestas… *Matȟó wówaŋyaŋke* hubiera decidido igual.

DESCENDIENDO LA MONTAÑA

Salieron un poco después de cargar algunas provisiones. El campamento de Padre del trueno quedaba a unos días montaña abajo. La charla fue bastante extensa, sobre todo ese primer día. Ishbel fue quien más habló extendiendo los detalles que ya había comentado con John y poniendo al tanto a su amigo de su aventura.

—… Ese tipo parece de cuidado —señaló Math, preocupado.

—John me dijo lo mismo —respondió Ishbel—; y aunque sé que tienen razón, no tiene forma de saber a dónde fui; además, creo que le dejé suficientes problemas como para que se acuerde de mí. Es asunto terminado.

—*WíiyayA yuhá yápi, tȟašúŋke ló, wíyakA kį́taš* (Un cuervo volará hacia la tormenta, aunque sus alas se rompan) —dijo con sabiduría.

—Lo entendí —se alegró Ishbel—…; pero, aunque Douglas quisiera intentar algo en mi contra, ahora cuento con John… y contigo.

Math sonrió al aceptar el lugar que le daba, dijo bromeando:

—¿*Peta wica* cree necesitar ayuda?

Ella sonrió, pero luego, Math, inquieto, volvió a soltar otro dicho:

—Šuŋkawakȟáŋ waŋží šni yuhá wíyakA (Los lobos siempre cazan en manada). *Matȟó wówaŋyaŋke* cree que *Peta wica* no debería de confiarse tanto…

—¿De qué tanto hablan ustedes dos? —preguntó John alcanzándolos.

—De Douglas —respondió Ishbel—. Math piensa que puede ser un problema.

—Lo sé, pero tenemos suficientes cosas en la cabeza ahora como para pensar en él. Lo discutiremos cuando regresemos.

> Descendimos por la montaña, por un área que yo no había explorado y cerca de uno de los cañones que la naturaleza nos presumía. No había tenido tiempo de contemplar esa vista en esta época del año. La más parecida era la que me había mostrado Math en el invierno, cuando conocí el canto original de estos gigantes. Llegamos a un sitio en el que el bosque nos brindaba un espacio para descansar. Nos detuvimos ahí a montar el campamento, aún faltaba para alcanzar nuestro destino.
>
> Me separé de los hombres y caminé hacia aquella “cornisa” de la naturaleza, era una pendiente peligrosa que terminaba en un río. Podía respirarse la paz en el lugar, o quizás, era la respuesta a lo que ahora estaba experimentando. Me daba cuenta de que todo estaba pasando muy rápido, y por primera vez desde que desperté el invierno pasado, sentía que estaba en el camino correcto.



—¿Qué haces? —la sorprendió John por la espalda.

—… Sólo… observó —dijo respirando el aire de la montaña.

—Te ves… distinta —señaló él teniendo el perfil de Ishbel de frente.

—Me siento así.

—Lo noté. —Sonrió y recordó—. No hemos tenido tiempo de hablar sobre nosotros.

—¿Te preocupa eso?

—No.

—Entonces por qué lo mencionas.

—Tal vez porque soy así. Me gusta entender lo que puede pasar.

—Me había dado cuenta. Piensas demasiado en el futuro.

—Puede que tengas razón.

—Vive el momento y deja que la vida continúe.

—¿Así como lo hiciste tú?

—Sí —presumió.

John se calló un momento y observó el mismo panorama que veía Ishbel, pero no pudo encantarse de la misma manera. Dijo:

—Ojalá pudiera hacer lo mismo. Ojalá pudiera olvidarme de las… sombras, pero no es tan sencillo para mí…

De pronto, los vientos de cambio que acompañaban a la primavera se hicieron sentir sorprendiendo a la pareja. El sombrero de John casi vuela de su cabeza provocando una leve hilaridad. El sonido de la naturaleza se hizo presente para levantar su canto, un canto que hizo que ambos se miraran extasiados por su magnificencia. Abrazados, escucharon aquello como si fuera un regalo del cielo.

—Tengo que preguntarte algo —dijo John.

—Dime.

—¿Por qué regresaste?

—Lo dices como si eso te hubiera molestado. —Le dirigió una mirada poco agradable.

—¡No! No es eso, por supuesto que me alegró verte de nuevo, es sólo que, bueno, yo no hubiera vuelto con alguien que me trató así.

—No sé por qué te cuesta tanto entenderlo. —Se alejó.

John la dejó perderse unos segundos, pero luego la alcanzó, le daba la espalda. La tomó por los hombros.

—Ishbel —se sinceró—: Necesito que me entiendas, nunca había tenido una relación semejante con una mujer. Aceptó que no soy el mejor hombre del mundo, ni siquiera creo ser una buena persona, sólo soy alguien que… intenta seguir sus propias reglas, aunque a veces estén equivocadas…

—¿A veces?

—Muchas veces… Y debo decirte también que, cuando llegaste a la cabaña en el invierno, me sentí… atraído de inmediato; aunque pensé que era algo meramente físico…

—Yo sentí lo mismo —interrumpió ella y giró para verlo.

—… Nunca imaginé que tratarte, a pesar de todas nuestras diferencias, me haría desear lo que ahora deseo.

—¿Qué deseas? —dirigió una mirada lasciva.

—Creo que ayer fue una buena muestra. —Sonrió.

—Admito que… lo disfruté; pero no podemos vivir sólo de eso.

—Ahora estamos hablando de lo mismo —advirtió.

—Sí —le pidió que continuara con la mirada.

—¿Hacia dónde vamos tú y yo?

—¿Hacia dónde quieres ir? Creo que me conoces John, no vine a rogarte; aunque sé que a veces soy algo… impulsiva.

—¿A veces? —Sonrió.

—Generalmente. —Hizo una pausa para luego clavar sus ojos en él—… Pero lo que me importa no es lo que yo quiero, eso lo tengo bien claro; me importa lo que tú quieres. No te voy a forzar a nada… Si no quieres lo mismo que yo, tú podrías ser sólo… un buen recuerdo.

—No quiero ser sólo un buen recuerdo —aseguró mirándola—, quiero ser el último recuerdo que tengas.

—¿Estás seguro? —retó—, hace unos días me abandonaste cerca de Helena en los brazos de otro tipo.

—¿Vas a recordármelo siempre?

—… Sólo hasta que me canse. —Rio.

—No volveré a dejarte en los brazos de alguien más, eso te lo prometo.

—¿Es una declaración de amor?

—Es un compromiso.

—¿No te arrepentirás?

—Yo espero que tú no lo hagas. Sabes que mi pasado puede alcanzarnos cualquier día.

—Y ahí estaré para enfrentarlo.

Las palabras se agotaron entonces y un largo beso atestiguado por el viento los consumió uniéndolos en un gran abrazo. Se quedaron así unos segundos hasta que Ishbel se percató de que no habían estado solos. Un Math con los ojos entornados cargando algo de madera entre las manos había escuchado todo. La pareja volteó a verlo sin ocultar su alegría.

—*Mathȟó wówaŋyaŋke* se alegra por sus amigos —dijo Math con sentimiento—. Había esperado esto desde hace tanto tiempo.

—Pues ya no tienes que esperar más —argumentó John—. ¡Vamos! ¡Hagamos esa fogata!

COMISARÍA

Wyatt Caldwell, el sheriff, le había dado por fin una audiencia a Douglas para el asunto que tenían pendiente. Se entrevistaron a altas horas de la noche, donde la autoridad de Helena escuchó lo que le tenía que decir.

—… ¿Eso es lo único que sabes? —preguntó el sheriff.

—¡Es lo mejor que tengo! —exclamó desesperado Douglas.

Haciendo un poco para atrás su sombrero, Wyatt puso su atención en su tablero. Estaba calmado, así como regularmente su carácter se mantenía.

—Jack Sullivan, ¿eh?

—Sí, fue lo que… averiguamos.

—Recuerdo vagamente el día que la Srta. Mackenzie vino y… se mostró interesada en ese hombre.

—¿Lo sabías?

—¿Saber? —regresó su atención a Douglas—. ¿Qué habría de saber? Nunca relacioné ese interés con lo que pasó después.

Douglas lanzó un grito de desesperación haciendo un aspaviento. Estaba molesto con todo el mundo, hasta con él mismo. Se sentía un estúpido por haberse dejado engañar. Resopló bajando el rostro y dijo:

—Lo sé Wyatt, ninguno imaginamos lo que iba a pasar —se tomó la cintura y paseó nervioso.

—¿Y qué crees que tenga que ver ese hombre en esto?

—Ni siquiera estoy seguro. No sé más de él de lo que sabes tú; aunque, Ishbel me dijo que alguien la había ayudado y supongo que se trató de ese tipo. Mis hombres lo han estado buscando. Han preguntado a todos los que entran y salen de Helena. Tal vez si doy con él pueda descubrir hacia dónde huyó Ishbel.

—Es un prófugo de la justicia. Ni siquiera creo que esté en esta región.

—¿Qué fue lo que hizo?

—Mató a uno de sus subordinados por defender a un indio. Es un desertor de la milicia. Si lo atrapamos iría a la horca.

—Eso me da algo para negociar.

—¡Buena suerte con eso Douglas! —se deslindó.

—¿No piensas ayudarme?

—¿De qué forma? ¿Hombres? No tengo suficientes para cubrir las necesidades de esta ciudad, no ahora. El tipo es escurridizo y no sabría ni por dónde empezar, lleva tiempo desaparecido; aunque, podría solicitar a los militares que nos asistieran, si puedo probar que ese hombre es Jack Sullivan.

—Esa es tu labor, Wyatt. —Hizo una pausa—. Ese tipo no puede estar lejos. Si estuvo con Ishbel debieron haberse quedado cerca… ¡No sé por qué no le hice más preguntas sobre él!

—Son demasiadas suposiciones. Lo siento amigo, no puedo apoyarte.

—¿Quieres que tome la ley en mis manos? —amenazó.

—No sería la primera vez. —Hizo una pausa, pensativo—…; aunque, tal vez sí pueda ayudarte de otra forma: trae a tus hombres mañana y puedo nombrarlos a ellos y a ti ayudantes del sheriff; al menos así, lo que hagan estaría dentro de la ley… Y si encuentran a Sullivan, hay una buena recompensa.

Bufando descontento, Douglas aceptó el acuerdo sin pensar en lo monetario, sólo le interesaba evitar que Ishbel siguiera burlándose de él.

—¿Eso es lo mejor que puedes hacer? —cuestionó Douglas, molesto.

—Es lo único que puedo hacer.

—Pues no fuiste de gran ayuda —se sinceró—, pero vendré con mis hombres mañana para… *recibir tu bendición.*

Dio la media vuelta listo a salir de ahí, pero Wyatt lo detuvo:

—¡Hay algo más!

—¿Qué?

—Sé lo que estás haciendo Douglas, presionas a quien tú quieres como si este lugar fuera un pueblo sin ley. Hace mucho que dejó de serlo.

—¿Y qué vas a hacer? —se puso de frente.

—Lo que esta placa me permita. Te he apoyado por años…

—¡Y yo a ti! —exclamó—. ¡De no ser por mí no estarías en donde estás!

—Tal vez no, aunque tendría la consciencia tranquila, cosa que no puedo decir hoy.

—Haré lo que tenga que hacer Wyatt.

—Sólo te digo que el golpe puede no venir de mí; y no voy a mover un dedo para defender otra… ilegalidad.

—¿De qué estás hablando? —gruñó.

—Ezequiel, tu abogado, y también el abogado de la Srta. Mackenzie —aclaró—, levantó una denuncia hace poco a nombre de ella, los acusa por lo que ocurrió en noviembre pasado con la caravana, a ti y a tus muchachos.

Sabiéndose culpable, Douglas entendió que había una nueva razón para preocuparse. Se petrificó por un momento antes de responder:

—… ¿Aun así nos darás placas para hacer tu trabajo? —preguntó irónicamente.

—Hasta que esa denuncia no sea aceptada por los federales, tus hombres seguirán en libertad. Lo que te estoy diciendo es que, sea lo sea que estés haciendo, yo no seré el responsable de perseguirte. Este asunto se salió de mis manos.

—… Entiendo Wyatt —calmó su furia—. Y no te preocupes por nosotros, siempre hemos sabido cómo evitar cruzar los límites.

—Eso espero Douglas.

CAMPAMENTO SIOUX, DÍAS DESPUÉS

En el valle junto al río, cerca de la falda de la montaña, lo que quedaba de la una vez importante tribu de Padre del trueno, se extendía en un terreno mucho más pequeño del que Ishbel hubiera imaginado. Algunos cientos de personas se aglomeraban ante la majestuosidad del gran paisaje, el cual vibraba por la actividad que sus habitantes realizaban.

Math iba adelante seguido de cerca por John e Ishbel, quienes completaban la base de ese pequeño triángulo. Avanzaban lenta y cautelosamente, procurando hacer evidente su presencia.

Antes de llegar a los límites de aquel territorio, marcado por el amplio río a la izquierda, varias mujeres con sus pequeños, atendían las responsabilidades que les correspondían. La presencia de los visitantes no pasó desapercibida.

Admito que me puse nerviosa. Temí ver a una Pluma al viento en cada uno de aquellos rostros que habían dejado de

trabajar en lo suyo por vigilarnos. John, por el contrario, estaba muy tranquilo; no podía ver la cara de Math, aunque esta rara vez cambiaba. Nuestra comitiva avanzó sin un incidente más allá de la curiosidad que le provocábamos a aquellas mujeres y niños; esperaba que sólo fuera curiosidad.

—¿Estaremos a salvo? —murmuró Ishbel.

—¡Oh sí! —aseguró Math—. No se extrañen por la curiosidad de mis hermanos, no sólo es por ustedes, tampoco están acostumbrados a verme.

—¿No? Pensé que te quedabas aquí.

—No, mi campamento está en otro lado. *Matȟó wówaŋyaŋke* no es… bienvenido por los suyos.

—¿De qué está hablando? —interrogó a John.

—Math se la pasa la mayor parte del tiempo solo —explicó él casi susurrando—. Habita en la falda de la montaña. Su… pueblo nunca lo ha aceptado.

—¡¿Por qué?! —frunció el ceño, extrañada.

—Es algo complicado de explicar, pero, él siempre fue diferente —se refería a su gran tamaño —; además, es un hombre de paz que convive con enemigos y amigos por igual, eso no es muy correcto para los sioux, menos ahora que hay una disputa.

—¿Lo rechazan por ser… amable? —preguntó incrédula.

John se encogió de hombros para afirmarlo.

Avanzaron hasta acercarse al primer círculo de tipis, la primera línea de defensa; pero antes de llegar a este, un par de centinelas los detuvieron. Math habló con ellos.

Entendí lo que decían, por primera vez no me quedé con la duda, lo que me hizo sentir parte de aquel todo. Hubo un poco de resistencia, pero aquellos hombres parecían estar informados de nuestra presencia y del pedimento que había hecho Padre del trueno. De cualquier manera, observé sus ojos penetrantes al flanquearnos, eran agresivos, pero a la vez respetuosos, sobre todo con John, quien les correspondió.

Era de mañana cuando se adentraron a aquella comunidad. En cada espacio había algo diferente e interesante por ver: se curtían pieles, se preparaban alimentos y hasta se confeccionaba ropa y algún tipo de artesanía; pero, sobre todo, se practicaba para la guerra. Los sonidos habituales que todas esas actividades producían fueron colapsando al paso de los tres jinetes, así como la atención a estas responsabilidades. Muchos de estos habitantes eligieron dejar todo para seguirlos, incluso los niños, quienes, sin mayor temor, eran los que más se acercaban.

—Es aquí —dijo Math desmontando junto a un tipi peculiarmente más grande que los que lo rodeaban.

Ishbel y John lentamente, hicieron lo mismo. Para entonces se encontraban rodeados por una multitud de la cual no sabían qué esperar. El nerviosismo se apoderó entonces de Ishbel, quien se refugió en brazos de John. Una murmuración general, que fue más allá de una simple indagación, comenzó a levantarse, haciendo que cualquier posible temor hacia los visitantes desapareciera.

—*¡Wačhíŋyaŋ hwo!* (¡Calma, hermanos!) —exclamó Águila calva apareciendo repentinamente alzando los brazos—. *¡Tȟašúŋke wíyakA Matȟó wówaŋyaŋke! ¡Híŋhaŋ, Wanagi ečáȟča kiŋ Peta Wica yuhá! ¡Wakíŋyaŋ ate wíyakA šni! ¡Tȟaŋké ečá šíŋ k'úŋ he iyá šni, tȟašúŋke wíyakA na!* (¡Ustedes conocen a Oso que habla! ¡Y este es *Wanagi* y su mujer, Cabello de fuego! ¡Son invitados de Padre del trueno! ¡Así que los respetarán a ellos y a sus pertenencias mientras permanezcan entre nosotros!).

Su intervención fue tan sorpresiva como su ayuda inesperada. Águila calva era un líder y estaba cerca del acontecimiento más importante que vivía este pueblo. Los jinetes dejaron a sus caballos ahí, junto a Oso que habla, quien permaneció a un paso de la entrada esperando a ser

alcanzado por sus amigos. John agradeció a Águila calva su auxilio sin soltar a Ishbel.

—*Wakíŋyaŋ ate tȟašúŋke wíyakA* (Padre del trueno los espera) —indicó Águila Calva con una inusual seriedad.

—*¿Tȟašúŋke wíyakA he?* (¿Está adentro?) —preguntó John.

—*Hčhā* (Sí).

—¿Vas a entrar con nosotros? —volteó a ver a Math.

—No, él quiere verlos a solas.

> Vi por primera vez incómodo a John, aunque su abrazo me hacía sentir protegida. No cruzamos otra palabra con Águila calva en ese momento, y cuando busqué su mirada para darle las gracias, encontré una mueca lasciva. Mi reacción me la guarde para mí misma.

La piel que cubría la entrada fue retirada dejando que la pareja continuara. En el oscuro interior, un par de mujeres, una menor y otra mayor, atendían a un postrado Padre del trueno. La primera molía plantas y especias en una vasija, se encontraba sentada en el suelo; la segunda soplaba el humo de lo que parecía un incensario sobre el rostro del enfermo. Ambas se distrajeron cuando Ishbel y John entraron, pero no de una manera amable, sus duros semblantes se posaron en ellos combinando perfectamente con el aroma poco agradable que se respiraba.

—*WíyakA hwo tȟašúŋke wíyakA* (Perdón por la interrupción) —dijo John rápidamente haciendo un ademán extraño—. *Uŋmákiya tókhe šni Wakíŋyaŋ ate wíyakA kiŋ* (Nos dijeron que Padre del trueno quería vernos).

—*Wanagi* —dijo Padre del trueno con una voz apenas audible—. Tȟašúŋke wíyakA (Estás aquí).

—*Híŋhaŋ, wíyakA tȟašúŋke kȟoŋ na šni* (Así es, vine tan pronto como pude).

—*WíyakA šúŋka tȟašúŋke wíyakA na* (Déjenme a solas con mis amigos) —ordenó.

Las mujeres abandonaron el lugar de mala gana y después de una señal apenas perceptible hacia su líder, salieron de ahí.

—Veo que trajiste contigo a tu mujer —dijo Padre del trueno invitándolos a sentarse.

—*Matȟó wówaŋyaŋke ečá šni k'uŋ wíyakA, tȟašúŋke wíyakA na, šni wíyakA* (Oso que habla fue a avisarnos que se encontraba mal de salud y que deseaba vernos) —apuntó Ishbel con una decente pronunciación.

—*Peta wica wíyakA našpA kį́ta* (Cabello de fuego ha aprendido nuestro idioma) —aplaudió el jefe—, *táku wíyakA k'uŋ tȟašúŋke wíyakA* (eso la hace más parte de este lugar).

—*WíyakA k'úŋ tȟašúŋke wíyakA* (Agradezco sus palabras).

Tomaron un lugar en un tapete amplio en el suelo, uno parecido al que John tenía en la bodega. Cruzaron sus piernas para sentarse junto a aquella especie de cama, que no era más que un armazón de madera y piel en el cual Padre del trueno se encontraba acostado. Para que el líder sioux pudiera darles la cara, tuvo que esforzarse, así que John le ayudó hasta que logró usar la orilla del mueble como asiento.

—*Híŋhaŋ, hé mičiŋyaŋ tȟašúŋke* (Y así es cada día) —señaló Padre del trueno agradeciendo el detalle de John y luego le indicó—: *WíyakA tȟašúŋke* (Acompaña a tu mujer).

El jefe estaba sentado, sosteniendo su débil cuerpo con ambas manos de la orilla para no caer; enfrente, la pareja guardó silencio como si esperara un sermón.

—Me alegra que hayan venido —externó Padre del trueno—. Me alegra que hayan atendido la voz de un viejo enfermo…

> Lo escuché como una persona distinta, no era aquel hombre que había conocido en la cabaña, la sensación que me dejaba era la de alguien resignado… o tal vez, derrotado. Era como si sus ganas de vivir se hubieran esfumado; pero, a pesar de lo

que su cuerpo manifestaba, su mente parecía lúcida, conversando por algunos minutos lo que habían sido estos últimos días; aunque, tanto John como yo nos dimos cuenta de que también evadía el tema principal.

Rieron un poco como en cualquier otra reunión social, aunque John estaba pendiente de su desbalanceo. Su cuerpo no respondía de buena manera ya y había estado atado a esa cama por días sin que la medicina de su pueblo pudiera hacer algo. Finalmente, Padre del trueno resopló exhalando la alegría final de esa charla y concluyó con tristeza:

—*Wanagi*, *Peta wica*. Los llamé para despedirme de ustedes y…

—¡No diga eso! —interrumpió John—. Sus días no serán acortados en esta tierra, aún tiene mucho por delante. Esta… enfermedad pasará.

—El deseo de *Wanagi* me complace, es lo que desea su corazón; pero, como ya se lo había adelantado, mi hora para descansar está muy próxima.

La emoción en el ambiente era evidente. Aquel par de hombres tenían una amistad inquebrantable a pesar de venir de mundos distintos. Se miraron penetrantemente como si pudieran hablar con los ojos olvidándose de que yo estaba ahí. La distancia entre ellos se esfumó espiritualmente, parecían conectados como padre e hijo. Observé a un John triste, y Padre del trueno también lo estaba, aunque de una manera diferente…, era como si estuviera cansado, pero listo a tomar el camino que el destino ya le había trazado.

La silenciosa escena se volvió triste contagiando a los tres participantes. Con la voz quebrada, John propuso:

—¿Qué es lo que *Wakíŋyaŋ ate* desea que hagamos?

El jefe rio a medias antes de explicar:

—*Wakíŋyaŋ ate* no les pidió que vinieran para pedirles algo; mas bien, fue para advertirles algo.

—¿Advertirnos?

—Sí —aclaró su garganta para preparar su discurso—: *Peta wica* tiene poco tiempo entre nosotros, así que no conoce el parecer cambiante de este pueblo; pero *Wanagi* sí. *Wakíŋyaŋ ate* siempre llamó a la prudencia y a la paz, a pesar de las traiciones del hombre blanco. Muchos están en contra de las decisiones de *Wakíŋyaŋ ate*, no todo el concejo lo apoya; sin embargo, lo respetan. Cuando el espíritu de *Wakíŋyaŋ ate* deje este mundo, alguien más se levantará con otras ideas, ideas que tal vez no honrarán el pacto por el que *Wanagi* vive entre nosotros… Este mundo no es el mismo en el que *Wakíŋyaŋ ate* nació. Este pueblo cazaba y peleaba por sus tierras, éramos respetados. Hemos sido orillados cada vez más a un espacio pequeño y… estas generaciones no entienden que sólo es cuestión de tiempo para que dejemos de ser lo que éramos, para que nuestra huella deje esta tierra. No hay nada más para *Wakíŋyaŋ ate* aquí, vivió una buena vida y está feliz por eso. En cuanto a ustedes —los miró—, tendrán que tomar una decisión: defender lo que tienen hasta la muerte o buscar un nuevo horizonte…

Los ojos entornados del jefe se perdieron entonces en un punto en el infinito. Su semblante se petrificó como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir. Ishbel y John lo notaron, era como si el viejo se hubiera ido, y de pronto, cayó hacia un lado sobre la cama.

22
DESPEDIDA

CAMPAMENTO SIOUX

John salió a avisar lo ocurrido casi de inmediato. Cuando Padre del trueno fue revisado por su gente ya no había mucho por hacer. La pareja esperó afuera, alejándose un poco del hogar del jefe. Hubo un gran alboroto alrededor del tipi mientras los invitados permanecían a la expectativa.

> Una extraña tristeza me embargó. Tenía muy poco tiempo de conocer a ese hombre, pero notaba en el calor de sus palabras que había llegado a apreciarme, aunque no sabía muy bien por qué. Me sentí culpable debido a que lo habíamos engañado sin que él lo mereciera. Sus palabras me demostraron que sentía cariño por nosotros, el cual creo que tampoco nos habíamos ganado. No había manera de arrepentirnos ya, y lo que vendría después tampoco nos lo permitiría.

Math los alcanzó para hablar en voz baja con John, escondiéndose más bien de los suyos. Los dos se apartaron de Ishbel dejándola por un momento a solas.

—*Peta wica* —sorprendió Pluma al viento a Ishbel—. *Tȟašína šni, tȟaśúŋka ečhí* (Era verdad, estás aquí).

—*Wíyaka taŋyéya* (Pluma al viento) —dijo Ishbel volteando—. *Hiyú, Wakíŋyaŋ ate wíyakAŋ yuhá wíyakA. ¿Tókhe?* (Sí, Padre del trueno nos invitó. ¿Te molesta?).

—*Tókȟa wíyakA wašté šni* (Ahora hablas nuestra lengua).

—*WíyakA* (Lo intento).

La nativa se cruzó de brazos torciendo la boca mientras la miraba. Notó que ahora usaba un vestido de mujer blanca, pero no hizo hincapié en eso; mas bien, decidió probarla para ver qué tanto sabía.

—*Wakíŋyaŋ ate wíyakA čhaŋté šni, tȟaŋka kta owaŋ wíyakA he, tȟaŋka tȟašúŋka ečhí* (No es bueno que Padre del trueno haya muerto mientras ustedes estaban con él) —soltó para molestarla.

—*¿Tókhe šni hwo?* (¿Qué quieres decir?).

—*Wíiyu wíyakA šni, tȟašúŋka wíyakA tȟaŋka. Wígléška núŋpa él, tȟáŋka iyéyaŋkA kta káğapi, okíčhize kičhí šič'éye šni yuhá waŋží yaŋká kte* (La calma del pueblo es efímera como lo es sonido de una flecha en el viento. Dos blancos saliendo del lugar donde el jefe aún estaba vivo puede ser la chispa que inicie una guerra).

> Me hablaba con acertijos, pero entendía lo que quería decir, aunque no estaba segura de si lo decía en serio o sólo quería perturbarme. Me quedé callada porque no supe qué contestarle, hasta que ella continuó.

—¿Dónde está *Wanagi*?

—¿Por qué quieres verlo?

—Sólo… preguntaba.

—Encuéntralo tú misma.

Después de otro gesto de desprecio, se alejó dejándola sola y más nerviosa que antes.

Ishbel alzó la vista intentando encontrar a John primero. Lo que menos deseaba era otra escena como la de la cabaña. Pluma al viento se perdió entre la muchedumbre, y poco después, John y Math aparecieron acercándose a ella.

—¿Debemos preocuparnos? —cuestionó Ishbel al tener a John a distancia.

—No entiendo tu pregunta —dijo John.

—Pluma al viento acaba de irse y…

—No sé qué te haya dicho —interrumpió algo inquieto—, pero seguramente es una mentira.

—Ya no estoy segura de nada.

—Irse no es un buen augurio —intervino Math, pero añadió—: aunque quedarse tampoco es buena idea. —Sus amigos lo vieron intrigados esperando a que se explicara—… Con la ausencia de *Wakíŋyaŋ ate* un nuevo guía será nombrado, uno que tal vez no simpatice con ustedes.

—Fue lo mismo que *Wakíŋyaŋ ate* nos dijo —externó John—… ¿Qué sugieres que hagamos entonces?

Math alzó la vista al cielo como si pidiera iluminación, su estatura se hizo más evidente en ese momento, regresó a tierra y dijo:

—Irse ahora sería una falta de respeto. Debemos permanecer aquí hasta que Padre del trueno… regrese a la tierra.

> Lo escuchaba y comprendía el sentir de los sioux, por lo que no me parecía prudente permanecer entre ellos. Me daba la impresión de que en cualquier momento alguien lanzaría una acusación hacia nosotros o simplemente nos increparía como si representáramos a toda la raza blanca. Por otro lado, Math tenía razón, si "escapábamos", entonces las consecuencias podían ser peores, puesto que pareceríamos culpables.

Ishbel clavó sus ojos en John, podía hablarle de esa forma y él lo entendía. Dejó la decisión en sus manos, como otras veces.

—Sé que no quieres quedarte —señaló John dirigiéndose a Ishbel—, yo tampoco lo deseo, pero Math tiene razón, si nos vamos podría verse como… una falta de respeto y… no creo que ellos lo tomen bien; además, me sentiría más cómodo si acompañamos a Padre del trueno hasta el final…

ESA NOCHE

> Math comenzó a explicarme las costumbres del duelo. No eran tan diferentes a las nuestras, aunque debo señalar que las de ellos, me parecían más… profundas. Vistieron a Padre del trueno con algún tipo de ropa ritual y hubo una ceremonia que incluía muchas lágrimas. Fue hasta ese momento que me enteré que Padre del trueno era el último en su linaje. No tenía esposa, ni hijos, todos habían muerto en defensa de lo que ellos creían, en defensa de esas tierras, por lo tanto, no tenía un heredero.
>
> Permanecimos en el círculo cercano, a la luz de una gran hoguera bajo el cielo estrellado. Creo que toda la tribu estaba ahí, había música al ritmo de tambores y cantos de tristeza, fue así por varias horas, hasta que repentinamente callaron.

Ishbel estaba en medio de John y Math, un lugar que premeditadamente había escogido. Se encontraba sentada en tierra como el resto de los que formaban esa pequeña asamblea, casi dos docenas de personas importantes de la tribu, la mayoría de edad avanzada.

—¿Qué sigue ahora? —murmuró Ishbel.

Math le pidió que guardara silencio con una señal.

En el otro extremo, Águila calva tomó la palabra poniéndose en pie como si él fuera la autoridad:

—*Wakíŋyaŋ ate wóyakAŋ kiŋ íŋyaŋke. OčhíčhiyA kte él wíyawA, wóksape kiŋ kȟoškálaka tȟáŋka oyáte kiŋ yuhá kte. IyómakiyA oyáte tȟáŋka wóksape kiŋ Wakȟáŋ Tȟáŋka iyáye él, wóhiyakA waŋží yuhá uŋkíčhiyapi kte šni; héčha, héya oyáte tȟáŋka čhaŋté šni. OčhíčhiyA kiŋháŋ ožúye tȟaŋíŋyaŋ oyáte kiŋ tȟáŋka kȟolá héčaŋ, tókȟa akhé šni, ečhúŋpi šni kiŋ wičháša* (El espíritu de Padre del trueno ha trascendido. Muchos de nosotros quisiéramos llegar a tener la sabiduría que él tuvo para guiar a este pueblo. Lo hizo de acuerdo a la fortaleza que el Gran espíritu le dio por mucho tiempo, manteniendo la flama viva de lo que somos y de lo que seremos; aunque eso, no es exactamente bueno. Muchos de los nuestros han caído por las guerras de estos tiempos, unos antes, otros después, con… diferentes enemigos). —Observó a Ishbel y John, y como si ellos fueran su inspiración, sentenció—: *Wakíŋyaŋ ate kiŋ waŋyáŋka táku šni táku óta wičháša kiŋ tȟatȟáŋka wówaši ečhúŋpi na makȟá tȟawíčhakte kiŋ šuŋgnípaŋpi* (La visión de Padre del trueno pertenece a una época en la que se cazaba el búfalo y el fruto de la tierra lo arrancábamos con las mismas manos) —apretó los puños—. *Lé oyáte wóyakA kte él šiná na mahél iyóya kiŋ yuhá…* (Este pueblo sabe que ahora sólo nos arroja serpientes y polvo…).

—*¿Tókȟa héčha na wóyakA?* (¿Qué son estas palabras?) —interrumpió Math—. *¿Wakíŋyaŋ ate iyé wóyakA kiŋ šní yuhá šni hwo?* (¿Acaso Padre del trueno merece que su memoria sea manchada?).

—*¡¿Tókȟa tȟaŋka wíyakA hwo?!* (¡¿Miren quién habla?!) —expuso burlándose—. *¡Tȟašúŋka wíyakA wíyakA!* (¡El amigo de los blancos!).

—*¡Matȟó wówaŋyaŋke wíyakA šni!* (¡Oso que habla tiene razón!) —intervino un hombre entrado en años—. *Lé oyáte kiŋ šni tȟaŋka wíyakA tȟaŋka wíyakA kiŋ tȟaŋka tȟaŋkA. Wambli sapa wíyakA oȟáŋ, kta kȟíȟa ékta tȟaŋka, wíyakA wíyakA wíyakA wíyakA héčha kȟoškála* (No es el momento para que decidamos sobre el futuro de este pueblo. Si la paciencia de Águila calva no puede esperar hasta mañana, le pido que deje esta asamblea).

La tensión se apoderó de la atmósfera. Las miradas se cruzaron de un lado a otro, sobre todo entre el anciano y el aspirante a jefe. La presión de los años de aquel hombre fue demasiada…

—¿Quién es? —murmuró Ishbel a Math.

—Él es *Mahpiya Woohitika*, Nube serena, el mejor amigo de Padre del trueno. Es uno de los pocos líderes que quedan en esta tribu.

Ishbel comprendió entonces que las palabras de este paladín tenían un peso específico, y este se magnificó cuando Águila calva huyó.

El grupo estaba dividido y esta repentina salida no fue del agrado de todos, pero permanecieron en silencio guardando su opinión. La afonía de esos segundos se turbó cuando Nube serena retomó la palabra:

—*Tȟaŋíŋyaŋ tȟatȟáŋka makȟóčhe kiŋ opȟéyatȟuŋ heháŋ, hokšíla núŋpa tókȟa iyáya wóyute wíčhablezA táku. Léhaŋha wíyawA héčha kiŋ tȟakóža tȟaŋkA él owáŋka ye…* (En los tiempos en los que el búfalo llenaba nuestras llanuras, dos adolescentes se encontraron en su primera cacería. Ese fue el día en que conocí a mi mejor amigo…).

> Nube serena comenzó a contar una linda historia, la de dos muchachos que crecieron juntos y se hicieron hombres. También hubo nostalgia, la cual vi en sus ojos; risas con situaciones graciosas y seriedad en la manera en la que ellos iban viendo caer a sus amigos y familias. Había similitudes entre sus vidas. Nube serena también se veía cansado, como si no quisiera estar ahí, como si quisiera hacer compañía a Padre del trueno. Me impactó, y comprobé una vez más, que ellos eran personas sensibles.
>
> Pensé que esa había sido una forma de distracción para que se olvidara el incidente con Águila calva, pero no era así. Cuando Nube serena terminó su relato, quien estaba a su lado inició el suyo. Fueron hablando por turnos sobre su relación con Padre del trueno hasta que Math terminó, y entonces me di cuenta de que todos me miraron.

—Lo harás bien —apoyó John, susurrando.

—¿Quieren que hable? No sé si pueda —dijo ella en voz baja.

—Nunca has tenido ese problema, sólo di la verdad.

—Está bien.

Ishbel inhaló con fuerza, y en lugar de que sus emociones negativas se esfumaran, parecieron multiplicarse en su cuerpo. De cualquier manera, comenzó:

—*Mawáni thokáhe Wakíŋyaŋ ate kiŋ thakóža héča šni, tókha iyápi šni* (Yo no tengo mucho tiempo de conocer a Padre del trueno, no como ustedes) —rio notando el beneplácito por su manera de comunicarse—, *Táku šni héča él iyómakiphi… na héča iyómakiphi…* (pero ese poco tiempo fue… maravilloso…).

Ishbel buscó palabras sencillas para expresarse, y poco a poco, contagiada por el ambiente emocional, notó que su corazón empezó a hablar por ella, así como había sucedido con los otros. Cuando todo terminó, recibió la aprobación de un pueblo que apenas la conocía, pero que no necesitaba de mucho para felicitarla.

> Algo importante sucedió durante la velada, experimenté una conexión con estas personas, una conexión que siguió alimentando todas las cosas buenas que ya había empezado a vivir desde el invierno. Confirmé que estaba a donde pertenecía, que, a pesar de venir de un mundo muy diferente, este me había cautivado. El nerviosismo se esfumó y una agradable comodidad surgió. Me abracé a ella.

La noche se hizo larga y junto con algunas danzas y una gran cena, Ishbel y John compartieron una experiencia inolvidable; y también, a partir de ese momento, los que los rodeaban se olvidaron de las diferencias para empezar a ver en ellos lo que Padre del trueno había visto.

> Nada de lo que había vivido antes me había hecho sentir así, ninguna reunión a la que había asistido había sido igual. Ellos eran tan… auténticos. No escondían nada, podían ir del cielo a la tierra en un instante, pero eso iba acorde a lo que la situación les presentara. Eran personas confiables y quienes también merecían nuestra confianza. Me alegró mucho haber aprendido a comunicarme, eso me ayudó en la convivencia y a conocerlos mejor. Durante la reunión, varias de ellas se acercaron a tocar mi cabello, eso era algo que les llamaba la atención. Pasamos de la tristeza inicial por la pérdida de Padre del trueno a algo similar a un nuevo inicio. Fue sucediendo poco a poco, hasta que la luz del amanecer nos alcanzó.
> Los sioux, siendo nómadas, habían habilitado un área fuera de su campamento para situaciones semejantes, el lugar era pequeño a mi parecer, tal vez porque tenían poco tiempo ahí.
> El sol apenas se asomaba cuando los que habíamos pasado la noche en vela llegamos al cementerio. Casi todo el pueblo estaba presente. A John se le dio el honor de ayudar a cavar la última morada de Padre del trueno.

—¿Siempre es así? —preguntó Ishbel a Math.

—No —respondió este—. El duelo dura mucho más tiempo, días o meses, más cuando se trata de alguien como *Wakíŋyaŋ ate*; pero él no quiso que fuera así. Conocía las necesidades de los suyos y que lo importante era continuar.

—¿Quieres decir que lo de anoche fue algo… breve?

—Sí.

—¿Esto se hace por días?

—A veces meses; pero esas épocas quedaron atrás hace mucho. Este pueblo necesita tomar decisiones. —Miró a los hombres cavando y agregó—: También ahora prefieren enterrarlos cerca del campamento. Antes lo hacían lejos de este y colocaban los cuerpos en lugares elevados.

—¿Al aire libre?

—Lejos de los depredadores —corrigió.

Ishbel no pudo imaginar ese escenario, pero prefirió no seguir indagando, así que mantuvo su atención en la labor de John hasta que el lugar de descanso quedó terminado.

El cuerpo de Padre del trueno apareció llevado en una especie de camilla. Su semblante era tan pacífico como siempre. Vestía la ropa ceremonial que le habían colocado, lo mejor con lo que

podía vestirse a una persona de su linaje, también llevaba consigo algunas armas y otras pertenencias. El aroma cerca de él era penetrante, había sido ahumado en salvia, cedro y tabaco la noche anterior. Fue descendido, y luego, Nube serena volvió a tomar la palabra despidiendo a su amigo.

> Esta sería la última vez que lo veríamos, después, sólo podríamos traerlo de vuelta en nuestros recuerdos. Muchos comenzamos a percibir hasta entonces su ausencia definitiva y lo triste de la ocasión. Los sioux me habían contagiado de sus emociones y ahora me costaría separarme de estas.
> La ceremonia concluyó cerca del mediodía, hasta que la última alma se retiró del cementerio. Padre del trueno descansaba por fin en paz sabiendo que había hecho todo lo que estuvo en sus manos para servir a su pueblo; aunque sabía que muchos dudaban que su esfuerzo hubiera sido el mejor.

Ishbel miró a John, estaban uno junto al otro en un sitio que empezaba a quedarse solo. El sol estaba cerca del cenit. Se miraron.

—¿Qué piensas? —preguntó John.

—No sé qué decirte —respondió Ishbel—. A pesar de que fue… una despedida, también fue algo hermoso.

—Tienes razón. Ellos ven la muerte de una manera especial.

—Me doy cuenta ahora.

—Ahora podemos irnos.

—Ahora no sé si quiera.

—¿Quieres quedarte?

—Al menos quiero descansar un poco, no hemos dormido y me muero de hambre.

—No sé qué quieras hacer primero.

—¡Comer! —exclamó.

—Creo que podemos arreglarlo.

Dieron media vuelta y regresaron a la comunidad.

MÁS TARDE



La actividad en el campamento fue retornando a su rutina después del funeral, fue como si esa noche de nostalgia no hubiera existido. El trabajo volvió a asignar la responsabilidad correspondiente a cada miembro de la comunidad. Ishbel, John y Math recogieron sus caballos, sus pertenencias y se alejaron un poco hasta la orilla del río, cerca de un gran árbol desde donde contemplaban todo.

> Los sonidos del poblado llegaban suavemente hasta nosotros. El sol brillaba más allá de la sombra de las hojas, pero la suave brisa nos refrescaba con la sensación húmeda del agua. Habíamos conseguido algo de comida que nos obsequiaron. Comimos apaciblemente y confiados en que nada malo podía alcanzarnos ya… Tal vez debimos permanecer más alertas.

En medio de una conversación que no tenía otro propósito más que matar el tiempo, la mano de Math se levantó repentinamente indicando el centro de esos círculos concéntricos en el campamento, el lugar donde el tipi de Padre del trueno se ubicaba.

—Lo veo —dijo John al observar el humo.

—Ahora se disputan las pertenencias de Padre del trueno —advirtió Math—…, luego el concejo se reunirá para tomar una decisión.

—¿Un nuevo jefe?

—Sí, y Águila calva está empujando para que se haga lo antes posible.

—¿A quién crees que elijan?

—La sabiduría ha envejecido en el pueblo. Los sioux saben que vienen tiempos difíciles y que se necesita algo más que un pacifista… alguien que arrebate.

—¿Un guerrero?

—Un líder, y tengo que aceptar que ahora, Águila calva es el más capacitado para dirigirlos.

—¿¡Águila calva va a ser jefe?! —exclamó Ishbel.

—Conociendo a mis hermanos, es lo que creo que elegirán. —Alzó la vista extendiéndola hasta el horizonte y con tristeza explicó—: No siempre fue así, antes éramos dueños de todo esto, disputábamos con otras tribus la caza y la tierra. Ahora hemos sido reducidos a nada… Y pronto dejaremos de existir…

> Noté la tristeza en su voz. A pesar de haber sido relegado por su gente a un espacio solitario, él seguía perteneciéndoles. Tampoco estaba muy enterada de cuándo o cómo había empezado la disputa que tenían con los nuestros; sin embargo, conocía la codicia de los blancos. Tipos como Douglas no cederían en su afán por conseguir más, aunque eso acabara con otros intereses. Comprendía a John y su amor por la soledad y la paz; aunque sabía que el mundo nunca sería lo suficientemente grande para evitar encontrarse con la maldad.

Una figura conocida salió del campamento al lugar donde estaban ellos tres, venía a caballo como si supiera dónde buscar. Fue observado todo el camino hasta que los alcanzó.

—Aquí están —dijo Águila calva sin desmontar y con un ánimo muy extraño.

—¿Pensabas que nos iríamos sin despedirnos? —comentó sarcásticamente John.

—Nunca tal cosa acontezca.

Los cuatro se quedaron en silencio dejando que la curiosidad creciera. Águila calva nunca daba un paso en falso, así que debía de estar ahí con un propósito.

—¿Viniste a acompañarnos? —preguntó John.

—Vine a hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Tenemos algo de qué hablar?

—Quizás lo que tenga que decirte es más importante para ti escucharlo que para mí decirlo —sentenció desmontando.

Estaban sentados a la sombra del árbol cuando Águila calva entró a ese espacio poniéndolos un poco nerviosos. Le hizo una seña a John para que lo acompañara.

—Ya vuelvo —dijo John a Ishbel.
—Ten cuidado —murmuró ella.
—Siempre lo tengo —dijo confiado y se levantó.
Los conocidos se alejaron como si fueran amigos ante la mirada de Math e Ishbel.
—*Peta wica* no debe preocuparse —aseguró Math—. Águila calva viene en son de paz.
—¿Qué crees que quiere decirle a John?
—A Oso que habla le encantaría escuchar desde tan lejos, pero, pronto lo sabremos.

Llegaron a orillas del río para conversar.
—Aquí no pueden oírnos —señaló John sin desear alejarse más—. ¿De qué quieres hablar?
—Las cosas cambiarán *Wanagi* —soltó Águila calva clavando su mirada en el agua.
—Eso todos lo sabemos.
—Es posible que las decisiones de nuestros líderes no nos permitan ya ser… amigos.
—¿Amigos? —apenas contuvo su carcajada—. Nosotros nunca hemos sido amigos.
—Al menos ha habido respeto. —Volteó a verlo.
—Y espero que siga así.
Águila calva miró entonces el cielo despejado y el volar de una parvada a la cual señaló antes de decir:
—Las aves que *Wanagi* puede ver se mueven como nosotros, van al sur en invierno y al norte en primavera. Hemos hecho eso por generaciones y cada vez que regresamos nos encontramos con menos recursos en nuestra tierra. Si las aves no encuentran un árbol donde anidar, se irán cada vez más lejos; pero nosotros no podemos hacer eso. A nosotros sólo nos queda pelear.
—Lo sé —suspiró John—. Yo haría lo mismo.
—Pero *Wanagi* tiene otras opciones y ahora —volteó hacia el árbol—, tiene algo más importante en su vida.
John comprendió perfectamente lo que Águila calva le intentaba decir, era una amable invitación a abandonar su vida actual. Su primer pensamiento fue negarse, pero se lo guardó.
—*Ómakȟa okíčhize héčha yeló* (Vienen tiempos de guerra) —continuó Águila calva—. *Iyótake táku itȟáŋčhaŋkiya wóyuŋkA táku šni hwo, tókȟa wičhókičhize kiŋ wičhákičhize kiŋ wičhókičhize okȟáka, táku owákpamni kiŋ wíyakA kiŋ ektá áŋpa hwo, tókȟa éma kiŋ hokšíla ómakȟa šni, tókȟa táku héčha kiŋ omníčhiyA táku ečhákil iyókpA héčha šni* (Terminaremos alzando nuestro *tamahaac* contra aquellos que no queremos y a los que una vez llamamos hermanos por disputarnos las migajas que los blancos nos dejen; o pelearemos contra ellos por el orgullo que aún nos quede; cualquiera de estas opciones es mejor que aceptar la derrota).
—Tienes razón; y aunque tú y yo nunca hemos sido amigos, también te respeto y te comprendo… Si alguien intentara quitarme lo que es mío, tampoco me iría en silencio —lo que también fue una advertencia.
Águila calva movió afirmativamente su cabeza aprobando ese último comentario.

> Los vi conversar en paz manteniendo mis ojos sobre ellos casi sin parpadear, hasta que, Águila calva regresó por su camino y John volvió con nosotros. No nos dijo mucho, nada diferente de lo que ya sabíamos. Terminamos nuestro descanso y nos dispusimos a partir.
> La última escala fue en el interior del campamento, donde Nube serena y otros líderes nos despidieron. Aquella experiencia que había iniciado inquietándome, terminó llenándome de una inmensa paz.
> No sé qué sucedió una vez que dimos la media vuelta pensando en regresar a casa, tal vez fue una mala sensación, el caso fue que, me encontré accidentalmente con la mirada de Pluma al viento a la distancia, estaba ahí, acechándome como un depredador a su presa, pero lejos e impotente. Verla fue como leer su mente, como escuchar sus pensamientos; pero ese era mi momento, con una mueca triunfante le respondí: Yo gané.

FALDA DE LA MONTAÑA

El camino de regreso sería más difícil, estaban cansados y tendrían que ir montaña arriba, aunque no tenían prisa por llegar. Llegaron al punto en el que habían planeado descansar ese primer día y se detuvieron al atardecer. Se encontraban en una especie de mirador natural desde donde podían contemplar el campamento sioux. John y Math se adelantaron mientras que Ishbel hizo que Viento diera la media vuelta para tener de frente aquel paisaje.

> Todo parecía tan pequeño desde ahí, las montañas, el río, el valle; esa sensación me hizo poner más atención en el campamento y la distribución en círculos de los tipis, los cuales eran colocados así para defenderse mejor. Me dolía reconocer que eso era a causa de nosotros y me sentí impotente por no poder hacer algo para cambiar su situación. Me contagiaron su temor, el temor de no saber si habría un mañana; pero también su valor, puesto que no estaban dispuestos a dejarse vencer. Convivir con ellos fue una experiencia que me gustaría repetir en otra historia, pero algo en mi corazón me decía que esa sería la última vez que tendría dicha oportunidad. La nostalgia me invadió y entonces lancé mi última mirada para seguir mi camino.

Esa noche iniciaron una fogata para preparar la cena, los tres estaban alrededor de ella algo pensativos.

—¿Qué harás mañana? —interrogó repentinamente John.

—*Matȟó wówaŋyaŋke* debe regresar a donde pertenece —respondió Math.

—¿No quieres quedarte unos días con nosotros?

Math dibujó una mueca extraña y refunfuñó diciendo:

—Creo que ahora ustedes dos tienen mucho más que hacer que antes. *Matȟó wówaŋyaŋke* sólo estorbaría…

Ishbel y John se miraron entendiendo que tenía razón, pero ninguno se atrevió a manifestarlo.

—… Así que insistir es ofender —continuó Math—; además, tengo un lugar más suave en dónde dormir en casa.

—Como quieras amigo —aceptó John.

—Pero *Matȟó wówaŋyaŋke* espera verlos pronto.

—Siempre serás bien recibido.

Los tres asintieron perdiendo luego su mirada en el fuego, la cacerola y lo que se calentaba ahí. La noche era tranquila, como lo son los días antes de una tormenta; y los tres sabían, que la partida de Padre del trueno la desataría tarde o temprano.

23
LA BÚSQUEDA

LA CABAÑA, DÍAS DESPUÉS

La puerta se abrió con un rechinido suave dejando entrar primero a Ishbel y luego a John. La casa estaba fresca esa mañana, lo que les dio un ánimo mayor para descansar. Se sentaron a la mesa observándose mientras sonreían. Respiraban aroma hogareño por primera vez, pero ahora querían disfrutarlo de otra manera.

—Deberíamos de tomar un buen baño —propuso John.

—Pero, no cabemos muy bien en la tina —comentó sensualmente.

—Nos las arreglaremos, no te preocupes —le guiñó el ojo.

Ishbel y John se estaban acomodando apenas a esa nueva realidad. Atrás había quedado la complejidad de una relación que inició por accidente y que los dos lucharon por no reconocer. Sin embargo, todo nuevo escenario implicaba también cambios, y estos estaban aún por discutirse.

TINA DE BAÑO

—Creo que mis dedos se han arrugado de más —comentó Ishbel recargada aún en John.

—¿Ya quieres salir?

—… No quisiera, pero, tampoco quiero convertirme en pez.

John la abrazó con más fuerza. La espalda de Ishbel estaba recargada en su pecho mientras ambos permanecían sumergidos en el agua con las piernas recogidas. La temperatura agradable aún los tenía hipnotizados.

—¿Quieres quedarte un poco más? —preguntó Ishbel al sentir su apretón.

—No, lo mejor es que salgamos.

Ella lo hizo primero sin que John disimulara ni siquiera un poco al observarla, él salió después. Para entonces se había perdido todo recato y ambos se disfrutaban. Se acercaron uno a otro para secarse recíprocamente. Él comenzó a sonreír.

—¿De qué te ríes? —preguntó ella contagiándose.

—Me… acordaba lo que pasó aquí la primera vez.

—¿La vez que me viste desnuda?

—Sí. —Rio más fuerte.

—Me pusiste furiosa —aceptó.

—No se notó tanto, yo más bien creo que te gustó.

Ella desvió la mirada poniendo su lengua entre los dientes.

—Mejor dime lo que vamos a hacer —cambió el tema.

—¿Hacer? No entiendo qué quieres que te diga.

—Nosotros, John, ¿a dónde vamos?

—Para contestarte eso, primero tendría que saber a dónde quieres llegar, y recuerda que soy un fugitivo —dijo con seriedad.

—Sí, lo tengo presente, pero no es algo que me espante.

—Me encantaría poder ofrecerte algo más formal, si a eso es a lo que te refieres —reconoció entristeciéndose.

—… No. —Lo miró con los ojos entornados—. Sé muy bien lo que significaba regresar aquí. No te estoy pidiendo eso.

—¿Entonces?

—¿Quieres que me quede?

—¿Necesito decírtelo?

—Me gustaría escucharlo —lo observó con una mirada melancólica.

Él comprendía los sentimientos de Ishbel y también los propios. Desde un principio sabía que no podía ofrecerle mucho, o no al menos lo que una mujer merecía tener. Había luchado por mucho tiempo contra eso y ahora se negaba a perder lo que ya había ganado, aunque el resultado pudiera ser un poco egoísta.

—Sabes que no soy muy bueno con las palabras —explicó acercándose, seguían desnudos—; pero sí te diré algo: no sé a dónde nos conduzca esto, ni tampoco sé si pueda darte algún día la formalidad de un… matrimonio. Tal vez nunca podamos abandonar esta vida, tal vez siempre tengamos que permanecer en la montaña escondiéndonos del mundo, o algo peor. Es una decisión difícil, una decisión que hace tiempo tomé para mí mismo y en la que no tenía la intención de involucrarte; pero ahora que estás conmigo, no puedo imaginarme estar sin ti. Sé que no es mucho, pero si esto te parece suficiente, quisiera permanecer contigo el resto de mi vida…

John se quedó callado esperando a que ella respondiera, en cambio, lo miró prometedoramente con sus ojos enrojecidos y la garganta cerrada.

—… Sé que tengo algunos defectos —agregó John en tono de broma.

—¿Algunos? —acompañó ella siguiéndole el juego.

—Muchos…, pero no me respondiste.

—Sólo quería escucharte decírtelo —afirmó—. No te pido más de lo que sé que puedes darme. Soy feliz aquí a tu lado, en un lugar como este que he aprendido a amar. No pido otra cosa más que quieras lo mismo que yo.

John dejó escapar una lágrima, la besó y se abrazaron. Repentinamente, sus pies resbalaron y estuvieron a punto de caer, lo que provocó la risa de ambos.

—Creo que será mejor vestirnos —comentó John.

HELENA

Esa mañana, en las afueras de la ciudad, Douglas Johnson reunió a sus cuatro hombres de confianza para emprender una búsqueda que parecía imposible.

—¿Estás seguro de querer hacer esto? —preguntó Wyatt, el comisario.

—Ya te lo dije, no puedo esperar un día más —respondió Douglas.

—Sería mejor aguardar a los militares. Llegarán en unos días.

—Ya le he dado suficiente ventaja a Ishbel, y con lo que acabamos de averiguar, sé por dónde entró a Helena, eso le deja sólo un camino y es… hacia esa montaña. —Apuntó a ella.

—Eso no quiere decir que esté con Jack Sullivan.

Douglas hizo un gesto que desdeñaba la opinión del comisario. Volvió a mirar el camino que debía seguir y dijo sin hacer caso a la advertencia:

—Te dejaremos un rastro visible. Ahora que somos… representantes de la ley, haremos que esto valga.

Las insignias que Wyatt les había entregado brillaban en los sacos de los cinco jinetes. No se sentían cómodos con ellas, pero sí les daban el poder de hacer casi cualquier cosa.

Douglas lanzó un grito para iniciar su viaje, este provenía de lo más profundo de sus entrañas y estaba empujado por el rencor que le tenía a Ishbel. Comenzó a cabalgar con prisa seguido por sus hombres. Salieron de Helena ante la mirada decepcionada de Wyatt Caldwell.

LA MONTAÑA

Ese día John me contagió con la idea de salir y acampar. Aprovecharíamos también para que me enseñara todo lo que sabía de cacería y cómo colocar las trampas. Mi deseo de aprender no cesaba. Quería realizar todas las cosas que hacía John como si fuera él mismo, esa fue su tarea más importante desde que regresamos, convertirse en mi maestro.

A pesar de su aislamiento, la vida que llevaban no era tan diferente a la de cualquier pareja en el oeste. Regularmente, los colonos eran dueños de extensas propiedades que buscaban hacer producir mediante la agricultura o la ganadería. Cada pedazo de tierra era un negocio en potencia; aunque, para Ishbel y John, el pedazo de tierra que poseían era algo diferente, era un lugar que representaba su mundo, un mundo que podían dejar atrás de vez en cuando para acordarse de que lo que los rodeaba, también existía.

Esa noche se habían sentado juntos cerca del fuego después de cenar. La frescura de la noche los invitaba a abrigarse, era una clásica noche de primavera en la montaña.

—¿Extrañas tu otra vida? —soltó John repentinamente.

—¿Mi vida en Dublín?

—Sí.

—Sabes…, cuando comencé a recordar todo: lo que hacía, lo que viví con mi padre y el negocio familiar, fue como si eso formara parte de un sueño.

—¿Un sueño?

—Sí, como si esa *yo* fuera otra persona; aunque, ese sueño no es tan diferente de este. —Lo miró sonriendo.

—¿Había también un *John* ahí?

—¡Noooo! —exclamó bromeando—. Papá tenía animales, se dedicaba a criarlos.

—Entonces nunca fuiste una chica de ciudad.

—No, creo que no; siempre fui algo… salvaje. —Lo miró graciosamente.

—En eso tienes razón…

Viento y Negro acompañaron inesperadamente la conversación. Estaban amarrados a un árbol apenas a unos metros de ellos cuando su evidente nerviosismo les advirtió que debían de ponerles atención.

El hecho encendió el sentido de alarma de John haciéndolo ponerse de pie. La oscuridad más allá de la luminosidad del campamento no ayudaba a detectar la amenaza. Ishbel lo acompañó pegándose a su espalda. Murmuró:

—¿Qué pasa?

—No estoy seguro —contestó en tono bajo y pidió—: Desata a Viento.

Los sonidos propios del bosque se habían ido ya y ninguno puso atención en eso, hasta que, el primer par de ojos apareció entre los árboles acompañado de un gruñido amenazador, luego, muchos más.

—Son lobos —lamentó John desenfundando—. ¡Trae el fuego! —ordenó a Ishbel.

Pero Viento y Negro estaban muy nerviosos como para ser controlados y John estaba demasiado lejos ya para ayudarle. No se dio cuenta cuando Ishbel cayó al suelo al ser derribada por el empuje de los animales.

—¡¿Ishbel?! —exclamó John distrayéndose.

En medio de la confusión, los caballos no supieron hacia dónde correr y la voz de mando de John no fue suficiente para mantenerlos tranquilos. El ataque no tenía un origen determinado, y aunque estar cerca del fuego era una ventaja, los cascos nerviosos de Viento y Negro se habían encargado de dispersarlo. Ishbel apenas se estaba incorporando cuando se dio cuenta de que había perdido su arma. Observó a John advirtiéndoselo con la mirada, pero era demasiado tarde, las patas presurosas de los depredadores iniciaron su carrera hacia su presa, una venganza que habían esperado desde ese invierno.

—¡John! —gritó Ishbel asustada.

Siendo él el primer frente, giró para disparar a lo que se moviera. No pensó en los números ni en las posibilidades, sólo reaccionó por instinto como lo hacía en la guerra, aunque esta batalla, no parecía poder ganarla.

De pronto, de en medio de esa oscuridad, la sombra relampagueante de un amigo apareció. La fuerza descomunal de aquel grizzli se atravesó para apoyar al desesperado militar atrapando a la primera bestia en el aire con su hocico.

Todo ocurrió muy rápido y en medio de un panorama incierto. John ni siquiera estaba seguro de si se trataba de *Kóla*, aunque su corazón le decía que sí. Su acción detuvo a la jauría al ver caer a su líder, eso le dio oportunidad a John para replegarse y auxiliar a Ishbel, ahora tenían dos armas para defenderse, así que se apresuraron a usarlas.

Los atacantes se convirtieron en presas al pelear ahora dos batallas, una contra el oso y otra contra los humanos. Se olvidaron de Ishbel y John dirigiéndose hacia *Kóla*, lo que hizo que este levantara su ser en dos patas, amenazante y henchido de la adrenalina del momento. La pareja abrió fuego sobre los que quedaban, quienes, al percibir la desventaja, decidieron escapar.

Los humeantes cañones de las armas se detuvieron entonces, aunque sus corazones tardaron un poco en regresar a su estado habitual. Cuando sus agresores se perdieron entre los árboles, pusieron por fin su atención en el que los había salvado.

—*¿Kóla?* —dijo Ishbel con confianza, quizás demasiada, quiso acercarse.

—¡Espera! —advirtió John deteniéndola.

—¿Qué pasa?

—Es mejor no hacerlo. Míralo.

Ahora *Kóla* estaba sobre su presa, agitado, triunfante, pero también extasiado por la sangre que acababa de derramar. El cuerpo inerte del lobo estaba bajo sus patas mientras su hocico salivaba por instinto. Observó a la pareja a sólo unos metros permitiendo que la fuerza de su memoria lo mantuviera tranquilo.

—¿Es él? —cuestionó Ishbel desconociendo la fiereza en sus ojos.

—Sí, lo es, pero recuerda que sigue siendo un animal salvaje.

Kóla se mantuvo en su posición unos segundos, luego prendió el cuerpo del lobo por el cuello y se alejó adentrándose al bosque.

—¿Estará bien? —preguntó Ishbel.

—Mejor que nosotros —aseguró John.

—¿Regresarán? —Miró al bosque.

—No lo creo, no mientras *Kóla* esté cerca. Tal vez nos venía siguiendo. Acostumbra estar cerca de mí… Y me alegra que lo estuviera…

> Dormir esa noche fue imposible, aunque John me pidió que lo hiciera mientras él montaba guardia. Lo único que conseguí fue dormitar ocasionalmente, y cada vez que abría los ojos él estaba ahí, de pie, custodiando nuestro espacio. Me hacía sentir segura y eso era algo que me agradaba. Me mantuve dando vueltas en el mismo círculo hasta que la mañana nos sorprendió.

—¡Despierta dormilona! —dijo él meneándola un poco.

Ishbel abrió los ojos, esos últimos minutos habían sido los más largos de las últimas horas. Observó a John sonriendo y dijo:

—¿Amaneció?

—Sí y hay que seguir.

—¿Regresamos a casa?

—No, quisiera llegar primero a un lugar que me gustaría mostrarte.

—¿Está lejos?

—Un par de horas quizás.

Ella se puso en pie sacudiéndose un poco la hierba pegada a su vestido, luego preguntó:

—¿Qué hay en ese sitio?

—Cuando lo veas lo descubrirás.

—¡Oh! Es un secreto.

—Algo así.

—¿*Kóla* apareció?

—No, seguramente todavía anda cerca, alimentándose.

John ya había recogido el campamento para entonces y sólo tenía un poco de café caliente y pan de maíz.

—¿Gustas? —ofreció él.

—Sí, muero de hambre. —Lo tomó de su mano.

—Ya ensillé tu caballo. Creo que es mejor si almorzamos más adelante.

Ishbel lo observó con cariño mientras bebía su café. Se veía cansado, así que le dijo:

—No prefieres dormir un poco. Si ese lugar no está tan lejos, llegaremos todavía con luz del sol.

—No, prefiero seguir y descansar una vez que estemos ahí.

> Parecía tener prisa por llegar, así que no le quité las intenciones. Sentí que quería sorprenderme y eso me agradaba. Era bueno para salir de nuestra rutina. Devoré lo que me ofreció para subir en Viento. Estábamos en camino apenas un minuto después.

FALDA DE LA MONTAÑA

Helena había quedado atrás para los nuevos representantes de la ley. Douglas se había levantado con una resaca emocional al darse cuenta de que habían perdido el rastro de Ishbel esa mañana.

—¡Es sólo un caballo! —exclamó Douglas reclamando a Pete, el rastreador encargado.

—Dejamos pasar demasiado tiempo, jefe —apuntó Pete volteando a verlo con rencor—. Esta ruta es la que muchos buscadores de oro usaron y las huellas frescas se confunden con las viejas.

Estaban juntos en una ladera cuyo sendero parecía indicar que Ishbel había seguido hacia arriba. Los dos observaron la cúspide como si esta los amenazara con su majestuosidad para no seguir avanzando.

—No estoy seguro de si ella siguió este camino —advirtió Pete—. Sus huellas empiezan a confundirse desde el lugar donde acampamos y yo no soy experto en la montaña.

—Pero eres nuestro mejor rastreador, ninguno de los otros lo podría hacer mejor.

Pete empezó a mascar con más fuerza su tabaco, estaba incómodo desde hacía tiempo con Douglas, pero también sabía que estar con él le proporcionaba un bien económico, se tragó su orgullo para decir:

—Quizás debimos esperar a los militares, jefe —propuso.

—¡No vamos a regresar! —regañó él.

Y repentinamente, un par de disparos a lo lejos los hizo voltear. Su primera reacción fue tomar las cachas de sus armas, pero se dieron cuenta de que ellos no eran el objetivo. Se miraron con terror un segundo después cuando la misma idea los sacudió: *El campamento.*

Habían llegado a pie hasta ese punto y regresaron corriendo al sitio donde Jesse, Harlan y Jeremiah habían permanecido, un pequeño claro en el bosque que iba haciéndose más evidente conforme se aproximaban.

Al cruzar el límite se dieron cuenta de que algo había ocurrido, los caballos estaban sueltos y las pocas pertenencias habían sido abandonadas.

—¡¿Muchachos?! —gritó Douglas manteniendo su cañón elevado.

Pero no hubo una respuesta más allá del escalofriante silencio de la naturaleza, lo que hizo que ambos se separaran rodeando ese desordenado círculo. Los ojos desorbitados de ambos cambiaban impresiones, las evidencias no los dejaban pensar. Pete propuso algo con la mirada: sus caballos seguían ahí y era lo más sano para ambos tomar esa oportunidad; pero Douglas no tuvo tiempo de pensarlo, tras la primera barrera de árboles, a pocos metros de Pete, un jinete sioux apareció empuñando un rifle. Douglas levantó su revólver queriendo abrir fuego, pero un nuevo enemigo apareció detrás de él de la misma manera, los ojos de Pete y su oído se lo advirtieron; después aparecieron muchos más, rodeándolos.

El corazón de ambos se paralizó haciéndose la inevitable pregunta: *¿por qué no nos disparan?* Douglas no supo dónde posar sus ojos, estaban acorralados y en desventaja. Su valor se esfumó haciéndolo tragar sus palabras al recordar las historias que había escuchado de encuentros así. Su mano temblorosa tomó la mejor decisión de todas al arrojar su arma al suelo, al igual que lo hizo Pete.

De entre ellos, un hombre, quien parecía ser su líder, comenzó a avanzar jalando tras de sí a los que faltaban, los arrastraba con una cuerda en las muñecas, eran sus prisioneros. Se acercó sin que su duro semblante cambiara un ápice, hasta el punto en que su caballo pudo bufar encima

de Douglas.

—¡Hombre blanco! —exclamó una voz sonora y amenazante—. ¡Soy Águila calva! ¡Señor de estas tierras! ¿Eres tú el jefe? —preguntó.

—… Sí, soy Douglas Johnson —tartamudeó un poco sorprendido de que hablara su lengua.

Águila calva arrojó entonces a aquellos hombres a sus pies. Jesse había sido herido en una pierna, pero seguía vivo.

—¿Estás bien? —le preguntó Douglas.

—Viviré, jefe —señaló adolorido.

—¡La montaña no les pertenece, ni nada que hay en ella! ¡Esta es tierra sioux! —sentenció Águila calva.

Douglas bajó la cabeza observando a los suyos sobre la vegetación. Los cinco estaban asustados y Pete se había quedado muy lejos como para pedirle un consejo ahora. Estos indios no parecían tener mucha paciencia y él tampoco era muy hábil para una negociación semejante.

«Cualquier cosa que les diga no les parecerá», pensó Douglas con razón. «Pero debo decir algo».

—Perdone nuestra intromisión —alegó fingiendo diplomacia—. No vinimos aquí por lo que es suyo, buscamos a un fugitivo. —Hizo notar su placa—. El hombre es un asesino y… sabemos que se esconde por aquí en su… montaña.

Echando la cabeza para atrás, pero sin perder su postura de autoridad, Águila calva relacionó los hechos suponiendo de quién podía tratarse; aunque, quería estar seguro, así que pregunto:

—¿Quién es este hombre?

Douglas mantenía las manos en alto procurando no hacer ningún movimiento brusco. Cuando escuchó la petición, dijo:

—Si me permite, se lo mostraré. —Llevó entonces lentamente sus dedos al saco para obtener el cartel de búsqueda y se lo entregó en la mano—… Su nombre es Jack Sullivan, es un militar y creemos que está acompañado por una mujer.

A pesar de la diferencia en el dibujo, Águila calva identificó al fugitivo confirmando sus suposiciones. Era también la primera vez que escuchaba su nombre verdadero. Ahora sabía algo más de su enemigo, algo que podía utilizar a su favor.

—… Si ustedes lo han visto —prosiguió Douglas con cautela y tratando de hacerlos olvidar su trasgresión—, nos sería de gran ayuda que nos dijeran dónde encontrarlo.

Levantando la cabeza, Águila calva observó a los suyos hablando en su propia lengua en un tono burlón:

—*¡Lé waná Wanagi kiŋ kičhíč'uŋpi!* (¡Estos están buscando a *Wanagi*!).

La proclamación les pareció graciosa levantando algunas risas, que Douglas y los demás procuraron imitar nerviosamente, aunque ignoraban el contexto. El ambiente pareció suavizarse a partir de eso, pero luego, el jefe volvió a poner las cosas en claro.

—¿Qué quieren con él? —interrogó.

—Vamos a… llevarlo ante nuestra justicia —respondió Douglas.

Sin compartir con sus compañeros la repentina idea que ahora llegaba a su mente, Águila calva planteó:

—El hombre que buscan está montaña arriba, el camino es largo aún y difícil de encontrar; pero hay alguien que puede guiarlos, está en esa dirección. —Apuntó con la mano—. Fue alguna vez uno de nosotros, un sioux, su nombre es Oso que habla. Deben saber también que no hablará fácilmente porque es amigo de quien ustedes buscan.

Aún sorprendidos, los cinco se miraron entre sí por la facilidad con la que estaban librando esa

situación, hasta que su jefe habló dando por hecho que los dejarían ir:

—¿Esa dirección? —confirmó con voz nerviosa—… Mis hombres y yo les agradecemos su ayuda y si nos permiten, continuaremos nuestro camino.

Poco a poco, se pusieron de pie reuniendo su nutrido y homogéneo grupo en medio de aquel círculo que todavía los acechaba. Los sioux pudieron haber terminado todo con una sola orden de Águila calva, pero no sucedió así.

Aún en posición defensiva, recuperaron sus pertenencias del suelo, salvo por Jesse, quien difícilmente podía caminar.

—¡Douglas Johnson! —gritó Águila calva señalando al muchacho—. ¡Ese les estorbará!

—… Nos las arreglaremos —aseguró Douglas, titubeante.

—¡No! —replicó con autoridad—. ¡Él se queda y su caballo también! Nosotros lo curaremos.

Jesse, aterrorizado, ensanchó sus ojos y meneó la cabeza negativamente. Douglas pudo leer en sus labios: *De ninguna manera;* pero qué podía hacer el hombre de negocios ahora. Bastante había logrado con que les permitieran irse sin mayor daño. Negarse ahora a una petición que parecía ser hecha de buena voluntad podía tomarse como un insulto.

—Cuando un guerrero cae, es retirado de la pradera para que los otros puedan continuar con la caza —añadió Águila calva—. El muchacho estará bien, así compensaremos el haberlo herido —completó diplomáticamente.

Ese último comentario desarmó a Douglas, no podía oponerse, y en realidad, el bienestar de Jesse no era su principal preocupación. Se acercó a este, agachándose, y murmuró:

—No tengo opción.

—Jefe, no puede dejarme con ellos —suplicó salivando y mostrando el dolor en su rostro.

—¿Prefieres que todos terminemos aquí? —Lo miró fijamente, asegurando luego—: Regresaremos por ti.

—¿Regresarán? ¿En serio?

—Por supuesto. —Palmeó su espalda para despedirse y lo dejó en manos de Águila calva.

Subieron por fin a sus caballos recogiendo con prisa el campamento y se marcharon de ahí tratando de no mirar atrás. Jesse seguía cerca de su caballo observando cómo se alejaban en silencio, su semblante reflejaba algo más que un terrible dolor físico.

Águila calva permaneció montado en su caballo todo el tiempo, los vio apartarse hasta que uno de los suyos se atrevió a preguntar:

—*Tókȟanla Wambli sapa kiŋ kiŋyaŋpȟa kiŋ?* (¿Por qué Águila calva los dejó ir?).

Refunfuñando, explicó:

—*Tȟatȟáŋka wóyakA makȟóčhe tȟaŋíŋyaŋ héčha kiŋ heȟáka, hiyá, aŋpétu tȟáŋka šni. Wanáği táku wókičhuŋze kiŋ héčha šni, šniš ektá kiŋhéčhuŋza heȟáka. Šiyókaŋ iyépi kiŋyaŋpȟa kiŋ Matȟó wówaŋyaŋke ektá iyómakiphi šni, héčha wóyakA héčha oȟáŋke wómakA okíčhize tȟaŋka kiŋ ečhúŋze yé* (El búfalo sabe que la pradera es vasta, pero el día es corto. *Wanagi* es un problema que tengo que resolver; pero en el que no todos están de acuerdo. Si los blancos pueden encargarse de él y de Oso que habla, eso mantendrá mis manos limpias y me dará una excusa para iniciar una guerra).

El sujeto a su lado asintió aprobando su pensar, pero tenía que estar seguro de algo más.

—*¿Tókȟa tȟá wíyakA kȟóla kiŋ táku wókičhuŋ he?* (¿Qué haremos con el muchacho?).

—*WíyakA wíyakA kte, tȟaŋkA wíyakA wíyakA* (Le daremos el mismo trato que ellos nos dan a nosotros).

Luego, hicieron que sus caballos dieran la media vuelta para cabalgar en sentido opuesto, haciendo que su *invitado* los siguiera.

EL MIRADOR

Los grandes árboles del bosque terminaban a algunos metros de donde la vegetación más pequeña gobernaba, justo en una ladera desde donde se podía observar el valle y las montañas. La majestuosidad del panorama enmarcaba claramente el horizonte. Asomarse a ese lugar era peligroso, como muchas de las partes de aquel territorio, pero la vista desde ese sitio valía cualquier riesgo. Ishbel había visto mucho de lo que era esa región ya, pero ese lugar tenía algo especial.

—Llegamos —advirtió John.

—Lo veo —se alegró Ishbel, sonriendo, pero deteniéndose como si temiera acercarse.

—¡Ven! ¡Vamos!

John tomó mi mano llevándome hacia aquel sitio justo cuando el viento comenzó a soplar, y al abandonar por completo el cobijo de los árboles escuché nuevamente esa magia, pero esta vez fue diferente, era como si nos hablara, como si aprobara que estuviéramos en sus dominios.
Tendimos una manta y otra más sobre las rocas cerca del cañón para sentarnos. Se podía respirar la misma libertad en ese instante, y hasta los mismos animales parecieron darnos la bienvenida.



—¿Qué son? —preguntó Ishbel mirando el despeñadero al lado derecho.

—Son *bighorns.* Verás muchos de esos por aquí.

—Nunca había visto uno. ¿Cómo pueden sostenerse en las rocas?

—De no hacerlo serían presas fáciles. ¿No crees?

—Y… ¿No nos temen?

—Yo pienso que más bien nos ignoran.

Eran cabras de gran tamaño y gruesos cuernos que se alimentaban a la orilla de las rocas desafiando la gravedad. Los habían visto, pero, conociendo sus capacidades, no temían a los extraños ni les molestaba compartir su espacio.

Se tiraron al suelo para dejar que el sol les diera en la cara, y el cielo azul enmarcó entonces a las criaturas del aire.

—Un águila —señaló John.

—Vuela muy alto —dijo maravillada.

—Sí, desde allá puede ver a sus presas sin que estas se den cuenta.

El ave comenzó a aletear para mantenerse en un mismo sitio, sus alas empujaban el aire hacia abajo evidenciando su majestuosidad.

—¿Qué hace? —preguntó Ishbel.

—Localizó algo… su comida.

Y súbitamente, inició su caída controlada destrozando el espacio hacia la tierra en uno instantes. Fue tan silenciosa como letal. Ishbel la observó en todo momento haciéndola levantarse para finalmente verla perderse en el cañón, y un momento después, elevarse de nuevo con algo entre sus garras.

—Parece que tuvo más suerte que nosotros —bromeó John.

—Sí… y hablando de eso… ¿qué vas a preparar para el almuerzo?

—¿Yo? Creo que es tu turno, yo voy a dormir un poco, ya que anoche me la pasé en vela. —Se sacó el sombrero y lo colocó sobre su rostro despidiéndose de este mundo.

Ishbel puso sus manos en la cintura un poco incrédula, sonrió y aceptó darle esa oportunidad, así que no discutió.

CAMPAMENTO DE MATH

Esa noche, desde una distancia que parecía ser segura, desmontaron. Habían llegado hasta ahí con uno menos y ni siquiera estaban cerca de su objetivo. El hecho tenía a los hombres de Douglas nerviosos, algunos lo vieron como una traición a Jesse, aunque para Pete no había sido así, todos sabían que había un gran riesgo al iniciar esa búsqueda, un riesgo muy bien remunerado.

—Este es el lugar —aseguró Pete al mirar el tipi frente a ellos.

—Lo veo —complementó Douglas, pensativo—, aunque no hay rastros del indio.

—Ese maldito nos aseguró que estaba solo —comentó despectivamente—. Debe de estar adentro.

—Sí, tienes razón.

Entonces, ambos se miraron dudando en avanzar, pero luego Douglas dio finalmente la indicación. En medio de aquella noche oscura, procuraron no hacer ruido hasta estar a un par de metros de la entrada del tipi. No se escuchaba un solo sonido al interior, así que se abrieron en círculo alrededor de aquel tradicional cono. Douglas manifestó su presencia:

—¡Buenas noches! —alzó la voz mientras mantenía su arma al frente—. ¡Somos representantes de la ley de Montana! ¡Lo tenemos rodeado! ¡Salga ahora!

Entonces esperaron, pero no hubo respuesta. Los ojos se posaron luego en Douglas, como si esperaran nuevas instrucciones. Era evidente que nadie quería entrar.

—Saldría con gusto, pero no estoy adentro —señaló Math sorprendiéndolos por la espalda.

Los cuatro, viéndose sorprendidos, reaccionaron volteando sólo para asustarse más al ver la gran figura de Oso que habla, quien estaba de pie apenas a unos metros de ellos, cruzado de brazos con la peculiar calma que lo caracterizaba. Ni siquiera lo habían escuchado acercarse.

Los cañones apuntaron hacia él y estuvieron a punto abrir fuego; pero la pasividad del dueño del campamento evitó que sucediera. Se quedaron mudos por un momento, hasta que Douglas preguntó:

—¿Usted es… Oso que habla?

—Lo soy —respondió este.

—Estamos buscándolo. —Dio una indicación luego para que todos bajaran las armas.

—Mmm, ¿por qué hombres de la ley están buscando a Oso que habla?

—No es a usted en particular a quien buscamos, sino a un hombre que usted conoce, un militar que se llama Jack Sullivan. Sabemos que habita esta montaña y… Águila calva nos dijo que usted podía decirnos dónde encontrarlo.

Math se quedó pensativo, sin saberlo, Douglas le había dado mucha más información de la que requería.

«De modo que Águila calva lo consiguió», pensó Math. «Al fin logró lo que quería, y mandó a estos que buscan a *Wanagi* para contrariarme. Oso que habla debe ser astuto para manejar este asunto».

—Creo que deberíamos sentarnos a hablar —propuso Math.

24
SITIADOS

EL MIRADOR, LA MAÑANA SIGUIENTE

Durmieron esa noche ahí sin mayores contratiempos, luego se hicieron compañía muy temprano, sentados frente al hermoso panorama. Continuaron con su charla.

—… De modo que por eso se llamaba Padre del trueno —comentó Ishbel.

—Sí, era joven cuando sobrevino una gran tormenta; pero él condujo a muchos para que encontraran refugio. Los relámpagos alcanzaron la tierra y parte de la gran comunidad que había entonces. Él se paró en la cúspide de una colina vociferando contra la tormenta hasta que esta se alejó.

Ishbel estaba recargada contra él, no podía ver su rostro, pero al escuchar esta historia, buscó sus ojos haciendo evidente su incredulidad.

—Es algo… difícil de creer.

—Eso fue lo que él mismo me contó.

—¡Vaya! Bueno, no tendría una razón para mentirte.

—No, y nunca lo puse en duda, aunque debo aceptar que suena un poco… extraordinario.

—Supongo que es parte de la magia de esta tierra.

—Sí.

—Y a ti, ¿por qué te dicen Fantasma?

—Creo que tiene que ver con mi forma de pelear.

—Sí, algo me habías mencionado y… tu cuerpo tiene las huellas de muchas batallas. ¿Te las hiciste durante la guerra?

—No todas. También tengo algún recuerdo de Águila calva.

—No me has hablado mucho de eso.

—No es algo agradable de recordar.

—¿Por qué?

John perdió su mirada en el desfiladero como si pudiera abrir una puerta en el tiempo para observar de nuevo sus memorias.

—… No me dejaron opción —dijo—. Tuve que pelear para ganar la tierra que ahora tengo, de haberme negado, no seguiría vivo.

—¿Padre del trueno te lo exigió?

—Él sólo obedecía las leyes de su pueblo, que debo decir que son… más justas que las nuestras.

Ishbel se separó un poco de él para ver su rostro. Seguía teniendo curiosidad sobre el hecho.

—Cuéntame más —pidió.

John le hizo una mueca sabiendo que no se detendría, así que después de resoplar un poco explicó:

—En su mundo tienes que demostrar que tienes la suficiente fuerza para ganar lo que quieres. Ellos nombraron un *campeón* para proteger sus intereses y…

—¿Fue Águila calva?

—Sí, fue él; y desde entonces ha sentido que su orgullo quedó… manchado por perder frente a mí, un hombre blanco.

—Supongo que les es difícil aceptar algo así —señaló pensativa.

—Mucho, la representación de la fuerza es algo muy importante… Y la razón por la que me nombraron: *Wanagi*, es por la manera en que podía moverme en la batalla cuerpo a cuerpo. Soy… hábil para defenderme y atacar —presumió.

—¿Sí? Los lobos piensan diferente —bromeó recordándole aquel primer episodio.

Él sonrió dándole ese punto por bueno y añadió:

—Sólo espero no tener que volver a enfrentar una batalla semejante.

—Sí... tienes razón.

> Me abracé fuertemente a él dejando que la felicidad del momento me siguiera sosteniendo. Respiré sobre su pecho no sólo el aroma de su cuerpo sino también el de aquel lugar. El viento de la montaña entraba a mí como asegurándome que nada iba a cambiar. Nunca había sido más feliz en mi vida.

—¿Por qué no escogiste este lugar para hacer la cabaña? —interrogó Ishbel.

—Lo descubrí después; además, si crees que la cabaña es fría en invierno, deberías venir aquí en esa época.

—Prefiero no hacerlo —encogió los hombros fingiendo escalofrío—… ¿Tenemos que volver ahora?

—Si no queremos morir de hambre, sí.

—Sólo un poco más.

—Está bien, un poco más.

CAMPAMENTO DE MATH

La noche había sido tensa ya que todos fingían una paz artificial mediante sonrisas nerviosas. Ambos bandos intentaron sacarle información al otro para conseguir su objetivo. Los improvisados agentes de la ley sabían que Math tenía una relación con el fugitivo y él quiso saber más sobre esa fuerza de búsqueda.

Cenaron juntos, pero ninguno le quitó la vista al otro durante horas. Math se comportó como un buen anfitrión lo que los confundió un poco; pero, finalmente, negó que Jack Sullivan fuera su amigo, aunque lo conocía, y aceptó ayudarlos.

Douglas no era un hombre que tomara confianza fácilmente, así que urdió un plan que incluía mantener vigilado a aquel indio hasta el amanecer para luego buscar algo que lo incriminara. Esa mañana, lo invitó a conversar lejos de sus pertenencias.

—… De modo que tu jefe nos mintió —aseguró Douglas después de alejarse.

—Oso que habla piensa que Águila calva está… confundido. Conozco al hombre que buscan porque a veces comercio con él, así como lo hago con otros blancos.

—¿Y eso le molesta?

—No lo sé. Muchos en mi pueblo odian a los blancos.

—Mmm, y, de cualquier forma, has decidido ayudarnos —señaló sospechando.

Podían ver el tipi desde su posición, Douglas dividía su atención entre este y Math, ganaba tiempo. Uno de los suyos no estaba a la vista, Pete, quien apareció repentinamente dirigiéndose hacia ellos desde el campamento con algo entre las manos.

—No sé si esto le sirva —comentó Pete con una sonrisa maliciosa mientras extendía un papel hacia su jefe y desenfundaba su arma.

Math no tuvo tiempo de reaccionar, sabía de lo que se trataba y ahora tenía un cañón sobre él. Mantuvo la calma mientras Douglas desenvolvía el *regalo.*

—¡Vaya! —exclamó Douglas—. Parece que también conoces a mi prometida. —Le mostró el dibujo alzándolo casi en su rostro, el retrato que le había regalado Ishbel—. Reconocería uno de estos en cualquier parte… ¡Ahora vas a empezar a hablar!

EN EL RÍO

Nos detuvimos en el río, aquel en el que Math me había llevado de pesca. Al no tener suerte con la cacería, era nuestro último recurso para tener carne fresca. Fue muy diferente hacerlo sin tener que romper el hielo esta vez.

—¡Lo haces bien! —felicitó John desde el otro lado del río.

—¡Math me enseñó! —dijo levantando su *tesoro.*

—¡Tuviste un gran maestro! ¡Hoy comeremos bien!

—¡Vaya que sí!

Recogieron sus cosas y se reunieron. Reían disfrutando grandemente su momento. Se abrazaron e Ishbel preguntó:

—¿Eres feliz John?

—¡Claro que lo soy!

—¿No eras feliz antes?

—Creo que… no entendía cómo era la verdadera felicidad, sólo, me… escondía. ¿Tú lo eres?

—Sí, mucho… ¿Y me amas?

—¡Vaya pregunta! ¡Claro que sí!

—¿Por qué?

John echó la cabeza para atrás luchando consigo mismo por no tener esa conversación. No era muy propio para él discutir sus sentimientos, él prefería demostrarlo; pero le daría gusto. Confesó:

—Ahora me doy cuenta de que me enamoré de ti mucho antes de aceptarlo. Mi deseo por mantenerte lejos para protegerte no era más que el miedo a dar un paso hacia una… tierra desconocida. Tú cambiaste en mí todo eso, hiciste que quisiera explorar algo nuevo. —Hizo una pausa dibujando una media sonrisa antes de agregar bromeando—: Claro que tuve que considerar tu loca impulsividad y curiosidad que siempre me pone en predicamentos.

—¡¿Mi loca impulsividad?! —exclamó entendiendo su tono—. ¿Qué hay de tus necedades y tus secretos?

—Bueno, creo que los conoces todos.

—¿Estás seguro?

—¿No dejarás de preguntármelo?

—Sabes que no.

—Entonces te lo vuelvo a decir, los conoces todos. Y tú, ¿por qué te enamoraste de mí? No cualquiera deja todo por seguir a un necio a la montaña.

—Creo que eso es lo que más me atrae de ti, ese lado animal que tienes.

—¿Lado animal? —Rio abrazándola para invitarla a retirarse juntos—. Nunca me habían dicho eso.

—Por eso soy especial.

—… Y sí, lo eres…

Se alejaron mientras la sonoridad de sus voces se iba confundiendo con la corriente de aquel arroyo, dejando atrás una buena pesca.

CAMPAMENTO DE MATH

El puño de Douglas viajaba por enésima ocasión al rostro del mejor amigo de John; pero su boca volvió a permanecer cerrada.

Math tenía las manos atadas a la espalda y había sido colocado de rodillas debido a su gran estatura. Sus ojos deseaban lo peor para sus enemigos, pero estaba inutilizado para actuar. Dejó que su paciencia lo gobernara.

—Este no va a hablar, jefe —señaló Pete.

El rabioso Douglas expulsaba ya saliva de tanto apretar los dientes. Las arrugas de su piel blanca se magnificaban con cada gesto. Pete y él permanecían cerca de su víctima, mientras que Jeremiah y Harlan se mantenían distantes de la situación, tanto física como emocionalmente. Antes de que el interrogatorio continuara, Pete se acercó a murmurar a Douglas:

—Esos dos siguen molestos por lo de Jesse, no sé si podemos tenerles confianza.

Enderezándose, Douglas le respondió de la misma manera, pero Math los alcanzó a escuchar.

—¿Y qué sugieres? Los necesitamos.

—Nada, sólo que tengamos cuidado.

—Me preocuparé por eso cuando tenga que hacerlo —desestimó y regresó su atención a Math —… ¿Y bien? ¿Vas a hablar?

Los grandes ojos de *Matȟó wówaŋyaŋke* se levantaron sólo un poco para observar el rostro de su captor antes de que su silencio respondiera.

—Sería mejor matarlo y continuar —propuso Pete—. Sabemos que ese tipo está montaña arriba, buscaremos su rastro.

—Tengo una idea mejor —maquinó Douglas—. Si este es amigo de Jack, podríamos usarlo como rehén.

Pete sonrió en señal de apoyo, luego Douglas alertó a los otros dos:

—¡Es hora de irnos!

LA CABAÑA, DÍAS DESPUÉS

Habían agotado algunas de sus provisiones, por lo que ese día se sentaron a la mesa para hacer un recuento. Lo que John encontró lo puso a pensar.

—Hay que ir a Helena —dijo.

—Sabes que no puedo poner un pie ahí.

—Me refería a mí. Puedo hacerlo solo, ya lo he hecho.

—¿No es arriesgado? Pueden reconocerte.

—Llevo algún tiempo haciéndolo, nadie se ha dado cuenta ni me pueden relacionar contigo; además, podría hacer algunas preguntas al llegar. Así sabremos qué es lo que está haciendo Douglas.

—No me parece buena idea. —Se echó para atrás en el asiento, nerviosa.

—Todo saldrá bien. Me tomará sólo una semana.

—¿Quieres que me quede aquí una semana?

—Sabes muy bien cómo mantener esta cabaña. No creo que tengas problema… y tal vez Math venga a visitarte.

—Sigues sin convencerme…

LA MONTAÑA

Una pequeña piedra volvía a caer en el fuego. Jeremiah jugaba a arrojar algunas mientras el café se calentaba. Esto no sólo era una forma de matar el tiempo sino un síntoma de desesperación.

—¡Y esto es todo lo que tenemos! —exclamó—. ¡Café! —Miró a Douglas frente a él—. ¿Qué comeremos ahora, jefe?

Su líder estaba de pie alzando su mirada al cielo entre los árboles como buscando una respuesta. Pete y Harlan estaban sentados cerca de la fogata, y un poco más allá, un maltratado Math escuchaba en silencio.

—¡Y todavía tenemos que alimentar a este indio! —continuó Jeremiah.

—El indio no comió nada ayer —aclaró Pete.

—Pues nosotros tampoco. Deberíamos de cazar algo, hemos visto varios animales por aquí.

—Si crees que es tan fácil —Douglas habló por fin—. Vayan tú y Harlan.

Jeremiah lanzó entonces una mirada a su compañero, eso fue suficiente para levantarse y *escapar*. Pete y Douglas se quedaron con Math, quien seguía con las manos atadas por la espalda.

—¿Qué haremos contigo? —preguntó Pete amenazante sentándose al lado del amigo de John —. Este no ha dicho nada desde que salimos de su campamento.

—… Creo que fue un error traerlo —confesó Douglas—. Debimos… dejarlo atrás.

Pete levantó la mirada para observar a Douglas dándole la razón.

—Eso todavía puede arreglarse —comentó desenfundando su arma y añadió para amedrentarlo—: ¿A qué sabrá un indio?

—Es inútil Pete. Si algo que tengo que aplaudirle a este hombre es su lealtad —se colocó frente a él—, aunque eso no lo librará de lo que le espera…

Mientras tanto, Harlan y Jeremiah se aventuraron a paso lento sobre sus caballos. El alejarse del ambiente que rodeaba a Douglas les hacía bien. No habían hablado mucho de lo que les molestaba anteriormente por temor a que Pete los pusiera en evidencia; pero ahí, en medio del bosque, por fin pudieron dejar salir su enojo.

—… ¿Crees que Jesse siga con vida? —preguntó el callado Harlan.

—No lo sé —respondió pensativo Jeremiah—. Lo que me importa es lo que pueda pasarnos si todo esto sale mal.

—Creo que esto ya salió mal desde hace mucho. Deberíamos de regresar a Helena.

—¿Quieres huir del Sr. Johnson?

—Quiero hacer lo que sea mejor para nosotros. Si fue capaz de entregar a Jesse por vengarse, no dudes que hará lo mismo con nosotros.

Resoplando, Jeremiah consideró la propuesta. No le pareció nada descabellada y comenzó a entretejer alternativas. Harlan tenía razón y él no estaba dispuesto a seguir arriesgando la vida por dinero, no si no tenía la ventaja.

—Mira eso —advirtió Harlan—… Hacia allá.

Habían llegado a una pequeña meseta cubierta de vegetación donde, en un gran claro, algunos ciervos pastaban.

—Parece que tenemos suerte —dijo Jeremiah desmontando—. Acerquémonos.

Lo hicieron a pie después de tomar los rifles de sus fundas y colocándose en el límite, justo donde los últimos árboles podían cubrirlos. Hubo un último comentario sencillo, algo que les aseguraba que no fracasarían, sobre todo, porque había más de una presa.

—No falles —exigió Harlan.

—Esto es más fácil que dispararle a un pez en un barril —aseguró Jeremiah.

La percusión resonó alterando la paz de la naturaleza. El estruendo pudo ser escuchado mucho más allá de aquel claro, justo en los oídos de la montaña.

Jeremiah dio en el blanco, tenían por fin algo que comer. La felicidad de ambos los embargó haciéndolos correr para tomar lo que ahora era suyo.

—Ya me imagino esto a las brasas —avizoró un Harlan hambriento inclinándose sobre el ciervo caído.

Jeremiah sonrió compartiendo su sentimiento. Su boca se hacía agua de imaginarlo… Y repentinamente, algo en el cielo lo hizo alzar la cabeza. Dijo:

—¿Ves eso?

Harlan estaba destazando al animal cuando escuchó a su compañero. Sus líneas visuales coincidieron para encontrar por fin lo que tanto habían buscado.

—Es… humo —respondió Harlan sorprendido—. ¿Será una fogata?

—Pues si lo es, viene del lado contrario a la nuestra —señaló el camino a su espalda—. Debe ser ese tal Jack.

—¿Qué hacemos? —preguntó mientras se incorporaba.

—Hay que avisarle al jefe. ¡Vamos!

—¡¿Qué hacemos con el ciervo?!

—¡Déjalo ahí! ¡Nadie se lo llevará!

Corrieron hacia su campamento.

LA CABAÑA, UN POCO ANTES

El sonido del disparo había llegado hasta sus oídos por las ventanas abiertas. Ishbel y John estaban en el interior preparando algo de comer en su cocina cuando sucedió.

—¿Lo escuchaste? —interrogó John.

—Sí, eso fue un… disparo —Ishbel se contagió.

Ninguno de los dos estaba seguro del origen, sólo entendían que no era común que alguien disparara cerca de donde ellos estaban. ¿Águila calva seguía rondando sus tierras?

John bajó la cabeza, pensativo, casi podía estar seguro de qué tipo de arma se trataba. Observó hacia el interior de la casa y le dijo a Ishbel:

—Hay que apagar la caldera.

—¿Apagarla? ¿Por qué?

—Precaución…

John se puso misterioso y comenzó a hacer cosas que regularmente no hacía. Se preparó a salir dándole una última advertencia a Ishbel:

—Mantente cerca de la ventana mirando hacia la pendiente. Cualquiera que se acerque tiene que hacerlo por ahí.

—¿Qué sucede John? —Se acercó a él asiéndose a su brazo.

—Espero que nada, realmente espero que nada.

—¿No vas a decírmelo?

—… El disparo que escuchamos no vino de un arma que usualmente tengan los sioux.

—¿No? ¿Entonces de quién?

—Es lo que voy a averiguar.

—¡No salgas! ¡Quédate conmigo!

—Volveré apenas sepa de quién se trata. Te prometo que no voy a arriesgarme.

—Déjame ir contigo.

—No, necesito que alguien me cuide la espalda si tengo que regresar apresuradamente.

Se separó y se dirigió a la puerta sin que Ishbel pudiera impedirlo.

—¡Más vale que regreses! —amenazó ella.

—Ya te lo dije —volteó a verla al abrir la puerta—. No te librarás de mí fácilmente. Asegura todo y mantente alerta.

Salió dejando a Ishbel sola. Se acercó a la ventana y lo vio alejarse a pie descendiendo la pendiente que les daba una posición ventajosa. Cuando John se perdió, ella fue por uno de los rifles y municiones, se apostó tras los protectores y esperó.

John se adentró en el bosque, a donde creía que procedió aquel disparo. Avanzó por algún tiempo intentando interceptar a quien quiera que lo hubiera hecho. Por su mente pasaron muchas opciones sin atreverse a descartar una.

«Los sioux no son estúpidos», pensó mientras mantenía su arma lista. «Avisar de su presencia no es propio de ellos, a menos que les sea indiferente avisar que están aquí…; hace mucho que los buscadores de oro no suben a la montaña, ni tampoco otro blanco. ¿Habrán mandado a alguien a buscarnos? Esa idea no me ha dejado en paz desde que Ishbel regresó. Espero estar equivocado».

John conocía los accesos hasta la cabaña, desde ese punto sólo eran dos y uno tenía que rodear el terreno, sólo alguien que los conocía podía hacerlo. Permaneció siempre a cubierto ayudándose de la naturaleza, prefería ser el cazador y no la presa, hasta que, un sonido lejano de pasos avanzando lo distrajo. Observó por fin lo que sucedía: cinco hombres subían en una sola fila a pie y a toda prisa, pero uno de ellos era Math. John se percató de que era prisionero.

—Van por el camino corto —murmuró preocupado—. Llegarán antes que yo si no los distraigo.

Sus grandes ojos se enfurecieron y en un momento pensó en sorprenderlos por la espalda a pesar de la desventaja; pero eso no hubiera sido prudente para Math, menos en un terreno tan desnivelado como ese. Debía ser más astuto, encontrar una forma en la que ambos salieran bien librados.

—No desmayes amigo…

La huella que veían en el cielo se fue disipando. El grupo no conocía la montaña y el único que podía guiarlos seguía manteniendo su silencio. De cualquier manera, no tenían muchas opciones, el terreno se angostaba y sólo tenían un sendero al frente.

Y de pronto, de entre todas las cosas que pasaban por la cabeza de Math, un presentimiento, o tal vez la sensación de que no estaba solo, lo hizo alzar la vista por encima de las rocas, un punto de observación que sólo él era capaz de tener. Localizó a John entre los árboles, quien le hizo una seña en silencio que ambos comprendieron. Ahora tendría que improvisar.

—Este no es el camino —advirtió Math rompiendo su voto de silencio.

Hizo que todos se detuvieran como si hubieran presenciado un milagro.

—¡Vaya! —exclamó Pete—. Ahora el indio habla.

—¿Por qué dices que no es el camino? —interrogó Douglas aproximándose.

—Porque no lo es —insistió Math—. Hay otro sendero más allá que los llevara a donde quieren.

Hizo dudar a Douglas, quien no apartó su mirada de Math tratando de leerlo. Finalmente dijo:

—No, nos está engañando —sonrió—. Si estuviéramos en el camino equivocado no hubiera dicho nada. Estamos en el camino correcto.

—O tal vez lo dice porque íbamos a pensar eso —señaló Pete encogiéndose de hombros.

Los cuatro se miraron sin encontrar otro indicio en el rostro de Math. Douglas ordenó proseguir tomando nuevamente el frente seguido de Pete; Harlan y Jeremiah se quedaron un poco retrasados, más, cuando su reo empezó a provocar que lo empujaran, lo que hizo que los cuidadores se molestaran.

—Deberíamos de tirarlo aquí —propuso Jeremiah debido a la pendiente.

—No podemos hacerlo —advirtió Douglas—. Todavía tengo un plan con él.

Pero Math tenía también su plan, sabía que estaban cerca, así que se hizo el pesado para atrasar a sus captores.

—¿Saben lo que le pasó a su amigo? —soltó Math repentinamente.

La pregunta hizo que Harlan y Jeremiah voltearan anclando sus pies al terreno.

—… Quiero decir, ¿lo que realmente le sucedió? —reforzó Math—. ¿Ustedes saben lo que los sioux les hacen a los blancos?

Jeremiah estuvo a punto de golpearlo para que se callara, pero Harlan lo detuvo.

—¡Espera! Quiero oírlo.

—No es algo agradable —añadió Math—. Cualquier historia que hayan escuchado se queda corta cuando… ellos tienen todo el tiempo para… torturarlos. —Miró hacia arriba observando a Douglas y Pete, quienes se habían despegado—. ¿Ustedes creen que a ellos les importan? ¡Véanlos! Ni siquiera los dejaron comer.

La discordia que estaba sembrando Math encontró tierra fértil en aquellos dos. Pronto se dieron cuenta de que eran prescindibles para Douglas. ¿Sus vidas valían el poco dinero que les prometió?

—¿Qué es lo que quieres decirnos? —preguntó Jeremiah.

—Que podría ayudarlos a regresar a salvo. Los hermanos de Oso que habla me escucharán y permitirán que regresen a casa.

Mientras estos dos se miraban y discutían, Douglas y Pete ya habían cruzado la última cúspide, ahora eran invisibles.

—Tendríamos que soltarte —dijo Jeremiah dudando.

—Pero Oso que habla los ayudará.

—No creo que sea buena idea —negó Harlan.

Math no buscaba que estuvieran de acuerdo, ni siquiera tenía pensado escapar por su cuenta, lo único que buscaba era distraerlos, y lo había conseguido.

—¡Quietos! —ordenó John saliendo de entre la vegetación y apuntándoles con su arma.

El observar sus placas fue algo que también lo detuvo, además de que su ángulo de disparo no era el mejor, Math estaba casi en la línea de tiro, pero la sorpresa impidió que aquellos pensaran con claridad dejando sus brazos a medio camino y rindiéndose al hecho de que habían sido sorprendidos.

—*Thokáta wíyakA wíiyA* (Camina hacia mí) —pidió John rápidamente.

La ventaja que tenían era precaria, un cañón contra dos hombres que probablemente evadirían el disparo, y el ruido que este provocara, haría regresar a Douglas y a Pete, quienes, desde un punto más alto los harían blancos fáciles. Lo único que le preocupaba a John era recuperar a su amigo.

Math caminó de espaldas acercándose a John. No quería dejar de verlos, no quería recibir un tiro a traición. Cuando sintió la mano de su amigo en sus muñecas, Jeremiah gritó:

—¡Está aquí!

Lo siguiente fue confuso, los *guardianes de la ley* seguían armados y se preocuparon más por protegerse que por lograr un buen tiro. La explosión de los revólveres provocó un eco que perturbó la naturaleza, un eco que hasta la misma Ishbel pudo escuchar.

Douglas y Pete regresaron sobre sus pasos manteniendo sus armas al frente. Lo primero que pudieron observar fue a Jeremiah y Harlan tirados en el piso y apuntando hacia los árboles. Se encontraban a unos tres o cuatro metros por encima de ellos.

—¡¿Qué sucede?! —les gritó.

—¡Era Jack Sullivan! —respondió Harlan—. ¡Estuvo aquí! ¡Se llevó al indio!

LA CABAÑA

Sabía que lo que había escuchado implicaba una sola cosa: problemas. Me moví nerviosa entre las dos ventanas pensando en dejar mi refugio para ir a buscar a John, en eso, alcancé a observar a dos hombres subir la pendiente, uno era inconfundible, se trataba de Math, y quien lo ayudaba a moverse era John. Respiré aliviada casi olvidándome de mantener mi posición.

La puerta se abrió, Math estaba herido e ignoraban qué tan grave era. Se sentó en una silla dejando caer su adolorido cuerpo. Aseguró casi de inmediato.

—Estoy bien *Wanagi*. La bala no me penetró.

Había recibido un impacto en el costado, pero tenía razón, no era algo que lo inhabilitara.

—Tienes grandes huesos amigo —felicitó John.

—¿Quién te hizo esto? —interrogó Ishbel examinándolo.

—Fue ese tal Douglas Johnson…

—Y está afuera con algunos hombres —completó John—… Llegarán en cualquier momento…

25
EMBOSCADA

LA CABAÑA

Ahora eran tres contra cuatro, los números se habían nivelado. Se apostaron en las ventanas de la casa apuntando hacia la pendiente. Sólo podían llegar por ese lado, así que tenían esa ventaja.

> Aunque John no me había dicho nada, temía que lo estuviera pensando, pero peor que eso, lo estaba pensando yo. Él sólo estaba concentrado en lo que teníamos que hacer.

—Tenías razón —soltó Ishbel repentinamente.

John extendió su mirada hacia el frente frunciendo el ceño antes de responder.

—¿De qué hablas?

—De Douglas, sabías que no se iba a quedar cruzado de brazos.

—No es tiempo de hablar de eso y… no sabemos bien por qué está aquí.

—Sí lo sabemos, vino por mí.

—No es así —intervino Math—, ellos vienen buscando a *Wanagi* por lo que hizo.

—Eso sólo es su excusa —apuntó Ishbel.

—… Lo que no me dijiste es que era un hombre de la ley.

—¿Hombre de la ley? ¿De qué hablas?

—Sus hombres tenían placas.

—Douglas no es representante de la ley, aunque… —se quedó pensativa—, me dijo que el comisario y él eran amigos. Nunca supe si eso era cierto.

—Pues creo que sí, lo que le da el derecho de estar aquí y… disparar sin ningún remordimiento.

> Lamenté en silencio lo sucedido. Tal vez al regresar debí ser enfática en huir de ahí, debí pedirle a John que nos alejáramos de nuestro pasado. Ahora era muy tarde.

E inesperadamente, Douglas Johnson salió de entre los árboles con las manos en alto y desarmado. Estaba a la distancia de un buen rifle y ellos lo tenían. Math pensó en recordar a sus ancestros en los huesos de aquel hombre, pero John lo detuvo.

—¡Jack Sullivan! —gritó Douglas desde su posición—. ¡Soy Douglas Johnson, representante de la ley en Helena! ¡Sólo quiero hablar!

—Es una trampa *Wanagi* —advirtió Math rápidamente.

—Sí, puede ser —admitió John—; pero tal vez si lo escucho podría evitar un derramamiento de sangre.

—Te buscan, ¿qué vas a hacer, entregarte?

John observó entonces a Ishbel, estaba más nerviosa que él, y ante cualquier cosa que pasara

por su cabeza, ella señaló:

—No lo quiere a él, ya se los dije, me quiere a mí. Debe de estar furiosa conmigo por todo lo que le hice.

—Pero él no sabe que estás aquí —dijo John.

—Tal vez sí —intervino Math—. Encontró el dibujo que Ishbel me hizo. Él lo sabe.

John se quedó pensando en lo que aquel hombre iba a proponerle. No observaba algo que los pudiera librar de un enfrentamiento, y si el tipo era listo, sabría a qué había regresado Ishbel, lo que lo convertía a él también en un enemigo.

Douglas Johnson insistió dando pasos cortos, pero directos a la cabaña:

—¡Seguiré avanzando! ¡Ustedes pueden dispararme e iniciar un tiroteo! ¡Mis hombres están listos! ¡O podemos hablar y evitarlo!

Seguramente, Douglas y sus hombres suponían que había cañones apuntándoles, y también se daban cuenta de que la topografía no les era favorable; aun así, él insistió en su plan.

—Tengo su cabeza en la mira, *Wanagi* —señaló Math casi pidiendo ese deseo.

—… Saldré —dijo John—, tengo que saber lo que él sabe, tengo que escucharlo.

—No arreglarás nada —suplicó Ishbel.

—Nuestra posición tampoco es buena —calculó John—. No podemos salir a enfrentarlos ni ellos pueden avanzar.

—Asegúrate de no estar a su alcance —pidió Math.

—Asegúrense ustedes de disparar si intenta traicionarme.

La sombra bajo el pórtico y los efectos de la luz del día a esa hora favorecieron a los inquilinos de la cabaña, quienes usaron esto como su camuflaje. Todavía en el interior, John se incorporó y gritó:

—¡Sigue avanzando!

Douglas así lo hizo, pero no hasta donde John lo hubiera deseado. Al llegar al lado del granero se detuvo.

—¡Llegaré hasta aquí! —advirtió—. ¡Me parece lo justo!

—No es tonto —murmuró John.

> El momento fue tenso, dejé de mirar hacia afuera por un momento para despedirme de John, quien me besó como si se tratara de una despedida, así lo sentí y no me gustó. Tenía que regresar, él lo había prometido. Decidí entonces que, si Douglas Johnson se atrevía nuevamente a destrozar mi felicidad, yo misma lo enviaría al otro mundo.

La puerta de la cabaña se abrió. John salió con su revólver enfundado. Al verlo, Douglas alzó las manos a medio camino en señal de rendición, luego levantó su saco para que John se percatara de que no estaba armado.

La misma montaña pareció callarse ante el inminente encuentro. John se mantuvo alerta listo para reaccionar a la primera provocación. Toda la atención estaba puesta en esos dos.

—Jack Sullivan —dijo Douglas dibujando una cínica sonrisa como pretendiendo hacer de eso una conversación informal.

—No perdamos tiempo y dime lo que quieres. —Mantuvo su mano sobre la cacha del revólver en su cinturón y se detuvo a unos tres metros de él.

—Supongo que tu amigo el indio ya te dijo que estamos aquí buscándote.

—Sí.

—Eso no es… del todo cierto.

—Veo tu placa, lo que me hace dudar de tus palabras. Si no están aquí por mí, entonces, ¿por qué?

—Es cierto que te busco, pero no para llevarte a la justicia. Estas —golpeó con los dedos su insignia—, son sólo una excusa para actuar como nos parezca. El verdadero motivo que me trajo hasta aquí es Ishbel Mackenzie.

—¿Ishbel Mackenzie? —fingió John—… No conozco a nadie con ese nombre, y como verás —señaló la cabaña levantando el pulgar sobre el hombro—, no recibo muchas visitas.

—Ishbel me habló de ti, del hombre que la ayudó el invierno pasado.

—No creo ser el único que habita estas montañas. Tal vez tendrás más suerte por otro lado, aún existen locos buscando oro y algunos cazadores de pieles. —Hizo una pausa—… Y si tú y tus hombres no han venido a buscar una *guerra*, entonces déjame regresar a mis asuntos. —Estuvo a punto de dar la media vuelta.

—¡Espera! ¿Ese indio es tu amigo?

—Lo es.

—¿Por qué conoce a Ishbel?

—¿Él te lo dijo?

—No. Tenía un retrato como los que ella hace.

—¿Tú eres el que lo tenía prisionero y yo tengo que saberlo? —dijo de mala manera—… Por cierto, tienes suerte de que no haya disparado primero contra tus hombres. Y ya me cansé de esta conversación, así que sigue tu camino y deja que un hombre viva en paz en la montaña.

—¿Jack? —dijo amablemente—. ¿Podrías invitarnos a mis hombres y a mí a refrescarnos? Llevamos varios días sin comer bien y sin agua fresca. Veo que tienes un pozo. —También notó dos rifles en las ventanas, pero no a sus dueños.

—Eso no sucederá —sentenció con dureza—. Ustedes no son invitados, pero les haré el favor de indicarles donde pueden encontrar un arroyo. —Apuntó con el índice hacia el bosque—. Pueden ir en esa dirección, encontraran qué cazar y una buena pesca. ¡Buena suerte!

Dio entonces la media vuelta demostrando confianza, confianza en quiénes lo cubrían y en sí mismo, como si no tuviera nada que esconder, y que todo se trataba de una desaprobación ante la presencia de Douglas. Esto le impidió ver lo que siguió, ya que su enemigo hizo una seña, apenas perceptible.

Cuando John se alejó, el silbido de una bala que vino de entre los árboles, pasó muy cerca de él para incrustarse en el filo del techo. La sensación lo hizo encogerse de hombros y voltear empuñando su arma.

—¡John! —gritó Ishbel evidenciando su presencia.

Todo sucedió muy rápido, Douglas había dado ya un paso hacia atrás cuando dio la orden, huyendo hacia el bosque, por lo que Math erró el disparo; y a pesar de un par de intentos más por parte de los *hombres de la ley*, John logró regresar a salvo cerrando de golpe la puerta.

—No se detendrán —advirtió John agitado—. Debemos prepararnos…

Un agitado Douglas respiró sintiéndose a salvo detrás del primer árbol, y no tardó en dar a conocer lo que sabía.

—¡Está ahí! —exclamó—. ¡La escuché, la muy perra tiene que ver con él!

—¿De qué habla jefe? —interrogó Pete.

—¡De Ishbel, idiota! ¡Ishbel está ahí!

—¿Con Jack Sullivan?

—¡Sí!

El grupo sabía desde el principio que esa siempre había sido la motivación principal. Ahora habían confirmado que al encontrar al fugitivo la encontrarían a ella, pero desconocían lo que ahora estaba pasando por la mente de Douglas. Sus ojos desorbitados manifestaban algo más que

locura y su sonrisa desquiciada parecía ser el preámbulo de una mala decisión.

—Y si está ahí, ¿qué haremos? —cuestionó Jeremiah con algo de desesperación.

—Ir por ella.

—¿Qué hay de él y la recompensa? —preguntó Harlan.

—… A ese no me importa lo que le suceda, como tampoco al indio.

—Será complicado acercarnos, ni siquiera quiero imaginarme en poder entrar —dudó Pete, presionándolo.

Douglas observó a su mano derecha, claro que estaba consciente de ese punto, y más de la situación en la que estaban después de tanto tiempo en la montaña, así que optó por convencerlos de otra manera:

—Les diré qué haremos, les daré el doble a cada uno de lo que les prometí en Helena.

Los rostros vacilantes de su equipo asintieron aprobando la propuesta, era algo que deseaban escuchar desde hacía tiempo, así que ahora les tocaba hacer su parte.

Desde un punto donde apenas alcanzaban a ver la construcción, los cuatro se colocaron paralelamente a la línea de los árboles. La pendiente frente a ellos los colocaba en una mala posición para salir a descubierto. Su enemigo tenía toda la ventaja.

—Es el único camino —avizoró Douglas—. Sullivan fue muy inteligente al construir su cabaña ahí.

—Pero también es la única entrada, debió considerar eso. Tiene que haber otro modo de llegar. Tendremos que buscar rodearla —apuntó Pete.

—Sí, tienes razón, debe de haber otro camino. —Volteó al cielo—. Aún nos quedan varias horas de luz. Lo mejor será que nos separemos…

Los siguientes minutos en la cabaña fueron tensos, haciendo que sus habitantes mantuvieran su atención en la vista exterior al frente. Pronto, la falta de movimiento los hizo reconsiderar.

—¿Se habrán ido? —preguntó Ishbel deseándolo con toda su alma.

—No —aseveró John—. Seguramente están buscando alguna otra forma de alcanzarnos. No los veremos venir de frente.

—¿Qué hacemos?

—Pensar como ellos pensarían.

—No es fácil que encuentren el otro camino para sorprendernos —comentó Math.

—Pero tampoco es imposible…, el problema es que ellos no pueden subir y nosotros no podemos bajar. —Se quedó pensativo—… Al menos no de la manera que ellos suponen.

—Conozco esa mirada, *Wanagi*.

—Es que… tengo una idea…

Ninguno deseaba un enfrentamiento, pero conociendo la terquedad de Douglas, sólo había una manera en que desistiera, y eso era regresándolo con los pies por delante a Helena. Entendieron que estaban en una posición en la que sólo podían matar o morir; pero tenían que ser astutos para conservar su superioridad: el conocimiento de aquella tierra.

ESA NOCHE

Las siguientes horas fueron muy difíciles, ni siquiera se sintieron con ánimo para comer o beber algo, pensaban que ellos podían aparecer en la primera distracción. El más afectado de

todos era Math, quien la había pasado muy mal en su cautiverio, pero su raza, acostumbrada al menosprecio, lo hacía permanecer en pie sabiendo que ya habría tiempo para reponerse. Fue así hasta que la noche llegó.

El sonido de los insectos nocturnos era lo único que camuflaba el avance de Douglas y sus hombres. Habían encontrado el segundo camino, el que los conducía por la parte trasera de la cabaña, y que ahora, les daba un nuevo ángulo para esa batalla. Se acomodaron detrás de una roca, cerca de la letrina. Podían ver su objetivo con claridad a pesar de la oscuridad de una noche de luna nueva.

—Hay luz en la casa —notó Pete.

—También huele a —Harlan aspiró con fuerza—… comida. Hay humo, deben de estar cocinando algo.

Más de uno dejó volar su imaginación, sus cuerpos estaban hambrientos.

—Están preparando la cena. Los sorprenderemos —aseguró Douglas calculando la oportunidad.

—¿Y cómo vamos a entrar? —preguntó Pete—. No veo una puerta trasera ni… ventanas por este lado.

—Los flanquearemos —ordenó Douglas—. Tú y yo por el lado derecho y Harlan y Jeremiah por el izquierdo. Nos veremos en el frente, si ellos siguen vigilando el bosque, no nos verán llegar.

Mediante un suave movimiento de cabeza aceptaron el plan, así que salieron de su escondite manteniendo sus cuerpos encorvados como si alguien en esa inmensidad pudiera verlos. Douglas mandó a Pete por el frente rodeando las paredes de madera mientras él iba un paso atrás. Pasaron cerca del escape de la cocina, lo cual estimuló de nuevo sus sentidos. Dieron por fin vuelta a la última esquina y esperaron hasta que Harlan y Jeremiah aparecieran en el extremo opuesto del pórtico. Tenían una de las ventanas a la vista.

«¿Dónde están esos dos?», pensó Pete observando el largo del piso de madera procurando mantenerse en silencio.

La desesperación de Douglas tocó su espalda para preguntarle lo que pasaba.

—No lo sé —Pete abrió los brazos solventando su mímica.

La respuesta llegó pronto, cuando el grito de dolor de uno de los suyos llegó hasta sus oídos junto con algunos disparos, no supieron identificar si se trataba de Harlan o Jeremiah, lo que era cierto, es que algo grave sucedía. Ambos ensancharon sus ojos suponiendo lo peor, y como si sus pies estuvieran en un comal ardiendo, buscaron ponerse a salvo.

Sin que pudieran preverlo, de las sombras del granero frente a ellos, el rifle de John comenzó a abrir fuego, errando el primer disparo, pero acertando el segundo en Pete, quien, al caer hacia atrás, cubrió sin intención el cuerpo de su jefe.

El rostro desencajado de Pete se encontró con el de Douglas pidiéndole ayuda; pero este, al notar la desventaja, lo hizo a un lado cubriéndose con la cabaña y desapareciendo de la vista de John en la siguiente esquina.

—¿¡Math!? —gritó John al avanzar—. ¡Va hacia ti!

Ishbel salió de detrás de John, portaba también un arma, pero no había disparado aún.

Con la respiración a tope y sin dejar de estar pendiente de los sonidos del entorno, Ishbel y John se miraron. Pete estaba en el suelo y Math no respondía.

—¡¿Math?! —insistió John.

> John no me dio oportunidad de inmiscuirme directamente en la batalla, siempre estuvo delante de mí, aunque sabía que era capaz de defenderme. Avanzamos hasta la posición de Pete, aquel hombre que me había atacado en la caravana. Deseaba

que estuviera muerto, realmente lo deseaba; pero Dios no me concedió eso, y quizás fue lo mejor.

El arma de Pete fue tomada por John. El impacto le había dado en el hombro y sangraba mucho. Obviamente, el estado de salud de aquel tipo no era lo más importante, pero no podían dejarlo ahí tirado y menos sin vigilancia.

—¿Puedes encargarte de él? —preguntó John—. Debo saber qué pasó con Math.

—No me moveré de aquí —aseguró Ishbel valientemente.

—Lo necesitamos vivo; pero, si se mueve, mátalo.

—Me gustaría que lo intentara —dijo apuntando su pistola hacia su rostro.

John siguió el camino que había tomado Douglas dejando a una alterada Ishbel a cargo. Pete, tendido en el suelo, se tomaba el brazo derecho con el izquierdo, se encontraba incapacitado para actuar contra ella. Dejó pasar unos segundos antes de atreverse a hablar:

—Parece que el destino se ensaña en encontrarnos…, señorita.

—No creo que Dios tenga que ver en esto —respondió—, creo más bien que la necedad de Douglas lo hizo.

—Sí —aceptó—, usted lo conoce, es un hombre que no se rinde.

—¿Por qué no pudo dejarme en paz?

—Eso no lo sé. Yo sólo obedezco sus órdenes.

—Pues eso le va a costar.

—… Vaya trampa que nos tendieron —felicitó—. Siempre estuvieron un paso adelante. ¿Cómo lo hicieron?

—¿Qué es lo que quiere? —interrogó molesta por tantas preguntas—. ¿Congraciarse conmigo? Eso no pasará.

—No, señorita, sólo intento salir bien librado de esta situación.

—Lo mejor será que se calle…

Ni siquiera lo vieron venir. El plan de John incluyó aquel extraño túnel por debajo de la cabaña, este nos condujo a una salida más allá del camino que ellos habían descubierto. Siempre supimos dónde estaban y lo que querían hacer, eso nos dio tiempo para hacerles creer que seguíamos en la cabaña. Math tomó una posición en la que, desafortunadamente, le tocó lidiar con dos de ellos; mientras que John y yo esperamos a los otros dos. No hubo un aviso, sólo el deseo de acabar con ellos; aunque todavía no sabía para qué quería John mantener a este vivo.

Hasta donde sabía, Douglas había alcanzado a escapar; pero también sabía que era un cobarde, eso era lo único que superaba su ego, así que, esperaba que hubiera regresado por donde había venido. Lo que me preocupaba realmente era Math, quien no había respondido a nuestro llamado. Si algo le había pasado, Pete la pagaría.

Pasada la escaramuza, John se apostó junto a la ventana observando nerviosamente hacia el exterior. No había rastro de Douglas y en el interior había dos heridos, uno de ellos era Math.

—Sé que lo estás pensando —dijo Ishbel preocupada.

—No voy a poder dormir tranquilo si sé que él sigue afuera.

—No hagas lo que él quiere que hagas. Salir a descubierto tú solo, le darías la ventaja.

—Seguramente es lo que quiere, *Wanagi* —confirmó Math mientras era atendido por Ishbel.

—Escúchala Sullivan —apuntó un adolorido Pete sentado en el piso contra la pared—. Johnson es un traicionero de mierda. Una vez que se dé cuenta de que se ha quedado sin ayuda, tomará su caballo y escapará.

—Entonces ya lleva ventaja —señaló Math alzando la pierna para ser vendada y le dijo—: Tus amigos ahora alimentan con su sangre esta tierra.

John, pensativo giró para dirigirse al afectado Pete. Su herida no estaba bien; pero más que preocuparse por su salud, lo que le interesaba era otra cosa.

—¿Por qué te preocupas por mí? —cuestionó John empujando su hombro maltrecho con el

cañón de su rifle.

Después de un gesto de dolor y un intento de sonrisa, el cínico Pete admitió:

—Lo merecía —admitió—…, y en cuanto a lo que preguntas, tengo que decir que… siempre estuve del lado equivocado.

John bufó detectando la intención de un mentiroso, y tenía mucha experiencia tratándolos; pero no dijo nada, sólo se limitó a inclinarse para aprovechar la situación.

—Esa herida no se ve bien —apuntó—, si no te atendemos pronto, no lo lograrás.

—Por eso me sostengo el brazo, Sullivan, espero su misericordia. Sé que ustedes son mejores que yo.

Ishbel y Math lo miraron como si fueran uno solo. Dejaron que John se encargara.

—Bien, *Pete,* tengo algunas preguntas que hacerte antes de que tomemos una decisión en cuanto a lo que haremos contigo.

—*Dispara* —dijo él un poco impaciente.

—¿Por qué vinieron sólo ustedes a buscarme, o más bien, a buscar a Ishbel?

—Johnson no quiso esperar a los militares, tardarían un poco en llegar a Helena.

—¿Quieres decir que alguien más viene para acá?

—… Sí —hizo una mueca y lo observó como si su mirada pudiera amenazarlo.

—¿Cuántos?

—No lo sé, pero entiendo que tenían gran interés en seguir tu… rastro.

—¿Cuándo salieron de Helena?

—Creo que fue hace una semana… Tal vez ya estén encima de nosotros.

John observó a Ishbel y Math luego de esas palabras. Su mirada de preocupación lo dijo todo.

—No podemos quedarnos aquí —señaló John—. Tarde o temprano nos encontrarán.

—Math está herido —recordó Ishbel.

—Pero puedo cabalgar —aseguró el sioux.

El silencio tensó aún más la situación. Los grandes ojos verdes de Ishbel se posaron en John presintiendo la pérdida de un mundo que apenas empezaba a amar.

—No creo que sea lo más conveniente que nos acompañes —aseveró John—. Hay un precio sobre mi cabeza, y si Douglas regresó a Helena, volverá por Ishbel.

—Y también por el indio que los ayudó a escapar —reviró Math—. Dejar atrás a Oso que habla no sucederá.

—Entiendo que tienen que discutirlo —interrumpió Pete—; pero, ¿podrían ponerse de acuerdo después de atenderme?

John miró a Ishbel, pero antes de que le hiciera la pregunta, ella dijo:

—Yo no lo voy a hacer.

Entonces, John se incorporó y dejó su arma en la mesa; fue a la cocina y comenzó a calentar algo que Pete no alcanzó a ver; volvió un poco después con él sosteniendo el atizador al rojo vivo. Pete estaba a punto de desmayarse, pero alcanzó a percatarse de lo que iba a ocurrir.

—Créeme que te va a doler —aseguró John disfrutando el momento.

El estruendo de su grito se escuchó hasta el exterior de la cabaña, cualquiera que hubiera estado medianamente cerca pudo haberlo escuchado.

> Tampoco pudimos dormir bien esa noche, y aunque temíamos que el cobarde de Douglas intentara algo, no ocurrió. Por la mañana recuperamos el caballo de Math y nos dimos cuenta de que sólo faltaba el de Douglas, lo que nos confirmó que había regresado a Helena.
>
> Seguimos el plan de John, un plan muy doloroso para todos: tendríamos que dejar nuestro hogar, aquella cabaña en la que mi vida había… tenido un nuevo inicio. Salimos pensando en que todavía teníamos ventaja antes de que los militares aparecieran. Math estaba herido, y aunque no era de consideración, se negó a dejarnos solos; desafortunadamente, Pete

también nos acompañó, todavía no decidíamos qué íbamos a hacer con él y tampoco podíamos permitirle volver.

Esa mañana, al salir, Ishbel se quedó un poco atrás, y sin poder evitarlo, tuvo que hacer girar a Viento para dar un último vistazo. John se percató de ello, así que también retrocedió.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¿Bien…? No sé si esa es la palabra correcta.

—¿Hubieras preferido quedarte?

—Sé que eso no es posible.

John suspiró. Dijo:

—A mí también me duele, Ishbel.

—… Siento que es culpa mía.

—No te culpes. Esto iba a suceder tarde o temprano.

—Pero Douglas fue quien inició todo.

—De no haber sido él hubiera sido cualquier otro. Siempre supe que había un riesgo.

Inhalando con fuerza por última vez el aroma de esa parte de la montaña, Ishbel preguntó:

—¿A dónde iremos?

—Al norte, lejos de los sioux y lejos de la ley de Montana.

—¿Canadá?

—Sí, una nueva vida.

—Sólo espero que el mundo nos deje en paz.

—Yo también lo deseo… Anda, ¡vamos!

Sucedió entonces algo extraño, fue como si la montaña los despidiera, como si estuviera consciente de que no volvería a verlos y lanzó entonces sus mejores notas con el único instrumento que poseía, el viento.

26
ADIÓS JACK

LA MONTAÑA

Hubo cierto agradecimiento por parte de Pete después de un tiempo, cabalgaba al frente con John, desarmado, y con su brazo afectado sujeto al pecho. Aún en ese estado, nadie se confiaba, por lo que era constantemente vigilado.

—¿Cómo está tu hombro? —preguntó John con un dejo de amabilidad.

—Creo que sobreviviré —respondió Pete algo intrigado—; a menos que ustedes tengan otro plan.

—Eso todavía no lo hemos decidido.

—Me hacen sentir intrigado —confesó por fin—. No sé si yo hubiera hecho lo mismo.

—Yo estoy seguro que no.

Pete rio con un toque cínico y asintiendo a la vez, sabía que era así.

—Pues…, creo que ya no hay algo más que sepa que les sea de utilidad. ¿Por qué me dejaron vivir?

—Si lo sigues preguntando, te dejaré en manos de mi amigo Math para que te dé gusto.

De reojo, Pete observó al indio que no hace mucho tenía como rehén, este le hizo una señal con la mano haciéndole ver que había escuchado.

—Entendido, Sullivan —afirmó Pete.

—Llámame John, como todos.

—Está bien.

Ishbel y Math formaban la segunda línea de ese grupo y tenían su propia conversación.

—¿Por qué teníamos que traerlo? —cuestionó Ishbel todavía luchando con sus sentimientos.

—Es cosa de *Wanagi* —contestó Math—. No podíamos dejarlo atrás y… tampoco matarlo a sangre fría.

Ishbel hizo una mueca de inconformidad, pero lo comprendía; aunque su curiosidad continuaba:

—¿Qué hubieras hecho tú?

—… *Wanagi* y *Matȟó wówaŋyaŋke* pensamos de la misma forma. Hubiera tenido que traerlo.

—¿A pesar de lo que te hizo?

—*Šúŋka wíyakA tȟokáta, wíyakA yúȟa šni kta* (Quien siembra vientos de venganza, cosecha tormentas en su alma). Hacemos lo que debemos hacer para hacer prevalecer nuestra vida y la de los nuestros, sólo eso. ¿*Peta wica* se hubiera desecho de ese hombre?

> Su pregunta me hizo recapacitar. Si yo hubiera tenido que jalar el gatillo, seguramente no lo hubiera logrado, por mucho que deseara quitarlo de mi camino; por mucho que recordara lo que me hizo en la caravana… Y siendo completamente fría, tenía que agradecerle que por su causa había conocido a John, y que lo sucedido después me ayudó a descubrir la verdadera cara de Douglas, un infierno del que apenas pude escapar. Sin embargo, había todavía otra duda.

—¿Qué haremos con él cuando lleguemos a Canadá?

Math se enderezó dándose cuenta de que era algo que no había considerado, pero conocía a su amigo y sabía que él ya había pensado en eso, así que sólo se limitó a decir:

—Confía en *Wanagi*…

Continuaron entonces, siguieron el sendero que iba hacia el norte, bajando la montaña casi en zigzag sobre un terreno en su mayoría rocoso. Muchas otras pláticas surgieron en el camino, más no tan importantes como las que se sucedieron cuando por fin se alejaron lo suficiente como para considerar tomar un descanso.

John propuso detenerse cuando el relieve de la montaña ensombreció el terreno. Montaron el campamento siempre manteniendo un ojo abierto sobre el inquieto Pete, a quien preferían tener lejos de cualquier *tentación.*

Esa noche se sentaron alrededor de la fogata. Estaban agotados después de haber forzado la marcha para avanzar. Deseaban alejarse de aquella tierra lo más pronto posible, escapar de… la inminente persecución.

John estaba sentado al lado de Ishbel, ambos tomaban café. Math estaba enfrente a corta distancia de Pete, quien era el único que descansaba sobre la vegetación. La tensión en el ambiente parecía poder cortarse con un cuchillo, Ishbel no soportó más y soltó una repentina pregunta observando a Pete:

—¿Cómo sucedió?

—No le entiendo —respondió este con tranquilidad.

—Sí, ¿cómo fue que Douglas los contrató para matarme?

El prisionero resopló sabiendo que cada cosa que saliera de su boca podía comprometerlo. No supo en ese instante si era lo más adecuado para alguien que quería sobrevivir decir la verdad. Se limitó a explicar:

—Soy un pistolero, señorita. Alguien a quien le pagan por hacer… cosas que pocos harían. Nunca fue algo personal.

—¿Le parece correcto?

> Sentí la inquietud de John por lo que preguntaba. Sabía que su apretón me estaba diciendo que no era oportuno hablar de eso; sin embargo, mi carácter era ese y él lo sabía.

—No sabría decirle si es lo correcto o no, lo único que puedo decirle es que yo también necesitaba comer…; sin embargo, lo que puedo asegurarle es que no estoy orgulloso de las cosas que hice, y si en algo le ayuda, déjeme decirle que siento haberle hecho daño.

> Lo escuché sin creerle mientras mis ojos se humedecían. No era tan fácil para mí tener a ese hombre ahí, no tenía la adaptabilidad de John o Math, ellos eran… distintos. Tampoco iba a cometer una locura, pero de pronto me di cuenta de que no sólo era movida por el odio, sino también por la necesidad de llenar un hueco en mi historia en el que él podía ayudarme.

—¿Puede ser sincero? —interrogó Ishbel de vuelta.

—Lo estoy siendo —contestó Pete.

—¿Cuál era el plan de Douglas conmigo?

—Creo que eso ya lo sabe, señorita, pero se lo voy a confirmar: él deseaba quedarse con la parte que le correspondía de la herencia de su padre. En realidad, la enfermedad que se lo llevó fue muy conveniente para él, le facilitó las cosas. Douglas Johnson no es un hombre que piense en sentar cabeza, su ambición no tiene límite. Lo sé porque lo he acompañado por mucho tiempo… hasta que me… abandonó a mi suerte. —Los miró a todos—. Al saber que usted venía para casarse, nos contrató a los muchachos y a mí para… desaparecerla antes de llegar a Helena,

eso, legalmente, lo convertiría en el heredero de la fortuna Mackenzie; pero usted fue más lista que él y le dio donde más le duele. —Terminó esa frase con una gran sonrisa, como si también se alegrara.

—¿Por qué siguió buscándome? ¿No le bastaron los problemas que ya le había dejado en Helena?

—Quería hacerla desistir de todo lo que hizo con el abogado. Quería recuperar lo que creía que era suyo.

—Hubiera necesitado de algo más que una amenaza para hacerme retroceder.

—Sí, lo sé. Lo supe desde el momento en que escapó de la boda, o quizás antes; pero, yo no era nadie para contradecir al jefe.

—¿Y qué pensaban hacer conmigo? —John se unió al interrogatorio.

—No teníamos un plan perfecto John. Supongo que lo entregaríamos por la recompensa, la cual decía: *Vivo o muerto*. Douglas nos hubiera pagado un buen bono de cualquier manera. En cuanto a su gran amigo —observó a Math—, digamos que tampoco teníamos un… plan.

—Lo dijiste más de una vez —confirmó Math—. Tú y tus amigos querían deshacerse de mí en el camino.

—No lo niego. No fue algo personal y entiendo lo que sientes ahora.

El duro rostro de Oso que habla palideció el ánimo de Pete. Las preguntas se estaban yendo hacia un punto al que John no quería llegar, así que sentenció:

—Me parece que esta charla no tiene sentido; además, deberíamos descansar, mañana hay que salir temprano.

John comenzó a buscar un lugar cómodo para acostarse y después de unos segundos de silencio, los demás hicieron lo mismo. Math y John se turnarían la guardia de esa noche.

> Desperté varias veces durante las primeras horas, John seguía acostado a mi lado. El único que dormía plenamente era nuestro… huésped. La pasividad del campamento sólo era turbada por el sonido de la madera quemándose en nuestra hoguera, sentía que era una tranquilidad engañosa. Pude ver a Math permanecer en los límites mirando al bosque con su rifle entre sus brazos, igual que lo vi aquella primera vez en el río, era como una estatua que pretendía ser invisible.
> En cierto momento, John cambió de lugar con Math y fue entonces que no pude descansar más. Cuando noté su ausencia a mi lado y vi que Math dormía, me puse de pie.

—¿Qué haces despierta? —cuestionó John al verla acercarse.

—No puedo dormir.

—No sé si tendremos estas oportunidades muy seguido, deberías de aprovecharlas.

—Sé que tienes razón, pero, simplemente no puedo.

—… ¿Qué te preocupa?

—Lo sabes.

—¿Pete?

—Sí. No estoy a gusto con él aquí, además, se está dando cuenta de hacia dónde nos dirigimos.

—Lo sé, sé que tendríamos ese problema —luego añadió—, y tampoco me parece que Math deje su vida atrás por nosotros.

—Te entiendo, y sabía que esto podía suceder. También creo que no es justo para él… ¿Qué haremos? —Lo instó para que tomara la decisión que ella creía que deseaba.

John aspiró con fuerza la frescura de la noche antes de responder:

—Estamos cerca del gran río, pasado mañana lo alcanzaremos al bajar la montaña… Hablaré entonces con Math para pedirle que regrese a casa, y en cuanto a Pete —la miró—, voy a dejar que tú decidas qué haremos con él…

Sentí entonces el peso de una responsabilidad que no quería tomar. No fue lo mismo haberlo platicado con Math que tener el poder que ahora John me estaba otorgando. Aquel hombre me había hecho mucho daño y no niego que mis más oscuros deseos aparecían cuando pensaba en él. Ya habían muerto algunos, y mi venganza, o más bien, mi justicia, prevalecía ahora en Helena, lo cual era lo único que me importaba, además de nuestro bienestar.

—¿Y bien? —insistió John.

—… Voy a dejar que se vaya —luego añadió—: creo que, aunque pudiera decir lo que sabe, ya estaríamos muy lejos para que su lengua nos afecte.

John sonrió aplaudiendo su decisión y señaló:

—Sabía que no me equivocaba contigo…

ESA MAÑANA

Levantaron el campamento muy temprano, el sol apenas se asomaba cuando ya habían asegurado la fogata y cargado los caballos. Después de la plática de esa noche, Ishbel se había levantado con un ánimo distinto.

La conversación con John me trajo paz. Había dicho todo lo que tenía que decir y creo que había dispuesto lo mejor para todos. John era alguien que conocía más que yo sobre los asuntos de la vida y la muerte. No me lo dijo, pero creo que estaba protegiéndome de una carga que no necesitaba llevar. Se lo agradecí.

Pronto seríamos sólo él y yo nuevamente, lo que me alentaba a sonreír y a pensar en las muchas posibilidades que se abrían delante de nosotros. Una tierra nueva, una nueva aventura; pero ahora la iniciaríamos juntos. No cabe duda de que esta era yo, de que todo lo que me estaba pasando ahora era una gran bendición.

Ishbel, iluminada con una gran sonrisa, se reunió con John mientras Math hacía que Pete se incorporara para adelantarse a los caballos.

—No tarden, *Wanagi* —advirtió Math alejándose.

John le hizo una seña terminando de revisar lo que habían dejado atrás, siendo distraído por Ishbel casi al final. Antes de seguir a Math, preguntó:

—¿Estás lista?

—Nunca he estado más lista —la alegría seguía en ella.

—Pues…, creo que… —su frase se cortó.

Hubo un sonido a mis espaldas, algo casi imperceptible, pensé que era Math regresando al campamento, pero me equivoqué. Los grandes ojos de John me alertaron que algo sucedía, y luego, sentí cómo me jaloneaba para ponerme detrás de él.

De entre los árboles, como un espectro, el desquiciado rostro de Douglas desorbitó sus ojos como si no quisiera ni siquiera pestañear. Caminó casi tambaleante con su arma por delante apuntándole a la pareja.

—¡Al fin los encontré! —exclamó sonoramente.

No había cordura en todo su ser, estaba demacrado y poseído por su obsesión. Había algunos metros entre ellos, pero los había tomado por sorpresa y con sus armas enfundadas, correr en cualquier dirección sólo los invitaba a convertirse en blancos perfectos.

John cubría a Ishbel con su cuerpo, pero ella no podía evitar aferrarse a él buscando un resquicio para ver lo que ocurría.

—¡No hagas una estupidez! —advirtió John en voz alta buscando ser escuchado.

—¡Estupidez fue lo que hiciste al meterte con mi mujer! —amenazó Douglas.

—¡Nunca fui tu mujer! —expresó Ishbel.

Sentí los pequeños movimientos que John me forzaba a hacer, me empujaba lateralmente tratando de que nos acercáramos a un terreno donde podíamos cubrirnos.

—¡Quédense quietos! —advirtió lo que quedaba de sensatez en él.

John bajó la cabeza como si mirara su arma, ni él ni Ishbel estaban en posición de utilizarla sin antes recibir un tiro limpio de su enemigo, y eso era algo que el militar ya había calculado.

—¿Piensas usarla? —preguntó Douglas al percibirlo—… ¡Hazlo! Me queda una bala en mi revólver, pero todavía no decido para cuál de los dos será —y en un arranque que manifestaba su estado mental, dijo—: ¿Acaso será para el hombre que me robo a mi mujer? ¿O para la mujer por la que perdí todo? Creo que cualquiera de los dos llorará al otro, quizás esa sea mi mejor venganza.

—Hay una tercera opción —señaló repentinamente John—… Úsala para salvar tu vida…

No podía ver todo lo que ocurría. John evitaba que asomara mi cabeza más allá de su cuerpo, pero me di cuenta de que ambos se habían callado y que algo nuevo sucedía.

Lo que Ishbel era incapaz de percibir era la inesperada ayuda que se alzaba a más de dos metros en sus dos patas traseras. El semblante de un loco se transformó entonces en una escena de terror. Su quijada se abrió tratando de expeler un grito, el cual no pudo salir de su garganta. Fue hasta que *Kóla* gruñó amenazándolo que Ishbel confirmó lo que ocurría.

La reacción de Douglas fue redirigir su carga al cuerpo del animal, el cual, se abalanzó sobre el enemigo común asestando un certero zarpazo en su rostro, el cual se desprendió para caer lejos de ahí. Lo que quedó de Douglas Johnson se desplomó un instante después.

Ishbel y John pudieron observar todo. *Kóla* se levantó de nuevo en sus dos patas lanzando un gruñido que alardeaba su victoria. El disparo de Douglas había acertado, pero una bala no era suficiente para detener a un oso grizzli.

Math apareció por fin con el rifle en la mano para sólo ser un testigo final de la escena. Ensanchó sus ojos observando a Ishbel y John, a un jadeante *Kóla* y al cuerpo sin vida del hombre que los perseguía.

—¡*Wanagi, Peta wica!*, ¿están bien?

—Estamos bien —afirmó John abrazando a Ishbel.

Kóla volvió a sus cuatro patas para olfatear a Douglas. Aquello no había sido una cacería, ni siquiera lo consideraba su presa, sólo había sido un acto de protección en favor de sus amigos.

—Gracias *Kóla* —dijo John manteniendo su distancia.

—Gracias —repitió Ishbel buscando los ojos del animal.

Después de exhalar un poco de su naturaleza salvaje, *Kóla* gruñó con fuerza destacando el poder de su ser en dirección de los tres. Dio la media vuelta y se perdió entre los árboles.

Oso que habla se aproximó a ellos con calma y dijo:

—Ya no tendrán que preocuparse por ese —lo maldijo luego en su lengua.

—¿Y por mí? —preguntó Pete apareciendo sorpresivamente con un arma entre las manos.

Cuando mi corazón apenas se estaba tranquilizando, una nueva amenaza se irguió en nuestra contra. Math estaba de espaldas y nosotros de frente cuando Pete McGraw apareció. Su sonrisa cínica nos advirtió que usaría su recurso a la menor provocación.

—¡No hagan movimientos bruscos! —advirtió el mercenario—. ¡Tiren sus armas!

Pete sostenía su revólver con la mano izquierda, ya que su mano derecha estaba inutilizada por

su lesión y la tenía sujeta por la banda al cuello. John notó eso.

—¿Eres zurdo? —le preguntó el militar como si iniciara una negociación.

Tras una risa nerviosa y sin despegar su mirada de los tres, Pete afirmó:

—Ser pistolero requiere de ciertas… habilidades; pero suponiendo que no sea tan diestro con esta mano, soy lo suficientemente bueno como para llevármelos por delante antes de que puedan desenfundar.

Math seguía observándolo por encima del hombro. Su rifle estaba entre sus brazos. Sabía que voltear y dejar a sus amigos al descubierto no era una buena idea y creía que John iba a tomar una decisión arriesgada, así que extendió lentamente su brazo para soltar su arma.

—No —murmuró John rogándole que no lo hiciera.

—Está bien *Wanagi*. Está bien. —Soltó el rifle y comenzó a girar.

—Tu amigo es más inteligente… John —señaló Pete—. Ahora ustedes.

Y en un momento, las condiciones habían cambiado. Pete tenía el control de la situación.

—¿Ahora qué? —cuestionó John.

Antes de responder, Pete observó el cuerpo sin vida de su jefe, el cual no le produjo ninguna lástima, sino más bien una especie de… liberación. Ya no sería más una piedra en su zapato; pero, tampoco tendría el beneficio económico que gozaba junto a él.

—Parece que hasta aquí llegó Douglas Johnson —señaló sarcásticamente.

—Pete —intervino Ishbel—. Ya no tiene que hacer esto, Douglas está muerto y…

—¡Se equivoca! ¡Tengo que hacerlo! —la interrumpió, había cierta confusión en su alma, así que tuvo que expresarse—. Saben, ustedes lograron que esto fuera muy difícil para mí. Los escuché anoche, escuché lo que planeaban hacer conmigo y… lo apreció —se sinceró—; sin embargo, debo obtener un beneficio por todos los días que pasé en la montaña, y algo que sea útil para mi futuro. El hombre que me pagaba está muerto, así que lo único que me queda es cobrar la recompensa por Jack Sullivan, a quien tengo frente a mí. Sabiendo que aprecias a Ishbel y al indio, tengo una propuesta que hacerte…

AL ATARDECER

Aquel grupo, formado por militares del Fuerte Benton, avanzaba por sobre el irregular terreno de la montaña, ya habían dejado atrás la cabaña de John y se notaban cansados, no sólo física, sino también mentalmente. Lo que encontraron en aquel terreno de batalla los tenía tensos.

—¿Hasta dónde tendremos que buscarlos? —se preguntó exhalando su impaciencia el capitán Ethan Lawson, quien estaba a cargo.

—Las huellas continúan —señaló el cabo Callahan, su rastreador.

Lawson permaneció montado mientras su subordinado examinaba el rastro. Tenía grandes deseos de salir de ahí y dar por concluida aquella búsqueda. El ambiente, la montaña y lo que creía que le esperaba al frente lo tenía nervioso, sobre todo, la presencia de indios en la zona.

Eran media docena de hombres, muchos más de los que consideraba se necesitaban para atrapar a un solo fugitivo, pero la pista de Douglas Johnson y los otros hombres enviados por el sheriff había desaparecido hacía tiempo, y la intriga creció con lo que recién habían encontrado.

—¿Está seguro que son cuatro? —interrogó a Callahan.

—… Podría equivocarme, señor —respondió el cabo, dudando.

—No puede equivocarse. ¿Acaso Sullivan vivía acompañado?

—No lo sé, señor. Hace tiempo que no teníamos noticias de él.

Lawson bufó decepcionado, meneó su caballo haciéndolo girar un poco notando la incertidumbre en el resto de sus hombres. Las matemáticas no cuadraban y él deseaba desesperadamente, encontrar una salida.

—¿Señor? —advirtió el cabo—. Alguien viene.

Frente a ellos, cabalgando lentamente, un jinete que jalaba tras de sí otro caballo con una extraña carga se dirigía exactamente a su posición. Los militares aprestaron sus armas.

El sujeto venía un poco cabizbajo y tomaba las riendas con una sola mano, su brazo derecho estaba herido, así que cabalgaba con cuidado. Alzó la cabeza para encontrarse la mirada de Lawson a la distancia, el cual no tardó en preguntar:

—¡Saludos, amigo! ¿Puede identificarse?

—¡Saludos, oficial! —dijo el hombre—… Soy Pete McGraw, representante de la ley de Montana. —Descubrió su placa, la cual era ocultada por el vendaje.

Al sentir que todo se había aclarado, los militares bajaron las armas, permitiendo que Pete se acercara con confianza.

—¿Se encuentra bien? —interrogó Lawson una vez que Pete estuvo cerca.

—Esto. —Miró como pudo su herida—. Sí, sanará, pero él no.

Detrás de él, un cuerpo envuelto en una manta descansaba sobre la silla del caballo. Pete lo atrajo a la entrevista.

—¿Qué trae ahí? —preguntó Lawson.

—Es el hombre que buscan, oficial, Jack Sullivan. Nos costó trabajo, varios hombres y una jugarreta del destino, pero, finalmente lo atrapamos.

El oficial le hizo una seña a Callahan quien se adelantó para bajar la carga al suelo, luego, Lawson desmontó. Se colocaron cerca hasta que Pete advirtió:

—No es algo agradable de ver.

—Es sólo un hombre muerto —minimizó Lawson—. Destápelo cabo —ordenó.

Aquellos hombres habían visto muchas cosas durante la guerra, pero pocas como la visión de aquel hombre sin rostro. Dieron un paso atrás, sorprendidos y con muchas dudas.

—¿Cómo sabemos que este es Sullivan? —interrogó Lawson un poco decepcionado.

—Porque yo vi cuando el oso le arrancó la cara —aseveró mirando al oficial directo a los ojos.

—Tiene botas como las nuestras, señor —destacó Callahan obsevándolas.

—¿Usted lo conocía? —cuestionó Lawson a su subordinado.

—Sí, lo vi en el fuerte varias veces, incluso el día del… incidente.

—¿Podría asegurar que es él?

Callahan lo examinó un momento, su objetividad se vio afectada por el deseo de constatar el hecho y dar por terminada la búsqueda.

—¿Dudan de la palabra de un hombre de la ley? —empujó Pete.

Bufando, Lawson lo miró y preguntó:

—¿Cómo sucedió?

—Llegamos hasta su cabaña. —Apuntó hacia el frente de donde ellos venían—. Nos emboscó y mató a dos de los nuestros.

—Encontramos sus cuerpos —afirmó—. ¿Qué sucedió después?

—Escapó, pero lo seguimos. Mi jefe, Douglas Johnson también falleció, cayó al vacío. Sullivan me hizo esta herida y… mientras peleábamos, un oso apareció provocándole eso. Pude hacerlo huir al dispararle. Lo demás, creo que pueden deducirlo.

—¿Un oso? —dijo Lawson con escepticismo—. Fue afortunado de que ese animal le salvara

la vida.

—No creo que haya sido su intención, pero, tiene razón. Fui afortunado.

Aspirando profundamente, Lawson caminó alejándose de todos, miró a sus hombres y leyó en sus ojos lo que deseaban, que era lo mismo que él. Tenía la palabra de un hombre de la ley y la *confirmación* de su cabo. ¿Quién lo culparía si se equivocaba?

—¡Señores! ¡La búsqueda terminó! ¡Tenemos a nuestro hombre!

No hubo un grito de júbilo, pero más de uno celebró interiormente la decisión de su capitán. Poco después, el cadáver de Jack Sullivan fue subido de vuelta y la persecución de este fue dada por concluida.

> El teniente Jack Sullivan había muerto oficialmente para el mundo ese día.

LEJOS DE AHÍ

Al borde de una inclinada pendiente, John observaba hacia el horizonte como calculando lo que aún restaba por recorrer. Hacia abajo podía observarse el gran río, el que él le había comentado a Ishbel; y de frente, la llanura se abría enmarcada por otras montañas, Canadá era un destino aún lejano.

John aún apoyaba sus botas *nuevas*. Se sentía incómodo al usarlas, aunque era más la impresión de saber a quién le habían pertenecido que el hecho de que le incomodaran.

—¿John? —Ishbel lo sorprendió—. ¿En qué piensas?

—… En… nada.

—Tu cara me dice otra cosa.

—Bien, sólo, agradecía nuestra… suerte.

—Yo también pensé que todo acabaría; pero, a veces recibes lo que diste a cambio.

—Sí, la misericordia paga. ¿Cómo te sientes con respecto a eso?

—En paz; aunque, si Pete hubiera jalado ese gatillo, de cualquier manera, me hubiera sentido agradecida por haber vivido lo que vivimos.

—¿Una vida corta?

—Una vida llena de vida; además, morir en los treintas no es algo raro en estas tierras.

—Pues pretendo que la nuestra sea un poco más… larga.

—Siempre que permanezcamos juntos, estoy de acuerdo.

El sol comenzaba a caer y la sombra de la montaña a alcanzarlos. Llegarían a la llanura para el siguiente día y John había calculado conseguir algunos recursos en el río.

Ishbel y John estaban frente a frente cuando la voz de Math acercándose los distrajo.

—*Mathó wówaŋyaŋke* encontró un buen lugar para acampar —cargaba madera entre las manos.

John le hizo una señal de que le había entendido, y antes de que pudiera decir algo más, un sonido familiar, como aquel que se escucha cuando un cuchillo entra de golpe en la carne, hizo que Math se detuviera soltando los troncos que había recolectado para la fogata.

> Mi sonrisa era el reflejo inequívoco de que sabía que todo iría bien ahora, pero esta desapareció al percatarme del cambio de semblante de John, quien, basándose en su experiencia, entendió lo que ocurría antes que yo.

Los impactos de bala en los árboles contiguos sucedieron un instante después, y estos los

pusieron sobre aviso demasiado tarde. Math había caído al suelo por una flecha en su espalda y ellos estaban bajo asedio. No pudieron ver a su enemigo, y ante su mala posición, John llevó a Ishbel al suelo. Todavía contaban con sus armas y algunas municiones, pero ni siquiera estaban conscientes de la fuerza agresora.

Agazapados en el relieve de la montaña, Ishbel y John observaron hacia el bosque. Atrás de ellos había una pronunciada caída, y por delante, una vegetación que encubría a cualquiera que se supiera ocultar.

La pareja confirmó entonces al autor del ataque: Águila calva, quien, con varios de sus guerreros, aparecieron como la primera oleada, emboscándolos, tal vez, de manera definitiva.

27

CUANDO LOS VALIENTES CAEN

LA MONTAÑA

En un abrir y cerrar de ojos, aquello se convirtió en una batalla campal. Tuvimos que salir de nuestro escondite y hacer uso de lo que teníamos a la mano si no queríamos ser masacrados.
Águila calva iba al frente, pero ni John ni yo tuvimos la suficiente puntería como para detenerlo. Estábamos más preocupados por Math, creíamos que seguía con vida, y se había convertido en un blanco fácil.

Aguila calva, en un acto de valor, descubrió por completo su defensa para blandir su *tamahaac* en lo que era una clara manifestación de convertir aquello en algo personal. Su postura parecía hacerlo inmune a las balas, como si el odio que sentía por John fuera tal, que no le importara morir con tal de quitarle la vida.

Los guerreros que acompañaban al nuevo jefe llegaron después, y estos arremetieron de la misma forma, con valentía; alguno cayó por un certero disparo, pero la pareja sabía desde el principio que no tendrían oportunidad de recargar, y que, en el cuerpo a cuerpo, el número de ellos era mucho mayor.

Observé la última mirada de John, supe entonces que se había quedado sin balas, sus grandes ojos quisieron decirme muchas cosas, pero fue su mano la que me empujó para hacerme caer de rodillas, estaba cuidándome nuevamente.

John saltó la pequeña muralla que los protegía tirando su arma, tomó su cuchillo tipo Bowie y se encaminó a enfrentar a su enemigo. El grito desesperado de Ishbel no pudo detenerlo.

No era la primera vez que Águila calva y John se enfrentaban, y el ímpetu de ambos no se detuvo hasta que se toparon a medio camino; pero el nuevo jefe de la tribu no había aprendido la lección de un militar que sabía usar la fuerza del otro para hacerlo tropezar.

La fuerza de ataque formó un pequeño círculo en medio de gritos agudos de guerra sin intervenir. John se vio rodeado mientras Águila calva se incorporaba. Ningún otro avanzó, él era la presa que el sioux había solicitado, la razón de estar ahí.

—¡¿Por qué haces esto?! —cuestionó John viéndolo de frente—. ¡No ves que ya nos vamos de tu tierra! ¡Los dejaremos en paz!

Águila calva retiró un poco de sangre de su labio partido al caer. Miró a John con odio, mucho más del que había expresado anteriormente y dijo:

—*Wíiyaya okíčhize šni, hé, tȟašúŋka kȟóta yuhá wíiyA wíyakA wíčhíŋkala kiŋ…* (Un hombre no puede ganarse mi respeto cuando abusa del honor de una mujer de mi pueblo…).

Lo escuché, ambos lo hicimos. Nuevamente, los ojos de John se ensancharon lanzándome una mirada alertándome de un peligro mayor a la propia muerte. Leí sus labios, dijo: “Corre”.

Ishbel no tenía pensado obedecerlo, pero, aunque hubiera deseado moverse, cuando volteó a

los lados, ya había sido flanqueada.

—*Wíyaka taŋyéya él wówičhakA oyáke, tókhe šni wówičhakA Wakíŋyaŋ ate él wayáwa šni. WówičhakA kiŋ hečhúŋ šni* (Pluma al viento me dijo la verdad, me dijo lo que no había querido decir cuando Padre del trueno estaba vivo. Me dijo que abusaste de ella).

—*Tȟašúŋka šni* (¡Eso no es verdad!).

—*¡¿Iyéčhiŋ níyAŋ wóyAke wašíčuŋ kiŋ él, na tȟawíčakiŋ kiŋ él?!* (¡¿Quieres que crea en la palabra de un blanco antes que en la palabra de mi sangre?!).

—*Tȟaŋíŋyaŋ, Wambli sapa, wašté iyéčhiŋ šni* (Escúchame, Águila calva, las cosas no sucedieron así).

—*¡Wambli sapa wíyakA yuhá šni! ¡TȟaŋkA wíyakA, kȟaŋlé wíyakA šni, na šni wíyakA! ¡Hé kȟaŋ yuhá wíyakA Lakȟóta wíyakA tȟaŋkA wíyakA!* (¡Águila calva ya ha escuchado demasiado! ¡Ha prestado su oído y obedecido a otros por demasiado tiempo! ¡Ahora es el momento de que los sioux tomemos lo que es nuestro!).

> Siguió hablando mientras aquellos hombres me sostenían. Las palabras de Águila calva continuaron elevando el ánimo de sus guerreros, y entonces cambió de tono.

—*Hé, wíyakA kta wíyakA tȟašúŋka kiŋ. Peta Wica táku waŋží kte hé, na tókȟaŋ yaŋké mičhókičhiya, na hé tókȟaŋ wíyakA Wíyaka taŋyéya kȟá táku wówičhaške. Táku hiyáyA, tókȟaŋ čhaŋt'e kiŋ paŋǧé* (Ahora tomaré de ti lo que tú tomaste de mi hermana. Cabello de fuego será mía y luego de mis guerreros, y después, lo que quede de ella se lo entregaré a Pluma al viento para que haga con ella lo que bien le parezca; pero primero, voy a hacer que tu sangre sacie la sed de esta tierra).

Y como si hubiera sido invocada, la causante de todo eso apareció, manteniendo en todo momento su semblante altivo, miró con dureza a John y en su misma línea visual, a Ishbel. Era el momento de su venganza, el momento que había esperado, ambos pagarían lo que le habían hecho.

La prudencia de John se esfumó entonces, Águila calva había logrado su objetivo, haciendo que su odio dominara a su razón. John empuñó de nuevo su Bowie, y fue esta vez él quien atacó.

Ishbel había escuchado a Águila calva, pero su preocupación no estaba en su persona, sino en John, quien, poseído por una furia que no le había visto anteriormente, intentó acabar rápidamente con su enemigo, y esa misma impaciencia, lo llevó a cometer errores que un militar de su rango no debería de cometer, lo cual emparejó la contienda.

La atención estaba en la batalla, los golpes del Bowie y el *tamahaac* se encontraban en el aire mientras ambos esquivaban la mayoría de los golpes del contrario. Aquello parecía una pelea de resistencia, esperando a que el otro se equivocara.

> Los hombres que me custodiaban aflojaron un poco la presión en mis brazos, y un movimiento cerca del suelo captó mi mirada, era Math, quien había quedado al borde de la trampa tendida a John, me estaba advirtiendo que haría algo, fue entonces cuando recordé el tamahaac que me había regalado y seguía conmigo al lado de la funda de mi arma. Fue un descuido de su parte no quitármelo, o quizás pensaron que una mujer como yo no sabría qué hacer con él.
> Math asintió como si me lo estuviera señalando y entendí lo que quería que hiciera. Correspondí su seña y esperé la oportunidad.

Con aquella disputa en lo más alto, nadie notó el repentino levantamiento de Oso que habla, quien, apareció detrás de uno de los distraídos guerreros del círculo, y en un rápido movimiento, asestó un golpe con su pesado *tamahaac* en la cabeza de este, la cual se partió casi a la mitad. El sonido del cráneo rompiéndose fue algo que no pasó desapercibido para el resto.

Math tenía todavía clavada la flecha en su espalda, pero comenzó a pelear como el fuerte

hombre que era, logrando que la pelea se convirtiera en un uno a uno por turnos.

Le tocó el turno a Ishbel, quien, tras aquella distracción, pudo tomar la única arma disponible para golpear, como un péndulo, la entrepierna de uno de sus *guardias,* el cual cayó quedando inutilizado. Se había librado de la custodia, pero tenía todavía a un guerrero enfrente, el cual, sonriendo al ver su ventaja, se apropió de su propio *tamahaac*.

Ishbel no presenció con buenos ojos su desventaja, estaba consciente de que llevaba todas las de perder, así que mientras su oponente jugueteaba confiado en su victoria, ella resopló dándose valor. No estaba dispuesta a irse tan fácilmente.

Repentinamente, una flecha silbó a unos centímetros del rostro de Ishbel partiendo el espacio que había entre ellos. Pluma al viento sostenía todavía el arco cuando sucedió.

—*Lé mitȟáwa ye* (¡Ella es mía!) —exigió la mujer.

Fue un segundo de desconcierto mientras la batalla sucedía en tres frentes: en el de Ishbel, el guerrero cambió su posición de ataque enderezando su cuerpo y bajando su arma para darle a Pluma al viento la oportunidad que le había solicitado; y entonces, un nuevo elemento apareció haciendo que los testigos se congelaran. *Kóla* se había levantado en sus dos patas, majestuoso y amenazador.



El grito de Pluma al viento no llegó a tiempo para poner en alerta a su compañero. El resoplido del grizzli lo hizo voltear a medias, pero antes de que pudiera defenderse, *Kóla* lo tomó del trapecio por un lado del cuello para zarandearlo en el aire y acabar con su vida.

> Apenas lo había visto venir, su ataque fue más salvaje que el de la primera vez. El hecho de ver el cuerpo de aquel hombre agitarse como si fuera de papel me estremeció haciéndome caer hacia atrás. En algún momento temí que me atacaría a mí también, pero fuera de una mirada agresiva, ni siquiera lo intentó.
> El caer a tierra hizo que quedara protegida a medias de las flechas de Pluma al viento, pero no le ayudó mucho a *Kóla*.

La presencia del oso alteró los patrones de la batalla. El valor de los guerreros se esfumó en un instante, haciéndolos dudar entre enfrentar a Math o a aquel animal; mientras tanto, Águila calva y John seguían en su disputa; Pluma al viento lo tuvo claro desde un principio, protegida por la distancia, utilizó sus saetas para alcanzar a aquel enorme objetivo. La primera dio en el blanco, justo en el tronco de *Kóla*, haciéndolo olvidarse de su presa. El sonoro rugido después de esa

agresión fue escuchado a lo largo de la montaña. *Kóla* se dejó caer en las cuatro patas por aquel punzante dardo en su estómago. Encontró rápidamente a la autora y le lanzó una mirada fulminante, una mirada que hubiera hecho temblar a cualquiera. Se abalanzó sobre Pluma al viento a toda velocidad, pero su camino fue estorbado por los disparos de arma de fuego de los otros sioux, quienes evitaron la pelea cuerpo a cuerpo.

> Lo escuché sufrir por cada uno de los impactos, pero eso no lo detuvo, al contrario, fue como si lo hicieran más fuerte. Todo sucedió muy rápido, cuando pude ponerme en pie busqué mi pistola, todavía tenía algunas balas en mi cinturón, así que podría recargarla.
> Durante mi búsqueda, observé que Math había caído nuevamente tras su desigual batalla. Su esfuerzo había sido monumental, venciendo en el camino a varios, pero había pagado también un gran precio.
> Y presencié en ese momento el poder de la naturaleza contra el hombre. *Kóla* los enfrentó con todo lo que tenía, o más bien, lo que le restaba. Ninguno pudo escapar de sus garras. Fue increíble ver cómo un animal de ese tamaño podía moverse a esa velocidad.
> Erré varios disparos tratando de ayudarle, aunque acerté otros, hasta que mi último cartucho fue usado. El humeante cañón quedó sordo con el último clic del percutor, me había quedado sin defensa. Solté mi arma.
> Pero no todo había salido mal para nosotros. Alcancé a ver a John de pie mirando hacia abajo a Águila calva. Ambos recuperaban la respiración, pero el tamahaac estaba lejos de ellos, mientras que John sujetaba aún con fuerza su Bowie. Lo había vencido.

Ishbel regresó su mirada a la escena alzando un arma sin balas en diferentes direcciones como si sus deseos pudieran hacerla funcionar. La agitada respiración de Math le decía que no se encontraba bien, su cuerpo apenas se movía; *Kóla* se tambaleaba y jadeaba ya sin fuerzas, su pelaje estaba cubierto de sangre, pero sólo una parte de esta era propia; y más allá, en terreno descubierto, Pluma al viento se aproximó blandiendo su arco y estirando la cuerda con un obsequio para Ishbel. Se colocó a unos diez metros de ella, entendiendo que así no fallaría.

> Me di cuenta de su presencia mientras mis ojos se movían a mi alrededor buscando cómo escapar. John estaba de espaldas a nosotras sin saber lo que ocurría, tenía a Águila calva al borde del despeñadero, seguramente pensando ya en un destino final para él. No podría ayudarme ni yo esconderme a tiempo, y lo único que me quedaba era mi tamahaac, pero eso no evitaría que su flecha me alcanzara. Mi razonamiento no me dio una salida.

El rostro casi desquiciado de Pluma al viento se magnificó al desorbitar sus ojos. Fue como si hubiera deseado tanto ese momento que el sólo saborearlo la excitara. Sonrió antes de ejecutar su disparo, lo que hizo que Ishbel cerrara los ojos.

—*Háu mitȟáwa šni, niyé šni kte* (Si no es mío no será tuyo) —sentenció Pluma al viento desviando repentinamente su arco hacia John.

—¡John! —gritó Ishbel, impotente.

La puntería de Pluma al viento no fue la mejor, pero sí fue muy dolorosa. Se incrustó en la corva de la pierna derecha de John, cambiando por completo la situación de su batalla personal.

> Lo vi caer y soltar su cuchillo víctima de la herida. Su primer instinto fue sustraer la flecha, situación que Águila calva, aún convaleciente, aprovechó para emparejar la batalla. Dudé un momento en qué hacer, sólo quedábamos Pluma al viento y yo en pie, y ella, estaba dispuesta a hacer un nuevo disparo para ayudar a su hermano.
> La angustia me poseyó en ese momento, sabía que John estaba en peligro y yo era la única que podía hacer algo. Mis intensas emociones me llevaron a actuar casi por reflejo recordando las enseñanzas que Math me había dado. Tomé mi tamahaac y lo alcé sobre mi cabeza para lanzarlo. Sólo tenía una oportunidad… Di en el blanco.

Hubo un sonido sordo, como el de un hacha quebrando la corteza de un árbol. Los ojos de Pluma al viento se perdieron en el horizonte mientras sus brazos caídos apenas podían sostener su arma. El filo del *tamahaac* se había incrustado en su pecho con toda la fuerza del desprecio de Ishbel. Fueron segundos tensos, hasta que su última mirada buscó encontrar la de su enemiga exhalando su último aliento de furia. Cayó al suelo.

Observando la oportunidad, Ishbel optó por el arco como arma buscando proteger a John; estiró la cuerda y giró hacia donde aquellos dos definían su destino.

> Apunté como si supiera lo que estaba haciendo –Águila calva lo ignoraba–. Lo que me encontré hizo que mi sangre se helara: John era sostenido por la espalda con su propia Bowie en el cuello. No tenía un tiro libre.

—¡Suéltalo! —ordenó Ishbel con voz quebrada.
—Águila calva no es tonto.
—Ishbel —dijo John—. No dejes de apuntarle.
—Esto terminará mal para alguien —señaló su enemigo.
—… Si lo sueltas te dejaré ir —propuso ella.
—Águila calva ha confiado demasiado en ustedes.
—Si lo matas, tú también morirás. ¿Quieres eso?
—*Ȟokáta él tȟaŋkA wóyakA kȟaŋté hé miyélo héčhaŋ Wíyótȟaŋka tȟaŋkA hé Lakȟóta kiŋ* (Ir al otro mundo como un gran guerrero es el honor más grande para un sioux).

Algo sucedió en el rostro de John al escuchar el último comentario, el café de sus ojos pareció ensancharse como si quisiera comunicarle algo a Ishbel. Estaba en una encrucijada y sabía que sólo había una solución: estando cerca del precipicio, sólo restaba un movimiento posible.

—Llega a nuestro destino —animó John, se despidió luego—: Te amo…

Con las fuerzas que le quedaban en su pierna sana, John se asió a su adversario para asegurarse de llevarlo con él. Se impulsó hacia atrás haciendo que ambos trastabillaran y cayeran por el borde.

—¡John! —gritó Ishbel incrédula.

El arco y la flecha fueron a dar al suelo mientras ella corría teniendo la esperanza de que se hubiera sujetado de algo en el último momento, pero no sucedió así. No había rastro de sus cuerpos, sólo una caída empinada cubierta por mucha vegetación y que desembocaba metros abajo.

> Caí de rodillas, todavía recuerdo ese momento, el más terrible de mi vida. Grité, grité con todas mis fuerzas reclamando lo que había ocurrido como si hubiera alguien que pudiera responderme; pero nada sucedió. Lloré con mi cuerpo encorvado como si aquello fuera una pesadilla. Fueron los gemidos de Math los que me hicieron volver en mí. Seguía tendido en el suelo y fui a auxiliarlo.

—¿Math? —preguntó Ishbel arrodillándose junto a él.
—¿Wa… nagi? —fueron sus primeras palabras.
—John… cayó al precipicio.

Ishbel no pudo contener su llanto entonces. Math alzó los ojos como si ya no pudiera ver nada y dijo:

—*Wanági kȟúŋ šni táku tȟaŋkA šni kte. Matȟó Wówaŋyaŋke táku oíyokipi ye* (No dejes que la muerte de *Wanagi* sea en vano. Oso que habla te agradece por todo).
—¡No digas eso! ¡Te curarás!

Oso que habla intentó esbozar una sonrisa, para entonces sólo podía escucharla. Sabía que el fin se acercaba. Extendió como pudo su mano para tomar la de ella, y, con lo último de su fuerza vital la apretó para decirle:

—Oso que habla vivió una buena vida, ahora alcanzará el destino que le corresponde… Cabello de fuego debe de hacer lo mismo, buscar su destino —expiró.
—… ¿Math? ¡Math!

> Me tendí sobre su cuerpo y comencé a llorar con todas las fuerzas que fui capaz de reunir. No sé cuánto tiempo estuve ahí

antes de poder ponerme de pie.

Me quedé esa noche, en medio de la devastación que la batalla había dejado. Insulsamente, tenía la esperanza de que John regresaría. *Kóla* también había muerto, su gran cuerpo había dado todo de sí. No pude agradecerle su sacrificio, como tampoco pude hacerlo con Math; aunque él sabía lo que sentía por él.

No pude dormir muy bien puesto que la podredumbre del lugar atrajo a varios depredadores. Creo haber visto un puma, quizás algo más, era difícil notar lo que cada par de ojos significaba. Mi fogata me mantuvo a salvo, junto con las armas y municiones que acababa de recuperar. Tuve que ponerme en pie para proteger los cuerpos de *Kóla* y Math varias veces, no estaba dispuesta a dárselos.

La mañana siguiente me regresó a la realidad, John se había ido, así que decidí hacer caso a las palabras que me había dicho: “Seguir mi destino”. Recuperé todo lo que pude para continuar y cargué un caballo extra con otras cosas. Sabía que tenía que ir al norte, así que eso hice.

Atrás dejé una tumba con una inscripción para mi amigo sioux en su idioma: “Le aŋpétu héčhetu yé *Matȟó wówaŋyaŋke*, wicaŋhpi tȟáŋka tókša yé hé táku iyóktehe oíyokipi kin héčhetu weló” (Aquí yace Oso que habla, un hombre que era muy grande porque necesitaba espacio para su gran corazón).

Así partió Ishbel aquel día, siguiendo los senderos zigzagueantes de la montaña con su rostro en alto ante la adversidad que pisaba sus huellas. Entendió que tenía que enterrar su pasado juntamente con el fin de esa noche para permitir que la mañana iluminara su futuro. Llegó hasta la fuente de agua justo como lo había planeado John, tomó algunos recursos para continuar y siguió apegada a la ruta cerca del Río Missouri, cada vez más al norte atravesando llanuras y montañas.

Acampar sola fue lo más complicado, tuvo que aprender a descansar muy poco y proseguir sin dilaciones. Encontró amigos y enemigos en el camino, pero supo negociar su paso; y sin que ella lo supiera, comenzaron a correr rumores de una mujer pelirroja, una mujer con cabello como el fuego que buscaba llegar a la tierra del norte. Era *Peta wica*, quien había enfrentado y vencido a Águila calva y sus guerreros. Aquellos que tuvieron la oportunidad de reconocerla, ofrecieron siempre su respeto con una leve reverencia.

Ishbel agradecía la amabilidad de quienes le cedían el paso, pero nunca quiso mostrarse vulnerable ni hablar sobre su pasado. Orgullosa y fuerte, como si hubiera salido desde el mismo infierno, como si nada pudiera detenerla, continuaba. Su cuerpo estaba ahí junto con su promesa, estoico; pero su corazón era incapaz de olvidar a pesar de todo lo que se lo proponía; sin embargo, su voluntad era suficiente como para que eso le impidiera rendirse. Uso la distancia como su mejor estimulante para continuar.

Creo que el verano estaba por comenzar cuando llegué a la frontera, un par de días después de haber visto una pequeña manada de bisontes. Una noche, empecé a notar los cambios en mi cuerpo, los malestares y lo difícil que se me hacía no estar haciendo pausas en el camino. Tocaba mi vientre, pero aún no se notaba; sin embargo, sabía lo que me sucedía, lo cual me hizo mirar al cielo y agradecer esa respuesta. John no había muerto en vano, se había sacrificado porque no había otra manera de que yo pudiera salir con vida de esa situación; aunque me hubiera gustado que se hubiera enterado.



Ishbel observó la excelencia de una noche despejada y llena de vida, sentándose a observar la magnitud de la llanura, y, encorvándose un poco, murmuró con nostalgia:

—Mañana por la mañana llegaremos a Canadá. Nunca he estado ahí antes, pero sé que me esperan cosas buenas… Te contaré entonces quién fue tu padre.

EPÍLOGO

CALGARY, QUINCE AÑOS DESPUÉS

El ferrocarril transcontinental había llegado a la ciudad, y con él, el crecimiento económico y poblacional. Calgary se había convertido en un punto de conexión entre el este y el oeste de Canadá. Ese año marcó el inicio de un periodo de transición y crecimiento acelerado que sus pobladores anhelaban.

Sentada en una mecedora en el pórtico de su casa, justo al lado de un camino, una madre miraba solitaria hacia el horizonte. Su semblante estaba lleno de paz, como si nada de lo que pasaba a su alrededor pudiera perturbarla.

Aquella vía conducía a otras propiedades y también a la nueva estación del tren. Era poco transitada, rara vez se veían jinetes o carretas circular por ahí; pero, aunque esa era su rutina diaria a esa hora de la tarde, Ishbel esperaba que una visita especial apareciera.

El azul del cielo comenzaba a perder su tonalidad cuando el conductor de una carreta se aproximó llevando consigo un par de pasajeras. Se detuvieron frente a la casa de Ishbel cuando la sonora orden de aquel hombre hizo que sus caballos pararan.

—¿Ishbel? —preguntó Lola observando a la mujer con un poco de duda.

—¡Sí! —exclamó la dueña de la casa y se puso de pie para bajar del pórtico y acercarse.

—¿Llegamos? —preguntó Daisy, la segunda pasajera, con una mirada perdida.

—Sí, ya estamos aquí —confirmó Lola pagándole al chofer.

Las tres se abrazaron. Era la primera vez que se reunían desde Helena y estaban ahí por la invitación por carta que Ishbel les había hecho.

—¡Me alegra verlas! —volvió a exclamar Ishbel jubilosa.

—Me gustaría decir lo mismo —comentó con un poco de humor negro Daisy, quien había perdido la vista.

—Lo siento, no lo sabía.

—Descuida, me he acostumbrado y… estoy contenta de saber de ti otra vez. —Sonrió.

—¡Pero pasen!

—A mí me gustaría quedarme afuera —pidió Lola—. El viento aquí es menos caluroso que en Montana.

—Bueno, si así lo prefieren. Les traeré también algo para refrescarse —acotó.

Se sentaron en el pórtico y tuvieron una larga conversación. Lola habló de su madre, de cómo le había ayudado lo que Ishbel hizo para tener los recursos para cuidarla, murió en 1878, después de una larga vida. Agradeció por siempre el cuidado de su hija y también le dio un mensaje a Ishbel en una carta, esperando que algún día la pudiera leer.

Tomé el regalo de Lola, ocupaba ya lentes para examinarla, así que me los coloqué. Era un mensaje corto, pero directo, me

llegó al corazón y me hizo sentirme nostálgica, pero, sobre todo, me hizo sentir útil.

Luego le tocó el turno a Daisy, quien, a pesar de su discapacidad, seguía manteniendo un buen humor. Sentada y pensativa, se apoyó en su bastón y comenzó a hablar de las mejoras que había hecho en el negocio, el cual dejó de ser un burdel para convertirse en algo más… profesional. Había montado bailes de salón que, no le dejaban las ganancias de antes, pero lo consideraba una manera más digna de vivir, sobre todo, cuando se dio cuenta que su ceguera, había sido causado por alguna enfermedad contraída en aquellos malos tiempos. Por otro lado, Lila, su hija, había encontrado un buen hombre y ambos se hacían cargo del negocio ahora.

El padre Walker, y Thompson, el abogado, habían pasado a mejor vida hacía tiempo. Ishbel también tenía mucho que agradecerles, no sólo por ayudarla en su escape, sino por la prestancia de Thompson quien le había conseguido los contactos para recuperar su dinero en Canadá.

La conversación continuó en el mismo tono e Ishbel se congratuló de que su par de amigas habían salido adelante sin que otro *Douglas Johnson* se les atravesara en el camino.

—¿Y tú? —preguntó Daisy con algo de impaciencia—. No nos contaste mucho en tu carta. ¿Qué sucedió después de que dejaste a ese tipo en la iglesia?

Ishbel perdió su mirada en el horizonte para después suspirar, su media sonrisa permaneció enigmática sin comunicar un gran mensaje. Sus ojos humedecidos precedieron a un grito que lanzó luego:

—¡Math!

Pasos presurosos se escucharon dentro de la casa, lo que las hizo voltear a la puerta. De esta, un muchacho alto, que apenas dejaba de ser adolescente, salió. Su gran porte militar evocaba grandes recuerdos para Ishbel, ese rostro era el de su padre. Se encontró con las tres mujeres y saludó formalmente.

—Él es Math Sherman, mi hijo —explicó Ishbel—. Tiene el nombre del que fue… un gran amigo.

—Es muy guapo —dijo Lola de inmediato tomándolo del brazo.

—¿Sí? —dijo Daisy—. Cómo me encantaría verlo… ¿Te casaste entonces?

—Sí —afirmó Ishbel—. Ya hace tiempo.

Nuevamente, desde el interior, pasos vacilantes, pero continuos, se escucharon. Alguien más se acercaba a la puerta. Math se alejó del campo visual del pórtico.

El rechinido de las bisagras anunció el primer toque de un bastón sobre la madera exterior, luego, la pierna derecha de un hombre que cojeaba pisó la superficie dibujando una gran sonrisa. Esta vez, su rostro limpio y rasurado sonrió.

—No me dijiste que tendríamos visitas —dijo John.

—Sí te lo dije —corrigió Ishbel—. Fue en la mañana, pero hace tiempo que olvidas las cosas.

—¿Sí? —Se acercó a saludar—. ¡Sean bienvenidas! Soy John Sherman, esposo de esta linda mujer…

Hubo algunas cosas que sucedieron en estos años y que no había comentado. John no murió aquel día, pero sí quedó algo afectado por la caída; además de su pierna, a veces olvidaba las cosas; aunque nunca se olvidó a mí.

Encontró buenos amigos sioux que no compartían las ideas de Águila calva y que lo ayudaron a recuperarse. Le tomó dos años dar conmigo, pero no se dio por vencido. Un día, cuando aún no comprábamos esta casa, me encontró trabajando en el campo, fue uno de los primeros negocios que emprendí, y aunque era la dueña, trabajaba igual que los demás para poder mantener al pequeño Math.

Nunca olvidaré ese día, verlo acercarse por aquel camino, caminando como si presintiera dónde estaba. Corrí a abrazarlo antes de darme la oportunidad de despertar de ese sueño, gracias a Dios, era una realidad. John Sherman había regresado a mi vida, y esta vez, para siempre.

Hablaron de esas y muchas cosas más, había mucho que decir en tantos años de separación. La noche los sorprendió y pasaron a la casa para cenar. Lola y Daisy se convirtieron en sus huéspedes por mucho más tiempo, hasta que recordaron que también tenían obligaciones en sus hogares.

> Esa mañana, John y yo las despedimos en la puerta. Las vimos alejarse en su carreta por el mismo camino que habían llegado. Sentí así que había cerrado por fin un capítulo más en mi vida. Miré a John sonriendo. Compartir nuestra historia con alguien más fue… liberador.

—¿Por qué me ves así? —preguntó él un poco avergonzado.

—Es que soy… feliz.

—Yo también lo he sido, y mucho.

—¿Sí?

—Sí, aunque hayamos pasado por tantas cosas, haberlas pasado contigo fue lo mejor que me pudo suceder. Me alegro cada vez que me las recuerdas.

—Y haré que las sigas recordando. —Caminaron hacia el interior—. Como ese sonido que escuchábamos en la montaña.

—¿Sonido?

—Sí, el canto, el canto de la montaña…

—¡Oh! ¡Sí! En las noches del invierno y en los desfiladeros, a veces también en el bosque…, cuando me lees tu diario es como si volviera a vivirlo.

—Vamos adentro, te lo leeré nuevamente.



> Yo no pedí una aventura semejante, pero me sucedió. Todo inició con una pérdida, la pérdida de mi padre, lo cual me empujó a esta tierra; luego, la avaricia de un hombre casi causó mi muerte; perdí amigos muy queridos en el camino, algunos llenaron y siguen llenando mi vida, otros perdieron la suya por mí. No puedo cambiar lo que ya sucedió, pero sí puedo honrar su sacrificio y lo hago cada vez que recordamos sus nombres en casa, un hogar que se levanta cada mañana a aprovechar la oportunidad que recibió.
> Fue difícil perder mi camino al principio, pero quién diría que, necesitaba perderlo para poder encontrarme.

Conéctate a mis redes

www.ajgarciaescritor.com
www.amazon.com/author/ajgarcia
www.facebook.com/ajgarciaescritor
www.youtube.com/c/ajgarciaescritor
www.instagram.com/ajgarciaescritor